



La insaciabilidad

**Marco Tulio
Aguilera Garramuño**



colección **ficción**
Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

LA INSACIABILIDAD



colección ficción

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sara Ladrón de Guevara	RECTORA
Leticia Rodríguez Audirac	SECRETARIA ACADÉMICA
Clementina Guerrero García	SECRETARIA DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS
Octavio Ochoa Contreras	SECRETARIO DE LA RECTORÍA
Édgar García Valencia	DIRECTOR EDITORIAL

LA

INSACIABILIDAD

(Segundo volumen de *El libro de la vida*)

MARCO TULIO AGUILERA
GARRAMUÑO

70
ANIVERSARIO
Universidad Veracruzana
1944-2014


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Maquetación de portada: Enriqueta del Rosario López Andrade
Imagen de portada: *Bathseba*, fotografía y escultura de Benjamin Victor
©Victor Studios Inc.

Clasificación LC: PQ8180.1 G824 I57 2014
Clasif. Dewey: Co863.5
Autor: Aguilera Garramuño, Marco Tulio.
Título: La insaciabilidad : (segundo volumen de El libro de la vida) /
Marco Tulio Aguilera Garramuño.
Porción del título: El libro de la vida
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, 2014.
Descripción física: 491 páginas ; 21 cm.
Serie: (Ficción)
ISBN: 9786075023540
Materia: Novela colombiana--Siglo XXI.
Autor secundario: Aguilera Garramuño, Marco Tulio. El Libro de la vida.

DGBUV 2014/40

Primera edición, 5 de noviembre de 2014

© Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Hidalgo núm. 9, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97
diredit@uv.mx
Tel./fax (01228) 8185980; 8181388

ISBN: 978-607-502-354-0

Impreso en México / Printed in Mexico

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

PORFIRIO BARBA-JACOB, *Canción de la vida profunda*

Esta novela es la segunda de la serie que he llamado, con poca originalidad, *El libro de la vida*. En el Antiguo Testamento se menciona el libro de la vida como el volumen en el que están inscritos los que disfrutan o padecen de la existencia corporal y terrestre. En el Nuevo Testamento se menciona que los anotados en el libro de la vida son los que se van a salvar. Santa Teresa de Jesús escribió su propio *Libro de la vida*, testimonio que fuera prohibido y luego rehabilitado por la Historia. Después de los anteriores, se han publicado infinidad de libros de la vida.

Este libro de la vida que he escrito consta de varios volúmenes, la mayoría de ellos publicados y dos inéditos. Los publicados en libro son *Mujeres amadas*, *La hermosa vida* y *La insaciabilidad*; *Doctor Amóribus* está siendo publicado por entregas en una revista virtual de Europa. Permanecen inéditos *El sentido de la melancolía* y *Sin máscara frente al espejo*. Son novelas dependientes en apariencia, pero independientes en esencia, como el ser humano, como la naturaleza, como todo.

PRIMERA PARTE

La niebla

Segundo día de vacaciones. De nuevo no pudo escribir nada. Pensó que un viaje al DF a ver cómo iba el asunto de la venta de su libro lo tranquilizaría. Fue al contrario. La estaba en el desastroso Hotel Calvin –cada vez que se estaba registrando frente a la reja de la recepción y respiraba ese olor a hospital, a enfermería, a crimen, y miraba las paredes de granito sucio, las alfombras con olor a perro viejo y observaba de reojo la miseria humana de sus habituales, se preguntaba si él, Ventura, que se sentía tan destinado a grandezas, no pasaría de ser un habitante común y corriente de aquel albañal, una rata más, sólo que con ínfulas de genio literario–, la desoladora sensación de fracaso con que abandonó la bodega donde vio su primera, su única novela formando montañas, bajo capas ingentes de polvo (“Nadie la compra, nadie se interesa por ella, si quiere se lleva la edición a precio de saldo”, dijo el viejo), el viaje de regreso accidentado, en el que tuvo que estar seis horas inmóvil, oprimido por una matrona de más de cien kilos, y el encontrar a Xalapa tal como la había abandonado, ciega de neblina, húmeda hasta la náusea, habitada por seres que se le antojaban ciegos y anfibios, todo ello contribuyó a radicalizar la depresión que llevaba semanas fraguándose en su espíritu.

Durante el viaje, atrapado entre la Maritornes y la falta de luz para leer, Ventura no tuvo otra alternativa que pensar. En su estilo de vida, sus objetivos, sus relaciones con las mujeres, los kilómetros de letra escrita o por escribir y sin desaguadero, en la hija mayor de Bárbara, el carácter rutinario de su trabajo, su novela de amor (¿o de falso amor?), la novela que estaría escribiendo si en verdad estuviera escribiendo. Ventura se preguntó cómo sería su existencia si no hubiera abandonado Bogotá, San Isidro, Buenos Aires de Puntarenas, Pueblo Nuevo, San José, Cartago, Cali, Lawrence, Monterrey, siempre huyendo, perseguido por sus ambiciones, esperando, siempre, cartas, telegramas, sorpresas, iluminaciones, siempre, premios, ediciones, respuestas de editores, artículos elogiosos, siempre, ofertas de trabajo, invitaciones a congresos, golpes de fortuna, herencias imposibles, siempre, la llegada de una mujer definitiva, la compra de un lugar propio, una casa con muchos cuartos llena de instrumentos musicales o por lo menos un solo violín que no sea el mugroso Markneukirchen, siempre, siempre, siempre. ¡Qué ganas de comer mierda!

Llegando a casa leyó lo que llevaba escrito: *Me sucede con las mujeres lo que me pasa con los buenos violines: no puedo ver uno sin querer tenerlo entre mis manos, observar el tipo de madera, la textura y brillo del barniz, oler su cuello, su superficie, su interior, buscar la marca, indagar el origen, mirar en su intimidad, tocarlo si es posible, titubeante al principio, luego con mayor confianza y reverencia, afinarlo teniendo cuidado de no reventar las cuerdas, lanzarme a la aventura de emprender una escala elemental, después notas difíciles, golpes de arco intrincados, agresivos o acariciantes, para sentir el disfrute que proporciona la vibración extendiéndose del brazo a la mano, de la mano al arco, del arco a las cuerdas, de las cuerdas al puente, del puente a la base, de la*

base al alma, del alma a todo el cuerpo del violín y al resto del mundo. Cada violín tiene su gracia y su arcano. Mi violín poco placer puede darme. Es un humilde instrumento firmado por F. Heberlein, de fabricación en serie, que a lo más tiene 150 años y fue fabricado en Markneukirchen, pueblito anónimo de Baviera. Tiene un gran clavo en el gaznate, un trozo de lápiz en lugar de alma y la cuarta cuerda vibra de manera antinatural. Aparte de ello, grietas en el cuerpo y un puente demasiado bajo. Estaba seguro, puesto que la experiencia me lo había enseñado, que con un buen instrumento podría interpretar música amable. Y con una buena mujer cultivar un buen amor.

Ventura dejó de leer. Cerró el cuaderno de contabilidad como quien cierra un capítulo de su vida sin entenderlo.

Acompañó a Bárbara Blaskowitz a su casa. La sintió muy tensa, como resentida y mordaz. Cariñosa a la fuerza. Después de la cena, que no había sido muy generosa, y del cine, en el que se tomaron de las manos jugando a los enamorados adolescentes, él sintió que no habría más allá; acaso porque a ella no le apetecía o porque de alguna manera encontraba a Bárbara lejana, ensimismada y con algún rencor escondido. Además estaba el asunto siempre aplazado de la novela. Si seguía bajo el imperio de su cuerpo de hombre en la plenitud de su vida y de las urgencias de la señora Blaskowitz (y de otras dos o tres cuitadas de amor, deseo o lo que fuera, ¡ah, esa maldita necesidad de andar fornicando sin pausa, reposo ni respeto!), nunca iba a escribir algo más allá de ese primer párrafo. De todos modos por temor a incurrir en descortesía, por vicio o elemental inercia, se atrevió a preguntarle a quemarropa, de la forma impía y brutal que era su única manera de ser desde que se despidió de Irgla (Irgla, la regiomontana, de la que, hay que decirlo, estuvo si no ena-

morado con todas sus letras, por lo menos obsesionado hasta la inanición), si quería darle gusto al cuerpo. Ella lo fulminó con una mirada de basilisca. Bueno, ¿quieres o no quieres?, insistió. La señora Blaskowitz prolongó la escena con una mirada decapitadora. Pero su actitud era más bien una escaramuza de aplazamiento, se dijo Ventura.

Conociendo la apresurada e irresponsable afición de la alemana a Lawrence y a Simone de Beauvoir, supo que debía invitarla a hacer el amor después de mostrarle unas cuentecillas de vidrio y pintarle dos corazones: le suplicó que lo acompañara a mirar las estrellas.

Venus, la cómplice, palpitaba en el cielo al mismo ritmo que comenzaba el periodo de latencia de la criatura ansiosa que se agazapaba en el calzoncillo de Ventura. Bárbara aceptó aplazar la entrada a su casa: el perro y sus hijas podían esperar, no sus entrañas, que aullaban como lobos en la llanura devastada por el invierno. Regresaron a la caverna (un apartamentillo más bien vil y económico que habitaba el macho intelectual) en las alturas y allí, apoyados en la baranda, con todo el aroma del cerro de Macuiltépetl gravitando sobre la débil y desamparada carne, la dama no tuvo otra alternativa que ofrecer sus labios y plegar su cuerpo magnífico y altisonante a los deleites que le ofrecían las manos de escritor, violinista y atleta de Ventura.

El frío de la noche, la costumbre y mil otras fuerzas que no les interesaba precisar los condujo a la cama. O por lo menos a lo que hacía las veces de cama. Ventura tomó con gentileza de padre perfecto a *Atenea*, que estaba posesionada del lecho, le acarició el lomo y la puso de patitas en la calle. Arguyó que no pretendía ofender su felina castidad.

—¿De dónde salió ese animal? —preguntó Bárbara.

—Digamos que es una refugiada.

El asunto se presentaba sobremanera difícil. ¿Qué más podía ofrecerle, después de todo lo que habían hecho a lo largo de seis meses de desfogue y de experimentación con la más irrestricta libertad?

Ventura se acomodó un cigarrillo entre los labios, lo prendió dándose su tiempo, lanzó un suspiro de náufrago precoz y le dijo:

—Cuéntame tus fantasías.

Lo que fue una apertura digna del momento. *(Cuando una mujer ya lo sabe todo y nada espera, lo mejor que se le puede pedir es que hable. Si dejas a una mujer hablar —escribiría Ventura, quien estaba empeñado en convertirse en teórico del amor— ya tienes más de la mitad del camino recorrido.)*

—Imagino que un bruto peludo e indecente abusa de mí, mientras yo por mi parte le hago ding-ding a la Princesita Clítoris —Bárbara miraba directamente a los ojos, como calibrando hasta dónde había entendido, no sólo lo que quería decir, sino lo que esperaba—. Pienso que esta es una fantasía normal en muchas mujeres, ¿tú qué opinas?

Lo correcto era, sin duda, asumir con naturalidad el papel de cauto estudioso del asunto, no frotarse las manos ni lanzarse al abordaje:

—Opino que ese es el capricho típico de la mujer que durante toda su vida ha tenido que ser propiciadora de las situaciones —eso dijo, y luego pensó que si Bárbara le entraba a la sutileza, iba a pensar que le estaba atribuyendo la profesión que añoraba.

El siguiente escalón no podía ser otro que el rodillazo a la altura de la carnosidad o la estocada a fondo:

—¿Qué te parece si jugamos a que realizas mi fantasía?

Ventura no tuvo otra alternativa que estar de acuerdo. Ella gritó como si tuviera una yegua encabritada dentro del cuerpo. El amoroso, en una pausa de desmayo de la dichosa sufriente, corrió a poner la *Séptima* de Beethoven a todo volumen.

A los dos les gustó lo suficiente como para recordarlo y prometerse una segunda dosis. Los dientes de Bárbara se habían aferrado soezmente al hombro derecho del sensitivo lujuriente. Las uñas de Ventura quedaron marcadas *como zarpazos en unos omóplatos tan castos como la cima del Pico de Orizaba y tan conmovedores como un rebaño de ovejas en el inabarcable campo feliz de Perote* (escribiría).

Hubo tal realismo en la escena que Ventura le desgarró la blusa, estuvo a punto de dislocarle un brazo y fue indispensable tranquilizar a los vecinos.

—Voy a bajarle el volumen —gritó—: es que llegó un primo sordo del rancho y le gustan las películas puercas.

Auxilio, socorro, me matan, me atraviesan, me acaban, gritaba, lloraba, de placer, de dolor, de emoción, de susto, en la montaña rusa de su exaltación, Bárbara, que ya no sabía reconocer límites ni quería tener nociones de ellos. Además, era buena actriz. Ni dudarle.

Llegó el instante en que Ventura se detuvo a preguntarle si no estaban llevando las cosas demasiado lejos. Bárbara le contestó con un tortazo que le astilló al agresor un diente y le reventó el labio.

Si a eso vamos, se dijo asumiendo la personalidad que suponía correcta, y le lanzó un jab al hígado. Bárbara se dobló. Sin embargo, desde abajo, siguió mirando con cariño y agradecimiento.

—Pues claro, me estás lastimando, *schwein*, de eso se trata.

Al otro lado de la pared la poeta vecina, Estrella de los Campos, debía estar rabiando de gozo, y buscaría, sin duda, la forma de enterarse con más detalle y realismo del asunto, querría talar la pared con un clavo, con un cincel, con una bomba atómica. La loca de Estrella, una de las pocas dulces y solitarias extravagantes de Xalapa.

Atenea se asomó por la ventana e hizo un gesto de irreflexivo reproche. La costumbre la había hecho paciente. *Sus antepasados egipcios le dejaron en los genes una generosa capacidad para comprender y perdonar a los seres humanos. Además los gatos saben más sobre el asunto que cualquier pareja de míseros bípedos alopécicos.*

Bárbara suspiró. Uno a uno. La emoción la había dejado temblorosa y transida. Entreverados en sus dedos un manojo de pelos y dibujados en su rostro un par de moretones asimétricos y una sonrisa de dueña de los tejados.

—Sigo enamorada del cretino de mi esposo —dijo—, pero siento una enorme debilidad por los hombres de antebrazos nervudos.

Luego confesó que había tenido una aventura con un boliviano que le había escenificado un sainete a la salida del Hotel Regente en la Ciudad de México.

—Hay algo en ese hombre que me conmueve y algo indefinible que me hace sentir humillada.

Ventura lo entendió perfectamente: el boliviano aunaba a su humildad de indígena de los Andes un doctorado en Princeton, una apostura de primate y una paradójica pedantería. Ismael Soldado se llamaba el boliviano (de Cochabamba, pregonaba, como si dijera Topos Uranos) y era convicto de haber envenenado a los muchachos de Xalapa con el veneno de la semiótica.

Bárbara apartó su larga y cultivada cabellera, una visión del río original del paraíso, con sus manos de aristócrata renana, y emprendió un nuevo suspiro que repercutió en todo su cuerpo y le arrancó un par de lágrimas.

—Cuando lo veo trato de escabullirme, pero el tipo me persigue y una vez que me alcanza, ya puede dar por hecho que terminaremos en la cama.

Miró a Ventura como pidiendo compasión. Sus ojos estaban de rodillas.

—¿Tú crees que soy lo suficientemente degenerada como para que me llamen puta?

—Al contrario, eres una mujer libre; si te atrevieras podrías ser una Madame de Pompadour, una Colette, una Lucrecia Borgia... Además, las putas son gente decente.

—¿Una Anaïs Nin?

—También. Aunque me sospecho que la Nin era una boqui-floja. Nunca he confiado en las mujeres que se privan del placer de una felación bien trabajada.

—Estoy de acuerdo —dijo ofreciendo la visión fresca de su boca de cereza madura.

Lo malo, lo deplorable, meditó Ventura, es que, con todo y su tosquedad, Bárbara no puede quitarse el aspecto de mujer respetable. Veinticinco años de sonreír como la tonta del pueblo no se borran con media docena de coitos apresurados.

—Quizá seas la única mujer libre que haya conocido en mi vida.

A las mujeres encoñadas hay que mentirles, hacerles oír música de violines y repetirles una y otra vez las mismas cosas, particularmente cuando se les acerca el otoño, redactó mentalmente Ventura, sabiendo que la idea era muy poco original.

Un destello de vanidad satisfecha iluminó los ojos de la señora Blaskowitz. Y para demostrar que en efecto era una mujer libre, contó entre púdica y divertida que había llevado al Poeta Gordito —todo un personaje de la panoplia intelectual de nuestra provincia— a un hotel en Guadalajara. Habían coincidido en un congreso de asnos, es decir, poetas oficiales, se aburrieron con las ponencias, se tomaron un café.

—Y en cuanto vi sus grandes manos pecosas y sus brazos como saludables piernas de cochino, supe que no podría tener paz hasta saber qué se siente tener una de esas plastas de carne sobre la piel.

O era tonta o hacía muy bien el papel. Pero “tonta” no era la palabra correcta. Desorientada, más bien. Obnubilada tal vez. O víctima elemental de los torrentes de una sangre irremediable. Tras divorciarse de Dino Angulo, quien fuera alcalde de Xalapa, luego diputado y después aspirante a la gubernatura, se había impuesto, casi como tarea escolar, lanzarse a las empresas amorosas, eróticas y sentimentales con entusiasmo de adolescente y aires de abadesa medieval. Y Ventura había tenido gran parte de la culpa. En su papel de auxiliar sentimental la había impulsado a cumplir hasta los deseos menos auténticos. Después de más de veinte años de bajar la cabeza, padecer el amor en seco y apretar los dientes, ahora Bárbara estaba dispuesta a reivindicarse. Tales eran sus intenciones. Eso decía sin rubor o diplomacia alguna en La Parroquia, lugar de solitarios tránsfugas de la niebla.

Ventura frunció el duro ceño. Lo del boliviano podía aceptarlo, pero no lo del Poeta Gordito. Nunca había pensado tener entre sus brazos a una Rita de Casia, pero tampoco a una dama por completo carente de control de calidad.

—¿Sabes lo que hicimos? —Bárbara abrió mucho los ojos armando sin dificultad una expresión de candor—. Le leí poemas de Neruda mientras él me miraba tembloroso, cubierto de sudor, desde la cama gemela.

Imaginar la escena enfermó la sensibilísima altivez de Ventura. El porcino bardo municipal, lleno de pecas, agitado por tormentas de deseos, vientos encontrados y versos ultrabarrocos e inconclusos, se le antojaba el más indigno de los hermanos de leche. Lo supuso dos horas completas en la inminencia de la formal declaración poética de amor sexual, se lo representó finalmente vencido por la autocensura y la resignación, seguro ya de que su tozuda y obesa virginidad seguiría vigente a pesar de las osadas damas que quisieran vulnerarla. Conjeturó en la otra cama, como a la orilla del abismo en el otro lado del mundo, a la placentera Bárbara estremecida de pasión lírica, su cabellera de fuego bañando el inicio de unos senos que, a pesar de haber rebasado el límite de frutescencia, valen más que todo el oro del Amazonas.

—Salió del cuarto temblando, como atacado por una fiebre amarilla de la más perniciosa, pero no se atrevió a tocarme.

Bárbara finalizó su historia fingiéndose compungida.

—Cada hombre que se me va es como un sueño que al amanecer no puedo recordar —dijo.

La señora Blaskowitz se estiró como una gata tras el sueño.

—Las mujeres, y supongo que los hombres también, necesitamos unas cuantas señales en el camino hacia la plenitud.

Consciente del poder de su lujoso pellejo, *auténtica obra maestra de un creador mórbido*, a la pálida luz de la oscuridad, B exigía respuestas a sus interrogantes trascendentales. Ventura, por el contrario, había borrado de su lista todas las preguntas. Sólo quería

ver la desaparición de la individuo. No es que le desagradara, sino que había asuntos urgentes que atender. Uno de ellos, dormir. Afortunadamente, el tiempo del que disponía la dama no era mucho. Tenía que ocuparse de los productos de su vientre.

Antes de irse prometió toda una noche. Que no coincidiera con el retorno de la Princesa de Huamantla, se dijo Ventura haciendo cuentas genitales.

En cuanto Bárbara desapareció, *Atenea* volvió a entrar y tomó posesión de la cama. Y una vez que el héroe aliviado se acostó boca arriba dispuesto a dejarse tomar por los territorios del sueño, la gata se tendió sobre su cuello, a manera de bufanda.

Habitualmente está escribiendo un texto que considera fundamental para la historia de la humanidad, y cuando no lo hace, se consuela garrapateando en su Diario. Esa práctica le permite decirse a sí mismo que no ha dejado de escribir ni un solo día de su vida desde que abandonó a Irgla, el violín y el atletismo. Recuerda su primera novela: la juzga con serenidad: fue irresponsable, divertida, estaba llena de personajes, era intrascendente, aunque tenía al final una trampita filosófica que le sirvió para engatusar a más de un crítico gringo; también estaba llena de influencias, de plagios inconscientes e incorrecciones gramaticales. El hecho de que hubiera salido publicada en Buenos Aires y fuera prácticamente imposible conseguirla en las librerías más allá de los límites de la capital de Argentina, contribuyó a su fama. Una publicidad amañada, que se propuso ponerlo a la sombra y luz del libro mayor del Papá Grande, ayudó un poco a crear el mito del novelista adolescente. Después vino un libro de cuentos desbordado, desigual y morboso, en el que podían rastrearse cien afluentes. Ventura supo apro-

vechar la polvareda: consiguió trabajos, en general miserables, ganó premios, risibles y pomposos, viajó, siguió escribiendo, se continuó inflando. Comenzaron los rechazos por parte de las editoriales. Uno, dos, diez. Y el sentimiento de rencor. Y el crecimiento desmedido del cajón de los inéditos. Cuando llegó a Xalapa, más de la mitad de su equipaje eran manuscritos. El resto, libros, un par de mudas de ropa y cantidad de trastos viejos, todos metidos a la fuerza en el joven *Galileo*, hijo de su primer premio literario mexicano.

Faltaban diez días para que terminaran las vacaciones. No estaba derrotado aunque todo pareciera anunciarlo.

Se volvieron a encontrar frente a las cámaras. En el instante en que él entraba, el maquillista le estaba empolvando a B la nariz. Su cabellera había cambiado: era de color oro quemado con rayos de luz fluorescente. *Cuando una mujer se tiñe el pelo, ¡cuidado!* Unas ojeras de Trimalción hacían perder sus lindos ojos azules que daban la impresión de ausencia o infinitud o nada (también parecían haber cambiado, al igual que su atuendo, ahora a tono con la época de la señora Nin: París, años 30: cuello de encaje, falda entallada hasta las rodillas, collar de perlas de tres vueltas, largo hasta el ombligo, su pelo esparcido como una capa lustrosa sobre el fulgor dorado de la seda).

Pudieron hablar un instante antes de la grabación. Barbi irradiaba una singular felicidad. Ventura le preguntó la razón y ella le respondió que se sentía libre y feliz, fuerte e imbatible.

—Casi todas las mujeres que conozco —dijo— tienen alma de esclavas. Yo ya me liberé de eso.

B es una de esas mujeres que se despierta cada mañana con una razón diferente que sirve para justificar su existencia. Generalmente

esas razones son inventadas, pero le duran 24 horas y la sostienen. Dice que ya terminó por completo su relación con Dino Angulo, y que él ha accedido a todo lo que ella pidió. Agrega que sigue amándolo y que nunca lo olvidará, pero que no le perdona el haberla mantenido como monjita, ignorante del mundo y sus contentamientos durante más de veinte años, escribió mentalmente Ventura. Una vez consumada la separación –Bárbara salió del hogar con sus hijas, el perro Otelo, la sirvienta Tonia y una muda de ropa por cabeza– y reconocida la derrota por parte del pseudoitaliano y concedido el divorcio con todas las ventajas y propiedades para las niñas, don Dino, empresario de vinos y político que se postuló a todos los puestos, se entregó a un dulce no hacer nada y se murmura que comenzó a disfrutar de los disparates afectivos que cometía su mujer uno tras otro en sucesión interminable.

A la salida del canal la esperaba un ingeniero grandote con aspecto de rata del drenaje profundo de la Ciudad de México: tres pelos en el bigote, cejas tupidas, cabeza grandísima y anteojos redondos y descomunales (*Barbi se especializa en descubrir tipos humanos curiosos, parece que los escoge con ansia de coleccionista*). Se saludaron tan efusivamente como si se sintieran filmados por Visconti. Lo que no es excepcional: B saluda a todos los seres del mundo de la misma manera, sean ejemplares masculinos, perros callejeros o ancianitas.

Ventura –hay una ley que dice saber y respetar: quien cela sale perdiendo– no puede evitar la sospecha de que Bárbara tiene comercios secretos con el ingeniero, con los camarógrafos y con todos los hombres que prácticamente se abalanzan sobre ella cuando la ven. Piensa que es pasmosa la facilidad con que cambia de hombre, y en cada nueva relación parece entregarse

con todos los orificios de su cuerpo y los recovecos de su espíritu. Es sin duda una mujer impresionante, bella a la manera que podría serlo un san Juan Bautista hembra o una Friné macho. Nunca deja a sus amantes contentos, sino que los revuelca en una inmundicia sentimental que los lanza al mundo de la soledad y la abstinencia carnal, sin compasión y sin gloria, en el límite entre el manicomio y el hospital. Destinos que Ventura no espera para sí. Lo suyo es escribir una novela gorda, irrespirable de puro intensa, que sea lápida y último sello a esa etapa de su vida, sin Irgla (a quien algún día convertiría en protagonista de su novela), sin Dios, sin centavos y sin un violín disculpable.



La Princesa Carmina Ximena Escriba

Llegó precisamente cuando Ventura no la esperaba. A quien esperaba, con temor y emoción, era a Bárbara, que había prometido una noche entera. Oh, Dios de los Lujuriosos, una noche entera con Bárbara. Mejor sería que le echaran encima todo el harem del Jeque Nefzaqui. Pero no había nada que hacer: ahí estaba la Princesa de Huamantla, y no existía forma de dejarla esperando. Sería capaz de astillar a pedradas los grandes ventanales panorámicos. Echaría a perder el paisaje de los tanques de gas vecinos, del patio de las brujas con sus calzones victorianos y los disfraces de Estrella de los Campos tendidos sobre los cables de alta tensión, tan estridentistas y serviciales.

La Princesa, como de costumbre, entró simulando un tropel de guacamayas amazónicas. No paró de hablar desde el instante en que puso un pie dentro del umbral, hasta que salió, más en contra de su voluntad que a favor de sus deleites. Le ardían los ojos de tanto estudiar. Declamó una serie de recetas que iban desde rodajas de limón aplicadas como anteojos, hasta lavados con té de manzanilla. Trajo a escena a su famosísimo novio muerto (*Toda heroína que se respete ha de tener una tumba amada digna de encomio*). Convocó a su hermana menor. Ventura se relamió los bigotes, hum, hermana menor, que lee todas las cartas que le llegan a la Princesa. Mostró sus zapatillas Edith

Piaf de París y dejó ver de paso las pantorrillas (el frenético reprimió el impulso de lanzarse a morderlas; recordó que las reglas con la Princesa Escriba eran claras: no ceder nada sin antes someter a su víctima al tormento de la antesala).

Pasó el tiempo (lo que no deja de incordiar a Ventura: eso de que el tiempo siga discurriendo tan tranquilo y sin que haya escrito una sola línea de su obra maestra en proceso le parece una reverenda herejía, digna de la horca y el deshuevo total). La Princesa Carmina Ximena Escriba seguía hablando. Ventura miraba con nostalgia anticipada la pila de libros que tenía por leer, acariciaba de reojo el plan siniestro que estaba en el lindero entre la ínclita novela y un montón de papel sólo digno de limpiar desechos infames. También observaba con desolación su violín: colgado de un clavo desde hacía varios meses, apenas servía de adorno, sobre su fondo de terciopelo rojo y con el arco pesaroso y entablillado como un brazo roto a su lado. Ay, esa parte de su vida estaba definitivamente muerta. Maldijo a la raza de las mujeres: por qué no van directamente al grano, si eso es lo que quieren. Con razón entre las de su calaña no había resultado nunca un Einstein o un Leonardo, sólo grandes santas y putas inolvidables.

La oyó hablar como el que se acurruca al lado del tumulto de un río escabroso lleno de animales muertos y destrozos de inundación. Mientras tanto pensaba en lo de siempre. ¿Qué tal una novela de amor que tuviera por centro a Irgla, la maestra de la mística sensualista, el glamour, el pazguatismo, música de Violeta Parra y la voz de Octavio Paz salmodiando reverendos e insoportables arcanos?

Por la noche atacó con todas las armas. Quizá dándole lo que buscaba emprendiera una retirada honrosa. La Princesa se

dejó despojar de la armadura, a excepción de las zapatillas Edith Piaf y las bombachas. Y mientras Ventura entre resoplidos y sudores acariciaba con mano de albañil, ella seguía hablando:

—¿Conoces a mi amiga Violète?

Claro que la conocía. Una bicha entre rubia y albina que parecía la tercera cara de la moneda, un mutante de cuarta generación. La timidez la hacía semejar subdotada. Cuando Ventura le puso una zarpa sobre la rodilla, al puro frente de la Princesa y en la mesa más pública del Café La Parroquia, estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa.

—Pobrecita, todos los hombres le dicen que tiene cabeza de calabaza solamente porque es rubia y bonita.

Si las rubias tuvieran dioses, los dioses serían rubios, pensó Ventura encimándosele a la Princesa, que lanzó una de sus exclamaciones clásicas: “¡Bah!”

Y “bah” quería decir en este caso que no estaba interesada en el negocio. Que su interés se centraba en seguir hablando. La muy taimada sabía que con sus blumers de seda filipina, sus zapatillas Edith Piaf y el resto de su atuendo del que descollaban Los Senos más Contundentes de La Parroquia, tenía a Ventura más que bufante.

Pero seguía hablando. Y cuando súbitamente se vio en lance de ser traspasada sin su anuencia, pues el ansioso le había anudado el cuerpo de tal manera que ya le sería imposible escapar, pidió, no sin humor y algo atemorizada por las dimensiones del arma ejecutora, una tregua y explicó:

—La verdacita, *my love*, es que no estoy disponible. Y no estar disponible quiere decir que no hay explicaciones, así que mejor conversemos un rato como buenos amigos.

Se sentó desaliñadamente sobre la cama, todavía con sus calzones y sus zapatillas Edith Piaf y sus espléndidos músculos mamilares en exhibición. Vio que desde la ventana *Atenea* se estaba afilando las uñas.

—¿Sabes una cosa, *my dear*? Detesto a esa gata. ¿No podrías encerrarla en el refrigerador mientras yo estoy aquí?

Atenea parecía entender. Miraba a la Princesa con cariño inexplicable y soberano. Sabía que el territorio del lecho terminaría por ser suyo y que la invasora saldría rumbo al frío espacio exterior antes de lo que esperaba.

—Tuve un sueño durante los días que pasé en Huamantla. Soñé que me besabas todo el cuerpo. Me hacías cosquillas horribles y deliciosas. Y ¿sabes qué? Antecitos, mientras me besabas en la realidad, no sentía nada, nadita.

—Será porque en sueños soy mejor amante.

Así se la conoce en la ciudad: La de los Senos más Contundentes de La Parroquia. En el café entra con la punta de su nariz apuntando al cielo y su tetamen como estandarte. Se sienta sola y finge estudiar.

La Princesa tiene la frente muy amplia, rasgos entre mongoloides y totonacas. Su hermosura es de especie particularísima. Las ventanillas de su nariz son excesivamente amplias y vivas. Las mueve a voluntad, habilidad que le da un aire conejil cada vez que decide utilizar la habilidad. Sabe también mover las orejas con pericia de perro de caza. Y con las pupilas emprende órbitas caprichosas. Sus ojos gigantes, de muñeca de Papantla, están rodeados por unas ojeras de opiómana.

—Son hereditarias —dijo en alguna olvidable oportunidad—. Toda mi familia las tiene.

—¿También tu hermanita menor? —preguntó Ventura, volviendo a relamerse los bigotes—. ¿Cuándo la traes de visita?

La Princesa lo miró con el gesto de quien destapa una cloaca. Casi no podía hablar de la indignación.

—¡Nunca, nunca, nunca, so podrido, hijo de Ixcuiname!

Ventura apenas si levantó un milímetro la ceja derecha. Hijo de Ixcuiname. Habría que anotar ese insulto. Con éste llegaba a más de cien mil a su favor. Seguro que peores cosas le habían dicho mujeres con mayor autoridad. Irgla, por ejemplo, llegó a acumular doscientos insultos diferentes, altamente originales y disfrutables, en menos de una hora. Quizá por ello seguía recordándola con afecto.

—Y ahora que me acuerdo, ¿por qué le dijiste a Violète que yo era peligrosa?

—Por inferencia lógica: todas las mujeres son peligrosas. Tú eres mujer, *ergo*: yo no tengo la culpa.

En la cárcel de la ciudad, en donde trabaja como aprendiz de psicóloga, la Princesa se ha transformado en el ángel tutelar de los más abominables y simpáticos criminales.

—Me aman —dice la Princesa—, me aman, y no sé cómo corresponderles.

—Ilusa. No te aman. Están esperando que te descuides para darte una receta penal.

No entendió. Fingió no entender. Que le enseñe la experiencia, se dijo Ventura. Cuando la acompañó al reclusorio interpretó la mirada que un prestigiado uxoricida le lanzó con gran humildad:

—Le queda muy bien esa minifalda, señorita Escriba.

De modo que la primera noche fue de plática *ex cathedra* por parte de ella y de paciencia sobrenatural por parte de él. Mien-

tras la urraca parloteaba, Ventura optó por conjugar verbos en alemán. La segunda noche sí hubo. Sus respuestas fueron, sin embargo, puramente musculares. Al estar cerca del Jardín Aromado (Ventura estaba leyendo por entonces las insensateces eróticas del Jeque Nefzaqui), endureció su cuerpo, entró en un valle de silencio, y así terminó el asunto. Durante más de media hora permaneció en la misma posición y luego no quiso hablar sobre el tema. Nunca, nunca quería hablar sobre ello.

Eso la diferenciaba de Bárbara Blaskowitz. Con la misionera del amor siempre se terminaba hablando del placer por excelencia. A las tres de la mañana sonaron en la puerta los golpes fatídicos.

—A ver qué haces —dijo la Princesa soñolienta—: llegó la otra.

Menos mal que la Princesa accedió a permanecer en silencio mientras Bárbara golpeaba la puerta con delicadeza de beata. Por fortuna, a la señora Blaskowitz le salió ese animal asqueroso que se llama mujer respetable y no quiso empeñarse en hacer escándalo. Simplemente murmuró al lado de la ventana:

—Sé que estás ahí con alguna de tus meretrices apestosas a jaiba. Ya me las pagarás, don Soplacaños.

Lo que causó la reacción inmediata de la Princesa de Huamantla, que hubiera corrido a buscar un cuchillo de matarife si el impetuoso no la ahoga a fuerza de ruegos y caricias poco sutiles.

De todos modos hubo efectos colaterales: en lugar de seguir durmiendo, la Princesa volvió a tomar la palabra. Añoró a su perro *IVA*, Impuesto del Valor Agregado, una pirruña de animal, más cariñoso e inteligente que cualquier hombre que hubiera conocido; descargó sobre el paciente una retahíla de chismes,

enumeró sus proyectos vitales, reiteró su amor a la Nueva Trova Cubana, juró eterno odio a Julio Iglesias y a Raphael, a quienes calificó de homosexuales cosmopolitas.

Ventura la miró con interés de frenólogo: los dientes grandes y perfectos, los rasgos negroides armoniosamente combinados con los indígenas; las amplísimas ventanillas de la nariz insistiendo en recordar una animalidad inquietante. A pesar de la mezcla, imaginaba a la Princesa descendiente casi directa del cacique gordo totonaca que recibió a Hernán Cortés en Zempoala con piedras colgando de labios, orejas y nariz. Había en ella algo que hacía incurrir en malicias; ocultaba sin duda un secreto tras el velo de superficialidad. Una especie de impedimento le vedaba comunicarse, aunque hablara más que una excursión de italianos. Era como si despreciase a Ventura, como si lo considerara incapaz de comprender.

Uno de sus “esquemas” —la palabra *esquema* es una de las preferidas de la Princesa— típicos es tratar de impresionar a sus oyentes ya sea con proverbios, habilidades físicas, prendas exclusivas o cualesquiera artificios al alcance de la mano.

(Ciertas habilidades o destrezas obligan a pensar que la Princesa es una entidad más instintiva que racional. De nada le vale presumir de su naturaleza altamente humana, de su espiritualidad, pensó escribir. Puede doblar las falanges de los dedos de forma absolutamente simétrica y colocar las manos en una disposición extrañísima, que hace pensar en garras.)

La Princesa tiene catorce hermanos, circunstancia que explica, según Ventura, la razón por la cual es tan difícil desnudarla. Una vez que se logra tal hazaña falta lo más arduo: que acceda a compartir su pan. Ya desnuda, se torna una bestezuela inasi-

ble, silvestre, apabullante, sin pudor, sin orgullo; se entrega a lo que podría llamarse su condición natural.

La Princesa de Huamantla —se llama Carmina Ximena Escriba, pero odia su nombre: hubiera querido llamarse Francine, Juliette o Sasha— frecuentemente contradice sus opiniones sólo por verse actuar. Es falso que odie a *Atenea*. La adora, tiene por ella una veneración que despierta recelos. Ventura ha visto a la Princesa besando largamente a *Atenea* en el hocico. Incluso en una ocasión la sorprendió peinándola con la lengua. Con una lengua morada y obscena. La gata, que rivaliza con todas las mujeres que visitan la cama —lo que Ventura usa como cama—, se deja mimar por la Princesa, se abandona a sus deliquios con una naturalidad que hace sospechar que, en efecto, hay algún oculto parentesco entre ellas.

—Ahora que se esfumó esa tlaelquani, podemos seguir hablando —dijo la Princesa Escriba.

No fue necesario preguntarle qué significaba “tlaelquani”. Ella misma, con su habitual pedantería, procedió a aclararlo.

—Tlaelquani es la diosa comedora de cosas sucias.

—Así que Bárbara es una tlaelquani. ¿Y tú qué eres?

Bajó los ojos.

—Soy una xocotzin, una mujer apta para el comercio carnal.

Fue una confesión dolorosa y difícil de tragar. Ventura entendió que Carmina no estaba en su cama, mejor, en su colchón, por amor, cariño, deseo u otra causa disculpable, sino por una especie de sentido del deber.

Después de la grave circunstancia de haber exhibido fugazmente una parte oscura de su personalidad incomprensible, la Princesa volvió a la cháchara convencional.

La artificiosidad de su habla era demasiado evidente. Ventura se puso a contar el número de “afs” que emitía por unidad de tiempo. *(Cuando la Princesa quiere expresar que no le interesa un tema, que está hastiada, que le duele alguna parte del cuerpo o del alma o desea difundir su spleen vital, lanza al aire un sonido deflatorio, un “af”, que termina por dejar bien en claro que ella es superior al mundo que la rodea.)*

Ventura llegó a contar veinticinco “afs” en menos de una hora. Luego se aburrió.

—¿Te has dado cuenta que a todo respondes con un “af”?

—Bah —contestó, y con ello dio por terminado el asunto de los afs.

En su “bah”, que resultó ser una variación poco imaginativa del “af”, había de nuevo ese tonito de menosprecio con el que Carmina Ximena Escriba se defiende de todo lo que considera afrentas.

Dos horas después —a eso de las cinco de la mañana—, Carmina pronunció la palabra “argüende”, y a partir de entonces esa fue la contraseña que le serviría para terminar cualquier frase o para expresar lo indeterminado, lo inconcluso o simplemente una de la infinidad de insensateces que pasaban por el vasto y estrecho mundo de su caprichosa cabeza totonaca.

A las expresiones bah, af, argüende, se agrega una cuarta, que significa exactamente lo mismo. Es un movimiento indescriptible de la lengua mediante el cual concluye sus ideas para darles un toque chic, demodé, que hace pensar en una muñeca de cuerda haciendo tic tac.

Permanecieron en la cama veinticinco horas. Desde las doce de la noche hasta la una de la mañana del día siguiente. Ven-

tura sufrió con impaciencia los ciclos de Carmina: interés-desinterés, parlería-silencio, lectura-bostezo, leve motivación pre coitum-desprecio visceral post coitum, pudor-impudicia. Y aquello sin duda hubiera sido divertido, incluso muy divertido, si no fueran cosa ya sabida: los movimientos y cambios de posiciones tan minuciosamente trabajados al principio, hace ya tantos meses, hoy resultaban una plana de tarea infinita.

Ventura ya franca y abiertamente quería que la Princesa Escriba emprendiera el mismo camino que la señora Bárbara Blaskowitz había tenido a bien tomar tres noches antes. Después de dos agradables polvos y un fracaso –Ventura recuerda que a los veintidós años hizo trece veces el amor con Carmelita (y así pensaba titular uno de los libros del baúl de las derrotas: *Trece veces el amor*); ah, Carmelita la lavandera de las residencias universitarias, en un plazo de 24 horas, ¡trece veces!, y supone que nadie se lo va a creer, pero eso no le importa– y después de invitar a la Princesa a que hiciera con su boca un refugio para el placer del estribo, lo que cumplió a regañadientes, casi obligada por una áspera mano que le cayó sobre la nuca como un yugo (“Odio la pintura holandesa, los penes, las fiestas y el tiempo frío y lluvioso”, recordó haber leído en el *Diario* de la señora Nin, que Bárbara había dejado al lado de su cama como un Nuevo Testamento: “Tienes que leerlo, a ver si comienzas a entender a las mujeres”), él se dedicó a bullirle displicente el badajín.

Ya estaba hasta la coronilla de sexo y saxofón. Quería tranquilidad, baño, y a otra cosa. La vida tenía que ser algo más grande que andar machucando damas y escuchando sensiblerías.

Pero la Princesa de Huamantla no quiso llevar anclas de ninguna manera. Ni directas ni indirectas hicieron mella en su inmu-

table cabeza totonaca a la que el tiempo y sus mudanzas no parecían afectar. Lo más que hacía para aliviar la ansiedad del desfogado era dormirse un rato, tiempo que aprovechaba Ventura para leer unas páginas del sabio, del bueno y refrescante Chéjov, que enseña a soportar a la humanidad y a sus señoras de perrito con una sonrisa.

Cómo liberarse de ella, esa era la gran pregunta. Cómo mandarla al diablo sin ofender su dignidad de gran gallina de modo que quisiera regresar.

Cuando la durmiente de los ubérrimos frutos despertó por tercera ocasión, ya Ventura había recuperado parte del alto concepto que tenía de sí mismo y ella encontrado un rescoldo de simpatía original, ésa que toda mujer tiene cuando el hombre la persigue por primera vez.

En el sueño Carmina Ximena parecía haber extraviado su pedantería, su sofisticación. Ventura sintió que estaba a punto de amarla. Era una mujer simple, una corza silvestre y clara, un puñadito de agua en labios del sediento. Además, su coñito era apretado, cerril, inculto, no como el de Bárbara, que parecía un desfiladero, tan difícil de llenar, que con ella el amor se antojaba más una labor ciclópea que un placer, la octava e infranqueable tarea de Hércules.

Ventura miró con deleite de escultor ese cuerpo de río derramado, esos pechos que la Princesa portaba simulando condecoraciones del más alto rango, ahora desplegados al viento como banderas de guerra.

Por una especie de inercia, Ventura comenzó a acariciarla con el desinterés del catador que va llegando al final de la mesa. Prolongó tanto el asunto y las respuestas de Carmina fueron

tan efusivas —se aplicó con exquisitez de profesional japonesa a acariciar la raíz del amor, al tiempo que musitaba palabritas sonoras, deliciosas, en la lengua de sus abuelos y dejaba volar su mente quién sabe por qué vericuetos de su infancia— que de pronto el amoroso se vio ante la sorpresa de que la avenida era inevitable. De nada le valió pensar en la señora del perrito, en los espíritus mal encarnados, en las batallas del Peloponeso. La emergencia fue ineluctable: Ventura se apresuró a centrar el cuerpo de la Princesa de Huamantla de espaldas y, sin preámbulos ni contemplaciones, dirigió al divino tuerto hacia su objetivo. La suerte o la práctica del mañoso, una finta providencial del centro de gravedad de Carmina, la mano del buen Dios de los Orgasmos, hicieron que atinara no sólo en el sitio sino en el momento correcto y propicio. La Princesa, habitualmente tan parca, tan rebelde a las variaciones súbitas y cataclísmicas, lanzó exclamaciones, hizo gestos de sorpresa, blanqueó los ojos, sufrió estertores de ahorcado o de gallina acogotada y se quedó quieta como si temiera que al moverse se le escapara un buen recuerdo. En ese momento Ventura pensó, presuntuoso como era, que le había arrancado expresiones de éxtasis a la estatua de la Coatlicue, y que su fiera falda de serpientes había caído rendida a sus pies.

De regreso a la vida civil, el espíritu doméstico acometió a Ventura. Se puso el mandil de Etelevina —¿cuántas semanas llevaba sin aparecerse la indigna auxiliar?— sobre el calzoncillo, organizó los emparedados, lavó los platos y limpió el piso; la Princesa preparó café, lavó la ropa y tendió la “cama”. Ventura se atrevió a pensar que con poco esfuerzo y algo de cinismo podía llegar a ser un hombre doméstico.

—¿Sabes lo que está haciendo *Ejercicia*?

—Se llama *Atenea*.

—Está durmiendo sobre la mesa entre los platos, los libros y el florero.

Un chasquido de la lengua de la Princesa le indicó que había asumido de nuevo su identidad ultraterrena e insufrible.

—No sé por qué, pero sospecho que ese animal es retrasado mental.

Meditó un instante, poniéndose el índice sobre los labios y tocando con la yema del dedo el puente de su nariz platirrina.

—También un retrasado mental y un maqui, un entrometido. Ah, y por su mirada puedo deducir que es también un matlacueye.

—¿Matlacueye? —preguntó Ventura siguiéndole el juego.

—Dios de hechicerías y presagios.

Era, sin duda, una práctica de hipocresía. El amor salvaje de Carmina por *Atenea* buscaba atenuantes.

Por alguna razón a La de los Contundentes Senos se le ocurrió hacer el inventario de lo que llamó “las posesiones del frenético”:

—Un pedazo de hule-espuma que cumple las funciones de cama y se instala directamente en el suelo. Dos sábanas; una seminueva y otra sólo digna de estar en el basurero. Una mesa coja a punto de caerse, que sobrevive apoyada en una pared sucia. Una máquina Olivetti en regulares condiciones. Un violín de matachín colgado de la pared. Libros: aproximadamente cien, comidos por la humedad y apilados en cajas, libreros, repisas y distribuidos en el baño, la cocina y el corredor. Dos álbumes de recortes de prensa que testimonian más la fanfarronería que la gloria del autor. Un automóvil VW: apodo: *Ali-*

maña o *El Oprobio* o *Galileo*; de tipo sedán, es el más corroído, deteriorado e imperfecto que haya circulado por calle alguna del mundo. El guardafangos delantero amarrado con alambre. Un tocadiscos afónico y vergonzoso. Varios *ojetos* —Ximena pronuncia mal ciertas palabras no por dislexia o mal alfabetismo, sino por una pedantería antilibresca que considera elegante— diversos, inútiles, que no vale la pena mencionar. Otras porquerías inenabrigables que el autor califica de obras maestras y que se *jallan* en un baúl de pirata.

Luego movida por la agradable reserva de su arcano, Carmina tomó sus ropas y se vistió en silencio. Sin decir una palabra, sin dar un portazo, sin expresar agrado o desagrado, se esfumó. Con las pupilas dilatadas y el cuerpo rígido parecía ya estar en otra parte.

Un segundo después de que hubo desaparecido tras la puerta, incluso antes de que el tercer suspiro hubiera terminado, el frenético (buen epíteto de estirpe homérica, pensó) comenzó a extrañarla.

¿Ahora qué iba a ser de su vida? Otros dos días más. Otros dos días menos. Estar libre de apremios hormonales proporciona a Ventura un sentimiento de poder, especialmente sobre las mujeres, a las que se atreverá a mirar sin avaricia, apenas como parte del paisaje de un territorio que podría depararle leves maravillas, pero que por ahora simplemente no le interesa. Sentir que no hay entre sus piernas nada que lo jale hacia la tierra, hace que su espíritu comience a volar.

Las mujeres: cuando las tienes, no logras entender de ellas ni el gesto más nimio; cuando no las tienes, crees conocer sobre ellas más que Salomón. Ventura apuntó la frase, reconociendo

que la debía más a San Agustín que a su propia inspiración. Todo lo que había escrito en su vida era ajeno de alguna forma. Tenía que aceptarlo. La sensación de que era un escritor de segunda a veces lo consolaba de la tarea impensable de competir por la eternidad. Además había que recordar las palabras de: 1. Felisberto Hernández: “Sé sabio, reconoce tu heredad”; 2. Ernesto Sábato: “Es fácil ser modesto cuando se es grande”; 3. Ezra Pound: “No se trata de robar sino de hacerlo con dignidad, y 4. ¿Goethe?: “De los grandes es ser modesto”.

Los dolores de espalda le impiden permanecer sentado tranquilamente durante cinco minutos sin que deba acomodarse y reacomodarse. Todo su cuerpo es una presencia adolorida y morbosa. Entre sus piernas palpita una entidad que no reconoce como suya. Los achaques lo han obligado a ser más cauto en lo que se refiere a los abusos del cuerpo. De la semana posterior (semana negligente) con la pandilla de Iris Moonlight salió con dolor de cintura, ciática, desgarres musculares, infecciones en lugares discretos y otras dolencias inclasificables. (Ventura decidió no contar aquí los insucesos y excesos vividos con la mujer del show de sombreros y el perrito, con la machorra que escandaliza las buenas conciencias xalapeñas, para no recargar el documento: optó por asignarle los méritos más bien vergonzosos de la aventura al doctor Amóribus.)

El médico le recetó pastillas, cremas, parches medicinales, inyecciones, descanso y circuncisión. Todo lo aceptó menos tres cosas: el descanso, las inyecciones y el corte del íntimo sombrero. La mutilación del sentimental no podía ser otra cosa que un vicio arraigado entre los urólogos, una trama psicótica de los que se dedican al oficio de carniceros de intimidades.

Permanecer inactivo un fin de semana hubiera sido desastroso para su salud mental. El caudal de energía acabaría por hacer que su cuerpo reventara como una vejiga tensa e infecciosa. De modo que nada de cirugías absurdas, nada de descanso. Cómo dejar a un lado la necesaria violencia de los compañeros de básquet, esos cavernarios incomparables. Incurrió, pues, en el delicioso salvajismo cuando se sintió relativamente a salvo de parálisis, desviación de la columna y lesiones irreversibles. Estuvo a punto de romperse el hocico y las costillas contra Mateo Godínez, un esquizofrénico del tamaño de un tráiler, que ponía vida y honra en cada jugada, pero que fuera de la cancha era una hostia consagrada.

Al regresar a su casa todavía sentía en el cuerpo suficiente combustible como para incendiar Roma, atrasar Hungría o leer una Biblia de principio a fin sin saltar un solo evangelio. Buscó un amigo. Optimista confeso, Ventura sabía que sólo los ingenuos, los inocentes, pueden seguir conservando intacta la hormona de la amistad. Y Honorio era sin duda, uno de éstos. Honorio no estaba en su hueco. Sus dos metros de alegre y artística inocencia debían estar tocando jarana en algún metedero poco recomendable. Tal vez Kristoff, pintor soberbio, prepotente, agresivo, elegante, de sangre noble (*Todos los polacos dicen poseer sangre noble, esa es una gran verdad, como aquélla según la cual todas las fiestas de polacos terminan con los machos revolcándose en el suelo y mordiéndole las nalgas a los otros machos mientras sus mujeres los miran indignadas y los critican*), pudiera darle un poco de entusiasmo excéntrico con su delirio de grandeza. Ver a alguien enfermo del mismo mal no dejaba de ser una disciplina saludable. En ocasiones, sentirse humilde daba tranquili-

dad al cuitado: había en ello una sensación como la que sintió después de la primera comunión.

Kristoff no tenía tiempo para hacer migas. Se hallaba en una crisis de creatividad. Llevo ocho *hodas* pintando y me *espedan* doce más, dijo, y cerró la puerta. Lo que hizo sentir a Ventura como el cerdo que envidia las margaritas. Todavía no había podido escribir sino notas aisladas y en general rastreras. Cuando intentaba algo serio la memoria le ofrecía inmediatamente el nombre de un autor que no era precisamente parecido al suyo. Se dedicó a fantasear con las obras que iba a escribir: 1, una novela sobre muchas mujeres desvergonzadas y una individua aparentemente casta que resultara peor que las anteriores; la llamaría *La mujer de ojos persas* o *La otra mujer*; 2, un relato que fuera de principio a fin la descripción minuciosa de una noche de amor de un par de perfectos perversos que terminaran siendo los más impolutos marido y mujer que hubiera concebido la naturaleza; 3, la historia de un adolescente renacentista, perfecto en cuerpo y alma, admirable y digno de ser amado por la humanidad en pleno.

Sobre lo escrito y publicado no quería ni pensar. Ventura arrancó a los veintidós con una novela editada en Buenos Aires. Escándalo mayúsculo de tres meses. Ha nacido el nuevo genio. Luego, diez o doce reseñas, un par de entrevistas escandalosas. Después: silencio, silencio, silencio. Y a comenzar otra vez desde abajo, pero con la miel embarrada en los labios.

Decidió emprender una caminata en torno a Los Lagos. La calma no lo favoreció. Todo le molestaba. Hasta los patos le parecían desteñidos, de utilería. Ya con algo de desesperación, a punto de caer la tarde, buscó a la Princesa de Huamantla.

Había viajado a su lar nativo la muy irresponsable. Algo dejó dicho sobre un pretendiente serio y distinguido, que usaba calcetines del mismo color y se afeitaba todos los días, muy diferente al pobre diablo que perdía el tiempo en divagaciones y que no iba a llegar a ninguna parte que no fuera el manicomio.

Le deseó desde el fondo de su corazón buena suerte. Ojalá llegara a tener American Express.

Pensó en Bárbara. Tal vez ya estuviera más sosegada.

La señora Blaskowitz no tuvo siquiera la cortesía de abrir la puerta de su casa. Sus hijas le habían hecho una especie de juicio público y debió escoger entre el farsantillo y la familia.

A través de una mirilla de la casa de la señora Blaskowitz vio a una criatura gloriosa. Sintió que la vida se le escapaba si no podía mirarla de cuerpo entero y a fondo. En una décima de segundo había recordado unos ojos semejantes que lo obsesionaron desde la infancia. Unos ojos que vio en una foto del álbum familiar. ¿De quién eran? De una prima lejana de su madre, cuyo nombre nadie recordaba. Rememoró también la mirada de Mush, una persa que conoció en Lawrence, que desnudaba un estruendo de amor imposible y reprimido. Revivió con intensidad, como si todo ello estuviera viviéndolo en ese mismo instante, antes de que se cerrara la puerta, el llamado de una mujer que esperaba su paso, apoyada en el balcón de su casa en San Isidro, y sus ofertas atemorizantes, ven, pequeño, puedo enseñarte cosas hermosas que tu hermano ya conoce, no me tengas miedo.

La estocada que partió de los ojos de esa criatura entrevista en casa de la señora Blaskowitz le llegó hasta el sitio más íntimo de su sentido estético y de la vida secreta de sus recuerdos y

ensueños. ¡Dios, Dios, me suicido si no me devuelve el aliento!, pensó.

Se apostó en el parqucito cercano, oculto entre las frondas y se dedicó a fumar. Cuando hubo terminado los cigarrillos, recogió las colillas, y armó nuevos puchos con papel periódico.

Tras ocho horas de espera ya el deslumbramiento se le había embotado y retornó el ansia.

¿Buscar a Iris Moonligh? ¡Jamás! Sería peor que comer estiércol a manotazos.

De modo que Ventura regresó a su casa. Maldijo a la ciudad, a la malhadada provincia, con su aire de alta montaña y sus ínfulas atenienses (*Todo país tiene su Atenas: la de Colombia es Manizales; la de Costa Rica, Cartago; la de México, Xalapa*), su terca orquesta sinfónica plagada de polacos y gringos tránsfugas, sus escritores caníbales y sus teatreros todo el día posando en el café La Parroquia, sus politiquillos falderos, sus eternos estudiantes camorristas y su orgullo cargado de buganvillas y poetas nostálgicos. Añoró la atmósfera grasienta del Distrito, sus lúbricos apretujamientos en el Metro, la babilónica humanidad que se disputaba las calles, las bandas de exóticos que pululaban en sus cafetines y pulquerías.

Ya la noche se aposentaba sobre el Cerro de Macuiltépetl cuando Ventura iba entrando cabizbajo por el corredor que separa y une su casa con las del vecindario. Levantó la mirada para ver las primeras estrellas. Entró. Apartó los platos de la mesa, colocó la máquina sobre ella y se sentó al frente. Tres horas estuvo haciendo gestos, tensando el cuerpo, fumando los mohosos Delicados que había dejado una putangona meses atrás bajo una silla. Se levantó de un salto. Colocó en el toca-

discos el *Concierto para violín y orquesta número 2* de Paganini y se dedicó a dirigir la Sinfónica de Londres. Luego, como poseído, bajó su Markneukirchen del clavo, lo limpió, hizo todo lo posible para afinarlo. Con lágrimas auténticas vio el primoroso polvillo del comején caer sobre la alfombra.

Durmió hasta que lo despertó Etelevina, su ilustrísima y arbitraria auxiliar de servicios domésticos. Llegó bajo la lluvia, como un animal prehistórico, cubierta por innumerables capas de plástico y con un sombrero de playa algo sofisticado para haber sido adquirido honestamente.

Quería ciento cincuenta pesos para medicinas. El hijo de su hermana está en el hospital. Dijo. Ventura le dio doscientos, sabiendo que mentía.

La enfermedad no había sido aliviada por el sueño: seguía avanzando y ahora se agravaba con un tumor maligno, casi mortal: la renovada pérdida de las ilusiones, la certeza de que, otra vez, el amor no existía y todo era dominado por la lujuria, una maldita gorda de aliento cebolluno.

Se apostó con el Markneukirchen sentado en la barda que da al corredor. Lo afinó como buenamente le fue posible sufriendo el comején que destilaba a cada nota y fingió prácticas de melancolías y abandono. Logró desgranar sus mejores habilidades. *(No era un violinista del todo deplorable siempre que tocara en retiro, puesto que entonces le brotaba un geniecillo musical verdaderamente digno de mejor suerte que una ventana sin enredadera y sin dama suspirante, pero bastaba que hubiera un solo espectador para que comenzara a desafinar de la forma más afrentosa.)* En caso de sospecha de amor, que tal era la sustancia de tanta tribulación (el recuerdo de Irgla le removía las entrañas), el

Ventura violinista se enaltecía hasta cumbres verdaderamente peligrosas de puro sublimes. Sin resultado alguno, porque Irgla estaba lejos y no quería saber nada de viejos menesteres de amor.

Cumplido el plazo de velar el recuerdo, el frenético comenzó a pensar en la señora Bárbara Blaskowitz, hacia quien ahora sentía una especie de furor renovado que ocultaba su verdadero nombre.

Atenea, que es la única que puede olerla, incluso cuando no está, se erizó.

Qué hacer, qué hacer, se preguntó Ventura. Tantos proyectos atrasados. La famosa novela de la mujer de ojos persas seguía estancada. Ya tenía el título, pero lo demás era una suerte de lago denso y azul, una especie de hoyo negro que comenzaba a tragarse el resto del universo: *El bárbaro amor*, seguro que era un título grato y sugerente, cursi, como todo lo que emprendía, un poco pretencioso, pero qué título de novela grande no es pretencioso. Pues Ventura no pensaba en cosa chica, sino en obra definitiva e irrecusable: algo que superara y resumiera a todas las anteriores novelas de amor, que incluyera amores castos y terribles, filosofía y cogiditas sabrosas, un texto que bogara entre Lawrence, Sade, Miller, Bataille, Mishima y, por qué no, la señora Nin, buena y vigorosa narración, todo dentro de un estilo brillante, terso y alegre como una sinfonía de Mozart, sencillo y jubiloso como una piecilla de Telleman.

(Pero la musa de las novelas, que debía de ser sólida, majestuosa y conmovedora como lo mejor de Juan Sebastián Bach interpretado en la Capilla Sixtina, a diferencia de la musilla de los cuentos, que tendría que ser esbelta, graciosa, ágil y veloz como una cierva que se pierde en el bosque, se estaba portando tan esquiva como la misma criatura atisbada en casa de Bárbara.)

Soportó Ventura la congoja una noche y un día más. Luego salió a buscar demencialmente a Bárbara Blaskowitz. Cómo olvidar su lirismo sin barreras, su madura locuacidad, su don de la trascendencia, su sentido de la tragedia cotidiana. Menos podría olvidarla ahora que sabía que en su casa habitaba el auténtico ángel del Señor, la niña que había visto fugazmente.

Bárbara y Ventura se miraron con fruición, con gula. No se hicieron preguntas. Simplemente ella subióse a Galileo y silenciosamente retornaron a la casa del placer.

Llegaron como afiebrados a la casita –al cuchitril, allá al fondo del corredor, más allá de los apartamentos de Lili y sus calamitosas hermanas, de una pecosa nudista, de la poeta Estrella de los Campos y sus imposturas–, pensando en la pasada y fingida violación que había resultado de un realismo cuyas huellas todavía estaban presentes en los rostros y en los espíritus de los protagonistas. Acaso supusieran que después de eso no podría haber más allá, a menos que apareciera la auténtica y ficticia pasión de amor. Tal vez coincidieran en que la relación había llegado a ese punto sin retorno, a partir del cual sólo el crimen podría proporcionar nuevas emociones. Acaso se dijeran que los desafueros del Divino Marqués eran disfrutables como literatura, pero que traerlos a la realidad era cosa de locos, de desesperados, de millonarios sin esperanza, de suicidas. Ni la señora Bárbara Blaskowitz ni Ventura podrían entrar en tales categorías. Los dos eran optimistas a su manera. Ella, convencida de el poder del amor, resultaba de una credulidad sorprendente y de una simplicidad inexplicable en una mujer que tras el matrimonio y el divorcio se había entregado a más de media docena de amantes, a cual más depravado e impío. Él,

un ardoroso que buscaba en el sexo, en las fugaces ilusiones, en el deseo de conocer el misterio laborioso de las mujeres o de los violines, un sentido que no podía encontrar en la literatura, en los deportes violentos o en la música.

Había que hablar, claro. No se trataba de ir directamente a la cama –al colchón colocado directamente en el suelo– tan cínicamente .

—Sin amor no puedo, dijo Bárbara, se me seca por completo la fuente.

Luego una nube pasó por su rostro:

—Estuve tocando a tu puerta hace cinco noches y no quise abrirme.

¡Cinco noches!, gritó para sí Ventura: las cinco noches ominosas con Iris Moonlight, oh, *mein Got*, se dijo, se me están acabando las vacaciones y no he podido completar una cuartilla rescatable.

El silencio de Ventura no podía ser menos acusador.

—Eres una cosa haciendo el amor. No dejas que tus sentimientos se expresen.

Cuáles sentimientos, pensó Ventura, si lo mío no es otra cosa que un nutritivo impulso sexual, libre y sin retóricas, por ello lleno de inventos divertidos.

Pero no lo dijo. Sería comenzar una discusión interminable.

Bárbara vestía de seda roja semitransparente sobre una combinación color plátano. Su cabellera era un arroyo de amor y un canto al esplendor de la naturaleza femenina. Los velos –pues eso eran, nada más– ceñíanse a su cuerpo de yegua de alto registro. El botón superior de su blusa estaba descuidadamente abierto. Los brazos se le desnudaban hasta el hombro.

Justo en medio del ajeteo del placer a la señora Bárbara se le ocurrió dedicarse a la epistemología:

—¿Qué sientes? —preguntó un segundo antes de que Ventura cayera al fondo del que el más bragado no vuelve.

En el esfuerzo por responderle, Ventura perdió el hilo de lo que estaba en proceso y se volvió consciente del prosaico golpeo ingle contra ingle, muslo, cadera, sudoración, aceleramiento del pulso y la respiración.

—Sí, ¿qué sientes?

—Pues, siento y ya. Punto.

—No —dijo indignada—: dime qué sientes. Tú pretendes ser escritor y filósofo y podrás explicarme lo que siente un macho cuando está fornicando.

Ventura lanzó el séptimo suspiro de sus vacaciones, que resultó muy parecido al “af” deflatorio de la Princesa:

—Si me pongo a definir lo que siento, ya no estoy sintiendo. Estoy pensando.

Como respuesta la señora Blaskowitz lanzó una andanada de insultos, que recordaron a Ventura sus mejores años con Irgla. Gran personaje, se repitió el novelista: tengo que sentarme a atraparla, antes que la mala vida se la lleve.

Bárbara finalmente y por su lado alcanzó una descarga erótico-emocional que calificó de tres cuartos. Entonces dijo lo de las señales. *(Para la señora Bárbara Blaskowitz la culminación tan añorada está al final de un trayecto lleno de desviaciones, vueltas, fallas, glaciares, remansos, obstáculos y llanuras sin horizonte. Si esa vía no tiene señales, lo más probable es que el pasajero se extravíe y jamás llegue, o que arribe a un sitio que podría asemejarse a ese pueblo llamado Orgasmo, pero que en el fondo no lo es.)*

La vocación de la señora B por beber los líquidos de la vida, la carencia absoluta de vergüenza, la naturalidad con que una vez apurado el trago levanta la cabeza antes sepultada entre los ijares del frenético para sonreír y luego buscar los labios del amante —lo que él interpreta como una forma de purificarse, de compartir el veneno—, todo ello llena de temores y dudas al amoroso. *(Nunca se sabe qué esperar de las mujeres. Son seres volubles, sujetos a corrientes interiores: Todo lo escrito por la señora de Beauvoir y lo pregonado por las feministas me parece no sólo estúpido sino carente de fundamento. De las mujeres no puede escribirse tratado alguno. Son como Dios, de quien Kant se negaba a establecer ciencia o teoría alguna. Simplemente pertenecen a otra región que el hombre nunca podrá visitar y menos entender.)*

Ventura Flemático preguntó:

—¿A qué sabe?

Bárbara no pareció entender tanto cinismo y bellaquería. Estaba muda, anulada de pensamiento y de palabra.

—Creí que eso era lo que querías.

—¿Entonces lo hiciste a propósito? —por fin pudo articular la donosa dama.

—Y tú, ¿lo hiciste a propósito? ¿No sabes que puedes estropear mi reputación con esos actos de circo? Ya te informé que para la comunidad local yo soy un respetable aunque humilde guionista de radio, un corrector de estilo, un crítico literario severo, un académico universitario, no un degenerado.

Silencio. ¿Se estará burlando?, tal vez se preguntó la señora.

—¿A qué sabe?

La pregunta ya no fue amable sino impositiva. Barbie cedió:

—A óxido muriático.

Ventura registró la contestación: sabe a “óxido” muriático. Buena respuesta, muy literaria. La frecuencia con que sus mujeres usaban mal ciertas palabras le parecía un buen indicio literario. Lili había dicho esmeralda “oscura” o algo así. El tono de Barbie ya fue amable, casi pedagógico:

—La lengua, la boca y la garganta, la tráquea, el estómago y hasta el alma quedan tapizados por una película pegajosa irresistible. Toda una queda invadida, manchada, hasta lo más profundo y ya nada vuelve a ser igual.

Bárbara Blaskowitz prefiere apagar la luz antes de iniciar su placer. Carmen la lavandera, no. (Debo escribir sobre Carmelita y su vocación.) Ella encontraba grande gusto en ser contemplada mientras cumplía su altruista labor. (*Eso de “altruista labor” ya lo usé no sé dónde, pensó Ventura. Hay que utilizar otra expresión menos barata. ¿Heróica, samaritana, calculadora, voraz, encomiable, artística? Los adjetivos sobran, pero todos resultaban estrechos.*)

—Nunca podría enamorarme de ti —dijo la señora Blaskowitz mirando de reojo a la vecina Lili, que se había asomado a su ventana.

—Y ésa, ¿quién es? Seguro que ya le apuntaste con tu tripa vieja. Sin esperar respuesta, continuó:

—No parece humano. Pienso en ocasiones que eres un cerdo, un esclavista, un sultán barrigón e insolente.

Ventura la dejó hablar. Era parte de su espectáculo, de su razón de vivir. Una vez que por su capricho y deleite bebió el néctar que ahora le escocía la conciencia de esposa de un ex-alcalde, comenzó a despotricar sobre el amor. (*Y, ¿qué mujer que haya sentido la sangre entre las piernas más de diez veces no se considera erudita en el tema? En general no dicen nada nuevo, repiten con autoridad de doctoras de*

la ley lo aprendido en conferencias, lo que oyeron de sus amigas más avezadas en los baños, lo que les dejaron algunas lecturas o las conclusiones a las que han llegado, como si todos los días estuvieran inaugurando la ciencia del amor.) Ventura meditó. Luego siguió escribiendo en mente: *(¡Falso! Las mujeres tienen una sabiduría insondable, prenatal, sobre el amor. A ellas ningún hombre puede enseñarles nada.)*

El discurso de Bárbara Blaskowitz no fue sutil ni original pero sí convincente. Aseguró que el amor es una especie de alucinación que cada instante del día adquiere nuevo brillo y sentido, y que gracias a él todas las penas se vuelven nimias y la vida cotidiana se transforma en una gran aventura llena de penurias, que acaban en el instante en que los amantes se encuentran a la puerta del templo de la pasión.

Ventura pensó: Estoy de acuerdo, sólo que yo cambiaría la palabra “amor” por la palabra “literatura”. Pero ¿habría algo de verdad en tal aseveración? ¿Acaso no se dedicaba a la literatura precisamente por falta de amor? La imbecilidad, la obvedad, las verdades repetidas muchas veces terminan siendo parte de la sabiduría popular femenina. ¿Qué duda cabe? Aquello de que se escribe para ser amado ¿resultaría profético en su caso?

La conclusión de la señora Bárbara Blaskowitz, después de una serie de rodeos filosófico-retóricos, fue que Ventura no la amaba, que solamente hacía uso de algunas partes de su cuerpo y se dedicaba a torear con paciencia e hipocresía las exigencias de su espíritu.

—Creí que eso había quedado bien establecido cuando decidimos —Ventura vaciló antes de seleccionar la expresión— compartir el pan y el vino de nuestros cuerpos por primera vez: que nos íbamos a usar mutuamente sin complejos de culpa.

—¡Falso de toda falsedad! —gritó la señora Bárbara Blaskowitz perdiendo parte de la compostura.

—Voy a prender la luz —dijo Ventura.

Si Bárbara hubiera visto el brillo de un puñal descender sobre su pecho, no habría reaccionado de manera tan brusca. Reveló una agilidad que parecía ajena a su cuerpo grande, pleno y vigoroso.

—Si prendes la luz será la última vez que me veas en tu vida.

Será muy intelectual, muy del grupo de Mujeres Adictas a las Relaciones Destructivas, muy lectora de Mann en el original, pensó el frenético, pero en lo que se refiere a reacciones y frases pasionales no deja de ser tan original como las peores líneas de una telenovela venezolana.

—La primera vez —Bárbara pronunció LA PRIMERA VEZ en mayúsculas— me agarraste en plena crisis, con una borrachera de muerte y al borde del suicidio, de modo que...

Ventura ya no escuchó el resto, ocupado como estaba en recordar esa primera vez, que merecía las mayúsculas, tal vez mucho más que cualquiera otra primera vez de las de las que registra su Diario. Efectivamente Ventura llegó a la señora Bárbara Blaskowitz un segundo antes de que ella azotara con su bello cráneo el piso, en una fiesta que se celebraba en la vieja casona del único canal de televisión que hay en Xalapa, donde estaban camarógrafos, productores, voces, locutores y personal de mantenimiento, en democrática francachela. Vio a esa mujer grandota y sonrosada como una campesina normanda, frutal como la mejor papaya mamey, hermosa, en la plétora de su madurez impresionante, poniendo su cabeza en el primer hombro que se prestara a su irrefrenable pena: acababa de terminar su relación, definiti-

vamente, ahora sí, con el hombre que había sido su última esperanza de una vida estable, llena de satisfacciones, después de separarse de su horrendo y represor esposo, el seudo italiano exalcalde, que le diera hijas dignas del paraíso, y a cambio estuvo a punto de convertirla en una castrada, en una entidad olorosa a pimienta, perejil y pañales. Lanzó un sollozo sísmico: acababa de mandar al diablo a su primer amante, al que protegió incluso a costa de su dignidad, al que metió a vivir en su casa por encima de la opinión de sus hijas. Particularmente en contra de Trilce, tan conflictiva, tan enamoradiza a los quince años de edad. ¡Trilce, Trilce, Trilce!, ¡ese es el nombre de mi enfermedad!, gritaría meses después Ventura, literalmente afiebrado, sumido en la desdicha de lo que amenazaba con ser un amor fulminante e imposible.

Ya había hablado con Bárbara y admirado la calidad de sus prendas de señora eternamente insatisfecha, y no pudo dejar de caer en el desague sin fondo de su seducción, como todos los hombres que la conocían, pasmado por su don de la entrega, su capacidad de escuchar, su robusta belleza, su maleable cultura, su libertad para hablar, y, sobre todo, su generoso amor, que repartía como peces y pan sin que se le agotara jamás: amaba al barrendero, a la vendedora de tortillas, al farragoso fotógrafo de sociales, al jefe de piso, a los continuistas, al director; amaba al gordo deforme —una especie de amiba ambulante, que cuidaba el teléfono del Canal—, amaba a todos los perros de su vecindario, a los zancudos y a las alimañas. (¿Cómo no va a terminar amándome, se preguntó Ventura, si de todas las alimañas soy la peor?) Obvio: terminó amándolo, puesto que Ventura supo poner el hombro a tiempo —“poner el hombro a tiempo”, la frasecita la usó en uno de sus primeros relatos, a principios de los setentas,

y estuvo a punto de ganar un concurso grandote en España— y extremó su cortesía y solidaridad al punto de ofrecerle un café y un rato de psicoanálisis amateur para que acabara de salir de su agujero. Y cuando ella preguntó, sutil y pescadora, coqueteando entre las brumas, que a dónde, Ventura dijo:

—A mi casa, naturalmente.

No hubo café sino un desconsolado arrastrar del macho por parte de la hembra hacia el lugar adecuado, un apresurarse directamente rumbo a la bragueta, más por ciega venganza contra su desolación y su primer amante, que por ansiedad, más como penitencia y castigo que como placer, un tenderse de ella en la cama, totalmente vestida y decirle ven acá, de modo que todavía sin entender, casi con susto, Ventura se vio entrando en los labios de la señora Blaskowitz, todo su cuerpo convertido en un punto que era también un abismo y su cima.

Tras la escena, que ocuparía un lugar preferencial en la memoria erótico-utilitaria de Ventura al lado de las que configuró Carmelita la lavandera, palidieron todas las demás situaciones y palabras, la cinta del destino se tomó prescindible. (*¿De cuántas escenas dispone un ser humano para revivir sus grandes placeres, sus placeres épicos? De pocas, acaso de tres o cinco; Ventura pensaba que sólo de esos cortos y distantes vislumbres de deleite, bienestar o alivio, podría surgir su literatura, lo propio esencial, su salvación, su diferencia específica con respecto a todos los demás escritores; al fin y al cabo su vida la había vivido únicamente él y sacando cuentas claras resultaba ser una larga, deleitosa y sufriente eyaculación interrumpida por los sueños de amor, de gloria o los falsos intentos de suicidio.*)

—¿Entonces de eso se trata: de un comercio carnal entre tú y yo? ¿De un intercambio de secreciones? ¿De un negocio en el que no hay nada espiritual?

Ventura le hubiera dado muchas razones si Bárbara le hubiese cedido la palabra: que pocas cosas hay tan espirituales como los placeres que se entregan sin tener el reloj de arena de las esencias al lado; que no existe nada tan estético como los encuentros ocasionales; que el ingrediente del juego se va apelmazando con las costumbres y los ritos como una masa de tedio; que el amor es un invento de los monógamos y una perversión de los castrados católicos, apostólicos y romanos. Que sólo los sabios pueden localizar al espíritu en la punta de la verga. Pero la señora no lo permitió. Con un portazo cortó el discurso. Luego asomó la cabeza por la ventana y dijo extremadamente seria:

—Esta es la última vez que nos vemos en la vida.

Ventura lanzó el octavo suspiro de sus vacaciones. Quisiera llevar la cuenta de las veces en que sus mujeres habían repetido las mismas palabras, en idéntico tono y con idéntica decisión. Gracias, susurró. Puso la *Misa de Réquiem* de Mozart en el tocadiscos y tendió una mano hacia la pila de libros. Chéjov seguía siendo superior a la realidad. *Atenea* se bajó de su pedestal y vino a tomar posesión del regazo de su amo.

Tener un amor es como tener un ángel de la guarda, dijo en alguna oportunidad la señora Blaskowitz. Entonces todas las cosas adquieren una brillantez tremenda, hay un sol resplandeciente iluminando el mundo. Nada malo le puede pasar a quien está enamorado.

Irgla

Ventura estuvo de acuerdo en todo. Recordaba –todavía tenía sueños de felicidad edénica– sus amores primeros entre las nieves de Lawrence, Kansas, con Irgla, la mujer de ojos persas. Esos despertares en brazos de lo que parecía el amor cristalizado y sin disculpas, esa dificultad para separarse de su cuerpo, la gran sinceridad, la carga de sí que ponía en cada declaración de amor. Bárbara tras leer lo anterior dijo:

—Entonces, ¿has estado enamorado? ¿No has sido siempre así?

—¿Cómo?

—Un cerdo.

—¿Un cerdo? –Ventura se asombró hasta el fondo más auténtico de su concepción del mundo y de sí mismo. La opinión que tenía sobre su propia persona era bastante benigna y la creía honesta: amaba aunque no tuviera amor, tenía una voluntad firme de ser cariñoso, cordial, comprensivo, incluso con mujeres como la Princesa, que parecía hacer de la autoestima y la vanagloria su profesión de fe, o con Iris Moonlight, que trataba a los hombres con el desprecio de un cirujano amateur y la punta de la bota. En general reconocía que sus hembras habían sido y eran bastante poco dotadas –Bárbara servía de excepción, también Irgla, pero con un ingrediente de ridículo que nunca terminó de soportar– y él las comprendía y las perdo-

naba: no tenían la culpa. Había pocas, poquísimas mujeres inteligentes y éstas se ocupaban de embrutecerse fingiendo pasiones de amor.

—O más bien un lobo.

—Eso me agrada más. Puedo aullarle a la luna con solvencia, aparte de que ya hay un precedente célebre que me acomoda.

—No, ahora que lo pienso mejor: eres un buitre.

—Gracias.

Luego se disculpó. Cruzó una pierna airosa y Ventura no pudo menos que admirarla. La señora Blaskowitz debió de ser una adolescente que comparada con Laura, Beatriz, María, la Dama de las Camelias, Lolita, Friné y el resto de las inmortales, terminaría ganándoles por una nariz. Era sin duda el molde del que había salido el arcángel que vislumbró en su casa (¡Trilce, Trilce!). El escote en “v” ofrecía más de lo justo y necesario de sus senos al observador. Los párpados y los labios tenían una caricia de color lila pálido que les daba un aire floral. Sobre su cuerpo se plegaba cariñoso un vestido malayo de finísima tela de algodón tramada con filamentos de plata.

—Siempre pensé que iba a terminar doblando las manitas con una mujer que tocara piano.

Bárbara no entendió la relación. Siguió el rumbo de su plática.

—Hay que ser sinceros. No eres un buitre. Por lo menos para mí no eres un buitre. Creo que tu brutalidad, tu falta de cortesía son defectos que me gustan. ¿A quién se le ocurre decirle a una mujer en el instante previo al orgasmo: Me gustaría hacerle esto a la niña que vi en tu casa?

Ventura se sorprendió auténticamente. No recordaba haber dicho tal cosa. Pero conociéndose, sabía que era una frase sólo

digna de sus labios. Mil veces le había sucedido que le contaran cosas sobre sí mismo que no recordara y que le parecieran enormes torpezas. ¿Acaso no le había dicho a la misma Bárbara “tu piel está todavía lozana” en un momento en el que ella se hallaba en la crisis de la segunda edad?, ¿y no había calificado los senos de la Princesa como el parque de diversiones eróticas más grande del pueblo?

—No, Ventura, eso no se dice. Eso nunca se le debe decir a una mujer.

—Pues yo lo digo.

—Entonces, ¿reconoces que eres un bruto?

—No, no soy un bruto. Soy un hombre sincero, nada más. La sinceridad es para mí una especie de piel más esencial. Cito a José Martí: “Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y hablar sin hipocresía”.

—Tienes un problema grave de personalidad: confundes el cinismo con la sinceridad. Los cínicos hacen el mal a sabiendas, sus lenguas son un matadero, chapotean en sangre y miseria humana, gozan con tal actitud. Los sinceros sólo hablan cuando saben que no perjudican a los demás.

—El que se dedica a lo mío no puede ser bueno ni aceptar el mundo como si estuviera bien hecho. La maldad me conviene más, el escepticismo. Otra actitud me llevaría a escribir telenovelas.

Esas palabras conmovieron y sembraron la duda en la señora Blaskowitz. Su debilidad eran las frases célebres, pero no por esnobismo —como sucedía con Irgla—, sino por auténtico don de vivir la filosofía. Un tufillo de grandeza, de trascendencia, en cualquiera de sus manifestaciones, la mareaba, la entregaba atada de pies y manos.

—Eres un campesino, Ventura.

Lo pensó un instante, se llenó el pecho con el aire de la resignación.

—Poeta y campesino, eso eres. Tienes todo lo bueno y todo lo malo que puede tener un campesino. Pero a veces sabes ser poético.

Ventura supuso que debía enorgullecerse en silencio. Era el primer elogio que no hedía a estiércol entre los que le había tocado padecer desde lo de Irgla. También a Beethoven lo habían llamado campesino, campesino del Danubio.

Esa noche comenzó a pensar en un personaje excepcional, especie de cima de la naturaleza humana, crisol de todo lo bueno y todo lo malo, un adolescente que hubiera escapado irresponsablemente del paraíso y al bajar a la tierra tropezara con el mejor maestro: el demonio, es decir, una hembra madura y divorciada.

Y dos días más tarde pensó que un poco de suerte, reclusión y disciplina le permitirían escribir un buen relato. Siempre que no apareciera una mujer, un violín medianamente atractivo.

No pudo escribir ni una palabra. O las reflexiones de la señora Bárbara Blaskowitz hicieron mella en Ventura o algún oculto malestar de soledad trascendental (*Hay también la soledad cotidiana, contingente, que ataca cuando entre las personas no se establecen relaciones profundas, sino de interés epidérmico*, escribió) le atropella las certezas y le vacía sus reservas de optimismo. O tal vez se trate simplemente de que, como sostenía el doctor Astor (amigo de Iris Moonligh), alguna glándula está segregando más o menos hormonas de las convenientes. O acaso fue que sucedió o dejó de suceder algo. O que le entró un sentimiento

de pequeñez, de insignificancia al escuchar la *Misa de Réquiem*. O que sintió súbitamente y a la traición la necesidad de Dios o la felicidad animal de saber que en su casa le espera una mujer, su mujer, con la que compartiría el arado de los años sobre la piel, tendría hijos y vería acercarse serenamente el emocionante misterio de la muerte. *(Nunca le había asustado la certeza de la muerte; su idea sobre lo que le esperaba al otro lado se dibujaba como un jardín de deleites, en el que se encontraría con Irgla y las personas que amó y las que amaría, y repetiría, con infinitas y gozosas variaciones, los mejores instantes de su vida terrena.)*

Salió a buscar algo de calma en la calle, tropezó con la Princesa en Lucio, frente a Chedraui, y por primera vez no quiso traerla a casa. Ventura todavía no logra entender cómo puede subsistir una relación tan estrictamente sexual, sin ilusiones, sin intereses, sin palabras cariñosas, ridículas y consoladoras, sin planes y expectativas.

(Acaso yo también sea para la Princesa solamente un cuerpo, un semental. Tal vez ella les diga a sus amigas: Es muy simple: me da buen rendimiento, no es mala persona y exige poco, apenas los fines de semana, y sus caprichos no son difíciles de cumplir. Sólo se pone pesado cuando se le ocurre tocar el violín de mendigo o leerme las insensateces que escribe.)

La verdad es que Ventura no puede evitar el sentimiento de inautenticidad, de tergiversación, cuando besa a la Princesa y asiste a su cháchara. Incluso su relación con la señora Blaskowitz termina siendo mísera y lamentable. Si hubiera de ser honrado, si escuchara su mandamiento interior, ese absurdo, incoherente, irrepetible mandato, origen de alegrías y terrores infundados, ese incomunicable, imperativo personal que no

obstante se muere de ansiedad por ser comunicado, ese grito personal en la noche de los tiempos de Kafka, Ventura mandaría a todas esas mujeres al infierno y... ¿qué haría?

Ya faltaban cinco días para que terminaran sus vacaciones y no había ido más allá de escribir grotescas notitas tan faltas de sustancia, tan líricas y desechables como las efusiones del Diario de Bárbara.

O quizás un desconsuelo tan mortal tuviera su origen en la niebla terca que prevalecía por semanas, en la lluvia devastadora que la borraba dejando el cielo limpio y el mundo en su lugar, para que luego viniera el chipi-chipi roñoso que podía durar un mes. ¡Las islas griegas!, allí era donde debía estar, bajo el sol más radiante, donde las cosas son más desnudas y esenciales y el aire el más transparente del mundo. Allí podría ser el atleta, el sabio, el filósofo, Platón, Carlomagno, Byron, Alcibíades, Fedón, Rimbaud, Artaud, Mishima, no esta cosa triste y fornicante, incapaz de levantar el hocico del suelo.

La nostalgia, el malestar, la saudade han llegado a un extremo tal que Ventura ha dado en pensar que podría llamar a Irgla, lo que ya es el colmo, hundirse conscientemente en las viejas y fangosas aguas y reiterarle que ella ha sido su único y verdadero amor. Su único y verdadero amor, y que más allá no espera nada. Y que cómo recuerda los primeros días, cuando ella no había comenzado a odiar sus costumbres, sus encierros tortuosos, su necesidad de estar a solas. (*Cuando le preguntaron a Miguel Ángel que por qué se encerraba a solas tanto tiempo, respondió: Porque sólo así puedo hablar con Dios.*) Y cuánto sufría haciendo de imbécil al lado de ella, perdiendo el tiempo despiadadamente y sonriendo a tanta gente insulsa, ignorante y altiva que

la rodeaba. Y cómo recuerda las larguísimas sesiones de besos blancos, las tardes enteras que podían pasar sin otros vestidos que sus almas, mirándose nada más. Aunque... había que decirlo, el gozar con ella había sido siempre un acto antiséptico, hospitalario, casi caritativo, sin pasión, sin morbosidad (*esa misteriosa instancia que diferencia al hombre de los animales y le proporciona las mayores, a veces más vergonzosas y terribles emociones*). Mientras que, paradójicamente (*acaso para disfrutar a fondo se necesita una dosis de desprecio y de irrespeto*) en la Princesa y en Bárbara sí encontraba excedidas las condiciones de morbosidad, los juegos, los excesos —que con Iris llegaron a ser insoportables— que hacían de esas relaciones acontecimientos impredecibles, independientes del futuro, de la honestidad o del compromiso. Hubo, claro, el atractivo de ir rompiendo poco a poco la costra de santidad (de fingida santidad, luego lo sabría) que envolvía a Irgla, de ir educando a costa de largas, profundísimas, desgastadoras y humillantes disputas. La relación había sido compleja e insatisfactoria: Irgla nunca terminó de entregarse, tal vez como un resabio de su paso por el colegio de monjas, donde sin duda le inculcaron que lo único honesto era darse al Señor. Lo suyo era la construcción de un mundo simbólico, mágico y místico, cuyos santos patronos fueron san Octavio Paz, Sor Juana Inés de la Cruz y una escritora para señoras llamada Emma Godoy. Todo en ella terminaba reducido a una inextricable maquinaria de artificiosidad contra la cual era imposible luchar.

Ventura miró a *Atenea*. Su barriga era un tonel apenas sostenido por sus patas. Acababa de engullir medio kilo de corazón de res ligeramente cocido y había bebido un litro de leche.

Dichosa *Atenea*, no tiene problemas de conciencia, sólo de digestión, se dijo. Cuando le llegue su momento luchará en los techos para que la monte el macho de su preferencia. Después regresará a su vida apoltronada. La Princesa vio en un hombro de Ventura las huellas de la noche violenta. Con su habitual actitud de nunca interesarse verdaderamente por nada, preguntó qué era eso. Su dedo índice izquierdo, formando un arco perezoso dominado por la gravedad, señalaba con displicencia, y en sus labios esbozaba una media sonrisa que quería decir: *Sweetheart*, la verdad es que no me importa, pero te hago la pregunta como una atención a tu vanidad de macho.

Ventura se observó en el espejo. Sonrió orgulloso: después de haber perdido la fe en el amor, o en lo que creía que era el amor, por fin llegaba una pasión que dejaba rastros. La separación de Irgla, con la escena cinematográfica del BMW tras el destartado Volkswagen, había sido una especie de gran borrón, una tachadura en su vida, como una vía muerta, un callejón sin salida. Recuerda que una vez tomada la decisión de terminar con el asunto, se dijo: Bueno, ahora las individuos han dejado de ser personas dignas de respeto, deseos o amor y se transforman en socios con los que intercambiaré necesidades y satisfacciones. Las redujo, las quiso reducir desde entonces, a entidades poco dignas de confianza, seres pequeños y mezquinos, con aspiraciones tristemente cotidianas, rastreras, viperinas. ¡Abajo las debilidades y la sensiblería, arriba el Divino Marqués! Pero no pudo: algo lo hacía reblandecerse cada vez que se encontraba con una hembra propicia. Cada una de ellas tenía su gracia y su don, no había violín sin encanto, por modesto que fuera. No podía simplemente utilizarlas, sino que se enre-

daba en sus cosas, se hundía, se complicaba la vida, terminaba como consultor sentimental, como confesor o psicoanalista, haciendo lo que hace graciosa o despiadadamente Eleuterio Moon, el protagonista de su *Doctor Amóribus. Diario de un frenético*. Llegaba a amarlas de forma elemental. Cada mujer tenía su melodía y como buen músico sabía apreciarla. Hablemos del famoso *Diario de un frenético*: se trataba de un escueto currículum genital, que publicaba en una revista local: en él cifraba sus aventuras de forma elemental, sin intenciones literarias. Tan elemental que toda la ciudad se enteraba de las identidades ocultas.

Inconfundibles, simétricas, como modelos perfectos para mecánicos dentales, estaban en su piel grabadas las 32 huellas dentales de la señora Blaskowitz.

—¿Qué es eso? —insistió la Princesa.

—Son las marcas de los dientes de mi otra amante.

—Bah —exclamó con estudiado desprecio—: es de las que muerden.

—Todas las mujeres muerden tarde o temprano.

—Pero unas por rabia y otras por amor. ¿Por qué te mordió, por rabia o por amor?

—Un señor calvo y bastante sabio dijo que amor y rabia son lo mismo.

—Debía de ser homosexual.

—Casualmente sí fue homosexual.

—Cuéntame cómo estuvo la cosa —frunció la nariz y comenzó a limarse las uñas; sus pies se hallaban empollados por el denso nido de su barba de profeta, sus pechos eminentes descansaban sobre un heroico portabustos—. Estoy aburrida. Además... —se

detuvo. Paseó por la habitación una ambigua mirada en la que había cien gramos de tristeza y una cantidad indeterminada de otros ingredientes que Ventura no supo calibrar.

—No fue nada complicado: hace unas noches nos pusimos de acuerdo para que yo la violara. Cumplí su capricho. Ni ella ni yo nos lamentamos del asunto. Hasta el momento los vecinos tampoco han protestado. La poeta Estrella de los Campos me guiñó un ojo y aplaudió con las yemas de los dedos un par de días después.

—No estoy de acuerdo con esas patanerías. ¿Qué clase de educación te dieron tus padres?

Ventura permaneció en silencio. La Princesa nunca estaría de acuerdo con nada. Para que gozara había que forzarla con el tacto del que trabaja una caja fuerte o una bomba de tiempo. Todos los días traía entre manos algún secretito que esperaba ser resuelto y al que había que convertir en el alma de cualquier situación. Su secretito de la noche parecía ser muy importante, pues en el rostro de Carmina Ximena jugueteaba una sonrisa de triunfo, difícil de entender en su habitual empaque de hembra escéptica y hermética saturnal.

—Eres un degenerado. Ni siquiera eres original: copias lo que lees en libros de algunos malditos pervertidos.

—Un degenerado de la especie *bibliophilus mostriloide*.

Ahora fue la Princesa quien calló: detestaba que alguien usara palabras desconocidas o *muy muy* eruditas en su presencia. El caso es que a Ventura no le bastaba el Diccionario de la Real Academia y de vez en cuando fatigaba con neologismos, diría el ciego.

Vamos a Los Lagos, dijo Ventura. Vamos a Los Lagos, respondió la hermosa totonaca.

Fueron a Los Lagos a contemplar el chapoteo nocturno de los patos en el agua sucia.

—El mundo anda bastante mal —aventuró la Princesa.

—Y nadie sabe qué tan mal. Me informaron que el mundo se va a acabar. Se lo va tragar un enorme hueco que se está abriendo en el centro de la Vía Láctea.

—¿Y eso a quién diablos le importa, si tardará cuatrocientos mil millones de años en tragarse a la Tierra?

A Ventura le sorprendió que estuviera enterada del asunto.

—Eso es lo que afirman muchos astrónomos, pero están muy equivocados: el universo tiene atajos incomprensibles. Dentro de un segundo todo esto puede esfumarse. Además existe la posibilidad de que dentro de un millón de años estemos repitiendo esta misma vida.

—Entonces vámonos rápido a tu casa a ver si me das el primer orgasmo de mi vida.

Ventura la miró rencoroso. Ese no era el estilo, *el esquema* de la Princesa. Había algo tras su solicitud. Además estaban llenas de falsedad sus palabras. Le había localizado tres orgasmos en un solo fin de semana. Quizá no hubieran sido desquiciantes y mortales, pero sí auténticos.

La Princesa llegó temblando al colchón. Estaba a punto del llanto. ¿Qué le pasaba?

—Estoy asustada. Creo que tienes razón y en cualquier momento ¡paf!, se acaba todo el argüende —continuaba mintiendo, evidentemente. No lo miraba a los ojos.

Ya lo sabía el frenético: una mujer asustada o con problemas es mejor en la cama, más placentera, e incluso peligrosa, que nadar en medio de los arrecifes cuando la calma del cre-

púsculo anuncia tormenta. La Princesa se abandonó a la marea de su sangre poco común y por primera vez fue ella la que tomó la iniciativa. Ventura encontró un nuevo deleite en descubrir que dadas ciertas circunstancias una mujer (*cualquier mujer*, se apresuró a generalizar el científico del amor: *si hay seres a los que se deba aplicar la inferencia lógica esos seres son las mujeres, sujetos altamente previsibles: conociendo a una se conocen todas las demás*, escribió mentalmente. Luego recordó que días antes había escrito exactamente lo contrario. Bendito sea Dios que hoy sólo me he contradicho catorce veces, San Pablo *dixit* y Ventura aprueba) puede transformarse en un ser radicalmente diferente.

Por primera vez gritó jubilosa y abiertamente. Al otro lado de la pared la poeta Estrella de los Campos seguramente volvió a aplaudir. Poliomiéltica y sin macho, y no por ello amargada, como buena vecina sabía apreciar el espectáculo de una buena noche de amor aunque tuviera que vivirla solamente de forma vicaria gracias a su imaginación y ayudada con su fino aparato auditivo y su magna oreja derecha y una especie de trompeta neumática que aplicaba a las paredes (lo que sabría un año más tarde Ventura, en la fiesta de sus treinta y tres años).

Carmina Ximena gritó como atrapada por el anzuelo definitivo. Se aferró con uñas y dientes y al culminar permaneció adherida como si estuviera en medio del torrente de un río desbordado y fragoroso, asida a la última piedra antes de llegar a una cascada al final de la tierra. Después dio dos o tres coletazos de delfín fuera del agua y cayó dormida o desmayada.

Una vez que pasó el desvarío, Ventura, convencido de que algo poco convencional había sucedido, sintió la necesidad de

tomar unas cuantas notas en su cuaderno de contabilidad. Tal vez le sirvieran cuando comenzara a escribir La Novela.

Observó el sueño de la Princesa, desparramada sobre la cama como si un gato hubiera jugado con la madeja de su vida. Sus pechos de Venus de Willendorf y diosa africana descansaban uno en otro del difícil oficio de estar pendientes de un cuerpo que no les correspondía.

Acaso lo había dicho en serio: el anuncio del fin del mundo dentro de cuatrocientos mil millones de años tal vez propiciara su primer auténtico orgasmo.

Avanzó desnudo hacia la mesa de la cocina, apartó los platos, tomó su cuaderno, empujó con el codo a *Atenea*, que insistía en acostarse en su regazo. Y escribió: *Hay una gran diferencia entre la relación erótica que tengo con la Princesa y la que establezco con Bárbara. La gran criatura tetona de Huamantla es más fresca y paradójicamente más hipócrita. Siento que hay una mayor intimidad entre mi payaso y su sonrisa. Por el contrario, mi payaso trata a la sonrisa de la señora Blaskowitz como trataría una solterona beata a otra: se conversan con gran cortesía, pero manteniendo la distancia y ocultando que en el fondo se desprecian. Al yoni de Bárbara Blaskowitz se llega en primera instancia; al de la Princesa como a la última alternativa. Bárbara domina; la Princesa quiere ser dominada; a la primera le gusta dar placer, a la segunda recibirlo. Sin embargo las dos —y prácticamente todas las mujeres— son medidas, piden tiempo, paciencia y arte. Me agrada mucho más conversar con Bárbara: tiene algo en la cabeza, aunque lo diluya finalmente en sus vértigos fisiológicos —ay, como todas las mujeres—. Con la Princesa es imposible hablar: sólo es viable escucharla como quien oye el canto de una cigarra y espera que reviente o que se*

duerma. A veces suelta un gracejo que vale la pena recordar: “Me faltan tres embarazos para terminar mis estudios”, “a la flaquita huesudita la perjudicó un malhombre retrechero”, “¡juy, eso sí que es un mitocornio!”, pero en general parlotea como el que limpia una mazorca grano a grano con la uña del pulgar izquierdo.

Ventura leyó lo escrito. ¿Tenía alguna importancia, algún sentido, encerraba una verdad fundamental, transformaría aunque fuera una micra a quien lo leyese, revelaba datos iluminadores sobre la condición humana o cuando menos la femenina?, ¿era emocionante y digno de ser leído por los habitantes de Tristan da Cunha, Trípoli, Boca Ratón, Sioux Falls o Yuridia? ¿O se trataba simplemente de transcripciones miméticas y fragmentarias de realidades banales, apuntes hechos aprisa para satisfacer la vanidad creadora ya seca, impotente, risible?

La Princesa despertó a media noche. Ventura la escuchó moverse por la habitación. Parecía estar caminando con sigilo. Tardó en salir. Estaba completamente maquillada —era fácil conocer el tamaño de su enojo por el peso y minucia de su maquillaje— y su cuerpo de mujer que ha llegado a lo mejor de la vida se levantaba vibrante sobre los tacones de sus falsas zapatillas Edith Piaf. Su pecho operático la hacía encarnar a la más perfecta diosa de la fertilidad. Se apoyó en el quicio de la puerta. Lo estuvo mirando directamente, con las pupilas fijas y por fin dijo:

—¿No te diste cuenta?

Sí creía haberse dado cuenta de *algo*, pero no quiso complacerla.

—¿De qué?

¡Mujeres, mujeres!, cuándo aprenderán a vivir sin sentirse dueñas del escenario, pensó.

—Bueno, eso pasa tarde o temprano. No hay por qué hacer tanto aspaviento. Tú como psicóloga debes saber que unos animalitos llamados glándulas segregan hormonas y...

La Princesa lo estaba mirando con lástima. Las ventanillas de su nariz aleteaban furiosamente. Poco faltaba para que levantara el vuelo. Parecía que se iba a poner a berrear. Era necesario llamar a la Cruz Roja o a los bomberos. Ventura fijó los ojos en el cuaderno y siguió escribiendo. De reojo vio que la Princesa había puesto una mano sobre el pomo de la puerta de la calle. Ni siquiera le preguntó si quería que la llevara a su casa.

Antes de salir dijo:

—Me caso el próximo lunes en Puebla. No te mandaré invitación porque sé que serías capaz de ir a felicitar a mi marido y preguntar nuestra dirección para ir a visitarnos y a meterte por la ventana.

Como Romeo a su Julieta, pensó Ventura, y se dijo: no sería mala idea. Hasta me podría servir para mi novela de amor.

La última mirada de Ximena Carmina fue la del amo que detesta al perro del vecino, lo rapta, y va a dejarlo perdido en el sitio más alejado de la ciudad. Una obra de arte. Ventura imaginó los aplausos de un público delirante.

Sueños

Se despierta con las sábanas adheridas al cuerpo. Acababa de ver unas escalinatas. Cuatro individuos estaban sentados sobre ellas. Lo reconocieron. Comenzaron a hablar sobre su literatura: superficialidades, escándalo, vanidad, egoísmo, erudición de manual, ansia de figurar, ambición, falta de grandeza, explotación de la mujer. La enumeración seguía. Sólo pudo captar claramente una frase:

—Cuando un escritor comienza a auto fecundarse, a hablar solamente de sí mismo, a convertirse en el héroe de todas sus obras, puede darse por muerto. Más le valdría beber su propio esperma.

Ventura sintió asco. No sabe si causado por el desprecio de los hombres o por el reconocimiento de que tenían algo de razón o por la perspectiva de beber su propia simiente. También se vio en una ciudad desconocida. Viste andrajos. Siente que nada le importa. Nada le interesa. Busca sus libros en las librerías pero no los encuentra. Ve con malestar siempre el mismo título. Todas las librerías están ocupadas por diversas ediciones del mismo libro, *Cien años de soledad*. Cuando pregunta por sus libros, los librereros le responden invariablemente con gestos de conmiseración.

—¿Usted es el autor, no es cierto?

—No. Soy amigo del autor.

—No tenemos esos libros. Nunca los tuvimos.

Ventura no les cree. Recorre los estantes. Busca. Deben estar por ahí, escondidos. Mis libros existen, lo sé, nadie va a convencerme de lo contrario.

Ahora se ve caminando bajo un diluvio. Las calles son ríos tormentosos. Los drenajes vomitan piedras. Las corrientes arrastran automóviles. El viento derriba postes de luz. En el cielo se abren grietas por las que comienzan a caer entidades repulsivas.

Ya estaba comenzando a interesarse en esa especie de fin del mundo y sopesando la posibilidad de escribir sobre el tema, cuando súbitamente se encuentra en una playa. Los colores del cielo y del mar son excesivos, casi ridículos. Parece ser una versión degradada y cinematográfica del mundo. Está al lado de una casa abandonada, cerca de un muelle.

Está en el pozo, dice una mujer que se parece a la Princesa de Huamantla.

Ahora se encuentra en la sala de la casa de Bárbara Blaskowitz. Está sentado en un sillón, con las manos sobre las rodillas. Todo su cuerpo rígido, las articulaciones petrificadas. La familia lo rodea. Una adolescente angélica, la hija mayor de Bárbara sin duda, tiene las piernas desnudas, está tendida en un largo sillón. El soñador piensa que es más hermosa que *La odalisca* de Mariano Fortuny, más displicente que *La maja desnuda* y que tiene la incorrupción perversa de las niñas de Carroll. Se levanta las faldas y muestra su pubis, rosado y lampiño, tan tierno como los labios de un niño de pecho. Ventura se acerca con una especie de divina ebriedad. Se tiende sobre Trilce. Otra niña, también hija de Bárbara, advierte las intenciones malignas de Ventura.

La señora Blaskowitz sonríe:

—Déjalo, es un inocente. Su pecado es entenderlo todo al revés.

Ventura se pone de pie, todavía con las articulaciones tiesas. Siente que algo truena, como palomitas de maíz dentro de su boca. Algo sólido, de origen inexplicable, está suelto. Ya sabe qué es: un molar inferior. Lo escupe. Lo ve sobre su mano. Sigue escupiendo dientes y muelas hasta que sus dos manos juntas no pueden contenerlos. Ventura se acerca a un espejo. Ve en el reflejo a un anciano.

Despierta horrorizado. Hace casta etear sus dientes. Están en su sitio. Suspira. Es el octavo ( novenos?) suspiro. Sabe que hoy el despertar ha sido una tregua, pero sospecha que no durar a mucho.

Cumpleaños

Ventura cumple treinta y dos años y decide no celebrar. Faltan tres días para que terminen las vacaciones. Tres días que podrían ser enormes y productivos. La Princesa parece haber montado en su caballo para perderse en el horizonte definitivamente. Bárbara sigue ofendida y con suerte seguirá así otra semana.

La idea del relato sobre el hombre magnífico sigue rondándolo. Aunque sea sólo eso: un texto sólido, Diosito, uno solo, para no sentir que se me va la vida en vano.

Etelvina abrió la puerta con su llave indiscreta y sin pedir permiso. Se considera dueña del territorio y se permite cualquier libertad. Cuando Etelvina encuentra una mujer dormida en la cama de su patrón, sólo dice hum y se dedica a hacer las labores sin ninguna diplomacia. Odia a morir a la Princesa y no desperdicia oportunidad de demostrárselo. Con Bárbara no se mete, pues es demasiado grande y demasiado blanca. Esas eran sus razones.

—No quiero que trabajes hoy —le dijo—. Voy a escribir.

—Hum —respondió.

Pero cobró cara su ausencia. Solicitó un préstamo para la peregrinación de “la señora Lupita”.

La mentira era elemental pero no había tiempo para sutilezas.

Toma, le dijo, empujándola hacia afuera.

Lo mismo me pasa con las mujeres y los violines: les tiro pero no los alcanzo, pensó.

Pensar era una enfermedad que lo acometía cuando pasaba demasiado tiempo sin escribir. Entonces generalmente comenzaba a caer hacia atrás, hasta llegar a los recuerdos que quizás ni siquiera tenía y que había inventado para una novela (otra novela) que algún día iba a escribir, y cuya consigna sería decirlo todo, cueste lo que cueste, hablar con el corazón en la mano y tener presente a Dostoievski: si tan sólo pudiera escribir, acercarse, rozar la enorme sinceridad, la hondura, la humedad magmática, la fuerza de Dostoievski, se daría por satisfecho.

Corrió a buscar un teléfono.

La voz de Irgla pareció ser un eco de la de Ventura. Sonaba escéptica, apagada, indiferente al mundo. Los dos fueron comprensivos pero también inflexibles. La separación era irrevocable. Es lo mejor para los dos, se escuchó decir Ventura, y en ese instante sintió la fetidez del antro donde se había metido. Pero no. No era el sitio. Era la hembra asquerosa, su propia conciencia, que se reclinaba sobre su espalda y repetía soñadora: “Tienes razón: es lo mejor para los dos”. La maldita, la mil veces inoportuna, estaba ahí, adhiriendo su cuerpo seboso a la espalda de Ventura: “¡Imagínate, tener a esa doña Perfecta en casa! No podríamos andar magullando culitos”.

Ventura cerró los ojos. Hizo un esfuerzo para concentrarse.

Irgla seguía hablando con voz de madrecita de Calcuta:

—Al releer *El lobo estepario* te he comenzado a entender más que antes. Te admiro profundamente, casi te venero, pero no puedo coexistir con tu...

¡Ah, maestra de la cultura de supermercado y enciclopedia!

Ventura ya lo sabía: a partir de ese instante comenzarían los reproches y los insultos. Habló rápidamente y en voz muy alta para impedirle protestar:

—Disculpa. Tengo que colgar. Se me acabaron las monedas. Adiós —se le astilló la voz—. Ya sabes que no te olvido (¿Quién va a olvidar a la sobrinita más mona de Greta Garbo y María Félix?).

Lo último que pudo escuchar fue un sollozo que se confundió con un “te amo”.

Ventura sintió que la mano de un muerto, que podía ser su propio espíritu, le agarraba el cuello. El aire estuvo a punto de irse. Sabía que si continuaba acariciando su pena iba a llorar y eso sí que sería insoportable. Se dio tres golpes con la palma de una mano en la frente y echó a caminar. Recordó que alguna vez en una borrachera había recorrido cinco kilómetros del malecón de Veracruz llorando al tiempo que gritaba, ¡maldita Irgla, maldita, cómo te amo!

Una lágrima terca se escurrió de su carúncula derecha, la más sentimental (escribió). Lanzó el noveno suspiro.

Trilce

Aunque faltaran sólo dos días para el fin de sus vacaciones Ventura supo que no iba a poder escribir. Le pesaba el haber llamado a Irgla, haberse lastimado a solas y sin provecho. Era indispensable serenarse.

Tomó un libro de Cavafis y buscó un sitio tranquilo. Ya instalado en una banca del parque de Las Ánimas, se dispuso a disfrutar de la sosegada y feliz tristeza de esos poemas que le acariciaban los rescoldos más tiernos, más delicados y misteriosos del espíritu.

Como una auténtica revelación, viviendo algo que agitaba su alma como la flama de una vela en la tormenta, vio a quien no podía ser otra que Bárbara, pero en su pubertad gloriosa: Trilce, la criatura que entrevió por la mirilla de la casa de su amante. Con la naturalidad que tienen las entidades de los sueños, la niña se acercó sonriente. Portaba un violín, partituras, y preguntó, como si lo conociera de años, sobre la forma en que había descubierto su refugio secreto.

—Eres *el amigo* de mi mamá. Te he visto muchas veces desde la ventana de mi cuarto. ¿Por qué nunca has entrado a casa? —sabía hablar en cursivas sin cicatería, hablaba con avidez, con emoción, como si de cada palabra suya dependiera el orden del universo.

Ventura recuperó el aliento. Pero no supo qué decir.

—Te invito a tomar un café —dijo la niña—. Tengo que hacer tiempo antes de un concursillo en la Facultad de Música y necesito serenarme.

Ya instalados en el café La Parroquia, la escuchó hablar. Tendría quince, catorce, quizás dieciséis años pero era una mujer. La adolescente más hermosa del mundo, una auténtica hija de dioses, un personaje de Cavafis.

Menuda y rubia, de facciones delicadísimas, se antojaba una ninfa desbrujada. Había en su forma de mirar algo como una aristra indescifrable. Una especie de candor que parecía ocultar un payaso de sorpresa. Vestía de acuerdo a su imagen, con una túnica anacrónica pero sugestiva que desnudaba su cuerpo en parte y en parte lo insinuaba. A más del violín, al que ha dedicado su vida hasta al punto de sacrificarle su infancia, Trilce dijo adorar (la conciencia sucia del frenético lanza un je je obsceno haciendo su aparición envuelta en un espantoso olor a mariscos descompuestos, algas sucias y aceite quemado) la literatura y tener una debilidad casi fastidiosa por los hombres maduros. (¡Cuando el diablo está cagando, del cielo le llueve mierda!, exclama la señora conciencia sentándose en el regazo de Ventura, que tiene que seguir viviendo como si el espantajo no estuviera ahí.)

—¡Pero los hombres maduros son tan infantiles! —exclamó asumiendo un gesto digno de ser eternizado. (Si tan sólo pudiera atrapar esa expresión, hacer que el lector la sienta y la viva, pensó Ventura, sabiendo que repetía algo ya escrito y ya vivido.)

—Los ingenuos creen que la asustan a una con sus miradas descaradas, cuando la verdad es que todas las de mi edad ya sabemos en lo que están pensando. Puros sueños cochinos.

Ventura no vio a Bárbara hasta que estuvo de pie al lado de ellos.

—¡Deberías estar en la cárcel, malnacido! —le dijo en voz baja.

Y no era para menos. La debilidad por las jovencitas, que era tan natural e inocente para él, resultaba enfermiza, según Bárbara, si se hallaba presente, como obsesión, en casi todo lo que había escrito. Todas las adolescentes le gustaban, pero particularmente ésta. Le gustaba mucho más que su madre. Más que tocar violín en una isla desierta o jugar básquet a mediodía o leer un buen libro de principio a fin en una sola noche.

Bárbara y Trilce se alejaron en silencio, como enemigos en duelo que dan los diez pasos antes de dispararse.

Regresó a casa. Estaba seguro de que ahora sí iba a poder escribir. La alegría, la inquietud, los temores no podían ponerlo menos que al borde de la obra de arte. Se sentó ante la máquina. *Ate-nea* se subió a un librero y desde allí se dedicó a mirarlo. Parecía un suicida al borde de un desfiladero: ¿salto o no? Dos horas más tarde Ventura se vio en la misma posición. La dicha, el asombro, el horror, todas las sensaciones que puede albergar un ser humano en su vida, se concentraban en su cabeza.

Pasaron dos días. Escribió treinta páginas. Sintió que era indispensable salir. Regresar al sitio donde bullía la felicidad. Volvió al parque de Las Ánimas. Como una segunda bendición, como un milagro, como la oportunidad de los siglos, descubrió que Trilce también había retornado. Su sonrisa, digna del pincel de Tiziano, le confirmó que no estaban compartiendo un azar sino una fatalidad irónica.

Le mostró su instrumento, dijo que se lo había comprado su padre con los ahorros de diez años, era un Amati de Cremona, fabricado en 1600 por Niccolo, maestro de Stradivarius.

Ventura le pidió el violín. Abrió el estuche con reverencia. Nunca había tenido en sus manos algo tan precioso, tan delicado. El esmalte era un espejo perfecto en el que se reflejaban los árboles y el cielo. Casi con miedo le preguntó si le permitía intentar unas cuantas notas. Tomó en la mano derecha el arco: sintió su equilibrada pesantez, su extrañísima tendencia a buscar las cuerdas y adherirse gozosamente a ellas. *Emitió sin timidez, sin temblor, como si ya el Amati fuera un viejo conocido, un mi que fue el canto de un arroyo de la alta montaña. Un la como la voz de una mujer en el goce del mejor amor. Un re semejante al viento libre y poderoso que recorre el valle sin fin del mundo. Un sol imponente y seguro como la voz portentosa de Dios en el instante de concluir la creación.*

—¿Sabes por qué regresé?

El mundo comenzó a girar. No era posible que estuviera a punto de desmayarse. El no era tan blando, tan ordinario; hasta en los momentos más difíciles había logrado domesticar sus emociones. Contrólate, imbécil, le susurraba su otro yo, calma, calma. Estás enfermito, tienes fiebre.

—Regresé por dos razones. Una, para relajarme —agitó sus manos, su cuerpo, como queriendo fluidificarlo para que formara parte de la simetría de la naturaleza circundante—: después de haber conseguido dominar *El trino del diablo* de Tartini debía recuperar la serenidad, estaba a punto de reventar. Pude interpretarlo, frente al profesor Brunello y a un jurado internacional, sin un solo error.

Bajo los laureles de la India, Ventura parecía estar viendo la encarnación de la Primavera Viva. Trilce aparentaba no percartarse de la mirada arrobada del frenético. Maldita sea, maldita

sea mi buena suerte, se dijo Ventura: otra vez estoy enamorado y no voy poder escribir en mil años.

—Y dos... La otra razón no te la voy a decir porque quiero que la digas tú.

No la dijo. Quedó mudo. Mudo y absorto. El Cielo —tenía que existir, sí, el Cielo, la Providencia, Dios, el Destino, todos con mayúscula; el viejo Goethe había terminado por tener razón: sólo el amor puede hacer creer al incrédulo— había pagado sus infamias y miserias con largueza.

Regresaron a La Parroquia. Había mucho de qué hablar. Ventura no se atrevió a invitarla a otro sitio. (La señora inconsciencia estaba prendida a su oreja derecha como una sanguijuela: “Invítala a tu casa: dile que quieres escucharla tocando el violín, pídele que interprete a Tartini y a Bartok, dile que lloras cada vez que escuchas las sonatas de Beethoven, ruégale que te dé unas cuantas leccioncillas. Seguro que no sospechará. ¿No le ves la cara de alelada, que tiene?”)

Ventura espantó a la indiscreta, le escupió la cara.

—Ten cuidado con Ventura —la licenciada Iris Moonlight (personaje de una aventura no registrada en estos papeles y sólo acogida en los del doctor Amóribus), en su papel de licenciada Bertita Jiménez y Jiménez, se acercó agresivamente, golpeó con los nudillos la mesa y con sus ojos a dos centímetros de los de Trilce, continuó hablando—: es una mala bestia, no respeta ni a su progenitora.

La respuesta de la niña fue sorprendente. Su furia sosegada impuso respeto. No es que hablara en voz alta, sino que su voz se transfiguró, adquirió no se sabe qué de formidable y antinatural. Mordía las palabras y con las pupilas inmóviles y dilata-

das (de esos inmensos, inconcebibles, ojos azules) vaciaba como con un pico de buitre los ojos de la licenciada Bertita.

—Conozco a los hombres. Me conozco a mí misma. Si hay alguien a quien temer... es a mi personita... señora —arrugó el indómito entrecejo, sonrió como perdonando a la invasora, su rostro volvió a ensombrecerse, y dijo, como quien corta una cabeza de tajo:

—¡Macho malpintado y peor vestido!

Esas eran las únicas palabras y el único tono que podían aplastar a la licenciada Bertita y desenmascarar su impostura. El ridículo podía soportarlo en público solamente cuando asumía el papel de Iris Moonlighth.

Y una vez que hubo desaparecido el endriago, Trilce dijo lo siguiente a manera de moraleja antes de perderse con caminar de bailarina entre las cimas y las simas de Xalapa de las Flores.

—¡Qué vas a ser una malabestia, amiguito! Eres un cangrejo sin caparazón, una buena bestia.

MacClue

*E*stoy borracho, absolutamente borracho, total y definitivamente borracho. Voy tambaleante de pared a pared. Me dirijo al baño con la intención de orinar. Llego con enormes dificultades. Estoy a punto de caer sobre el retrete. Al orinar comienzo a irme de espaldas empujándome sobre los talones. El líquido sale después de largos minutos. Acabo de escribir el cuento que por tantas semanas he relegado. Todo lo preparé con minuciosidad, sabiendo que tenía que escribir un texto extraordinario. Se trata de Perry McClue, un hombre que sueña con ser todos los hombres, con correr todas las aventuras, con seducir y ser seducido por mujeres espléndidas, hombres, efebos, doncellas; que recorre todo el mundo y en todas partes lo espera la maravilla, lo desmesurado, lo particular; que disfruta gozosamente de los dones de la tierra, y sin embargo termina en una paradójica, incomprensible e insoportable soledad.

Cuando supe que estaba listo, que todo mi ser era una especie de átomo original a punto del big bang, puse a Atenea de patitas en la calle, compré una botella de tequila, limpié la mesa, coloqué dos cajetillas de cigarros, limón y sal a mi lado. Y me senté. Frente a mí estaba la vieja y perruna Olivetti Lettera 22, que había arrastrado de Cali a Lawrence, de allí a Monterrey, para terminar en donde ahora, entonces, estaba. Pasaron los minutos. No podía escribir ni una sola palabra. Tomé un largo trago, me eché a la boca una pizca de sal y me exprimí

medio limón. No salió ni una sola palabra. Apuré otro trago con idénticas consecuencias. Al tercer trago salió la primera frase, redondita y todavía escurriendo líquido amniótico. Celebré el triunfo con una tercera dosis. A partir de entonces el texto emergió espontáneamente. En esos momentos no sabía si lo que estaba escribiendo valía un potosí o menos que nada. La alegría del instante era pasmosa, el sentimiento de poder comparable al de un dios que con un movimiento de sus manos levanta montañas, abre desfiladeros, traza valles sin fin y pone sobre ellos criaturas inéditas, sorprendidas y dichosas.

Una vez que hube terminado, anoté en mi Diario: Ya lo escribí. Me siento raro. Eructo constantemente. Puse el agua del baño a calentar. La cena está en el fuego. Yo estoy acostado en el sillón romano (así lo llamo por antiguo y desvencijado), escribiendo estas palabras. Me siento raro. Llueve a cántaros. Comeré y me bañaré. Eso es todo. No sé si he hecho honor a la idea que tenía de mi personaje. No sé qué es lo que siento. ¿Estoy bien o mal? Lo ignoro.

Pero cómo se iba a sentir bien Ventura, si había bebido, de una literal sentada, casi medio litro de tequila en acaso tres horas. Se sentía horrorosamente mal, trastornado, no al borde de la locura, sino en el puro centro de ella. Continúa el texto: *Estoy en uno de esos sitios de donde uno se pregunta si saldrá o no. Creo que fue una exageración y una temeridad tomar tanto tequila de forma tan continua y despiadada. Pienso que todo pasa, que esta sensación imprecisable desaparecerá en cuanto amanezca. Entonces todo será diferente. Leeré mi texto y sabré si vale la pena o no. Pero ahora, en este instante, siento que las cosas carecen de perfil. Los ojos se me cierran. Pero temo dejarme ir. Sé que si dejo que se cierran, vomitaré como loco, tiraré en la sala o en el corredor que comparto con la poeta Estrella de los Campos mis entrañas, me desaguaré, que-*

daré convertido en una gran letrina... Si hubiera alguien a mi lado. Si hubiera alguien. Alguien.

Ventura no tiene palabras para recordar lo que sintió. Ni entonces ni ahora, ya de regreso. No era simplemente que el mundo girara, como le gira a todos los borrachos cuando pasan la línea de lucidez. Ni que el entorno perdiera sus límites, sino que, simple y llanamente, todo se había duplicado. Existían dos casas, dos cuerpos propios, dos puertas, dos máquinas de escribir. Al asomarse a la noche, vio que la densidad de las estrellas era superior a la habitual. No sólo me trastorné yo, sino que eché a perder el orden del universo, pensó. Recuerda incluso que con un poco de ironía amarga comenzó a evaluar las consecuencias de vivir en un mundo en el que todo tendría su duplicado, no sólo los problemas, sino los cheques quincenales y las mujeres. Acabó de cenar y de bañarse. Lo tuvo que hacer en cuatro patas porque no pudo tenerse en pie. Suponía que tras comer y bañarse iba a retornar a la normalidad. ¡Falso, falsísimo! Todo comenzó a girar. Intenta mantenerse en el centro pero no puede. La fuerza de los giros amenaza con lanzarlo contra las paredes. Va a cerrar los ojos. Voy a cerrar los ojos. No me importa lo que pase. Cierro los ojos y, paradoja de las paradojas, la oscuridad se ha duplicado. No que sea más densa, sino que hay dos oscuridades. Entonces pienso que por fin ha pasado lo que me dijo aquel infecto psiquiatra de mi primera gran caída: el incurrir en un exceso podría trastornarme definitivamente. Mi esquizofrenia precoz, de la que salí con tanta dificultad, había permanecido latente, agazapada, y reventó gracias al tequila.

La historia de cómo pudo dormir en medio de la borrasca y cómo despertó es bastante banal. En su Diario, con letra de

parkinson y lamparones de sudor, se halla consignado el despertar y sus reacciones. *Son las cuatro de la mañana. Tengo un dolor de cabeza razonablemente soportable y una sed de beduino. Bebí un litro de leche fría directamente de mi secreta vasija de barro indígena. Abrí la puerta para que entrara mi gata. Atenea atravesó la sala sin ansiedad y se instaló sobre la barra de la cocina a mirarme como la esposa que no dice una palabra pero que reprocha con los ojos. La supe comprensiva y la quise más que antes. Ya no tengo sueño. Quiero leer el cuento que acabo de escribir casi a costa de mi cordura. Ya lo leí. Aunque es apenas un boceto, tiene la estructura, la tensión, la emoción, la profundidad de lo mejor que he escrito y quizás escribiré en toda mi vida, creo. Coloco los papeles prensados con un clip, al lado del proyecto de novela, junto al colchón. Cada vez que escribo algo semejante me gustaría correr por el mundo para leérselo a todos, ir al parque y congregarse a una multitud para leerlo a gritos.*

A las cinco de la mañana escupió una masa informe de diversos y escabrosos colores, de los que no estaba excluido el rojo tísico. Su habitación tenía un insoportable olor a tabaco, a magma femenino, papel higiénico húmedo y orines. Qué asco de vida, se dijo Ventura, sabiendo que era apenas una pose. La verdad es que le encantaba su existencia desastrosa, caótica, a la que en el fondo consideraba profundamente optimista: sabía que de algún lado saldrían un orden y un sentido. El grano sería separado de la paja. A las siete de la mañana vio que un rayo de luz trazaba una línea en la pared. Fue una sensación extraña. No la de ver la luz, no la de percibirla cuando es un hecho, sino la de sentir el impacto, como si súbitamente sus ojos hubieran alcanzado la velocidad de 300 000 kilómetros por segundo, o como si el rayo se hubiera retardado para hacerse más visible y evidente.

En lugar de cobijarse y cerrar los ojos, corrió a la puerta. Se apoyó en ella y a través de una gota que caía en chorro intermitente pudo ver el sol. Era un sol partido en dos, sostenido por un hilo de agua. Un sol que taladraba violentamente la armadura de las nubes y lanzaba un rayo. Un rayo único que caía formando una línea delgada como de vidrio. Pronto las nubes volvieron a cerrarse y el amanecer se hizo opaco. Ventura regresó a la cama. Pero no durmió. Se revolvió entre las sábanas. Era necesario hacer algo con urgencia. El suicidio pasó por su mente. Le dio risa. Los rudos no se suicidan. Aunque Ventura no fuera un rudo, sí quería serlo, y ello bastaba para que jamás cayera en sensiblerías estúpidas y chantajes bastardos como el suicidio. Eso quedaba para los sentimentales, para los fracasados, para los imbéciles. Dejó a un lado esos pensamientos negros. Tenía que hacer algo que lo salvara... ¿Tocar violín? ¿Cómo hacerlo después de haberlo visto diluyéndose en el polvo del abandono? Cómo atreverse siquiera a mirarlo después de haber alcanzado la gloria de tocar un Amati. El trasto sonaría como una guitarra de ciego. ¿Salir a correr? Eso, salir a correr, derrotar al espíritu enfermo fatigando el cuerpo cómplice.

El frenético se puso su traje de luces para correr. Subió hasta la entrada del Parque Macuiltépetel y emprendió el ascenso.

El sol, ya luciendo totalmente desnudo, se astillaba en mil haces que, surgiendo diminutos entre las rendijas del verdor, iban creciendo hasta formar grandes manchas de luz sobre las sombras. Desde la cima del Cerro, de pie sobre la pirámide que domina toda la extensión de la ciudad, respiró hasta que el aire le inflamó todas las células. Un vigor verdaderamente satánico lo animaba. O estoy loco, se dijo Ventura, o estoy conectado a

una central de energía. A las diez de la mañana se bañó. Luego fue a desayunar a La Parroquia. Allí vio a una mujer espléndida y solitaria, como una estatua de marfil, con la morbidez y la suavidad de la Danae pintada por Correggio. No intentó acercarse. Quien ha tocado un Amati no debe prostituirse con instrumentos de fabricación en serie.

Almorzó con Bárbara Blaskowitz. Ella no mencionó a Trilce, lo que Ventura halló sorprendente e incluso perverso.

Regresó a casa y escribió treinta páginas en las que contó el primer encuentro con Irgla, el asunto de su mística sensualista, sus fachas de Ladi Di, las poses de hija dilecta de lo mejor de la sociedad regiomontana. También hizo el inventario casi bíblico de sus mujeres adI (antes de Irgla) y los recorridos de escritor famoso y relegado. Al final dijo bravo, se aplaudió a sí mismo y decidió salir a ver el mundo.

En el mundo (en La Parroquia, ¿dónde más?, en el año de gracia de 1983, en la ciudad de Xalapa, no había otro sitio para los solitarios) se encontró de nuevo con Bárbara Blaskowitz.

—Te tengo una noticia —dijo tan fresca, tan parecida a su futuro—. No sé si buena o mala. Me voy a Europa en diciembre. Y cuando regrese...

Lo obvio, lo diplomático, hubiera sido preguntarle con quién y a qué. No lo hizo. La prudencia nunca echa raíces en tierra bronca. Ventura permaneció en silencio. En efecto: no sabía si era buena o mala noticia. Meditó un instante. Le fue imposible armar un gesto de aflicción. Sonrió de una manera que quiso ser triste. Lanzó el último suspiro de sus vacaciones. La vida era generosa. Se renovaba constantemente.

Los buenos violines

Pero no viajó a Europa. Permaneció en Xalapa cumpliendo con su papel de Venus de Milo animada y con brazos. ¿Crees que puedo irme sabiendo que andas olfateando los huesos de mi Trilce?, dijo. Ventura frunció el duro ceño y prefirió callarse lo que pensaba: se peleó con el millonario de turno y éste retiró la invitación a visitar museos de Florencia y lugares de escándalo en Hamburgo. Se despidieron con un beso fraterno. Ventura regresó a su cueva y relejó sus notas iniciales en el cuaderno de contabilidad: *Me sucede con las mujeres lo que me pasa con los buenos violines: no puedo ver uno sin desear tenerlo entre mis manos, observar el tipo de madera, sentir la textura y gozar el brillo del barniz, oler su cuello, su superficie, su interior, buscar la marca, indagar el origen, mirar en su intimidad, tocarlo si es posible, titubeante al principio, luego con mayor confianza y reverencia, afinarlo teniendo cuidado de no reventar las cuerdas, lanzarme a la aventura de emprender una escala elemental, después notas difíciles, golpes de arco intrincados, agresivos o acariciantes, para sentir el disfrute que proporciona la vibración extendiéndose del brazo a la mano, de la mano al arco, del arco a las cuerdas, de las cuerdas al puente, del puente a la base, de la base al alma, del alma a todo el cuerpo del violín y al resto del mundo. Cada violín tiene su gracia y su arcano. Mi violín poco placer puede darme. Es un humilde*

instrumento firmado por F. Heberlein, que a lo más tiene 150 años y fue fabricado en serie en Markneukirchen, pueblito poco mencionado de Alemania. Tiene un gran clavo en el gaznate, un trozo de lápiz en lugar de alma y la cuerda de sol vibra de manera antinatural. Aparte de ello padece de grietas en el cuerpo y de un puente demasiado bajo. Estoy seguro, puesto que la experiencia me lo ha enseñado, que con un buen instrumento puedo interpretar música amable. Y con una buena mujer cultivar un buen amor. ¡Palabras, palabras! El sentido estaba en otra parte. Se rascó el occipucio, le dio su lechita a Atenea y se dispuso a regresar a la vida real. Llegó a la oficina a las doce. Llovía a cántaros, como si desde arriba un millón de orates villanos se entretuvieran meando helado sobre el mundo. Escribió una carta a su madre anunciándole que tal vez decidiera mudar su cuerpo a Managua. Siempre le prometía lo mismo. Leyó un par de capítulos de la novela de un novato que aspira a ganarse un concurso chico. El amigo tímido —su jefe en la oficina: otro pariente de Kafka— es jurado y quiere auxilio. ¿Valdrá la pena darle el premio a esa novela, que es, por decir algo decente, bastante mediocre? Es que, según parece, no hay otra mejor. El dilema de siempre: no se premia lo mejor, sino lo menos malo. El amigo tímido es poco hablador, puede ser ingenioso. Parece carecer por completo de don de mando, pero la verdad es que no le interesa ejercerla. Es afectuoso, sencillo, de modo que sus subordinados le obedecen incluso si no da órdenes: generalmente apenas sugiere. La mitad del tiempo de oficina la pasa escondido, acomodándose los huevos, mirándole las piernas a la secretaria Chío, tramando sus novelas, buscando sinónimos en su gran diccionario y haciendo gestos de desesperación cada vez que lo

llama el rector de nuestra universidad. No quiere atender al batallón de ociosos que lo visitan para hacerle perder el tiempo o pedirle que les publique sus textos engolados, llenos de mayúsculas municipales y plagios desvergonzados. *En Xalapa, que se ha llamado la Atenas veracruzana, se ha perdido la tradición de los siete sabios; ahora lo que existe son los siete farsantes, un grupo de ancianos retóricos que están en todas las fotos y celebraciones. Cada uno de ellos ha escrito más de diez libros, en los que se retratan ellos mismos y repiten hasta la náusea sus hazañas intelectuales, que les sirven para deslumbrar a los políticos iletrados y cobrar sueldos de magnates, sin hacer otra cosa que rascarse el ombligo y posar para las fotos. Todos han mandado esculpir sus estatuas y están esperando la oportunidad de agraviar las calles de la ciudad con sus ignominias, escribió.*

El amigo tímido todo lo pide por favor, de manera indirecta, como si temiera ofender. Detesta los horarios y se hace el de la vista gorda para que cada quien tenga las libertades que no hay en otras dependencias de la universidad. Es el jefe ideal. Respeto las ausencias y las debilidades de cada uno de sus empleados. Sabe que Ventura es disciplinado y cumplidor, aunque vive metido en sus escritos y enfangado en problemas de faldas y anuncia una nueva obra maestra cada seis meses. Aparte de todas las virtudes del amigo tímido, Ventura reconoce en él a un buen escritor.

Rocío

Con el lecho todavía húmedo por el rocío, Ventura escribe lo que considera líneas trágicas. Amanece. Anoche, al calor de lo que parecía, de nuevo, el amor (conciencia e inconsciencia estuvieron hablando cara a cara, sin agredirse, y parece que llegaron a un acuerdo provisional); el osado le dijo a la señora Blaskowitz, clara y sucintamente, que la quería. Se lo dijo, y dos veces, para que no hubiera dudas: Estoy seguro de que te quiero y sospecho que te amo. Su reacción fue normal. Se vistió y se fue, no sin antes decir que los delirios literarios y la borrachera mortal le habían ocasionado fiebre cerebral. Espera que pase una semana y comenzarás a estudiarme como si fuera uno de tus horribles personajes literarios, dijo: Ya me han dicho que uno de los fantoches de tu novelucha por entregas se parece a mí. Bárbara llegó a sus conclusiones tras escuchar la lectura del cuento más reciente, el de McClue. Ese McClue es un depredador, dijo. A mí me parece un personaje bello, la exaltación del desaforado de la imaginación que todos llevamos dentro. Cómo no va a parecerte bello, si es tu retrato. McClue eres tú, depredador, Ventura, eres un Calígula. Sólo puedes amar con los sentidos. Destruyes a la gente para ser feliz. La utilizas, la haces pedazos. Conmigo no has podido porque soy demasiado fuerte. Mientras más impíos y destructivos sean los

escritores, más éxito tienen. Es la moda de la literatura contemporánea. Ser optimista es un pecado, dijo Ventura. Duele tener fe, contestó Bárbara.

Los sueños son el moralista hipócrita que todos llevamos dentro. Hay que asumirlos como productos estéticos y reírnos de sus mensajes, pensó escribir Ventura. El parlamento de la señora Blaskowitz no lo sorprendió en lo más mínimo: la misma escena, las mismas palabras, las había vivido cinco o seis veces, no sólo con Bárbara y con la Princesa, sino con Irgla. Incluso la pensaba usar en la novela que algún día tenía proyectado escribir sobre el-gran-amor-de-su-vida. Podría ser un buen final. *¡Irgla, Irgla!, el mejor violín de Cremona que nunca llegué a tocar con deleite. Lo tuve en mis manos temblorosas y no fui capaz de extraer las armonías sobrehumanas que podría alcanzar. Leyó de un libro que le había prestado Trilce: un violín no tiene menos de cincuenta y ocho partes y lleva más de un siglo para que alcancen un acuerdo, de modo que el instrumento se convierta en una suma orgánica y dé lo mejor de sí, cuando su madera haya secado y la vibración corra por su cuerpo con la libertad del viento sobre el desierto. ¡Cómo iba yo a poder interpretar a mi esposa, mi violín de Cremona, si apenas estaba comenzando a vibrar su alma cuando escapé de ella como un endemoniado!*

Cuando Bárbara terminó su espectáculo e hizo su salida marcial, Ventura consideró la situación. Habían hablado como nunca antes y llegaron a sentirse a fondo, casi a entenderse. En un momento pudo sentir con claridad y evidencia que Bárbara se ablandaba y lo bañaba con una ambrosía cálida y agradecida. Antes hubo una discusión, un deslinde de territorios, un ataque sin cuartel, de parte del macho, que ocultaba acaso que iba a

terminar rindiendo sus banderas (*Comprobado: los mejores orgasmos son los que se alcanzan después de las riñas más encarnizadas. Bien decía Heráclito que el hambre es condición de la saciedad y que si no sufriéramos el frío no podríamos apreciar el calor*). Eres una mujer inflable y desinflable, le dijo; eres un conflicto bípedo, agregó; eres bella por cualquier extremo, pero hay algo en tu comportamiento que no me inspira confianza; nuestro amor sólo podrá sobrevivir en la oscuridad, en el anonimato (lo que era verdad en dos sentidos: Bárbara exigía que antes de cualquier acercamiento erótico se apagara la luz, y siempre negaba en público que existiera alguna relación entre ella y Ventura). La señora Blaskowitz contraatacó: dijo que bajo la aparente capa de indiferencia que él usaba como atuendo cotidiano había otra capa, de amante oficioso, y más allá, otra, de hipócrita, bajo la cual estaban la de calculador, la de falso erudito, la de cosmopolita de la miseria. (Asombro: no deja de ser ingeniosa la combinación; por lo menos la Princesa la aprobaría), y en el puro fondo, allá donde no podía mentirle a nadie, lo que en realidad se ocultaba era una necesidad de experimentar con la gente, de usarla no sólo para los deleites de la cama, sino como fuente de inspiración –“intspiración”, pronuncia Etelvina– literaria y, lo peor de todo, como máscara para ocultar un vacío, un abismo, una incapacidad de apasionarse por nada. Declaró tétricamente: Estás solo, Ventura, completamente solo, y nadie te va a salvar de eso, porque tu soledad se basa en el convencimiento de que no existe una sola persona en el mundo que alcance tu estatura. Señaló que la vanidad era el motor de todos sus actos, y que bajo sus escritos no había ni una sola verdad, ni una sola indagación auténtica, pues lo único que perseguía era impre-

sionar al lector, deslumbrarlo, para que no buscara nada, ya que en verdad no había nada que hallar, en su literatura, claro, pues en la realidad había signos a granel, manantiales inmensos de esencias y sustancias. Su conclusión fue que Ventura era radicalmente perverso, pero con una perversidad *light*, diferente a la del Marqués de Sade, puesto que era menos sincera y estaba basada en un puro instinto que carecía de fundamentos teóricos. Y súbitamente preguntó:

—¿Te gustaría que en lugar de ser esta mujer casada y divorciada, con hijas, grande, tonta y sentimental que soy, me hubieras conocido casta y hubiéramos llegado al altar escuchando un coro de ángeles?

Ventura sintió al responder que estaba a punto de apretar el gatillo de una pistola que apuntaba justo en medio de su bóveda palatina, con trayectoria rumbo al corazón del cerebro.

—A mí, sí. Y ¿a ti?

—No.

Dijo que no. Ventura entendió: sus hijas —la imagen de *La Primavera* de Botticelli, ¡Trilce, Trilce!, pasó aleteando y fue como una densa sombra de luz que le bañara los ojos—, el respetable exmarido, sus amigos, sus examantes que creía secretos, el prestigio de mujer conocida por todos, su rostro adorado por el público que la seguía en todos sus programas de televisión aunque le importara un sacrosanto rábano lo que dijera, su leyenda de dama fatal, voluble, y paradójicamente intacta, pesaban como una lápida, como la gran Torre Eiffel de Xalapa, y ella no estaba dispuesta a renunciar a su leyenda. La señora Blaskowitz esa noche se había transformado en una esfinge. Como la primera vez, fue definitiva y abiertamente dominante. A horcajadas sobre

el cuerpo de Ventura, que yacía de espaldas, levantó su torso alto y sus senos de maravilla. Y allá en la semipenumbra, su rostro bellísimo, orlado por el arcano de su cabello de un color rojo intenso, que aun en la oscuridad lanzaba destellos, configuró la imagen viva del animal hembra que cabalgaba sobre la humilde y servicial bestia macho, en una carrera desenfrenada en contra de la verdad que tanto había pregonado segundos atrás y a favor del placer, en contra de la trascendencia y a favor del instante. Ventura arriesga la suposición de que ella gozó a fondo. *(Uno no sabe a ciencia cierta lo que se mueve en las entrañas del abismo de las mujeres: generalmente dicen haber alcanzado el orgasmo para no sentirse humilladas, y en ocasiones, cuando lo alcanzan, niegan, por la misma razón, o para no dar armas al enemigo, que les haya pasado algo que no sea el vapuleo corporal. Para la mayoría de las mujeres el logro del resplandor es más difícil, puesto que tienen que sentir un amor vehemente en el momento de entregarse; para los hombres muchas veces el impulso bestial es suficiente y por eso la carne nueva nos proporciona mayor deleite. He aquí la gran paradoja de la condición humana: mientras para el macho la novedad es indispensable, para la mujer lo fundamental es la costumbre, la certeza, el arraigo. Por ello es que el amor, en el hombre, más allá del enamoramiento inicial, es una falacia, mientras que en la mujer es una realidad superior a cualquier quimera. De ahí que el amor de los hombres, como sentimiento raigal, sostenido y a largo plazo, sea la más grande impostura, escribió. Luego, tras meditar un instante, concluyó: Y sin embargo el buen músico no se prueba con cualquier instrumento. Solamente con el que le corresponde en el concierto de los mares del tiempo, con el suyo esencial, al que ha sometido a los rigores de los mortales ensayos y las escalas infinitas, solamente con ése alcanza la brillantez más cercana*

a la perfección, pues llega a conocerlo de tal manera que resulta ser una prolongación de su cuerpo y de su espíritu, y tanto es así, que muchos intérpretes han comenzado su declive hacia la muerte tras perder sus instrumentos favoritos.)

No hay duda. Anoche Bárbara Blaskowitz gozó por primera vez con Ventura. Y ello la aterrorizó. Por eso salió corriendo.

—Todo menos enamorarme de un animal como tú.

Aunque lo dijera en broma, estaba hablando en serio, pensó Ventura.

La señora salió sin prisa, convencida, como de costumbre, que ése sería el último encuentro. Dejó en la oscuridad perfilada su esfinge de león con las manos como garras sobre el pecho de Ventura.

El amoroso permaneció acostado, sonriendo, mientras acariciaba a *Atenea*. Ni siquiera intentó pensar. Esperó unos minutos y salió a llamarla por el teléfono de monedas cerca del DIF.

—Tengo algo urgente que decirte —tomó aliento, escuchó su respiración furiosa—. No cuelgues. Es sobre Einstein. Resulta que el demonio va a llevarse a Einstein y éste le pide un plazo para terminar sus investigaciones. Le solicita un mes. El diablo, irónico, le responde: “Pobre hombre: pides un mes. ¡Si supieras que un mes, un año o un siglo de tu vida o de la vida de cualquier ser humano, pesa lo que pesaría un grano de arena en el volumen indecible de las playas y desiertos de los billones de cuerpos celestes!”

Apura, que ya va a amanecer —dijo Bárbara, aunque era notable que estaba interesada en el desenlace de esa pequeña historia.

Einstein responde: “Entiendo lo que dices pero no lo comparto. Tu lógica, la lógica de Dios, es la lógica del infinito; mi

lógica es la de lo limitado. Un mes de mi vida, ante mis propios ojos y ante los de mis semejantes, importa tanto como toda la existencia de Dios”.

—¿Y?

—Así, para mí el instante que acabamos de vivir importa tanto como una vida. Yo no pienso en el infinito; sólo en el presente. No pienso en los instantes como posibilidades de ahorrar dicha para gastarla en el momento en que pueda comprar una gran casa: la del verdadero, absoluto y definitivo amor. Todo amor debe ser el más grande. Sólo existe el presente.

A su discurso, que Ventura sintió profundo, sincero y conmovedor, Bárbara respondió con cansada y fría indignación:

—Eso se llama venderse al menor precio y al primer postor.

Luego hiló un rosario de insultos que sólo concluyeron cuando Ventura colgó el auricular.

¡Cómo no recordar a Irgla, maestra sin par de las ofensas!

Encuentro

Una semana después Ventura conduciría el devastado *Gali-
leo*. A su lado iba Bárbara, que yendo en aquella calabaza, no perdía sus aires de soberana hindú en su elefante. Súbitamente, en un semáforo, vieron y fueron vistos por la Princesa de Huamantla.

La Princesa, con sus pechos de alta condecoración, se levantaba como una palma datilera sobre sus zapatillas Edith Piaf, exactamente al frente del Palacio Municipal. Inmutable a la lluvia, a los vientos y al paso de los siglos, su gran rostro totonaco afectó la más perfecta apatía de cícada. Diríase la estatua de la indiferencia empotrada en una columna del edificio. Ventura miró de reojo a la señora Blaskowitz. Ese fue el movimiento en falso. Inmediatamente lo supo:

—¿Esa es tu otra amante? —se volteó a mirarla descaradamente, incluso esbozó una sonrisa que no parecía hipócrita.

—Fue. Ya se dio de baja. Dice que se va a casar con un hombre de provecho que tiene media docena de tarjetas de crédito.

—No es que tengas un gusto maravilloso, pero tampoco está mal del todo. Supongo que lo que te atrae es el *look* exótico, el primitivismo, la sensación de que amando a semejante mujer estás redimiendo a la América nativa.

—Un poco. Me gusta, me gustaba, que me susurrara palabras en náhuatl cuando la tenía en el asador.

—¿También conoce técnicas indígenas para hacerte feliz?

—Más bien no. Es una reprimida, como todas las descendientes de indígenas que han sido cristianizadas por la costumbre. Además es una ignorante en todo lo que se refiere a sus antepasados —lo cual era falso, reconoció Ventura en su fuero interno: la Princesa sabía más de sus orígenes de lo que aceptaba.

—¿Tiene alguna ventaja sobre mí?

—Sólo una. Que aunque recule en los precipicios como una mula mañosa, termina haciendo todo lo que yo quiera. Se deja manejar a mi antojo.

Bárbara inició una frase que dejó trunca. De todos modos Ventura la entendió. Era perfectamente lógica. Sólo dijo “yo”. El resto debió haber sido “también me dejo hacer lo que quieras”.

Ventura entendió que estaba siendo injusto. La verdad es que con Bárbara además de poder hacer lo que quisiera, siempre estaba a la expectativa; de ella se podía esperar cualquier cosa. Uno no sabía qué invento iba a traer al lecho la próxima vez.

De todos modos no se ofendió. Dirimió el asunto con una frase cuyo racismo era obviamente irónico. *(Para la señora Blaskowitz la causa de los oprimidos, humillados y pobres, de los desahuciados, es sagrada: ha sido a lo largo de su benemérita vida directora del Asilo de Ancianos, del Albergue Infantil, de la Comisión para los Derechos Humanos y de mil instituciones, en las que dejó su estela de bondad, de altas y sinceras metas, y nunca quiso aparecer en páginas sociales del Diario de Xalapa, ni codearse con los riquillos de Las Ánimas, a los que califica de los más ignorantes y cursis del mundo civilizado.)*

—A los indígenas ni la leche les alimenta —dijo Bárbara. En el fondo de sus ojos temblaba el viejo orgullo de sus antepasa-

dos. Su abuelo había sido, ni más ni menos, el coronel general Johannes Blaskowitz, héroe de la campaña contra Polonia, único hombre que se opuso al proyecto de Hitler de invadir Rusia. Pero esto casi nadie lo sabía. Y espero que sepas guardar el secreto, le suplicó la noche del primer encuentro, en la borrachera que la puso al borde del delirio y el hospital.

—Tienes razón. Como dice el Divino Marqués, hay que borrar de la faz de la tierra a toda esa escoria.

Dos líneas en el entrecejo anunciaron que ya era el momento de abandonar el tema, pues el cinismo lo soportaba sólo cinco minutos. Nada más.

Antes de despedirse, se prometieron buscar para el próximo encuentro alguna ayuda que exaltara los sentidos y rompiera los límites de la sensibilidad normal. Después de bajarse del auto le entregaría la más enorme prueba de confianza que pueda dar una mujer —particularmente una hembra ferozmente apasionada que empieza a cosechar los primeros frutos de la mejor madurez—: un cuaderno con candado de plata en el que lleva un diario de sus días recientes.

¿Qué esperaba leer Ventura? Precisamente lo que encontró: confesiones ultra románticas y pretenciosas como las de Isadora Duncan y frases semejantes a las del Diario de la señora Nin: *Odio la pintura holandesa, chupar penes, las fiestas y el tiempo frío y lluvioso* (noviembre de 1931, antes de conocer a Henry Miller). *Todavía guardo en mi boca el sabor de su pene* (mayo de 1932, después de conocer a Henry Miller). Manifestaciones líricas, lacrimógenas, sensual-religiosas, parecidas a las de Irgla. (*Antes morir que pecar*, era su muletilla). Algunas descripciones procaeces, evidentemente autobiográficas. Datos interesantes y curio-

sos de su vida, sus deseos recónditos, sus fantasías, todas desahoradas, las razones de su gusto por la oscuridad en el ejercicio de los cuerpos en busca de placeres extremos, claves para explicar sus debilidades orales. No hablaba de su matrimonio con el exalcalde pseudoitaliano, ni del amante primero, ni de su relación con el boliviano semiótico o con el *Poeta Pibil*, ni de sus encuentros con Ventura. Era, básicamente, el Diario de una mujer que ha vivido inventando tragedias para poder gozarlas. Un texto que debería estar guardado en caja fuerte para que no lo leyeran sus hijas, pensó Ventura. La frase “anoche me sentí culpable de haber sido feliz” se repetía varias veces.

Bah, a la enésima potencia. También Irgla tenía ese tipo de escritura oleaginosa. También ella llevaba un Diario en el que no se podía leer nada coherente, nada que levantara vuelo un centímetro. También Irgla escribía cartas pornográficas en las que exhibía lo que no se atrevía a hacer. ¡Qué ganas de comer mierda!

Bárbara aspiró largamente. Cerró los ojos como tratando de recuperar la serenidad que le era tan esquiva.

—¿Estás preocupada? Tienes las líneas del entrecejo más profundas que de costumbre —le pasó el dedo índice tratando de alisar las dos grietas que amenazaban su belleza agresiva.

—Ha pasado algo gravísimo.

Lo suponía. Al regresar su exmarido de un viaje le llegaron noticias del nuevo *affaire* en el que anda metida la madre de sus hijas. Y aún más: le dijeron un chisme rastrero: que Trilce, ¡mi niña, imagínate! , había terminado en el lecho del interfecto —así acostumbra llamar Bárbara a su primer amante.

El exesposo, indignado no tanto por las andanzas de Bárbara como por las consecuencias poco ejemplares que tal comporta-

miento estaba teniendo en la vida de su hija mayor, juró que si comprobaba el asunto, haría todo lo posible por expulsar al individuo no sólo de la ciudad y el país sino del mundo.

Y no había razones para dudar de sus amenazas. Conociendo los vericuetos del poder y los laberintos del sistema policial que asolaba a la capital del estado, Ventura sabía que no era difícil ni caro hacer desaparecer a una persona. Bastaría pagarle un millón de pesos a un judicial del DF para que viniera a hacer un trabajo expedito y limpio a la provincia.

—Mi exesposo dice que el interfecto es un amoral.

—¿Trilce qué dice?

—No he hablado con ella, pero sí sé que por escandalizar a esta ciudad y por hacerme rabiar a mí, es capaz de andar de la mano con un primate por el centro de Xalapa. El caso es que cuando el desleal salió de la casa, Trilce se convirtió en su consejera y él la esperaba todas las tardes a la salida del Conservatorio.

Era poco probable que Trilce quisiera enamorar al tipo, se dijo Ventura. *(Me parece que ella no es esa clase de niña. Y sin embargo la malhadada costumbre de las hijas de querer quitarle el amante a las madres había ocasionado en el mundo suficientes desgracias como para preocupar a Bárbara Blaskowitz, medianamente culta y con esa histérica necesidad de sufrir que tienen todas las mujeres que hacen de su alma una sábana al viento, escribió.)*

Las ojeras de la señora Blaskowitz eran manchas densas que escurrían como lágrimas hacia las comisuras de los labios. Ya estaba comenzando a parecerse a la Princesa.

—Antes, cuando tenía doce años, trataba de imitar mi forma de vestir y mi forma de hablar. Ahora quiere ser superior a mí. ¡Imagínate, una chica de quince años! ¡Un prodigio del violín!

Ventura suspiró: quince años.

—Y, ¿qué opina tu exesposo de nuestra relación?

—A él no le importa lo que yo haga. A ti te considera absolutamente insignificante, una especie de vago y vividor, un don nadie.

—¿Tu viaje a Europa?

—Algún día te contaré —cambió de tema y de tono brusca-mente—. Pienso que soy una degenerada. ¿Tú qué crees, soy o no soy una degenerada?

—No. Siento desilusionarte: eres una mujer normal.

—Te digo que soy una degenerada. En la cama me gusta la pudrición; en la vida social soy amable, buena, trabajadora, madre abnegada, la mejor del mundo, ayudo a los huérfanos y a los pordioseros, soy consejera de neuróticos y alcohólicos. He llegado a acostarme con un tipo para consolarlo de la infidelidad de su esposa. La compasión me acaba. No soporto el sufrimiento ajeno. Soy asquerosamente decente.

Ventura aprobó la asociación de esas dos palabras: decencia y asquerosidad. Respetar las propias fantasías y hacer todo lo posible por traerlas a la realidad. He ahí la definición más auténtica de decencia, se dijo.

Así es la vida

La idea de escribir una novela en la que esté cifrada la humanidad entera no abandona a Ventura. Sus proyectos literarios siguen siendo de ambición adolescente. Tras la novela estaría, evidentemente, la necesidad de explicarse el mundo y de contar historias. Además, agarrar al lector del cuello y llevarlo sin aliento hasta el final. Nada de morosas atmósferas o lentas e inútiles disquisiciones. Acción, acción significativa. Eliminar los baches, los puentes hacia, las escenas letárgicas. Querría por una vez controlar el torrente de vida que atiborró su primera obra. Escribir más serenamente, a fondo, buscándole sentido a cada palabra. Que sus personajes sean entrañables y conmovedores. Pulir cada fragmento con deleite y paciencia. Armar el texto como un rompecabezas que sólo podría ser comprendido y disfrutado desde la perspectiva del final. Y que en esa perspectiva final estuviera La Gran Clave. Por lo pronto ya escribió un capítulo y sintió la obligación de que alguien lo leyera. Añoró tener de vecino a un Turgeniev y no a la declamadora De los Campos lavando sus magnos calzones de poliomielítica frente a la ventana; a un Tolstoi y no la periodista pequeñita que gemía como endemoniada en sus noches de amor. Quiso tener como vecino a un alma sensible que al calor de una chimenea leyera sus libros de principio a fin y pudiera guiarlo con sus juicios cer-

teros y ecuanímenes, exentos por completo de egoísmo. (*Sólo los pequeños son egoístas, porque los grandes saben que no tienen nada que temer*, escribió en su Diario).

Escribió. Y se sintió satisfecho de su producto.

Bárbara escuchó con interés, dijo que le había gustado, y luego cambió de tema. Le interesaba la vida, no la literatura, eso era claro. Su obsesión por el amor, su obligación de remitirlo todo al cuerpo y a la vida sentimental no tienen otro desaguadero.

Bárbara insistió en que Ventura es un ser contaminado, impuro, que vive interponiendo entre la vida y su persona una serie de obstáculos, y que cuando quisiera vivir auténticamente sería un paralítico de la afectividad.

¿Seré en realidad un ser contaminado?, se preguntó. ¿Mi relación con las personas es auténtica o simplemente las uso para experimentos afectivos? ¿Sabré gozar y dar goce? ¿Entiendo que el verdadero placer es el compartido? ¿O sostengo que no existe otro placer que el individual y que todo lo demás es fingimiento? Ventura se supone insensible pero no estoico. Sabe que no le duele ni le molesta el dolor ajeno. Pero le aterroriza el propio. El cuaderno en el que escribe las notas de su Diario yace en el suelo, al lado de su cama. Lo sigue a la mesa de la cocina, está sobre la taza del baño, siempre al alcance de la mano. Es una forma de salvación. Su único vínculo verdadero con el mundo. Sólo allí registra la verdad. Su Diario ha sustituido a los seres humanos. Se ha transformado en el receptáculo de todo lo que le impresiona, le agrada o le displace.

Escribió: *¿Qué le gusta a Ventura? Las rubias de piel sonrosada, las morenas de ojos penumbrosos, las castísimas, las atrevidas, las que caminan como si a sus espaldas tuvieran un ejército triun-*

fante y los hombres cayeran a su paso abriéndose como las aguas de un Mar Rojo, las delicadas, las de hermosura tosca, las feas que a la primera sonrisa revelan su encanto, todas las mujeres, excepto las hermosas ridículas, que son como violines chinos, fabricadas en serie, brillantes por fuera, despobladas por dentro, sin el sutil apoyo del alma, que sostiene todo el andamiaje del cuerpo y transmite la vibración de su gracia a cuantos la rodean. Le gustan también las revistas de Kalimán, la lucha libre y el básquet, las largas carreras bajo el sol, leer novelas y cuentos agresivos como los de Rubem Fonseca o conmovedores como los de Bashevis Singer, ir al cine y si es necesario gozar sin temores ni remordimientos en la oscuridad; odia las discusiones filosóficas pero casi siempre cae en ellas; es fiel a sí mismo y ama a las mujeres, se entrega y se reparte sin reservas, no les pide sino unas cuantas horas a la semana, pero tampoco les cede más; usa botas de tacones muy altos porque quiere verse más alto de lo que es; distraído e insolente, puede ser amable hasta el asco; la intolerancia es su mayor defecto; no dice mentiras, pero haciendo un esfuerzo puede ser condescendiente; cuando le manifiesta a una mujer que la quiere, cree ser sincero; tiene 32 años de edad, viste desalmadamente, no por cálculo sino por descuido y pereza; desde los veinte años está escribiendo y acumulando manuscritos que algún día espera pulir y publicar; prefiere olvidar los ya editados; se cree, como la mayoría de los escritores, genial, y tal convicción le ha permitido sortear otras vocaciones, en general más arduas.

La verdadera belleza, concluye Ventura, sólo se encuentra en las esencias, no en las formas. No se puede amar, por lo tanto, a los cuerpos, sino lo que en ellos es esencial, “lo que es recto y circular”, es decir, lo que, arraigado en el vehículo carnal, se eleva, se acerca a lo esencial, a la perfección. Acaso sea eso lo que busca

Ventura en las mujeres, lo que es recto y circular, no su superficie, tan imperfecta y roma. Pero ¿encontrará mujeres con tales atributos? ¿Trilce? ¿Irgla? La primera es un Stradivarius casi intacto; la segunda no tuvo tiempo de mostrar las virtudes de su sonido. ¿Podrá algún día comunicar en sus libros lo recto y lo circular, si la realidad sólo le ofrece irregularidades, ángulos absurdos, mezquindades? Tal vez termine, como la mayoría de los hombres, conformándose con lo que le ofrece el destino: mujeres llenas de protuberancias, libres de armonía y gracia, novelas imperfectas, epidérmicas, un violín de fabricación artesanal, cuyo pasado no conoce, pero en el que es notable el maltrato al que lo sometieron artistas de segunda, lleno de remiendos vergonzantes e invadido por el comején. O ¿se puede aspirar a algo mejor?

Ventura abandonó su Diario. *Atenea* lo miraba expectante. Con movimientos de su cabeza parecía querer señalar el violín. ¿Por qué no vuelves a tocar para mí como antes, cuando no venían a casa tantas hembras? Animal comprensivo, alma llena de caridad, eres la única criatura que ha sufrido sin protestar mis largos y desolados conciertos.

La intención de dedicarse por completo a una novela que tuviera por protagonista a una mujer de ojos persas (Irgla, claro) comenzó a resquebrajarse. La imagen de Trilce se interponía entre el papel y las ideas. ¿Qué tenía ella que lo había trastornado de tal manera? Una especie de insaciabilidad. No, insaciabilidad no, lo suyo era como una insensibilidad, un flujo despectivo, un furor diferente al de su madre: un ansia de vivir, un desprecio por lo trivial, por lo soso, algo destructivo y contradictoriamente creador. Trilce debía ser un alma grande, un espíritu de luz.

Siempre sucedía lo mismo. No podía pensar en otra cosa que en mujeres, mujeres, mujeres. El mundo de la novela palidecía ante la realidad. Tal vez la pobre de Trilce, vista sosegadamente, no resultara ser otra cosa que una adolescente desgarbada, rabiosa e insoportable, que cargaba con la desgracia de un talento incómodo en una ciudad de niebla y tedio como Xalapa. Era necesario, como decía el mecánico de *Galileo*, castigar a las mujeres en subida. Mantenerlas en equilibrio entre el *clutch* y el acelerador. Dedicarles apenas los fines de semana si se quería llegar a alguna parte que no fuera la mediocridad, el hastío, la nada. A menos que se tratara de verdadero amor. Que, naturalmente, no existía. Existió o pareció existir con Irgla. Luego, tras el fracaso, Ventura, ebrio de originalidad, decidió borrar la palabra “amor” de su diccionario. Sólo la siguió usando como espejismo y embeleco (o justificación) para sus entregas semanales del *Diario de un frenético. Aventuras del doctor Amóribus*, que, obviamente, estaban llenas de mentiras y de escaramuzas sicálpticas que no consideraba aptas para ser consideradas alta literatura o por lo menos literatura a secas.

Durante una semana estuvo corriendo cerro arriba y cerro abajo por los laberintos del Macuiltépetl, en busca de la necesaria paz y la purificación indispensable. No quería buscar a la señora Blaskowitz. Había habido tantas discusiones, tantos insultos, entreverados con escenas de plenitud frustradas, que Ventura no sabía cómo iba a ser recibido. Uno sabía y la otra sospechaba lo que estaba detrás de toda discordia.

Aunque no quería, o creía no querer, terminó buscándola. Esos insomnios provocados por el peso imponderable en los testículos y el sentimiento de que vivía en un pozo del cual

nunca podría salir, estaban a punto de volverlo loco. La necesidad de hablar con alguien, de comunicarse, de tocar el mundo, eran urgencias tan apremiantes como la de respirar. La última vez, se dijo Ventura, la última, antes de encerrarme a reventar la vida contra la novela.

Se dio cuenta de que sus celos eran infundados. Ella también tenía deseos de verlo. Pero antes de llegar al punto neutro a partir del cual podrían esbozar la primera sonrisa, hubo un intento de crisis. Bárbara explotó por una nimiedad. Dijo que el mundo entero estaba contra ella, que todos querían destruirla, que los hombres la arrojaban a un lado como a un pellejo inútil después de usarla, que sus mejores amigos pensaban que ella estaba al borde de la senectud, que su propia hija se portaba como una criminal.

—Si sigues en plan trágico mejor me retiro.

—No —respondió—: ahora tienes que aguantarme. ¿Para qué me buscaste?

Con muchas caricias y gran paciencia, historias distribuidas aquí y allá, pero sobre todo con el relato minucioso de los planes de la novela (ya había abandonado la idea de la mujer de ojos persas y estaba con la obsesión de la novela que reprodujera el mundo en su totalidad) y la descripción de los personajes, logró que Bárbara lo acompañara a casa.

—¿Y por qué quieres escribir sobre gente miserable? ¿No podrías escribir sobre la belleza de la vida, sobre el esplendor y la felicidad de un amor realizado, sobre la dicha que proporcionan las mujeres amadas, por ejemplo?

Igual que mi santa madre, pensó Ventura. Igual que Irgla, igual que todas las mujeres. Tercamente optimistas, morirían

cantando himnos de alegría y agradecimiento bajo una lluvia de piedras, aunque sus vidas hayan sido un rosario de desgracias e incoherencias.

—Algún día escribiré algo serio sobre mujeres y espero no te arrepientas.

—¿Somos personajes tan deplorables?

—Al contrario. Son personajes grandiosos, llenos de argumentos y arcanos, de los que se puede esperar lo peor, lo mejor y lo que va en medio. Flaubert dijo que toda gran novela debe tener por lo menos un gran personaje femenino.

Fue una noche exquisita y memorable. Al trascender la puerta se liberaron de las ropas y jugaron al Jardín del Edén. Ventura sintió el cuerpo de Bárbara muy cercano, muy accesible. Entró en ella con lentitud y conciencia extraordinarias, como si en su más sensible cima estuviera todo su ser. Luego se abrazaron estrictamente, confundiendo cuerpos y alientos, y permanecieron hablando casi una hora. Hablaron sobre la felicidad y la desventura, sobre el eterno retorno y la vida como una línea implacable que terminaba en la oscuridad, sobre Nietzsche y Schopenhauer.

—Oyendo tus insensateces y leyendo tus cosas entiendo tu cara de tronco petrificado, tu inmutabilidad, esa existencia de roca en medio del río —dijo Bárbara—. Eres un maniaco depresivo.

Le pasó, piadosa y maternal, una mano sobre el cabello. Él comenzó a rascarle la espalda. Bárbara, de nuevo, se entregó relajada, ronroneante, abriéndose completamente con una gracia de bailarina en la oscuridad.

Bárbara temblaba, le era imposible permanecer un instante inmóvil, hizo el intento de hablar, quería sin duda minimizar lo

que le estaba sucediendo, de sus labios salían apenas murmullos, incoherencias, *¡Ausgewogenheit!*, alcanzó a escuchar Ventura.

—¡Cómo me excité! —susurró Bárbara.

—Bellamente.

—Pero tú no.

—Yo estaba mirando.

—Eso es trampa.

—¿Por qué?

—El erotismo es asunto de dos. No de un observador y un participante.

—Yo quería mirarte, nada más.

—Pero no llegaste.

—No —Ventura mintió. Por una vez quería sentirse más fuerte. Una, aunque sea falsa, se dijo, por tantas de arena.

—Eso no me gusta.

—El sexo no es un deporte en el que los participantes tengan que llegar siempre empatados.

Hubo un silencio pegajoso. Imprudente de Ventura, sintió la necesidad de hablar. Inventó que había estado con la Princesa.

¡Prostituto!, fue toda su respuesta.

Luz

Eran las ocho de la mañana. La noche se había disipado velozmente. Fue a jugar básquet, luego salió a carretera en *Galileo*. Se detuvo a disfrutar de un camino bordeado de verdor. Pudo ver una hondonada entre colinas que fingía un pequeño paraíso. Pradera inexperta en invasiones, cuajada de rocío. Árboles frondosos e incultos. Un arroyo que corría entre piedras verdes. ¡Ni un alma! Soledad absoluta. Permaneció allí un par de horas en contemplación y recordó otras circunstancias similares, paisajes de sueños, a los que había llegado siempre escapando de algo, de alguien. ¡Si pudiera algún día captar esa sensación de hallazgo definitivo, si pudiera trasmitirla a un texto literario!

En medio del campo y bajo el follaje que formaba una especie de domo, caía una diminuta cascada de agua clarísima y destellante, que era bendecida por un rayo de sol justo en el instante en que Ventura apartaba las ramazones que ocultaban el misterio. *¡Ah, instante, detente, eres tan hermoso!* Recordó las palabras del doctor Fausto. Bendito sea Dios, exista o no exista, gritó a los cuatro vientos. Bebió del chorro que parecía nacer directamente del cielo. Luego dejó que el agua bendita le bañara el sudor del juego, las angustias, los falsos amores, las esperanzas espurias. Retornó a la carretera.

—¿Sabes? Anoche estuve a punto de decir “te amo” cuando estábamos abrazados —Ventura sintió que su corazón de acero se convertía en una coladera. A él le había sucedido exactamente lo mismo en el mismo instante. Pero en su mente se fundieron madre e hija en una visión de la vida imposible.

La habitación de Bárbara es muy amplia. Carece casi por completo de paredes, y en su lugar hay ventanales cuyas cortinas pocas veces velan el paisaje del pastizal virgen que se halla al frente. *(A la señora Blaskowitz le encanta ser vista, no sólo desde diversos puntos del Cerro de Macuiltépetl y desde el campo donde las vaquillas de exposición pastan, sino desde toda la unidad residencial y acaso desde otros puntos. Para sus invisibles admiradores ha improvisado rutinas, no todas ellas artísticas. Bárbara asume su exhibicionismo y disfruta de él, como goza —y teme— que alguno de sus contempladores quiera acercarse a su casa. Teme por sus hijas, pero las impulsa a pasear semidesnudas frente a las ventanas. El mundo es bello, dice, nosotras formamos parte de esa belleza. ¿Hay algo de malo en devolverle al mundo lo que nos ha dado? Es consciente del riesgo, pero se dice dispuesta a afrontarlo. Yo y mis hijas fuimos hechas para el amor.)* Luz de color sepia entra por la ventana de Bárbara, tamizada por las abundantes y aromosas hojas de las araucarias que se asoman y rozan los vidrios, dando a la escena un aire de película vieja. *El aroma de aquella habitación es inolvidable. Allí se vive como en medio de un bosque y hasta los pájaros se detienen a cantar al alcance de la mano,* escribió Ventura en su Diario.

Tras acariciarse durante un par de horas, los amantes no se decidían a emprender el camino definitivo. No siempre se podía disfrutar de tanta soledad, particularmente en casa de la señora Blaskowitz, constantemente habitada por los gritos de las niñas,

los ladridos de *Otelo* —nombre que Bárbara le había puesto al gran danés, en memoria de los sufridos días de su matrimonio—, las quejas de la vieja Tonia o la invasión de los visitantes, amigos, quejosos, clientes, atribulados, discípulos de alguna religión, doctrina, o integrantes de asociaciones de auxilio a la humanidad doliente, que tenían en Bárbara su líder espiritual y su gran oreja.

(Aparenta veinticinco años, no los treinta y cinco que en ocasiones se enorgullece de pregonar; el placer rejuvenece, es el gran elixir nocturno, cuyo efecto sólo dura hasta el amanecer; el licor cordial otorga belleza, basta pensar en la desagradable facha de unas cuantas locas en su vida cotidiana, que asumen hermosuras de alucinación en el instante de alcanzar sus contentamientos y que al golpe del primer rayo de sol resultan ser espantajos inolvidables.)

El cuerpo de Bárbara se dobló sobre el de Ventura y sus labios se unieron a los de él con intensidad, acaso queriendo expresar: No nos amamos, pero nos damos instantes de placer, de elevación, que nos salvan de nosotros mismos, de nuestra soledad, de nuestra intrascendencia.

Luego, ya en casa, escribiría: *Bárbara es la mujer perfecta*; luego corrigió: *Bárbara es la hembra perfecta. Su adoración del falo la convierte en compañera ideal del hombre que adora que amen su falo. ¿Y qué hombre no ama a quien mima su falo, y qué mujer no adora a los que cultivan su placer? Con una enorme diferencia: la mujer necesita si no amor, por lo menos ternura, o fingimientos y juegos infantiles, perversiones delicadas, rituales largos, que llegan a ser enojosos para el hombre...* Meditó, luego volvió a corregir: *...para el hombre que no está enamorado las mujeres son como las plantas que sólo dan frutos a quienes saben regarlas con deleite y morosidad.*

Estuvieron abrazados largo tiempo. Cada cual en su mundo. Hablar de amor en aquellos momentos no tenía sentido, por lo menos para Ventura. El amor echa a perder el sexo, escribió. Bárbara acaso escribiría en su Diario: El amor es el que da al sexo su verdadera dimensión.

Tal vez se pudiera hablar de comunión en aquel instante. O de trozos sueltos que encuentran su lugar. O de tendencias que se desatan. Bárbara tuvo un gesto de ausencia, tal vez se acordó de la Princesa y volvió a repetir, con toda su rabia: ¡Prostituto!, poniendo a su papel toda la carga de la escena definitiva de su vida.

La llevó a su casa, humeante de rabia. Mejor, se dijo Ventura: de nuevo volveré a concentrarme en la novela.

Diario de un frenético

Las ideas le dan risa. Como a los enfermos, sólo le interesan las sensaciones. El viejo dolor de espalda, que se inició después de los excesos con Iris Moonlight y de los experimentos del doctor Estrom (asuntos que Ventura excluyó de sus notas personales y que asignó al doctor Amóribus), ha regresado. La boca inclemente de Bárbara debe ser la culpable. A pesar de ello, esa madrugada el sentimiento de poder paranoico lo llevó a intentar, después de la noche más desapacible, batir su marca de los cinco mil metros. Bajo la lluvia, en la pista del estadio, enfebrecido, vio pasar, tras el velo del chubasco de vientos contradictorios, las estatuas semidesnudas y semiclásicas de atletas griegos que mandara esculpir el General Jara en los cicatrizados tiempos de esplendor de la Atenas veracruzana. Giraban una y otra vez el discóbolo, el maratonista, el luchador, al tiempo que Ventura recordaba la noche anterior, en la habitación selvática de la señora Blaskowitz.

Al terminar las doce vueltas y media se lanzó contra la meta y el ánimo apenas le alcanzó para apretar el botón del cronómetro: treinta minutos. Tiempo de gordo calvo con el vientre lleno de piedras. Regresó a su casa. Bebió tres litros de agua. Durmió. Y al despertar, cuando quiso moverse, sintió una coz en los riñones. Con extremo cuidado se arrojó en vendajes

desde la cintura hasta el pecho. Se recostó un instante y estuvo entre el sueño y la vigilia hasta las cinco de la tarde. Al levantarse sintió que el dolor se le había extendido a la base de la columna. Le pareció que sus vértebras encajaban una a una con dificultad en la cuerda que las unía como perlas caprichosas de una sarta floja.

Quiso derrotar a la fatiga. Intentó regresar a la novela. Pero, cómo escribir sobre la vida, si estaba ocupado viviéndola. Miró el cúmulo de papeles impecables. Veinte hojas, exactamente. De ellas dependía su existencia y el sentido entero del universo. Era lo primero que miraba al despertar y la raíz que lo sujetaba a la vida. Le habían costado más trabajo que toda su primera novela. Estaban al lado de la máquina y eran el resultado de un trance de ascetismo que ya se había disipado por culpa de Bárbara y su adoración de la parte gloriosa del cuerpo.

Sintió que estaba perdiendo el ritmo y que le faltaban la tensión necesaria, el alto espíritu, el aliento épico, razones suficientes; unos días se encerraba ocho horas a escribir como si estuviera redactando su última voluntad y otros se sentaba alelado a contemplar la máquina y a babosear el paisaje.

Se puso de pie, se frotó las rodillas con ungüento. Colocó en el tocadiscos a Pavarotti, y lo disfrutó como un napolitano sufriendo nostalgias de su tierra. Dio vueltas y más vueltas en torno a la mesa. Miró desde la ventana panorámica a *Galileo*: su asiento trasero estaba lleno de libros, botellas, suéteres, periódicos viejos, envases de leche y hasta cadáveres de sus pelotas de básquet. *Atenea* miraba con orgullo a su amo. Su amor era auténtico, sin atenuantes.

Y ahora, ¿qué voy a inventar para el doctor Amóribus?

Se sentó a trabajar: en dos horas tenía el capítulo del *Diario de un frenético*. La historia de Dona Maradona, una gorda con síndrome de Down, que es llevada por sus padres al consultorio del doctor Amóribus para su solemne inauguración. (¡Atroz!, gritaría la señora Blaskowitz al leerlo: eres el demonio). Montó en el auto y llevó el capítulo de *Amóribus* a la revista. El director lo recibió con grandes aspavientos. Todo Xalapa lee tus barbaridades, dijo carcajeándose.

Solamente en la oscuridad le agrada a B refocilarse. ¿Habrá algo extraño en su cuerpo? ¿Ocultarán sus reservas algo ominoso en medio de los ajetreos del placer? ¿Se transformará en fenómeno, sus ojos brillarán con luz negra, sus carnes caerán flácidas y sus manos se tornarán sarmentosas? El lugar de la señora Blaskowitz fue ocupado por el hombrecillo que se dijo escritor esotérico y que terminó, antes de dormirse, declarándole su amor en casa de Iris Moonlight —asunto ya tan lejano que parecía escrito en el primer volumen del libro de su vida—: un personaje. ¡Un personaje! Ventura metió un papel en el rodillo y comenzó a escribir. Dos horas más tarde sintió que se encontraba en medio de algo que podía ser atrayente. Era la historia —el capítulo de la Gran Novela— de Bache, un escritor borrachín que cae en todos los huecos de la ciudad y adora los semáforos porque siente que lo protegen, un personaje que se enamora viciosamente de cualquier muchacho y sufre de lagunas mentales en las que comienza a habitar un apartamento del Barrio Latino de París al lado de su amante.

Como de costumbre, en medio de la emoción del hallazgo, no supo dar fin al capítulo. Temía echarlo a perder. Salió a tomar el aire. Cayó, como por una maldición, en La Parroquia. Ya se iba a sentar, cuando vio a la Princesa. Trató de escabullirse sin

que lo viera, pero antes de cruzar el umbral pudo percatarse de que sus ojos penumbrosos se clavaban en su espalda como un reproche de brea hirviente.

Entró al ambiente menos neutro de La Casona del Beaterio: fuente con arco de ladrillo en medio de un patio, bugambilias, rosas, violetas, margaritas, narcisos brotando de la tierra, el sonido del agua como susurrando secretos de la vieja Xalapa. Se sentó donde nadie lo viera. Leyó un capítulo de *El Don apacible*, su libro de la guarda. El ruso le pareció el idioma del amor. Axinia, Amutka, Xiushka. Pocos idiomas poseen tantos diminutivos. “Me acaricias como si fuera una vaca preñada”, dice un personaje. Sholojov comentó en una entrevista: “Lo que importa son los personajes.” Debe tener razón. Todas las grandes novelas resultan de la creación de personajes memorables. ¡Eso! Se puso de pie antes de terminar el café. Corrió rumbo a casa. El viejo escape de *Galileo* sonó cerro arriba como una estampida de búfalos en el valle solitario. *Bache* podía llegara ser una vaca preñada, un buen personaje. Se sentó ante la máquina. Escribió rápidamente, sin meditar; a veces se detenía en los adjetivos. Se impacientaba. Ponía cualquier calificativo y seguía adelante. Terminó el capítulo. Leyó. Había tanta dulzura en el borrachín, que temió haber caído en el melodrama.

Con sorpresa halló que el dolor en la cintura ya no le impedía moverse con libertad. Que su aparato estaba en óptimas condiciones. El poder milagroso de la creación.

Miró la pila de papeles. Ocho más. En total, veintiocho. Recordó que en otro tiempo –cuando podía correr los mil quinientos metros en cuatro minutos veinte– era capaz de escribir cuarenta páginas diarias. Dichosa edad en que uno podía escri-

bir veinte páginas diarias, había dicho el gran Gabriel, el papá grande, en la última entrevista.

Quiero una carrerita seria, un quinqué, un Gramulo auténtico o cuando menos un Stainer, sería absurdo aspirar a un Stradivarius. Quiero una mujer buena para el amor, la comunión y el invierno. Nada más.

El arranque de humildad lo llevó a acariciar su violín como quien se apiada de su primer amor. Más tranquilo se sentó ante la máquina. Escribió un capítulo breve, sin historia alguna, simple y llano como la vida en uno de sus instantes más elementales. Pensó en ello. Dio un brinco. ¡Ese sería el nombre! *Así es la vida*. ¿Podría encontrarse un título más significativo que resultase tan paradójicamente superficial?

No pudo recordar en qué momento había abandonado la escritura de la novela de la mujer de ojos persas para emprender la descripción de esa casa de miseria y desnuda humanidad que ahora tenía entre manos.

Le dolían las rodillas. La combinación de los entrenamientos y las cuatro horas sentado ante la máquina, le dejaba las piernas tan adoloridas, que le era casi imposible soportar la inmovilidad. El movimiento le provocaba punzadas terribles, a menos que estuviera vendado. Era necesario cambiar la rutina. Miró el reloj: las cuatro de la tarde. *Galileo* se negó a hacer una nueva salida por los caminos del mundo. Cada seis meses tenía una crisis de identidad. Se ponía a chocar como un viejo decrépito y daba a entender que ya no esperaba sino la muerte por herrumbre y abandono en un acogedor lote baldío. Ni siquiera echándolo a rodar montaña abajo quiso abandonar su mutismo. El mecánico había dicho quince mil. ¿De dónde sacar

tanto dinero? El sueldo en la Editorial era de perro bajo la escalera. Los concursos literarios eran cada vez más esquivos. El año pasado no le había atinado ni siquiera a uno de los doce en que participó. Si yo le fuera fiel a un grupo, si fuese capaz de mentir y elogiar sin tasa, si pudiera reprimir la necesidad de insultar al mundo, si pudiera domesticar a la mala bestia que llevo dentro y ponerme al servicio incondicional de un editor y un grupo de mafiosos y mediocres, acaso comenzaría a ganar concursos y a publicar mis libros. Pero entonces, ¿cómo podría sobrevivir a la indigestión después de comer tanta mierda? No. O llego a imponer mi basura sobre la basura del mundo o me pudro en mi caverna en el cerro del Macuiltépetl.

En la revista el asunto de los sueldos era arbitrario. Estaba sujeto a la amistad y al capricho de un gordo parecido a Pancho Villa, que tenía por profesión ser simpático de frente pero hijueputa de perfil. Los capítulos de la novela del frenético Eleuterio Moon eran cada vez más leídos y, aunque los pagaban mal, por lo menos lo mantenían entretenido.

Ventura avanza en la novela. De nuevo le cambió de título. Ahora se llama *Monterrey*. Terminó un capítulo sobre Casiopea, un personaje al que considera cautivador, o más que ello, extravagante, y cuya principal característica es la paradoja: siendo una mujer fea en extremo, pasa casi todo el día entregada a los ritos de maquillaje y acalamiento. Como la poeta De los Campos, pensó.

Para Ventura es indispensable corporizar a sus personajes. No sólo construirlos mediante el recuerdo, en el que bullen como en un purgatorio todas sus mujeres, desde la putita que lo inauguró en el Bar Tico hasta las que visitan su vida o su imagina-

ción. Si describe una escena erótica siente que el cuerpo entero se le eriza y se pone en tensión, como si estuviese ocupado por una fiera dispuesta al asalto. Si no se le abulta la bragueta y se le ventila el corazón en los mejores momentos, como ante un gran paisaje al pie del acantilado, la escena no vale, tal es su norma.

Concluida la presentación de Casiopea, preparó café. Se puso a pensar en su personaje: una fea de antología, una archi y recontrafea, una malafacha, una obra maestra de la fealdad. De pronto Ventura se dio cuenta de que estaba echando café en la azucarera.

Llegó Etelvina, con su rostro de a ver cuánto le saco al menso. Ventura le dio cien pesos y le prometió 300 para la matrícula de sus hijos. Le pidió que se fuera. No había trabajo. Tuvo que empujarla. De todos modos la metiche alcanzó a ver el desastre de la sala.

—¿Qué es? —preguntó antes de irse—. ¿Jaiba o “intspiración” literaria?

Etelvina llama “jaiba” al olor a mujer que encuentra en la habitación de Ventura, particularmente después de los fines de semana.

—Es “intspiración” literaria —le aclaró para que se fuera tranquila.

Etelvina, con su figoneo y su locuaz don de la palabra podía liquidar la sana atmósfera que se respiraba. Lo mejor era tenerla lejos. Pagar su ausencia y su silencio.

Recordó: *En los hombres, como en los diamantes, sólo los extraordinariamente grandes sirven para solitarios; los seres comunes tienen que estar juntos y obrar en masa.* Santo, santo, santísimo Schopenhauer. Corrió cuatro kilómetros en torno al Macuiltépetl a

paso de gorda embarazada. Se detuvo a observar las plantitas que crecían con pasión insospechada hacia un sol enclenque. Aspiró la fragancia de las flores silvestres. Alzó los ojos al cielo y se preguntó: Oh, dios de los extraviados en sí mismos, ¿seré la lacra más vil de este mundo, o un hombre común y corriente pero demasiado bocón? Y es que, aunque no lo parezca, le preocupa hacia dónde va su conciencia, qué espera de la vida, a dónde y en qué circunstancias acabará su viaje. ¿Terminará suicidándose como lo anunció Bárbara después de uno de sus arranques metafísicos o simplemente al margen de todo, ignorado por sus lectores (en la actualidad no tiene información sobre el destino de sus libros, conjetura que se venden a razón de diez o doce por año, ya casi no recibe cartas, ha perdido la esperanza de ser traducido, uno de sus manuscritos preferidos lleva catorce rechazos, y el menos preferido cinco), hallará por fin a una mujer a quien amar más de cuarenta y ocho horas seguidas o seguirá fornicando con perras flacas y señoras altivas y poetas lacrimosas, como le dijo Irgla en su carta más reciente? Y la pregunta que más lo tortura: Oh, dios de los grandes, ¿seré un verdadero escritor o un gusano que aspira a volar aunque sus genes le nieguen el privilegio de las alturas?

Y Ventura lloró. Se detuvo a llorar a la vera del camino, al recordar que tuvo un padre y lo perdió, una madre y la abandonó, una patria y abominó de ella, un amor, Irgla, Irgla!, y lo cambió por la atroz libertad y la esperanza de escribir una novela sobre el fracaso de una pasión (falsa, quizá). Se vio en el instante posterior a su primera comunión, con el poder de la hostia llenando su alma y la certeza de que con un poco de impulso podría volar sobre los pastos edénicos de la Sabana de Bogotá.

Regresó a casa suspirante. Se bañó. Durmió tres horas.

Al despertar se rió de sí mismo. Otra vez el impío Ventura supo que de nada vale llorar y que sólo los hombres recios pueden cambiar la faz de la Tierra. Invocó a Federico Nietzsche, que murió de sífilis y escupió sobre el mundo desde su roca solitaria; y a Schopenhauer, que supo entender la voluntad como el motor auténtico de todo movimiento; a Miller, que vendió a su mujer y explotó a sus amigos fingiendo inocencia; y a Sade, que colocó el placer por encima de la virtud; a Baudelaire, que encontró el supremo placer en la conciencia de hacer el mal; a Mishima, que se hizo cortar la cabeza defendiendo el honor del imperio y la pureza de su ideal; a D. H. Lawrence, que terminó seduciendo a su hija adolescente cuando ya era un anciano. Ventura se sintió ligeramente embotado. Las afinidades no bastaban. No estaba seguro de ser malo y no sabía hasta qué punto quería serlo. Salió a caminar por el Parque Ecológico. Allí comenzó a tramar un nuevo capítulo. Lo mejor era dejar que los problemas de conciencia los sufrieran los personajes. Escribir lo del frenético doctor Amóribus era extremadamente fácil. Se trataba de llevar al papel las fantasías sin pudor alguno, de mandar el realismo, las convenciones, la decencia, al cuerno. Literatura de emergencia, de salvación.

Cuando se sentó ante la Olivetti salió algo totalmente diferente a lo que había maquinado. Hizo una pausa. Releyó unos capítulos de *El Don apacible*. No hay como los rusos, se dijo. Ningún país puede enorgullecerse de tener escritores de la talla de Dostoievski, Tolstoi, Sholójov, Chéjov, Andreiev, Turgeniev, Pasternak. *Sólo una verdadera cultura, es decir, una cultura remendada con desastres y esplendores sin tasa, produce artistas auténticos.*

Humildemente desearía ser tan grande como Dostoievski, se dice Ventura, sabiendo que repite lo que leyó en un libro de Henry Miller, pero consciente de que no hay vergüenza alguna en ello. Quisiera formar parte de la misma raíz, ser una especie de átomo de ese gran hombre que configuran los seres magníficos –tan deplorables en la vida civil, se dice consolándose de sus miserias– y que construyen ese gran espíritu, esa alma grande, que no puede ser juzgada por los mezquinos, los que viven entre la mierda, se alimentan de ella y la confunden con el oro.

Ventura, después de colocarse en una balanza y reconocer su peso infinitesimal y sus ilusiones desmedidas, ha tomado una decisión. Algo le dice que en un futuro distante el designio de este momento podrá liberarlo de tormentas, relámpagos e inundaciones que podrían ahogar su vida. Dará la espalda a los gozos cotidianos y se dedicará por completo a escribir. Solamente quiere pensar en la literatura, respirarla, sumergirse en ella, soñarla. Despeñarse conscientemente en el mejor abismo y esperar que en el fondo se encuentre la verdad, y que ella lo reciba con los brazos abiertos. Sabe que no está viviendo su vida, sino la de otro, las de otros, y que él no es Ventura, sino una reproducción con ligerísimas variaciones de un precioso molde, de un cáliz irrepetible, que no puede ser otro que el ser humano completo.

El propósito es escribir todos los días hasta que termine la novela. Para comenzar a cumplir con su propósito se sentó ante la máquina y esbozó un capítulo sobre *Goya*, otro personaje que cree entrañable, estoico, bizarro en su miseria y obstinación, una robusta matrona que barre, limpia, trapea veinte habitaciones sin darse un respiro.

La narración va cambiando de rumbo. Ventura intenta fundir su experiencia cotidiana con sus recuerdos del Monterrey en el que reinaba soberana y ridículamente elegante Irgla. Trata de huir de lo simbólico. No quiere que sus personajes representen nada. No quiere que la Casa de Julián Villarreal sea una parábola del infierno con sus cielos sorprendidos, ni que sus personajes sean encarnación del bien y del mal, de la castidad y la lujuria, ni que la ciudad sea rastreable en otro mapa que no sea el de la imaginación pura. Desea instalar en el universo una pensión sórdida en la que se encuentren un grupo de seres humanos con pasiones elementales que se entrecrucen como en un tejido inextricable. Inventar una casa aislada del mundo, autótrofa, como si existiera en la superficie de un asteroide a un millón de años luz de la Tierra. Ventura piensa que el más alto simbolismo, por una infernal paradoja, es la falta de significados ulteriores. El vicio de la trascendencia le molesta. Nada de epopeyas, humildad, humildad.

La fiesta del brujo

El domingo por la noche decidió darle una tregua a la literatura. Las páginas de la novela yacían, pulcras y perfectas, lo único ordenado y limpio de la casa, al lado de la máquina. No eran muchas, pero sí prácticamente definitivas. Cada frase fue leída mil veces. Se había detenido en las palabras horas enteras. Dibujó a mano los acentos con deleite de solterona. Cuidó muchísimo los adjetivos. Los sustantivos, en realidad, carecían de importancia. Una piedra era una piedra igual a todas las piedras, si no se le descubría su particularidad, su esencia, que se escondía —se revelaba; en el fondo las palabras opuestas no eran sino variaciones de una sola sustancia— precisamente bajo los adjetivos. Los personajes vivían y eran dignos de ser amados por lo que parecían y aparentaban, por sus circunstancias. Los accidentes, lo adjetivo, resultaba ser sustancial. Le dolían las rodillas de forma espantosa. Las vendas no alcanzaban a calmar el dolor. Necesitaba movimiento. Esta noche, se dijo, tengo que celebrar mi resurrección. ¿A dónde ir?

En Xalapa sólo hay un sitio en el que se llevan a cabo, casi en secreto —fiesta que se anuncia públicamente, termina invadida por vándalos fanfarrones que se sienten dueños de la ciudad a partir de las once de la noche—, todas las conexiones: La Parroquia.

El brujo Rubén pasó al lado de su mesa. Ventura lo tomó de un brazo y le preguntó que dónde estaba la acción. No respondió. *El brujo es una especie de gurú, profesor de antropología, de quien se dice que pertenece a la vieja nobleza zapoteca, anda siempre rodeado de una corte de adoradoras, a las que trata despóticamente, particularmente a una polaca admirable, primer violín de la Sinfónica y poseedora de la nariz más oprobiosa del mundo. Rubén tiene los ojos hundidos y la piel oscura. Como la Princesa Carmina, se expresa entre misterios y da la impresión de saber más sobre el mundo que cualquier otra persona.* Unos minutos más tarde se acercó *La Foca*. Una cosa peluda, de cara redonda como una media luna, barbilla en punta, vestido gitano. Mientras le pedía que le encendiera un cigarrillo, susurró:

—Dice el brujo que en su casa, pero que no se lo comentas a nadie.

Entró a un caserón de estilo colonial que debía ser idéntico a otros cien de Xalapa, con los cielorrasos verdinosos, ventanas y puertas desvencijadas, abundantes habitaciones en torno a un patio rectangular, libreros aquí y allá, máscaras indígenas en las paredes. Casi a tientas, Ventura logró orientarse. Bebió y fumó sin medida. Al fin y al cabo se trataba de celebrar. Unos individuos, a quienes no conocía, comenzaron a mirarlo de reojo y a hablar en voz alta sobre la fama, la vanidad, la literatura intrascendente, sin compromiso. Tal vez se referían a lo de Eleuterio Moon, el doctor Amóribus. No quiso discutir. Claro, tenían razón, la literatura debía servir para algo y el autor estaba obligado a ser una especie de Buda, un misántropo, un altruista, defensor de todos los marginados y protector de las etnias a punto de desaparecer.

Desde una habitación del fondo llegaba la música de un violín, un sonido insólitamente cristalino, una armonía de victoria, que se imponía al escándalo de Benny Moré y sus ofi- ciantes. Con toda cortesía Ventura se escabulló. Recorrió la casa, abriendo y cerrando puertas, pidiendo disculpas a los fuma- dores, a los amorosos, a los que discutían a gritos. Regresó a la sala sin haber hallado la fuente de la música. *La Foca* lo estaba mirando mientras hacía un gesto incomprensible.

—¿Qué buscabas? —le preguntó, con ojos enrojecidos y voz fangosa—. Quizás yo te lo pueda dar —más que una hembra incitante parecía una Gorgona autóctona, una X-Tabay con su matorral de pelo de burra asoleada.

El violín, dijo Ventura, ¿quién toca el violín? Una niña inso- portable, una loquita presumida que está en el baño, respondió *La Foca*. ¿En el baño? Sí, es una enfermita, una exhibicionista que todavía se mea en los calzones.

Ya con ese dato, Ventura pudo hallarla. Cuando dio con el origen de la música estaba comenzando a sospechar que la salida de su casa no iba a ser infructuosa. En el baño vio a la que iden- tificó inmediatamente como la hija mayor de Bárbara. Estaba de espaldas. El peso de su cuerpo descansaba en el pie derecho, las nalguitas apretadas, las partituras sobre el cajón del escu- sado y una furiosa actitud de estar dándole mate a la melanco- lía. La fuerza de su interpretación era casi masculina, pero la sutileza de las notas no podía partir más que de un espíritu delicado como el hilo de una tela de araña.

Ventura no pudo identificar la pieza, pero el instinto y las horas que pasó en el gallinero de San Isidro intentando emular los gol- pes de arco de *La campanella* de Paganini le hicieron sospechar que

sólo podía pertenecer a la escuela de los diabólicos maestros, que escribieron música que ninguna criatura que no tuviera tratos con el demonio podría interpretar: la dificultad laberíntica, la velocidad que exigía el texto y la limpieza de la ejecución causaban pasmo. Ventura estaba sin aliento, conmovido hasta el intestino grueso. Esperó a que concluyera y se atrevió a preguntar:

—¿Qué era?

La violinista tornó la cabeza:

—Ah, el amiguito de mamá. Creí que eras un hombre de las cavernas y que sólo salías en temporada de caza.

—¿Qué estabas tocando?

—Una pieza casi imposible de interpretar. Se atribuye a Paganini y fue descubierta recientemente en el archivo de la Biblioteca Municipal de Viena.

Quiso preguntarle qué haces aquí, pero se contuvo, supo que ello la iba a molestar.

—Mi interpretación era una especie de llamado en la espesura. Parece que ha dado resultado.

—¿Por qué?

—Estás aquí, ¿no? Mi pieza era una señal de humo en medio de la estepa. Esperaba que la viera un príncipe ruso, un iluminado, un navegante de los mares del sur, alguien que no fuese la gente piojosa de este lugar y llegara en su cabalgadura de fuego a rescatarme.

Digna hija de la señora Blaskowitz, pensó Ventura, intoxicada con cuentos de hadas y grandes palabras. Hablaba como una erudita. Y no había ironía en ella.

Ventura sintió que el corazón se le volteaba de la emoción como un guante de piel de marrano.

Trilce guardó su violín. Ya no era el Amati del primer encuentro, sino otro de barniz más opaco, pero de sonido claro, aunque algo tosco. Un instrumento de batalla, dijo la niña. Y Ventura pensó en la Princesa, un violín de Paracho, del que se podían sacar sonidos extraordinarios ocasionalmente, pero que desafiaba en situaciones difíciles, revelando su origen artesanal.

Hubo cambio de ritmo. Qué te parece si bailamos, tipo raro, dijo Trilce.

Con el cuerpo de la criatura cosido al suyo, la música le llegó hasta el fondo. Como si esa música (ya ni siquiera recuerda qué música, tal vez la de las esferas, se dijo: tal era mi transporte) fuera su música, la que coincidía con los sensibles recipientes vacíos de su alma. Las escalas musicales se armaban una tras otra, con ligeras variaciones, en un ostinato que tenía sin duda un sentido, una dirección. Así como las escalas, pensó Ventura, son las mujeres, variaciones cimentadas en siete notas. Sobre el andamiaje de la monotonía se levantan verdaderos monumentos de indescifrable dificultad y armonía. Trilce era la cima más alta de la complejidad y el deleite, una sinfonía perfecta: la *Décima* de Beethoven.

A las doce de la noche Ventura y la niña seguían bailando, completamente despiertos, alucinados por el descubrimiento de que con buen ánimo cualquier música suena como los coros de los ángeles en tiempo de gloria. Trilce lo puso en palabras:

—Tengo los ojos como un tecolote en la noche, creo que puedo ver más allá que el resto de los mortales. Podría morir bailando al ritmo de unas cacerolas.

A la una de la mañana, sin atreverse a lanzar el ancla hasta el fondo de lo que estaba sintiendo y comenzando a temer,

Ventura llevó a la niña a su casa. La luz de la habitación de Bárbara Blaskowitz estaba prendida. Un movimiento de su cortina le puso una gota de indispensable dramatismo a la escena. Ventura quiso escapar rozando con un beso fraterno y casto la mejilla de Trilce, pero la nena tergiversó el guión, poniéndole una mano enérgica en la nuca y otra en la cintura, al nivel de los sensitivos riñones.

Regresó a su casa y contempló la luna durante casi una hora. Sólo lo acompañaba *Atenea*, subida en su hombro, con las garras descansando sobre su pecho. A lo lejos, contra el cielo, se recortaba la silueta de Estrella de los Campos. Tuvo una fugaz vislumbre de la soledad de la poeta poliomielítica y del aullido de loba solitaria en las estepas que exponía como ropa al sol en sus poemas.

Luego comenzó a preocuparse. La hija de Bárbara era sin duda persona delicada pero peligrosa. Tras ella había una estructura de poder de la que habría que cuidarse. Uno lanza sus redes y no puede saber lo que ha pescado hasta que las saca del agua. Mis redes están tendidas y no soy culpable de la clase de peces que caigan.

Tranquilo, se dijo. Todo se le antoja luminoso. Hasta el terrible desorden de su casa en un amanecer de lunes debe ocultar un orden y un sentido. Siente que se halla en uno de esos días en los que se bebe el aire con fruición, porque se descubre que lo que tan indefensamente está ahí, es un fluido delicioso, gratuito, indispensable y que bebemos cotidianamente sin el gozo, la ceremonia y la necesaria gratitud.

Margarita

El domingo después de regresar del viaje a Morelia prefirió quedarse en cama, leyendo, en lugar de ir a la batalla con Bárbara. ¿Quién que haya conocido un cuerpo se conforma con su sombra? Se ha comido un filete y una piña entera. Piensa en Margarita. Margarita: poeta, un hijo ingenioso y divertido como un duende, sus rizos de reina mora, sus resistencias y, finalmente, la entrega el último día del congreso. Margarita. No le parece deshonesto asignársela a Eleuterio Moon. Quisiera asomarse por encima de las montañas y ver qué está haciendo a seiscientos kilómetros de distancia. ¿Habrá vuelto a su tristeza, a su doncelléz? La conoció en un congreso de escritores, supo arrimarle el hombro a su pena y ella, a cambio, le dio lo que una mujer sólo sabe dar una vez en la vida. Ventura solucionó su caso entregándosela a los sueños del doctor Amóribus: luego se dispuso a olvidarla.

Escribió: *Quetzalcoatl, principio del bien y el autosacrificio; Tezcatlipoca, principio del mal. El mal, en la cosmogonía azteca, como en la católica, sale del bien. Entonces, estamos salvados todos, buenos y malos. Thanks God. El viejo Omar también supo burlarse de las fofas verdades que han querido regir el mundo en beneficio de los falsos pecadores: ¿Por qué te angustia, Khayyám, el excesivo pecar? ¿Qué hay después de la muerte? La nada o la Misericordia divina.*

Acaba de dejar a Bárbara en el Canal. Ella debe estar ante las cámaras desde las siete a las diez. Ni ella ni Ventura han dormido un segundo. No hablaron sobre los viajes ni sobre Trilce. En este maldito Chicontepec todo se sabe. Ella regresó del DF más orgullosa y desafiante que antes.

—¿Estás enamorado de mí? —preguntó.

¡Qué idiotez! ¿Por qué las mujeres insisten tanto en preguntar semejante enormidad? Sería más fácil contestar con una fórmula algebraica que defina la composición íntima de la materia. De qué sirve contestarles que sí. Cómo va a saber uno si es cierto o falso. Será que necesitan el ruido de las palabras para aturdirse.

—Te aprecio.

Habían pasado la noche en casa de Alejandro Barón. El Poeta Pibil, una de las primeras víctimas sin redención de la señora Blaskowitz, asisitio acompañado por una sobrinita adolescente, a la que acarició dos horas seguidas. Barón se emborrachó y comenzó a gastar su arsenal.

—Tú, pinche extranjero, estás en México como en tu país. ¿Y sabes por qué? Porque este país es el más generoso del mundo.

Su mujer —la Yaya de bolsillo, ¡ay, Yayita!, perfecta como paciente del doctor Amóribus— hace tremolar su naricilla de muñeca rusa y convierte su ceceo infantil en una forma de llamar la atención. Parece una polaca tratando de pronunciar bien el español. Yaya prefirió irse a dormir.

Todo el resto de la jauría se dedicó a aullar tras los calzones de Bárbara. Uno tras otro se acercaban para velar sus deseos lúbricos con la excusa de una fraternidad universal. La señora Blaskowitz los atendió con ademanes de gran señora y no

rechazó a ninguno. Repartió besos, abrazos y consejos, abrazó y se dejó abrazar, bailó generosa y casi burlescamente con varios y en el último instante los espantó como a hienas molestas y diligentes. Parecía estar diciendo tranquilos, tranquilos, algún día les llegará su turno. Ventura pensó en Iris Moonligth: acaso Bárbara terminara como la mujer de los sombreros, haciendo pasar bajo el arco de sus piernas a todos los hombres bien dotados o apreciables de Xalapa. O no: el gusto de la señora Blaskowitz se inclinaba hacia los extranjeros.

Ventura asistió al espectáculo con paciencia, rabia o indiferencia, según el equilibrio de sus diversos humores, aunque notara que de vez en cuando los babeantes lo miraban con cierto recelo, ironía, temor o reto.

Bárbara, la mujer que no sabe decir que no, se dijo. La que cumple absolutamente con todos sus sueños.

Por fin pareció notar que ella estaba molesta. Barón le había pasado uno de sus brazos de leñador canadiense sobre los hombros y amenazaba con rozar partes sensibles. Hora de salir en defensa de la dama, se dijo Ventura. Pero en cuanto quiso tomarla del brazo y llevarla aparte, ella lo rechazó poco sutilmente. No había otra alternativa que abandonarla a su suerte en la árida montaña y seguir como espectador.

Ventura se tendió en el suelo, sobre la alfombra, y armó su expresión de ausente. Bebió Havana, Château Laffite, Ballantine's, Sauza Hornitos y finalmente café. No se sentía mal. Sabía que Bárbara lo estaba sometiendo a una prueba. Puesto que dices no ser celoso, quiero que me lo demuestres, parecían decir sus ojos de domadora.

¡Qué ganas de comer mierda!

Tampoco quería abandonar el campo. Desde hacía algún tiempo había llegado a la convicción de que lo mejor de las fiestas eran los finales y que para llegar a ellos había que soportar los baches inevitables. Ver el amanecer esperando que suceda algo. Estar alerta. *¡Partir, partir, palabra del viviente!*, gritaba un poeta. Quizás Saint John Perse.

El novelista Barón insistía en restregar su cuerpo de gran mamífero contra la gallarda humanidad de Bárbara. Parece un gusano megalops queriendo vulnerar el caparazón de su hembra anillada, pensó el frenético.

Lo magnífico, tuvo que reconocer Ventura, era que todos los machos en celo, enardecidos por el alcohol, se veían diminutos e indefensos en torno a aquella osa gris, que los aceptaba con aquiescencia, sabiendo que de una dentellada podría destruirlos. La gratísima cabellera de Bárbara azotaba el rostro de sus esclavos. ¿Para qué tanto desorden y alharaca, si terminaremos simétricamente en la cama, y lo único que ha de variar serán los motivos de reproche, los insultos y el rigor de la resaca?

Alejandro Barón y su Yaya.

Barón —escribió Ventura en su Diario—, un hombre de mediana edad que no llega al uno cincuenta, gordísimo, de cabeza chica y ojos saltones, pálido como Nosferatu, sociable, meloso, besuqueador, usa camisones obispales para disimular su vientre descomunal. Ella, regordeta, pequeña, linda, de naricilla de emperatriz egipcia, su piel muy blanca y con pequitas, su carne perfecta, apetitosa. (¡Una mujer para Eleuterio Moon!) Hacен una extraña pareja. Parecen tranquilos y hasta felices. Ignoran o fingen ignorar la curiosidad y la burla que suscitan en los transeúntes: jamás vióse pareja tan hundida en su mundo de rigores e intrigas de amor. Barón, cuando todavía pesaba menos de

noventa kilos y vivía en Veracruz, escribió una novela con la que ganó un concurso no muy importante. Eso fue hace cinco años. Todavía está esperando la publicación. La novela es casi el único tema de su vida, vive mutilándola, cosiéndola y remendándola. Yaya estudia Letras y ahora tiene la obligación de leer la Poética de Aristóteles y sufre por eso.

Alejandro Barón, uno de esos hombres que tiene alma de perro en celo. Ve pasar a una mujer, por deplorable que sea, y de inmediato se inicia en él un proceso de sudoración y salivación que lo convierte en un cerdito en el asador. Aunque dice que Yayita lo satisface plenamente, pues siendo tan pequeña resulta ser una fiera para los menesteres del amor, Alejandro no puede evitar lanzar piropos y hacer proposiciones a todas las mujeres que pasan a su lado. Yaya se enoja, le tira del pelo o le da puñetazos en la barriga y lo insulta hasta la humillación. Alejandro y Yaya viven discutiendo y es frecuente verlos enzarzados en un pleito que puede terminar en escenas de violencia no muy tremebundas. Casi podría decir que lo hacen por divertirse o por molestar a los curiosos.

Yaya cocina muy bien, es una estudiante perezosa, pero se da unos aires de intelectual que no los soporta nadie. Pronto, dice, comenzará a trabajar para que Alejandro se dedique por completo a escribir. Barón se deja adorar con la condescendencia del genio. Sabe, supone, que tarde o temprano escribirá una obra maestra, mas no se apura. Todo llegará a su *indebido* tiempo, dice. Siendo de gordura tal que llamaría la atención en un concurso de fenómenos, Alejandro puede ser extremadamente agradable. Acaso se acople tan bien con Yaya porque ella se dedica al juego de parecerse a la Maga de *Rayuela*. Se sabe bella y presume de su ceceo ostentoso, al que se agrega una incapacidad divertida para pronunciar la “r”.

Mientras Yaya se bañaba, Ventura y Barón hablaron sobre su gusto por las nenas. El gordo le contó que las niñas de su taller literario le hicieron grandes revelaciones de amor. Ventura rememoró a una morenita caleña de doce años de edad que sabía más de la vida que cualquier matrona entrada en hombres.

—Anhelo una sociedad en la que se les permita a las niñas expresar abiertamente su sexualidad y sus emociones.

Ventura no dijo yo también, pero lo pensó. La prueba estaba en la niña Ranita que había hecho tan feliz y tan desgraciado a su Eleuterio, doctor Amóribus.

Miller

Ventura lee a Miller, flanqueado ahora por seis velas. Cortaron de nuevo la luz por falta de pago. En el *Diario de Xalapa* apareció su foto y bajo ella una leyenda en la que se anuncia la aparición de su libro de cuentos. Un editor, un tipo caricaturesco, como un usurero de Dickens, sugirió que habría una remota, infinitesimal posibilidad de publicarlo, y ya Ventura mandó boletines a todos los periódicos.

Escucha en el denso silencio vegetal de la noche la voz de Estrella de los Campos declamando sus poemas:

*Lejos de mí
Abierta a la noche
Celebro en mi boca tu rocío
En lo más oscuro
De tu coche*

Atenea, acostada sobre el último suéter sobreviviente, con las manos cruzadas, entrecierra los ojos y adopta su arquetípica actitud de esfinge. Se parece a la Bárbara triunfante de noches atrás.

Ventura ha estado reflexionando, y tras un día de inacción, ha llegado a negociar consigo mismo, luchando entre el sentimiento inasible de plenitud e insatisfacción que lo acomente

cuando no escribe, y el sentido de culpa que arrasa con su ánimo, cuando lo hace. Señor, no soy digno de escribir. No tengo nada nuevo, nada valioso que decir. No puedo iluminar al mundo. Lo único que hago es aumentar el ruido y la confusión. Escribir es para él un acto moral, una decisión que involucra a toda su persona. Hay que descubrir o inventar las claves del mundo, ser coherente, decir algo significativo, algo que debe yacer oculto en la pura evidencia. No le ha sido difícil llegar al convencimiento de que necesita paz espiritual, serenidad –amor pleno y correspondido o soledad absoluta, todo o nada– para poder sumergirse en el mundo de la novela. Y puesto que no puede conseguir ni la serenidad ni el amor (lo de Trilce fue una chispa, piensa) y la soledad lo vuelve estéril, ha optado por dedicarse a algo más sencillo pero menos satisfactorio: leer, dormir, pensar de vez en cuando en la molesta necesidad de ganar lo suficiente para la renta, malcomer, un poco de gasolina para *Galileo* y alimento para *Atenea*. Ya llegará el estado de gracia o de ánimo propicios y todo será como sentarse bajo una palmera a esperar que caigan los cocos. Mientras tanto, oh dios de los humores y fluidos espirituales, se siente desolado, como un hombre desnudo en medio de un desierto infinito, consciente de que ni Dios mismo se compadecerá de su abandono.

Fantasmas de otro tiempo
Feroz y amojamado
perfume de hembra sola
tiempo profano y encallado
¡Albur, abur!

Sabio proverbio transformado en lugar común: Mañana será otro día. ¡Qué tal si no lo fuera! ¡Qué tal si tuviéramos que repetir siempre el mismo día y que la mala fortuna dictara que ese día fuese nefasto! Nietzsche y Goethe intuyeron ese terrible y probable sino del ser humano. Ventura a veces siente que lo está habitando. Se tomó el resto de tequila que había dejado la escritura del cuento de Perry McClue y durmió con su gata amada sobre el cuello a manera de bufanda. Despertó a las cinco de la mañana. Le preparó a *Atenea* su leche o por lo menos un líquido blanquecino que no podía ser matarratas. La muy humilde lo bebió sin protestar, sin exigencias. La acarició un rato y le estuvo contando cuitas. El frío era espantoso. Ventura decidió hacerle frente. Si hubiese vivido en San Petersburgo habría hecho un hueco en la capa de hielo del río para chapotear. Se equipó y corrió hasta la cancha de básquet. Jugó hasta las dos de la tarde. Buen rendimiento, luego cervezas con los indígenas basquetbolistas bajo los árboles de Economía.

En el café de siete a diez. Leyendo todos los diarios que encontró abandonados. Ninguno traía nada interesante. Ni un miserable concursillo fácil de ganar en Oaxaca, Durango, algún ayuntamiento español o por lo menos en una universidad del interior de Colombia. Retornó a casa. Encendió la televisión por primera vez en cuatro meses. Acababan de matar a Somoza. Uno menos, se dijo, ahora falta que maten al resto. Apagó el aparato. Fantaseó un poco y con frialdad burocrática se deshizo de los jugos sobrantes. Tiró el calcetín pegajoso a un lado. Era necesario dormir. Mañana habría que trabajar en algo. La bruja de la renta no tardaría en comenzar el asedio de cada mes. Los de la revista, a pesar de que los lectores, las lectoras sobre todo, se

estaban aficionando a niveles casi enfermizos a Eleuterio Moon, el doctor Amóribus, se negaban a aumentar el sueldo. En la Editorial no hubo pago.

Poco, pensó, aparte de la naturaleza, la paz y el ambiente provinciano me puede ofrecer esta ciudad. Yo debía estar en Corfú, en las Islas Galápagos o en Antofagasta, pero sigo heroica o cobardemente en mi lugar. *¡Partir, partir, palabra del viviente!*

Durmió hasta las once de la mañana. Etelvina lo despertó con el ajeteo de las ollas. Por primera vez en su vida no pidió dinero. Seguramente estaba enamorada. Tampoco hizo observación alguna o lanzó ironías sobre la ausencia de huellas femeninas o el desbarajuste de la casa. ¿Quiere que le prepare algo de comer?, preguntó antes de salir, pero la voz de Ventura no la alcanzó. No importa, pensó el soledoso.

Buscó en el despojo de refrigerador –inútil desde que Ventura se dedicó a apuñalarlo para que frenara su entusiasmo productor de témpanos ingentes– y encontró media docena de verduras añejas, trozos de carnes indefinibles, que lanzó ecuménicamente a la olla de barro. La puso en el único quemador útil y esperó a su lado, como el primitivo cerca del fuego.

Después de comer supo que vivía –de nuevo– en el mejor de los mundos posibles. Trabajó en la adaptación radiofónica de “Remedio para melancólicos”. Tardó exactamente una hora en terminarlo. Quedó impecable, con todos sus puntos y comas, con sus efectos de sonido, sus músicas y su sensiblería ramplona: justo lo que esperaba el director de Radio, un hombre a un vientre pegado.

Me estoy acostumbrando a mí mismo, se dijo, e inmediatamente sintió que era absurda tal presunción: nadie, absoluta-

mente nadie, podría acostumbrarse a ser un tipo tan desaforado, tan acérrimamente adicto a los excesos, tan aficionado a glorias ajenas y distantes.

Son las once de la noche y no ha escrito ni una línea. Tal vez su impotencia se deba al hecho de haber tenido que salir de la casa para conseguir dinero. Pidió prestados catorce mil pesos. Una locura. Pero ya estaba hecho.

Debió haber vendido el cacharro para comprar una bicicleta de diez velocidades, que le permitiera escapar, como siempre, tras malbaratar sus pertenencias. ¿Cuántas bicicletas había abandonado en su vida, cuántas mujeres, cuántos violines, cuántas bibliotecas?

En fin, *Galileo* estaba listo para el camino. Ventura pensaba casi con alegría en la posibilidad de perder sus trabajos en cualquier momento. Pancho Villa había comenzado a censurar su novela por entregas. El hombre a un vientre pegado censuró un programa: Esta es una emisora cultural, mi viejo, no una tribuna para libertinos; además, las autoridades andan preocupadas con las barbaridades que escribes en la revistucha.

De todos modos ya se había vencido el plazo: tres años en una misma ciudad era un exceso que ni él ni sus vecinos habían logrado soportar. Alguien debía echarlo. ¿Es que Xalapa carecía de principios, de caridad cristiana, de dignidad?

Quiéralo o no, hay una relación afectiva con Bárbara Blaskowitz y otra, más peligrosa y emocionante, con su hija, y esas relaciones estorban mi trabajo literario... ¿O será a la inversa?

Se la encontró en una callejuela estrecha, escarpada y llena de piedras sueltas. ¿De dónde venía? Mejor no preguntar. Misterios de Nuestra Señora de los Orgasmos. Portaba anteojos

oscuros, iba airosa, con todas sus banderas de mujer inigualable al viento. Casi a quemarropa la invitó al cine. Ella dijo que había prometido llevar a sus hijas al circo. Sabes que mis hijas están antes que el mundo entero, dijo. Le sugirió que pasaría por ella después de que cumpliera su papel de madre diligente y agregó: ¿tengo que decirte para qué?

—¡Ah no, así no! —dijo lanzándole una bofetada de verdulera. Inmediatamente le dio la espalda.

La muy vil: ahora le ha deshecho el ánimo: ya no podrá escribir. Ella quiere amor, inepto, le dijo su otro yo, amor del bueno, compañerismo, cariño, tiempo compartido, cosas que un enfermo como tú no puede dar.

Buscó a la Princesa —que, según supo, no se había casado ni se iba a casar— más por compasión a sí mismo que para disculparse. Seis meses sin verla, sin regarle el jardín perfumado. La Princesa estuvo inusualmente franca. Sin retórica. Insistió en lo de su futuro matrimonio. Antes de ceder la primera sonrisa lo sometió al habitual tratamiento de tortura: comió lentamente, tomó un café, fumó un cigarrillo. Masticó enjundiosamente lo que iba a decir y finalmente lo dijo:

—Te voy a ser sincera. Nuestra relación siempre me dejó insatisfecha.

—Lo que pasa es que nunca hablas sino tonterías. Pones una barrera. Permaneces al otro lado, y por más que golpeo la puerta, tú no respondes.

—No me vengas con cháchara literaria. Eres un egoísta. Te caigo mal, no me soportas. Eres infiel por deporte, juegas con las mujeres como si fueran damas chinas. Intercalas unas con otras, las coleccionas, las enfrentas, las humillas.

Ventura estuvo de acuerdo. Las mismas ideas, las mismas sensaciones, los mismos argumentos con distintas palabras, los sentimientos de repulsión, de falsa existencia, los había vivido con más de media docena de mujeres que dejaron menos huellas en su vida que sombras de pájaros sobre el mar.

—Sexualmente eres un ventajista. Sólo piensas en ti mismo. Eres un eyaculador precoz en lo físico y en lo espiritual. La verdad es que nunca he sentido nada verdaderamente memorable contigo.

La muy ingrata, la hipócrita, no se acuerda que los dos supimos visitar varias veces el fin del mundo, pensó Ventura.

Y aparte de su comportamiento agravante, se retiró de la casa sin dejarse poner una mano encima.

Escribió: *La Princesa de Huamantla es una fiera oscura, resentida, que guarda sus secretos como una leona sus cachorros. Permanece con los músculos tensos, mira a través de las pestañas entornadas, con una expresión densa e incomprensible. Se deja, se dejaba, besar y acariciar con indiferencia absoluta. Sus labios se mantienen inmóviles al beso y sus manos apartan con desidia las ajenas. Busca en la radio su programa favorito y se entrega a vivir pasionalmente las canciones. Parece saberlas todas de memoria y no admite que los seres del mundo real interfieran con su universo esquizofrénico de amores que se fueron, balcones abiertos y relojes descompuestos.*

Lluvia

Sigue lloviendo sobre Xalapa. Lluve tercamente en lloviznas inclinadas y volubles, en chubascos verticales de goterones como puñaladas, en garúas y chipi-chipis poéticos, en aguaceros inverosímiles que caen como pedradas vengativas. El verdor brilla bajo las luces difusas de las dos de la mañana. No muy lejos navegan muebles, reses, cuerpos humanos y hasta casas con habitantes aferrados a sus posesiones.

Atenea está enferma. No quiere comer. Bajo la mesa Ventura halló una tarántula muerta.

Los irrefrenables y juguetones vándalos de la universidad hicieron otra travesura digna de su ingenio e impunidad: subieron un Volkswagen al techo de un edificio. Nadie sabe cómo, pero allí apareció.

Vio a Trilce en el intermedio del concierto. Sus ojos de un azul de hielo tenían un brillo inusitado. Nunca antes había visto unos ojos semejantes, tan evidentemente sensibles, tan desnudos, tan confiados en la brillantez del mundo. Se lo dijo, y ella ocultó el rostro tras una revista de partituras. Lo suyo parecía ser un diabólico candor. Una mezcla incomprensible de osadía e ingenuidad. Una niña tal no podía haber sido amante de los pretendientes de su madre, como había oído murmurar en La Parroquia. ¡Jamás!

Eludió en todo momento referirse a la noche del baile, al beso artero, a su madre. Le pidió que la llevara a su casa. Peligro, se dijo Ventura, escapar, escapar. Sus ojos eran altamente sospechosos. Había que huir de ellos.

¿Qué te sucede hoy, Trilce? ¿Has descubierto algo que suponías y que el mundo te ha ocultado hasta este instante? ¡Trilce, Trilce!, ¿cuándo me atreveré? ¿Por qué Eleuterio el troglodita sí había podido con Ranita y él, su amo, su creador, se veía frenado ante aquella aparatosa oferta de dicha y transgresión? Su propia conciencia, su otro yo, su inconsciencia le respondió: Porque, como dice Bárbara Blaskowitz, eres un ser contaminado, incapaz de hallarle sentido a tu vida, de darle dirección a tu existencia. Eres, en el más detestable sentido del término, un retórico.

Ese era el peor insulto que podía recibir Ventura de su propia voz interior. Ni siquiera Irgla se había atrevido a usarlo en los peores momentos.

A las tres de la mañana ha dejado de llover. El aire es, semejante al de hace algunos días, un efluvio que penetra el alma y embarga el cuerpo llenándolo de energía que comunica con lo mejor del universo.

La ciudad ha sido lavada de impurezas. Un árbol destella bajo la luz de la luna con verdor absoluto. Ese es el árbol de mi vida. El arquetipo del árbol, la idea plena. Ese es el árbol que me quiero llevar a la tumba. El cielo es una túnica de color azul imperial y está llena de agujeros de diversas dimensiones por donde se cuele la conjetura de lo infinito. En ese instante hasta los sonidos son más precisos, y es como si el silencio súbito, tras el estruendo continuo de la lluvia, hubiera devuelto la precisión al mundo y la agudeza a los sentidos. Ventura escucha el tic-tac

del reloj, el ruido de las llantas de los camiones pesados sobre la cinta asfáltica a varios kilómetros de distancia, voces de algunas personas que deben estar caminando en el otro extremo de la ciudad.

Me gustaría que Irgla tocara en este momento a mi puerta.

Correr bajo el limpio cielo

Mientras corre se siente libre de todo pensamiento, duda y certeza. Es sólo cuerpo. Lucha contra el espacio y contra el tiempo. Sólo se tiene a sí mismo. Ve la meta después de doce vueltas y media y sabe que en ese momento, mientras corre, nada, fuera de la pista, tiene importancia. Su cuerpo es potencia o debilidad, abatimiento, sudor, voluntad. Es músculo y respiración, medida del tiempo, del espacio, del esfuerzo. Un intercambio misterioso de fluidos, una alquimia sin comparación, mantiene su maquinaria en movimiento. Puede correr un poco más rápido o un poco más despacio, pero nunca abandonar. El correr cinco mil metros, desde la partida, abre un universo, una eternidad, que se cerrará en la meta. Hay que medirse en la primera vuelta, calibrarse. Un minuto diez en cada 400 metros es demasiado rápido; un minuto veinticinco, demasiado lento. Y a medida que pasan dos, tres, cinco vueltas, va tomando un paso estable y tirando, a cada vuelta, una piedrita de las doce que lleva en la mano derecha. Cada piedrita representa cuatrocientos metros. La vuelta final es definitiva. Los principios y los finales son emocionantes, los medios tediosos. Así, como las carreras, es la vida. Así, como la vida, la literatura. Y, como la literatura, las mujeres. Y como las mujeres, los violines. Todo es una misma sustancia, una misma savia. La sabiduría

consiste en saber guardar las piedritas para ir las tirando en el momento justo. Sin trampas, con fe de pescador. Tarde o temprano saldrá de las aguas del tiempo el pez que esperamos. Y si no sale, subsiste el doloroso placer de la esperanza. Mientras corre va diluyendo una preocupación: *por ahí, alguien*, anda recabando firmas para pedir su deportación y la de Kristoff porque agredieron a unos jóvenes “de la mejor sociedad” y por atentar contra la decencia del pueblo. El que acaudilla el movimiento es don Raciél, director del *Diario de Xalapa*. Ventura siente como si toda la ciudad lo odiara. Sabe que es imposible, pero aparte de Bárbara, un ser bueno por naturaleza que ha sido vapuleado por su propia ingenuidad, y Kristoff, otro frenético, los demás parecen esbozar sonrisas torvas al pasar a su lado. La novela por entregas sobre la vida de Eleuterio Moon se lee en oficinas entre sonrisas. Las secretarías se reúnen a comentarla en secreto. No faltan quienes hayan comenzado a murmurar contra el autor. Adjetivos poco amables se le endilgan. *¡Partir, partir, palabra del viviente!*

La novela de falso amor, la novela de la mujer de ojos persas, sigue adelante. *Monterrey* (o *Así es la vida*) también. ¿Qué puede haber en el mundo fuera de la literatura? Nada. Caminó solitario hacia las dunas. Se revolcó en la arena como un perro dichoso persiguiendo mariposas. Escribió el nombre de Trilce sobre la playa para que las olas lo borrarán (como en la canción, ja, Ventura el intelectonto cursi). Sin embargo, el agua al subir lo que hizo fue profundizar y dar realce al nombre hasta el punto que éste parecía estar escrito en las olas. El Norte, el viento norte, no demasiado impetuoso, soplaba levantando nubes de arena que golpeaban su cuerpo. Cagó deliciosamente con el culo al

aire y se limpió con arena. Subió a las dunas y se dejó caer cuesta abajo. Rodó hasta quedar en el fondo de las montañas domésticas, con un horizonte a diez pasos de distancia. En el mundo, en el universo, sólo había tres cosas: el cielo, la arena y su persona. De pronto una gaviota cortó la soledad. Nada más. ¡Maldita ambición! Si pudiera alejarse de todo, vivir de manera elemental al lado del mar, encontrar La Gran Humildad.

Cielo limpio

El cielo amanece limpio. Con el discurso del día se va percudiendo, hasta parecer por la tarde un gran trapo, que con la luz indirecta hace nostálgica la suciedad del mundo.

Hoy le tocó a Ventura la parte inferior de la rueda de la fortuna. No hay razones para que se sienta infeliz. Debe ser la acidez de la sangre. La existencia no es otra cosa que una lucha de fluidos. Piensa que su vida (su cuerpo, su espíritu, lo que sea que es) va flotando como un leño en la notoria medianía de un río que comienza a perderse en el desierto: sin turbulencias ni caídas, con una especie de falsa resignación. Apenas soporta el paso del tiempo.

Cada día le hace esperar el siguiente, que acaso aporte un nuevo dato al absurdo enigma del libro de la vida. Las cartas no llegan. Para recibir cartas hay que enviarlas. Es la ley. Se siente marginado por sus casi amigos, los intelectuales correosos: el Poeta Pibil, Pepe Maya, pintor de falos, el gordísimo novelista Barón. Ay, Yayita. El chisme del fin de semana es la pelea de Ventura y Kristoff contra los vándalos. Eso de los pleitos callejeros es cosa de rufianes, dijo el Poeta Pibil, asunto degradante, tonto, triste.

Y pensar que Díaz Mirón retaba a muerte, apenas hace cien años, a quien se atreviera a mirarlo de reojo y con ironía.

Los sueños de ventura de Ventura, viajar a las Islas Galápagos, al más profundo Amazonas, al último rincón de Nepal, siguen visitándolo. Tarde o temprano cumplirá. Todo sueño que se repite termina por cumplirse. ¡Corfú, Minsk, Pine Creek! Dormir con una doncella esquimal, montar avestruces, poseer a una yegua amada en el sur de Chile, beber whisky de centeno, lanzarse a los torrentes de una quebrada impetuosa, entre desfileros, sin saber lo que espera en el próximo recodo. ¡Sueños, sueños! No necesito otra cosa para estar tranquilo que tener una obra seria entre manos. Ello me permitiría estar satisfecho conmigo mismo. ¡Quién quiere ser feliz! Eso se lo dejo a las vacas en su pastura. Agotarse frente a la porfiada roca de una obra grande; no derrochar la energía en mil reseñas, notas, escritos, novelitas bellacas y por entregas, adaptaciones radiofónicas; no envilecerse en la Editorial corrigiendo el estilo de los libros pedregosos de los sabios municipales; no dilapidar la vida en la cama con Bárbara o con Ximena Carmina Escriba; no agostarse en las nimiedades familiares con las niñas de B; no cultivar un jardincillo de sueños perversos con Trilce, ¡Trilce! Convertir definitivamente a Irgla en novela y archivarla sin reconcomio alguno.

—No es que seas perverso, criatura de Dios —le había dicho Bárbara—, sino que estás intoxicado con libros malditos, crees cualquier basura, le rindes culto a todas las fantasías babosas.

Quisiera no alimentar nostalgias indigestas por el pasado, ay Irgla, ni por el futuro, no abonar sueños de gloria estrepitosa. Ya le dije, señorita, que no voy a conceder más entrevistas durante el resto de este año, comuníquese con mi representante. Que hay que decirlo: ya Ventura tiene representante en España (No entiendo por qué te pasas la vida lamentándote, le reprocha el

otro Ventura. ¿Qué esperas? Una fila de editores arrodillados a tu puerta? Para eso, como dice Gabito, hay que mojarse el culo). Se llama Carmen B y durante dos meses de negociaciones lo único que ha hecho es pedir que mande manuscritos inéditos. Novela, quiero una novela que alborote el cotarro, un revulsivo, tiene que ser algo grande, que explote, que descubra o revele algo nuevo, no sé, a ver con qué sales. Eso escribió en su carta reciente: en papel arroz con esa firmita aparentemente sencilla, como podría ser la de madame Verdurin.

Quisiera creer en su proyecto, sentirse libre de amor, de odios, de temores. Poco dinero cae, poquísimos, apenas el suficiente para permitirle pasar las tardes sentado en su mecedora de paja al lado de una pila de libros que va rozando (las mañanas las pasa con las patas sobre el escritorio en la polvorienta oficina de la Editorial): mucha poesía, una novela incommovible, que lo llene de envidia, un tratado sobre simetría que desde hace años quiere leer, psicología.

Dicen que ya pasó de moda la psicología en la literatura, que el “psicologismo” es un defecto decadente y romántico. ¡Qué ganas de comer mierda! Mientras exista la literatura, es decir, el hombre, la psicología —es decir, la expresión, el sentido en pleno funcionamiento— será la médula de cualquier trabajo artístico serio, apuntó en su Cuaderno de Notas de Emergencia.

En la sala hay una palma, una cícada, recién comprada, cuyo origen se remonta a los albores de la humanidad. (“Proliferaron en la Tierra durante la Era Mesozoica; desde hace 150 millones de años la especie se mantiene sin variaciones”, leyó). Sólida, inmutable, verá florecer y marchitarse las rosas año tras año. No pide más que unas gotas de agua a la semana.

¿Y ahora qué escribe Ventura? La de falso amor está quieta, abandonada, se va diluyendo. El tiempo lo gasta en tonterías, banalidades, escoria. Piensa que para variar las aventuras de Eleuterio podría incluir una aventura con un homosexual. ¿Con quién? Recuerda a un moreno de ojos verdes de Belice con el que ha jugado básquet. Es ágil, delicado, desasosegante. Con seguridad que tal lance levantaría una polvareda de murmuraciones. Se dice que las aventuras de Eleuterio Moon, el doctor Amóribus, son un diario encubierto de Ventura y que bajo los personajes femeninos se soslayan sus amores ocultos. Pero, ¿qué se puede ocultar en este pueblo? Todo está controlado, todo a la vista. Quien se salga del camino recibirá un regaño ejemplar de don Raciél en la página editorial del *Diario de Xalapa* y una catilinaria del obispo Grueso y Cordera. Hay quien ha importunado a Bárbara preguntándole si ella aparecerá como protagonista. Verdad o mentira, Ventura confiesa que hasta el momento le ha sido casi imposible escribir una narración que no tenga sustento en la realidad; lo más cercano al invento fue lo de la seducción de la impúber e insolente Ranita; pero bajo su piel existe una niña, cuya imagen asiste a sus soledades con frecuencia. Es la hija de Chío, la secretaria de la Editorial. ¿Cómo inventar, de dónde sacar *inspiración*? ¿Qué tan vituperable es explotar la propia vida, la intimidad, para convertirla en literatura? Lo del *affaire* homosexual queda desechado. Ventura, macho hasta la ignominia, macho y misógino, dicen, se confiesa incapaz de excursiones que lo lleven más allá de las mujeres. Sería como querer tocar una viola en la séptima posición sin haber dominado la primera en el violín. Los instrumentos de cuerda enseñan más de la vida que la vida misma, piensa.

Bandadas de palomas vienen y van por el cielo de Xalapa. Ventura las ve desde la ventana de su oficina. Kafka hubiera envidiado los mapas de países inéditos que configuran las manchas de humedad sobre su pared, los altos y polvorientos estantes llenos de libros que se han publicado para satisfacer las vanidades huecas de Los Siete Imbéciles, la sonrisa de bigote caído del compañero Trigueros, la hora del café, los coqueteos de Chío, la flauta de afilador con sólo tres notas que Ventura esconde entre las galeras para tocar en sus horas de rabia y para desorientar al Poeta Pibil, que se dedica a contar sílabas para el soneto del día, la ansiedad con que los empleados miran el reloj controlador.

Chío se pule las uñas. Tuvo sus tiempos de esplendor, sabe manejar el trasero al caminar y cada vez que alguien entra a la oficina tiene la costumbre de entreabrir ligeramente las piernas. Como buena secretaria, conoce los asuntos íntimos de todos, maneja con donaire el poder secreto de haber recibido propuestas de los machos de la Editorial y de no haber aceptado ninguna.

El jefe, el amigo tímido, quiso sentarla en sus piernas y ella lo mandó a lavarse las pelotas. Así le dijo: Jefe, a lavarse las pelotas... con todo respeto. Y se alejó sonriente con una expresión de a partir de hoy aquí mando yo. Además, es la madre literaria de Ranita. Su hija Verynice es una versión autóctona de la Beatrice famosa, de Lolita y de todas las niñas precoces de Nabokov. (Leyó: *Oh, Lolita, tú eres mi niña, así como Virginia fue la de Poe y Beatriz la de Dante...* ¿Cuánto pides por tus pensamientos?... *Mi niña, se sabía observada, gozaba con la lujuria de esa mirada y hacía alarde de risas y juguetes...* *La miré y la miré, y supe con tanta certeza como que me he de morir, que la quería más*

que a nada imaginado o visto en la tierra, más que a nada anhelado en este mundo.)

Habla Chío sin dejar de pulirse las uñas:

—Estuve en casa de Bárbara Blaskowitz y asistí a una escena.

Ventura finge ignorarla. Chío, insiste. Posee secretos y es imperativo que los sepa el mundo. Dice:

Llega Trilce y grita mientras coloca el violín sobre la mesa de la sala:

—¡Hola, reina!

—*Hola, divina —responde su madre sin levantar los ojos del libro que está leyendo—. ¡Hiciste tanta falta en casa!*

—*¿Alguien ha llamado? —pregunta casi gritando Trilce mientras revuelca las ollas en la cocina.*

—*Sí, en tu mesita de noche hay un mensaje no sé de quién y un regalo mío.*

Grito. Sube corriendo las escaleras. Bárbara mientras tanto ha separado la vista del libro y pone gesto de madre relegada. Se escucha un nuevo grito de júbilo de Trilce.

—*Ay, mamá, es divino, maravilloso, cómo pudiste —son casi aullidos los de Trilce, desde el segundo piso, para que la escuche su madre. Trilce baja corriendo y se lanza a los brazos de Bárbara.*

—*¡Cómo te quiero, lieber! —así le dice, lieber, no sé por qué.*

—*Yo también —responde Bárbara rascándole la espalda mientras comienza a chillar.*

—*¿Qué te pasa?*

—*Nada.*

—*¿Te sientes mal, mamita, te sientes solita? ¿Qué puedo hacer por ti?*

Bárbara mira el papel que tiene Trilce en sus manos.

—¿Buenas noticias?

—Tonterías, liebchen, tonterías. Sabes que lo único que me interesa es el violín.

Ventura mira a la secretaria. Como todas las ociosas, vive pendiente de la vida ajena y al reproducir sus chismes es un auténtica grabadora humana; además, está loca. No tiene quien le calme las ganas. Piensa.

—Bárbara ha hecho de su vida un desastre —dice sin dejar de pulirse las uñas—. Le he conocido más de una docena de muchachos.

Imaginación tuya. Habladurías. Bárbara es una mujer como no hay dos en este Chicontepec.

No tiene sosiego. Anda saltando matas y cambia de trabajo todas las semanas. ¿Sabes a lo que se dedica ahora? Promueve cremas de masaje. Invita a cinco o seis personas a su casa y allí, frente a las niñas, las somete a terapias musculares. ¡Imagínese! Termina ligándose con uno de sus invitados y peleando con los demás. Cuando pelea con su elegido, convoca a otro grupo, y así sucesivamente.

—Chismes, chismes, chismes de viejas ociosas y reprimidas.

No es tan sencillo. En la familia de Bárbara el gusano de la locura se ha prolongado por siglos. Su madre y su abuela han terminado esquizofrénicas. En la casa de Bárbara hay una verdadera guerra por los hombres.

Ventura entiende perfectamente las razones de la secretaria. Ella misma le ha contado su novela doméstica. Se casó virgen y cuando su esposo la penetra por primera vez, grita: ¡Se me rompió la regla! Comienza a odiar a su esposo. Sin embargo, le da tres hijas, todas producto de violaciones. El marido se aburre,

consigue amante y se va a vivir al otro lado de la ciudad. Una vez por mes la visita, la viola, deja dinero y se va. Se establece la costumbre. ¿Cómo no va a envidiar a Bárbara, que sigue viva y ha logrado superar el rechazo de la sociedad gracias a su belleza verdaderamente exagerada en una ciudad de mujeres feas (hay que decirlo, afirma enfáticamente el otro Ventura).

En la cima del mundo

Xalapa en la cima del mundo. El mejor aire. Xalapa de las Flores: bugambilias, alhelíes, violetas, geranios, jacarandas pintando el cielo y lloviendo en arcoíris sobre las calles empedradas. Tapias entejeadas, techos encontrados, como otra topografía superpuesta a la natural. Pinos, abetos, araucarias, sauces llorones. Casas encaladas. Calles estrechas por las que circulaban con dificultad entre el estiércol que corría alegremente a cielo abierto, por un canal en medio de la vía, hace cincuenta años, los coches tirados por bestias y los caballeros disfrazados de virreyes, las damas con mantillas y los indígenas de diez etnias con sus itacates. La Xalapa de otro tiempo sigue luchando contra la nueva, la impersonal, la común y corriente. Vivo en la Xalapa de Humboldt, ese loco que escribió: *Tengo la loca idea de retratar en un solo trabajo todo el universo material, todo lo que conocemos de fenómenos de cielo y tierra, desde las nebulosas de las estrellas hasta los musgos que crecen en las rocas graníticas, todo ello en un estilo que estimule y cautive el sentimiento humano. Cada idea grande e importante de mi escrito deberá ser consignada allí, codo con codo, con los hechos. Deberá dibujar una época en el génesis espiritual de la humanidad, en el conocimiento de la naturaleza... Mi título, para esta obra, es Cosmos. Obra grande, casi divina, eso quería Alexander von Humboldt. Yo quiero hacer algo parecido.*

¿Puede haber un sitio mejor que Xalapa para lograrlo? ¡Sí, se dice Ventura, una Xalapa en la que haya una mujer para el buen amor y para el lecho, un violín de firma y tres pesos bajo la almohada!

Es difícil vivir sabiendo que la única cosa de que puedes agarrarte está muerta, frase de Rulfo que es como el latigazo de un relámpago en la más densa oscuridad. Cómo llegar a escribir algo semejante. Acaso sólo teniendo la raíz amarga que sufre Sabines.

Ventura se acuerda de su encuentro más reciente con Gabriel. Dijo el Papá Grande después de escuchar el relato de los amores con Irgla.

—Eso debes escribir: la historia del hombre que persiguió a una mujer más de dos mil kilómetros para terminar abandonándola.

—Ya está casi escrita... Y archivada en el baúl de los fracasos.

—Si escribes bien, los editores llegarán de rodillas a pedirte los manuscritos.

—Pero es autobiográfica.

—Absolutamente todo lo que uno escribe es autobiográfico.

De Bárbara no he vuelto a ver ni el humo y tampoco he alcanzado a rastrear el polvo que levantan sus zapatos. Tal vez toda esta desazón no tenga otro origen.

No quiero hacerlo por última vez, dijo Bárbara. También Irgla pronunció palabras semejantes. Me seguiste por medio mundo para abandonarme en una rabieta.

Un día de estos saldré a comprar botones. Compraré carretas de botones. Y otro día de estos, me sentaré a coser botones. Coseré tantos botones que no habrá un solo ojal huérfano.

Sí lo deseo, pero no lo quiero, fueron las palabras de Bárbara.

Atenea ya es casi ajena a la casa. Sólo entra en contadas ocasiones. Y, sin embargo, no se aleja de la puerta. Su constancia le

recuerda a Ventura el empecinamiento amoroso de Carmen, la lavandera. Por las noches *Atenea* lanza estruendosos suspiros. La rodean enamorados de todos los pelajes. *Atenea*-Bárbara.

Ventura sigue repitiendo su ya viejo papel, lee a Miller con el cacumen en ángulo recto. Quisiera que su vida fuera una erección interminable. No halla pena, gloria, deseo o aburrimiento en lo que está haciendo. Se trata simplemente de su destino: tener la heroica pinga bruñida, nunca en astillero.

Cuando sale a la calle se dedica a investigar sobre la banda de matones que asuelan las noches xalapeñas.

Una cosa enorme en marcha hacia la noche y hacia la trasgresión divina, eso es el mar, escribe Blake, eso soy yo, que no sé hacia dónde voy, pero que cualquiera que sea mi dirección, llevo un enorme impulso, responde Ventura.

Cumpleaños de la señora Blaskowitz

Tras la fiesta de los treinta y seis años de Bárbara (“Te invito porque fuiste un amigo muy especial”) –Trilce estuvo ausente, por fortuna–, una vez despedidos los invitados, después de rascarle la espalda, le acarició la frente, tratando de alisarle la arruga de la angustia. Entonces su rostro adquirió una serenidad que la hizo ajena, abrazó a su osito preferido y se durmió. Sus hijas menores y Ventura se retiraron en puntas de pies. Antes de irse, el bárbaro le dejó dos libros de regalo: *Poesías completas* de Alberti y *Sombra del paraíso* de Alexandre. Al salir vio a una periodista vecina, su coño juvenil empaquetado en un pantalón de mezclilla, su sentimiento de que está conquistando el mundo con la máquina de escribir. La osada le dio un beso en la boca. Inmediatamente el sistema automático comenzó a funcionar. La invitó a cine. Quizá ahora sí pudiera pasar más allá del dedo cordial y de ser protagonista de una aventurilla del doctor Amóribus. La periodista no aceptó.

—Amiguito: con la fama de sátiro y salvaje que te cargas, salir contigo sería un suicidio social.

Noche de encuentros, le tocó después tropezarse con la Princesa de Huamantla.

—¡Cuánto tiempo! –dijo–. ¿Cómo va tu matrimonio?

—¿Matrimonio?

Prometió buscarla un día de estos, es decir, nunca. Su carne oscura, fresca y enemiga todavía perfuma su memoria y en los ratos de ensueño recuerda el juego de las prendas en las partidas de póker y el ensayo casi gimnástico de las 33 posiciones que recomienda el Jeque Nefzaqui. Volvió la periodista a tornar a su ensueño, a sus memorias, y la vio sobre la alfombra retorciéndose de placer a regañadientes, mientras esquivaba e invitaba al dedo del corazón de Ventura.

Noche de inventarios, habló por teléfono con Irgla. Prometieron, sabiendo que no iban a cumplir, encontrarse un fin de semana en el DF.

Llegó a casa y le escribió un cuento a Margarita, la de Morelia. Luego le escribió una carta. No le dijo que ya la había usado su personaje, Eleuterio Moon.

La máquina del tiempo marca las once de la noche. Ventura está sentado en la mecedora —esa madre mecánica— leyendo *La obediencia nocturna* a la luz de las velas. A la derecha la Gioconda, esa hembra verde, y junto a ella la pintura de la mujer sin brazos, que le regaló el pintor de falos. Muy cerca están, casi cómplices, la cícada —mil años de imperturbabilidad— y *Atenea*. Frente a él está un demonio de madera que compró en Morelia. Eso es lo que le queda de la ciudad de los grandes atardeceres, aparte del recuerdo de Margarita y el sentimiento ya familiar de que dejó allá algo que no sabe precisar pero que necesita para vivir...

La cortina se mueve. Una mano asoma. Ventura permanece inmóvil. Ve un anillo con el signo de escorpión. La osada se atrevió a caminar sobre la cornisa, pegada a la pared, con el innombrable objetivo de sorprenderlo. Tiene razón la secre: está loquita.

—Pasa, está abierto.

Entra por la ventana, y su expresión es la de quien acaba de escuchar su sentencia de muerte. Los ojos ocultos tras los lentes, las manos temblorosas. Es como si hubiera mudado su rostro por la máscara de su propia desventura. Es posible adivinar penas y tribulaciones innombrables. Ah, las mujeres, entidades hechas para sufrimientos y lamentaciones. Su cuerpo, muy grande, un Stainer, instrumento fuerte, sólido, perfecto en el aspecto técnico, pero carente de la sutileza y la alegría de los Stradivarius, está encogido. Ha perdido en gracia pero ha ganado en amor.

—Siéntate —le dice cariñosamente.

No responde. Cae de rodillas sobre la alfombra, muy cerca de él. Lágrimas violáceas escurren surgiendo de la penumbra de sus lentes. Ventura mira su cuello, un poco flácido. Oculta su cabeza entre las piernas de él y desparrama su cabellera lustrosa sobre el piso. ¿Otro ataque de la bestia de la lujuria, empeñada en perseguirla sin tregua? No. Se trata de otra cosa. Está llorando a raudales. Dice que reconoce su derrota. Que esperaba que Ventura cediera, que ya no puede más. Que ahora ha tomado una decisión. Hará estrictamente lo que Ventura quiera. Estará a su disposición cuando él lo desee. No lo molestará el resto del tiempo. Si eso es lo que él quiere, ella será su amor de fin de semana, nada más. Reconoce que ha sido exigente. Quiero ser tu esclava, dice. Haz de mí lo que quieras, pero a mi hija ni la sueñes.

Si las lágrimas y la actitud no fueran tan auténticas, diría que se está burlando. Que escenifica una radionovela y que de un momento a otro explotará: lanzará una carcajada demoníaca y dirá: Y qué creías, zopenco, que una mujer como yo se permite estos desfiguros...

Borrón y cuenta nueva: todo es falso, fantasías de varón ermitaño. Bárbara no ha visitado su casa. Está solo. Solo. La única esperanza que tiene en la vida se está cociendo a fuego lento: trozos de carne de cerdo flotando en mares de aceite y rebanadas de cebolla, el invento más reciente del chef. Hoy no ha tenido ánimo para emprender La Gran Receta: se pone a calentar una olla de barro con mucha agua. Se le echan cebolla, papas, apio, chayotes, todas las verduras que haya en la casa, sin olvidar la sal, carnes las que sean y en la cantidad que el cocinero disponga. Una vez que todo el menjurje hierva, ponerlo a fuego lento. Tres horas más tarde, después de dormir, jugar básquet o pulir la cachiporra, regresar a la cocina: ahora disfrute de La Gran Receta del soltero sin futuro, presente ni gloria.

Atenea es el único ser viviente y con juicio en los alrededores. Mira a Ventura con su habitual catatonia. La cícada se abstiene de juzgar a su amo.

Mientras comían tacos —¡en lo que terminó el propósito de ser atendidos por meseros formales y discretos, a los que darían gran propina, después de beber buen vino y comer como los bellos burgueses xalapeños!— y después de que Bárbara le contó que el gordo Pérez-Ramos (¿y ése quién es?) quiere matrimonio, Ventura le reveló que había ido solo a la playa.

—¡Qué egoísta!

—Caminé por las dunas.

—En esas dunas yo hice el amor con un marinero al que acababa de conocer.

—Muy propio de tu forma de ser.

—Tengo alma de puta.

—Lo que pasa es que te dejas flechar por cualquier fábula que te aleje de la vida cotidiana. Para ti la vida es como un circo y estás dispuesta a aplaudir a cualquier foca bien armada.

—No, lo que pasa es que me es imposible dominar mis etapas de celo. La sangre se me amontona en el corazón y no puedo pensar, simplemente me entrego.

Hablaron sobre Irgla y su costumbre de transformarse en princesa de Mónaco cada vez que emprende un viaje en avión.

—Una vieja ridícula, una fantocha.

Ventura estuvo de acuerdo. Luego supo descubrir en los ojos de Bárbara una pregunta que la venía torturando desde hacía semanas. ¿Trilce? ¿Qué podía decirle sobre su hija? Sospechas, sobresaltos, iluminaciones, francamente no sabía qué responderle. Simplemente la niña le causaba una inquietud diferente a las que había padecido con otras mujeres.

—Cuando la miro siento un hormigueo en todo el cuerpo y es como si un batallón de termitas me estuviera royendo el corazón —dijo con el deleite y la pena de quien hunde un estilete en el pecho que le ha dado serenidad y calor—. Cada vez que tú y yo hacíamos estropicios de amor pensaba en ella. No podía evitarlo.

—No sé qué pensar de ti ni de Trilce. Me da miedo. Tu espíritu es muy ligero, te atreves a cualquier cosa —dijo la señora Blaskowitz, emitiendo un sonido grave y tremolante de viola de gamba.

—Trilce, con su delirio de niña prodigio, cree que puede permitirse cualquier desafuero —agregó la señora.

(Trilce es como su violín Amati: alegre, inspirada, libre, bella voce, bella figura, sabe hacer el ridículo con gusto, parece superficial, pero de su espíritu bien tañido casi siempre surgen las notas más profundas y conmovedoras.)

—Es como un demonio. Cuando me mira directamente a los ojos tengo que apartarme —suspiró Bárbara—. Quizá tú puedas ayudarme a entenderla —dudó un instante—. O a perderla.

Sólo el silencio podía responder a los temores de Bárbara.

—No me atrevo a pedirte que te alejes de ella porque sé que eso te impulsaría a buscarla.

Súbitamente un vuelco espectacular en los asuntos editoriales: Carmen B, la representante española, escribió personalmente, en términos muy amables, para decir que ya se comunicó con todas las editoriales con las que Ventura tiene tratos para informarles que a partir del momento ella será la que manejará los negocios. Dice que lo mejor es que deje absolutamente todo en manos de ella. Ha ofrecido los planes de las novelas a cinco editoriales españolas. Los informes de lectura son inmejorables. Las perspectivas son, pues —según el optimista e ingenuo delirio de grandeza típico del señor Ventura—, de éxito exagerado e inapetable: edición de cuatro libros, dos en editoriales importantes y dos en empresas modestas, todo ello en el plazo de un año. Entonces Papá Grande tenía razón: bastaba escribir bien y esperar a que los editores comenzaran a desfilarse de rodillas ante tu puerta. Como de costumbre, la alegría lo llevó a correr. Ello le serviría para protegerse de las desdichas de lo cotidiano, para ocupar el tiempo mientras llegaba la gloria. La semana pasada había exagerado el esfuerzo y el resultado es un persistente dolor en la base de la columna vertebral que lo ha obligado a descansar dos días. En la presente semana está entrenando suavemente, para llegar al domingo, día de la minimaratón, en buenas condiciones. Le entró el capricho de competir y lo va a hacer. Toda su vida ha sido una competencia. Ya se está hartando de tanta disciplina.

Quiere un poco de relajó, mujeres, jugar básquet, fumar. Olvidarse de la literatura y del deporte. Dar paso al desordenado Trimalción que lleva a flor de piel.

Para variar la rutina se le ocurrió ir a la casa de la señora Blaskowitz. Lo recibió Tonia. Bárbara gritó:

—¿Quién llegó?

Nati respondió:

—Ventura.

—Que espere abajo —se escuchó. Luego hubo cuchicheos y pasos apresurados.

Ventura se dedicó a esperar espulgando la biblioteca, como de costumbre. Decidió robarse el volumen de las obras completas de Dostoievski. Corrió a esconderlo en *El Oprobio*. Una, dos horas estuvo esperando. Súbitamente vio que un hombre corpulento, de barba, vestido como un adolescente, tenis y playera, nalgas de torero, bajaba las escaleras trastumbando. Ajá, es su actual galán, pensó, lleno de celos y amargura, pero de alivio. Le pareció algo extraña, poco caballerosa, esa salida furibunda. Debía de ser una rabieta de macho enamorado. Siguió esperando. Más tarde Ventura se daría cuenta de que Tonia se había ocupado de entretenerlo mientras arriba se desenvolvía una especie de sainete.

Esperó otras dos horas y luego preguntó que por qué no bajaba Bárbara. Tonia subió a preguntar y cuando regresó dijo:

—No está.

—¿Cómo que no está, si escuché su voz?

—Simplemente no está.

Era imposible, a menos que la señora Blaskowitz se hubiese descolgado furtivamente por el balcón para evitar un mal encuentro.

—Salió cuando le estabas dando la espalda a la escalera.

—No le he dado la espalda a la escalera.

—El caso es que no está.

¿Mentía Tonia? ¿Se había esfumado B? ¿En realidad salió sin que Ventura se diera cuenta?

El desaire no le molestó demasiado. Al día siguiente llegaría un editor que se decía dispuesto a todo con tal de publicar los cuentos. ¡Catorce rechazos había tenido su libro! Sería darle la espalda a Carmen B, pero qué diablos, llevaba años esperando la oportunidad. ¡Comenzaría la vida de artista! ¡Podría escupir sobre la miseria de su vida cotidiana! ¡París, Barcelona, Olimpo, islas griegas, *here I go!*

Leyó: sesenta y dos cajas de ron cubano fueron enviadas a Estocolmo para la fiesta latinoamericana tras la entrega del Nobel a Papá Grande, avión fletado expresamente lleno de amigos de la Costa Atlántica, una escandalosa y espléndida charanga, con su tambora y sus negras caderonas para poner patas arriba al rey Gustavo y a toda su corte. Entrevista al flamante dueño del mundo —hecha por una urraca parlanchina, voz demasiado aguda, palabras rebuscadas, como queriendo tejer textos literarios en el aire, excesivamente tierna y llena de elogios hacia el rey por un año—: Yo tengo algo contra la fama. Ha sido un atentado contra mi vida privada. Antes yo vendía setenta ejemplares de mis libros; en realidad yo los compraba todos... La vida no es otra cosa que una anécdota detrás de otra. Yo soy incapaz de abstracciones —sus aires de padrecito, de gran padrecito. Un Tolstoi sin barba pero con un gran bigote y un lunar de mosca. Un día sentado a la mesa con Dios y otro con el Diablo.

Buenabestia ante el espejo

En noches tan desapacibles, después de darle un corazón de pollo descongelado (¡Mi pollo, mi pollito!, lo llamaba Irgla), Ventura pone a *Atenea* en la calle y cierra la puerta. No quiere testigos de su situación. La cícada por lo menos calla y seguirá haciéndolo por siglos.

Escribió: *Cuando llegue la gloria hay que estar preparado y con la maleta lista. El mejor escudo para afrontarla es la humildad, La Gran Humildad. Yo sigo mi destino —¡recuerda a Petronio!: el destino también posee sus designios, que no tienen por qué coincidir con los tuyos— como el caballo con orejeras, como el ciego que oye el tintineo de las monedas. Todo lo que sucede a mi alrededor es aprovechable. Pero no me hiere. Aventuro la idea de que poco a poco iré dejando atrás el culto a mí mismo. Sí, he sido vanidoso y ególatra, usé a las personas para mis propósitos, pero llegará el momento en que la persecución sañuda de mi obra, el hallazgo de un buen violín y de una mujer completa, coincidan. Mientras tanto, arrojo palabras sobre el papel de forma irresponsable y vivo con la fe del que se sabe hijo de los dioses mayores. El azar de los tercios, de los creyentes a pesar de todo, me dará la razón al final del camino. Y si no, ¿a quién diablos le importa? Mi amigo el pintor polaco Kristoff, campeón mundial de la pedantería, me definió como un mediocre que trabaja. Me gusta la definición.*

Ventura se mete el dedo pulgar derecho en la boca y chupa. Duerme como un bendito. El lunes, antes de ir a la oficina, pasa por el correo, *la forma más palpable de la esperanza*. Por fin llegaron cartas. Muchas. ¿Qué está pasando? De París: Zafra sigue arrastrando su escepticismo, lava alfombras en una editorial de medio pelo y escribe cuentos lúgubres, cortazarianos, en los que sus protagonistas se enredan con mujeres semejantes a la Maga. De Florida: el escritor desteñido juega tenis representando a la Universidad de Tallahassee e informa de concursos que ha ganado. De Bogotá: el simpaticón de Joseph Kardón logró liberarse de su puesto en el Dane y viajó a Londres, al tiempo que su mujer sigue pariendo sin piedad. De Cali: el poeta triste sufrió una depresión nerviosa, fue rescatado por su hermana y ahora está en Bogotá, internado en una casa de reposo. De Cereté: un moreno robusto e insultante de un metro noventa y cinco envía un libro de cuentos de calidad extraordinaria, que parece escrito por el mejor Onetti. De la Costa Atlántica: se quejan de las intrigas, del centralismo, chismorrean sobre sus amigos. Una escritora recién desvirgada comenta sus problemas existenciales (“Ya no hay hombres, sólo marranos que quieren vaciarse en una”). Alguien escribe sobre lo que llama su primer intento de suicidio y añora los viejos faroles del Barrio Latino, tan propicios para colgarse. Piensa poner ese intento de autocancelación en la contraportada de su próximo libro. Plinio escribe una novela que se desarrolla casi toda en París y plantea la disyuntiva: Europa o la selva. Todos parecen o quieren parecer infelices. El insulto y el elogio desmedido al Papá Grande se han transformado en deporte nacional. Ventura llega a una conclusión: sólo los desesperados, los solitarios, los vanidosos e insatisfechos escriben car-

tas. Y por eso decide escribirle una carta a su madre: Quizás viaje a Managua, tal vez me quede allí, no sé qué diablos hago en este maldito Chiconcuaco. Aparte de las anteriores cartas, llegaron tres muy sospechosas. Son de editores. En ellas se repite lo mismo: que suspenden toda posible negociación por motivos imprecisos, de los cuales el más socorrido es la eterna crisis económica. ¿Qué hacer? Una sospecha: los editores ya no quieren nada conmigo porque la gorda representante Carmen B se metió en medio. Un capítulo de *Sexus*, el Libro de la Guarda de la semana, en el que Miller manda al diablo su trabajo y decide dedicarse a escribir, le retorna el ánimo. La fuerza de su emoción emana del papel y absorbe totalmente al lector. Ventura lee con una mano en el corazón y otra en la bragueta. En ocasiones contiene el aliento. Mona está detrás de todo el gozo de Miller.

Y yo no tengo mujer. Bárbara es más una sombra que una presencia. Lo último que se le ocurrió decirme fue que no volverá a dejarse regar el jardín perfumado a menos que le pague a razón de mil pesos el polvito. (Irgla tuvo un gesto similar: "No vuelvo a salir contigo hasta que no compres coche.") ¿Me atreveré a pagarle? No creo. Es capaz de darme una puñalada. Hay una ley eterna que debe aplicarse a la mayoría de las mujeres: una cosa es lo que dicen y otra la que quieren decir. Las mujeres son los seres menos literales, más literarios, que existen. Frente a una mujer el hombre ha de asumir la actitud del talmudista. Lo más importante siempre se halla a contracorriente. Todas las mujeres están locas. Y la más loca de todas es Trilce. Divina locura, favoréceme con una Ranita. No es justo que mi Eleuterio Moon se quede con ella. Colecciona mujeres como el que colecciona estampillas o mariposas.

Es el loco amarrado que se libera gracias a la literatura de folletín, mi Frankenstein .

De todos modos Ventura supone que volverá a persuadir a la señora Blaskowitz. A menos que se le atravesase otra mujer. O que a ella se le aparezca un vago, un marinero o un luchador enmascarado durante su periodo de celo rabioso. El tipo que bajó corriendo sus escaleras no le preocupa, debe ser un pasajero del barco ebrio que es el espíritu de la señora Blaskowitz. Por lo pronto, en vista de que tiene dinero, compró un mapa mundi y su diversión actual consiste en buscar puntos remotos a los que le gustaría ir a extraviarse. Lejos de Roma, París o Londres. Cerca de las iguanas, las focas, los alcatraces. Un lugar en el que pueda domesticar sus ambiciones, vivir al aire libre y encontrar una mujer buena para el amor, la comunicación y el lecho. Tener un buen violín a su lado y una biblioteca en la que haya obras de escritores libres de vanidad, seguros de sí mismos y convencidos del esplendor del mundo.

La vida también está loca. Le da felicidad al que tiene y se la quita al que no la tiene. Recibió un cheque por cinco mil pesos. Sueldos atrasados.

Para el sensualista que soy lo que existe es el deseo, no el amor. El amor aumenta con la posesión del ser amado. El deseo, por el contrario, disminuye con la consecución del objetivo: la seducción. Siguiendo tal razonamiento, parece que amor y deseo son excluyentes. Que el uno pertenece al alma y el otro al cuerpo; el uno apela al romance —en su sentido musical y cursi— y el otro a la carnalidad, en su sentido morboso o mórbido. Esta dicotomía, como todas, es odiosa y puesto que yo la sufro y la gozo, debo asumirla. Con Irgla había algo como el amor; el deseo era parte del asunto, pero parte menor.

Más que el juego sexual, disfrutaba de la ternura posterior. Es explicable: Irgla era, es, una belleza casi sobrenatural, por tanto asexuada, o con un erotismo que rinde culto a la imagen. Digna sólo de contemplación, como Mu, el minotauro estético, sobre la que ya escribí un capítulo en mi novela de amores bobos. La alegría la encontraba la mujer de ojos persas después del coito, como si hubiera cumplido con una tarea poco soportable, lo que era algo triste, pues la relación era parcial, mutilada. Irgla era un objeto estético, una obra maestra de la naturaleza, un minotauro estético (como la protagonista de La otra mujer, insisto, la mujer de ojos persas) pero su espíritu estaba afectado por un cristianismo pernicioso y un don de la lírica verdaderamente insoportable.

El amor no culmina en la posesión. Ésta debe ser un punto intermedio, una pausa que sirve para recuperar el aliento perdido. No un destino. El amor supone infinitud, inagotabilidad, absolutos. El amor, por lo tanto, si hemos de ser racionales, sólo puede entenderse como lo imposible. El deseo termina en la posesión.

—¡Falso! —gritó Bárbara después de leer. Había llegado de improviso, impetuosa, vestida como para el estreno de La Ópera del Siglo—. La tuya es la retórica del macho. La verdad es que a medida que se afirma la posesión, se avanza en el conocimiento del cuerpo y del espíritu del ser amado. Entonces, la posesión se va refinando y ya ni siquiera puede llamarse posesión: el cuerpo y el alma del ser amado se comienzan a labrar cada vez más minuciosamente como un campo al principio yermo y gradualmente mejor cultivado. El deseo, mejor, la gana, la calentura, es asunto mecánico: una bolsa que se llena, el escroto, las glándulas, la tripamenta se infla, y luego se vacía y después vuelve a llenarse. El deseo, la gana, la calentura, la

parte bestial, residen en los huevos y en la sacrosanta vagina; el amor, ¿dónde? Nadie lo sabe, nadie nunca lo sabrá. Ese es El Gran Detalle. (Bárbara usa mayúsculas al hablar de la misma manera en que la Princesa exhibe cursivas para sus vocablos espectaculares o falsamente insustanciales.)

—¿Dónde leíste lo que acabas de decir, Lady Rowena?

—¡Pánfilo! Crees que sólo tú tienes derecho a las frases célebres.

Vino, leyó, dictó cátedra y se fue. Como un huracán, dejó a Ventura atónito y con sus edificaciones a ras de suelo. Ni siquiera hizo la pregunta que tan urgentemente había anunciado al llegar. Me voy, me voy, gritó desde la puerta, todo su cuerpo rodeado por un halo, por una electricidad que, de nuevo, sólo podía entenderse como el amor absoluto.

Ventura revisa su correspondencia. Cree entender las cartas de los editores. Carmen B les ha pedido ¡cinco mil dólares! a cambio de los contratos. Maravilloso si alguno de ellos acepta. Pero ninguno va a aceptar: a quién le interesa publicar las obras de un pobre colombiano refundido en los pliegues uterinos de México, sin nombre, sin futuro, aunque con más de medio millón de palabras escritas y un montón de concursos de dos por cinco ganados en Tumbuctú, Durango y Cúcuta. El asunto con Carmen B parece ser así: ella acepta magnánimamente en su cuadra a todos los potrillos que muestren algo de talento para las carreras de largo alcance, pero generalmente se mueve poco, manteniendo como reserva a las bestias talentosas que se remueven inquietas en sus corrales. Cuando le fallan los grandes, el Papá Grande, Vargas Llosa, Donoso y los dos o tres privilegiados, recurre a la segunda división. De todos modos el

editor del DF, un ventripotente y operático individuo que discurre por el mundo en un auto destartalado mientras come pizza, dice que está dispuesto a publicar los cuentos, sin haber leído el libro. Me basta conocer el título para saber que se va a vender, dijo. ¡Qué ganas de comer mierda!

Soledad

Muchas veces, al entrar a su casa de noche, ha mirado con detenimiento la sala: el cuadro de Pepe Maya de la mujer desnuda, con los brazos truncos abiertos, los libros dispersos, la mecedora y los sillones desvencijados de hotel pobre, la mesa coja y rústica, el florero lleno de claveles vencidos y malolientes, el violín colgando del clavo, *Atenea* indolente, la cícada impávida. Contempla todo y constata que nada ha cambiado en su vida desde el instante en que abandonó la casa al amanecer. Nadie ha entrado. Nadie ha desordenado u ordenado el azaroso orden impuesto por la desidia. Certifica que sigue siendo un hombre solo, una especie de nómada del desierto al que soplan tormentas de arena en el rostro. Pero basta escuchar música para darle un pastelazo en el hocico a la vida. *El triunfo de Wellington* a todo volumen y al diablo los vecinos, preparar el café, tenderse en el colchón, abrir el Libro de la Guarda, siempre debe haber por lo menos un gran libro esperándolo: a él se aferra; él lo salvará, obligando al Universo a ceder su sentido más pleno y acabado. *Mi vida se construye de acuerdo a un plan inescrutable y se desarrolla con deleite minucioso. Este soy yo. Nadie me espera. No espero a nadie. Sólo encontrarme a mí mismo al final del camino. Como a un gallo viejo, espolón, a uno el tiempo lo va endureciendo ante el mundo, sus tragedias se antojan nimias, risibles.*

Doscientos mil muertos en la India son menos importantes que el bienestar de Atenea. Uno se va endureciendo hasta que llega el amor (esa ambigüedad definitiva, ese no ser que pregona el ser completo) y comienza el reblandecimiento. La carne de nuestro espíritu se hace polvo. Pero acaso llegue el momento en que este endurecimiento del corazón no se cueza al primer hervor. Ni al segundo. Ni ante las llamas del mismo infierno. Entonces no habrá diente humano, mujer alguna, Beatriz o Elena, Salomé, Dalila, Eva, María, Lolita o Circe que puedan ayudar a la redención. ¿Habré llegado a semejante extremo?

Ventura se reconoce rimbombante y ridículo pero eso no le importa, dice.

Súbitamente Bárbara regresa, ya sin su atuendo de alta costura. No dio explicaciones. Humildemente, dijo: Vengo a escuchar. Ventura le leyó apartes de *Mujeres amadas* (*La otra mujer, El fornitorio*, etc.), la historia de la mujer de ojos persas y de un hombre que persiguió a una mujer más de dos mil kilómetros para terminar abandonándola. A medida que ya tendidos en el lecho y dispuestos los dos jolgoriantes para el deleitoso contentamiento y mientras en los preámbulos Ventura seguía leyendo, espiaba de reojo los efectos que el texto estaba teniendo en la andadura de la gratisima dama. Aun antes de haber terminado, ya el atribulado sabía que acababa de cometer otro error.

—En una cosa sí estoy de acuerdo con el cuentito ese de la mujer de ojos persas —dijo B—: en que eres una bestia amorosa.

—¿Y por animal ya no quieres a mi corazón? —preguntó Ventura asumiendo el papel de rey de los cínicos.

—No. Precisamente por animal es que lo quiero. Yo también deseo con todas mis fuerzas ser una bestia, pero una bestia

satisfecha, una buena bestia. No me importa nada sino el placer. Sacrificaría a mis hijas con la tranquilidad de Abraham.

Y luego, retadora, dijo:

—Satisfáceme, yo te ayudaré.

—Te haré gozar tres veces esta noche —dijo Ventura, como suponiendo que se trataba de menear la tierra fértil y cosechar papas.

—Espero que lo cumplas —respondió la señora B con un clarísimo tono de amenaza que Ventura no entendió, convencido del poder de sus animalitos del amor.

El primer intento fue fallido. La señora Blaskowitz yació en la cama de espaldas, en la oscuridad (seguía insistiendo en no querer mostrarse desnuda a la luz), y Ventura pudo adivinar su sonrisa de reina teutona con gran palmito dentado.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Toda empresa de amor requiere cooperación.

—¿Cooperación quieres? —preguntó a manera de regaño, asumiendo el papel de la terrible, la mordaz, feroz y espantosa mujer en lo oscuro, y se puso a cooperar, lo que hizo con tanto entusiasmo y profesionalismo que Ventura se sintió derrotado aun antes de que ella se hubiera acercado a las puertas del pueblo llamado Orgasmo. Luego vino la pausa del sueño, que fue una especie de lucha sin cuartel por las cobijas. Como una roca en lo más profundo del océano, Ventura vio pasar ráfagas de escenas pasadas, presentes y posibles. Un sueño tras otro lo visitaron. Cientos y cientos de imágenes, todas agradables. Antes de despertar sintió con indecible emoción que tenía a Trilce en sus brazos. Al despertar le sorprendió la presencia de Bárbara en su cama: tenía una sábana arrollada al cuello y una

cobija anudándole el cuerpo. Se le antojó que estaba disfrazada de república alemana. Sintiéndose con fuerzas en el sitio donde se almacenan los animalitos del amor, Ventura quiso rectificar lo mal zurcido la noche anterior. Fue inútil. Bárbara Blaskowitz de nuevo lo derrotó.

—Tres a cero —dijo—. Ni siquiera como animal de placer sirves.

Falstaff editor

Llamada del editor panzón, al que decidió llamar don *Falstaff*. Fracaso: la edición del libro *Cuentos ligeramente perversos y violentos* se aplaza quizá indefinidamente. Se perdieron los negativos en un accidente de tránsito. Ventura sonrió. De todos modos qué se puede esperar de quien quiere publicar un libro sin haberlo leído.

Esa noche decide ir a La Tasca. *(Hay que considerar seriamente ese sitio cuando se habla sobre la noche xalapeña: es una madriguera de acaso treinta metros cuadrados, un sitio que tal vez fuera bodega o mazmorra en otro tiempo. Ahora, en ese subterráneo, a partir de las diez de la noche se hacinan mesas, sillas, hombres y mujeres, folcloristas, intelectuales, argentinos nostálgicos y rimbombantes, polacos y polacas sinfónicos, hembras agresivas y machos presuntuosos, entre humo y meseros insolentes, en la semipenumbra y circulan las pizzas, la cerveza, las empanadas pamperas; allí, como en La Parroquia, pero menos sutilmente, se hacen los contactos. Allí conocí a la Princesa de Huamantla, gracias al gentil pintor de falos, el hombre que jamás envejece, el empecinado e incomprensible y feo seductor. Allí llegan los vándalos y ejercen su don de la amabilidad, en ese ambiente denso de deseos insatisfechos y aburrimiento.)*

A la mesa de Ventura se sentaron la señora Blaskowitz y un poeta cubano que acababa de llegar de Nueva York. La pareja enta-

bló un *tête à tête* bastante aparatoso. Ventura observa al individuo: alto, atlético, camisa floreada, botas de piel de pitón amazónico, paliacate al cuello. En Bogotá lo llamarían lobo, aquí naco. El poeta habló, habló, habló. Narró ola a ola las quince millas que nadó para llegar a Guantánamo, describió su viaje a Estados Unidos y lo que despiadadamente llamó “la realización de mis sueños”:

—Cuando Sodoma se esté derrumbando, yo seguiré bailando, chico.

Y siguió con su discurso frente a la señora Bárbara Blaskowitz, que lo miraba entre arrobada y burlona, y ante el aburrido Ventura, que ya conocía pavos reales de plumajes semejantes. Contó sobre su PhD en Columbia University y sobre la Ciudad de La Gran Manzana, ¡New York City!, la única verdadera ciudad del mundo, Babilonia, Alejandría, la síntesis del universo, ¡chico!, donde el héroe corre tres millas diarias por el Central Park con sus tenis ultrafinos L. A. Gear que tienen burbujas de aire en la suela y su uniforme de lycra auténticamente japonesa y donde va al gimnasio a ejercitar su cuerpo y a dilapidar su vanidad, pero, oh desventura, donde no puede publicar sus poemas, y en ese mismo instante soltó uno, no del todo desechable, frente a la señora Blaskowitz, que miraba a aquel ejemplar masculino gastar sus fuegos de artificio, en vano, en vano, porque todo iba bien y el tipo no se veía tan desastroso como para despreciarlo, pero esa actitud de me-divierto-aunque-el-mundo-se-pudra, simplemente le cayó muy mal, pues la señora Blaskowitz sería buena catadora de hombres pero no iba a abandonar por un varón presuntuoso sus ideales de un mundo mejor aunque tuviera que pasar por la penuria, el martirio y la falta de libertad. El poeta cubano no parecía darse cuenta de que ya había perdido la

oportunidad de tener una primera noche de amor con la señora Blaskowitz (¡Primera noche de amor con la señora Blaskowitz!: Ventura imagina coros wagnerianos, lentos motivos que llevan a un apoteosis ineludible en la que participa toda la orquesta y un público sobrecogido que siente el universo al borde del colapso) y por ello creía seguir brillando en Broadway cuando habló de Manhattan, un mundo maravilloso donde varios millones de locos quieren deslumbrar a otros varios millones de incautos. Todos quieren ser el más grande, el mejor, el más extravagante, alto, rico, feliz, bello, peludo, arriesgado, talentoso, soez, violento, triste, borracho, virtuoso, degenerado, fanático, el que colecciona más tapas de Coca-Cola o más llaveros o más mechones de vello púbico de actrices famosas. Un mundo en el que las discotecas son creadas como *environments* especiales para bailar, se gastan veinte millones de dólares para que el escenario sea Taiwán 1955 o la Habana 1948 o Berlín 1945, con sus *rick shaws*, sus rumberas o sus superhombres hitlerianos.

Xalapa no es tan provinciana como algunos quieren hacer creer. Aquí nunca ha faltado una excéntrica como Iris Moonlight o un maniático como el doctor Astor. Ventura registró esa misma noche para su bestiario doméstico la presencia de Estella de los Campos, su vecina y epígono de George Sand: la vio leyendo poesía. Su traje era negro, masculino, brillante. Portaba sombrero de copa, lazo blanco al cuello. Habló sobre su poesía y la leyó con desparpajo. Luego declamó tres poemas eróticos y dijo que le salían con dificultad, pues no habían surgido de su experiencia sino de su imaginación.

—¡*Touché!*—gritó Ventura—, poeta que miente una vez pierde la gracia de la poesía.

Y la mujer entendió: la vergüenza se le instaló en el rostro como una máscara de demonio chino y ya no pudo seguir declamando. Todo iba bien, explicó Ventura a sus compañeros de mesa, hasta que la tipa se amarró el calzón y se quiso hacer pasar por castísima, cuando en los ojos se le ve lo gloriosa y redomada coscolina que es. Incluso sus aparatos de poliomielítica deben ser parte de sus espectáculos íntimos.

O quizás Xalapa sí sea tan provincial como cuando se podía beber agua de la llave sin envenenarse.

El poeta cubano invitó a Bárbara a bailar. Ventura se retiró. Le dolió un poco dejar el campo libre, pero tuvo que resignarse.

Al día siguiente esperó a Trilce a la salida de la Facultad de Música. Halló en sus ojos una chispa risueña, vengativa. “Ya es hora de que te atrevas, mírame cómo estoy dispuesta”, parecía estar diciendo su cuerpo de infanta irresponsable.

Acostumbrado a la fruta añeja, no te atrevas a gustar del nuevo retoño, le gritó al oído su conciencia, ¿cómo es posible que en la fantasía sí hayas podido gozar con Ranita, pero que una vez frente a la realidad huyas de Trilce como de las llamas del infierno?

—Dime una frase que me conmueva, Ventura —dijo la niña—. Yo soy ese tipo de personas que creen en el chisme de las Murallas de Jericó.

—Cuando el discípulo está listo el maestro llega.

—¡Reprobado! Mostraste las cartas antes de hacer la apuesta. Leí tu asunto sobre el doctor Amóribus y no quiero ser tu Ranita. Como dice mi mamá, tu problema es elemental: has roto las amarras. No puedes vincular lo que sueñas con lo que vives.

Qué otra cosa podía hacer sino recular. Quien publica sus sueños está condenado a perderlos. Era indispensable hacer una retirada honrosa y a fondo. Una retirada que aunque no fuera definitiva, lo pareciera.

El viaje

Recibió 16 000 pesos de aguinaldo. Los depositó en el banco, sintiendo que echaba un ancla que lo ligaba a México. *Galileo (Alimaña)* quedó en el taller y si fuera necesario Bárbara podría retirarlo. Radio, televisión, discos y máquina de escribir en casa de la señora Blaskowitz. El pobre violín, el Markneukirchen fabricado por F. Heberlein, seguía ahorcado del clavo. *Atenea* desaparecida. Los manuscritos ya terminados (¡otra vez!) de las novelas *Monterrey*, *La mujer de ojos persas* y el resto de los mamotretos del baúl de la gloria perdida, en la oficina del amigo melancólico. Buscó a Bárbara para despedirse. Estaba fresca y sosegada. No hizo mención del cubano. Era una brisa, nada más. No llegó a calarle el alma. Ventura se desnudó por completo, quiero que me veas por última vez como soy, dijo; ella se negó a despojarse del velo. Entró en ella mientras la señora Blaskowitz estaba en posición caprino supina y fue tan sencillo, tan natural, llegarle de perfil y con varios grados de escoriación, que ni uno ni otra tuvieron que pararse en preámbulos, obstáculos o disculpas. Fue una especie de descuido y la feliz puñalada cayó directa como venablo al corazón. Luego la señora Blaskowitz lo cabalgó limpiamente. Así logró lo que en la noche del gran fracaso, de más minuciosa y medrosa y científica búsqueda, no había logrado. Después,

aún con los pies en los estribos, emprendió una segunda carrera. Descendió de su jaca y de nuevo él intentó buscarle el cuerpo. El lindo culo de matrona romana en las manos del ambicioso fue la gran prerrogativa. Lo pudo manipular sin recibir protesta alguna, lo calibró semioculto entre las sedas de color rosa mexicano. Ventura guió la mejor parte de Bárbara hacia su verga y ella siguió el rumbo de vellos, ese hilo casi invisible que liga el origen de la nueva vida con el recuerdo de la vida anterior. Allí, sobre el aparato, vigoroso y tierno, ella recostó su rostro, besándolo de vez en cuando, a veces con dulzura de habitante que bebe en la fuente recóndita del bosque y en ocasiones con la avidez del náufrago. La sostuvo contra su mejilla cubriéndola con sus dos manos y luego la acunó en el cuenco que se forma entre su hombro y su oreja.

—No creo que con hombre alguno alcance la confianza que he alcanzado contigo, loco, maniático —dijo.

Más tarde Ventura la tendió de espaldas, le dijo que cerrara el compás, y así, con los labios firmemente apretados, dejó que su cabeza menos inteligente buscara el lugar del deleite. Otra vez Bárbara alcanzó su alta cima y aunque Ventura no llegó siquiera a las faldas del cerro, dio todo el empeño por bien empleado.

—El problema contigo —dijo recorriendo el cuerpo de Ventura con las yemas de los dedos y la sutileza de las patas de una araña (*así me acariciaba Irga y he de confesar que me parecía asunto artificioso y hasta ridículo*)— es que no eres serio en tus cosas. Miras desde la altura. Piensas que todo es provisional, mejorable, modelo degradado de otra vida y de otras escenas que nunca alcanzarás. Eres incapaz de amar. Te falta humildad. Cuando aprendas a ponerte de rodillas ante una mujer habrás conquis-

tado la posibilidad del amor —antes de cederse la señora Blaskowitz se había despojado de la ropa en la sala, ocultando la evidencia de sus sitios de mayor desnudez con los brazos cruzando su cuerpo, y fue como la estatua del más absoluto e impúdico pudor.

Bárbara entró al baño.

—Déjame bañarme contigo, corazón, aunque sea sólo por esta vez. Déjame verte aunque sea solamente una vez a la luz del día.

—No.

—Recuerda que quizá no nos volvamos a ver jamás.

—Con mayor razón.

—Entonces te miraré por un huequito.

—No te atreverás.

Eran las doce del día. La única forma de espiarla era salir al corredor y exponerse a la vista de Estrella de los Campos, que estaría lavando sus asimétricos calzones.

A Ventura no le importó. Salió desnudo.

Cuando estaba situando su ojo para espiarla, Bárbara se dio cuenta.

—¿Estás desnudo?

—Como mi virtuosa o pecadora madre me parió en buena hora para la humanidad.

Salió del baño como poseída, envuelta en una toalla. Agarró a Ventura del pelo y lo arrastró hasta la casa. Estrella de los Campos contemplaba la escena con expresión de divertido horror. (Es mi cómplice, mi hermana, *ma soeur*, se dijo el penumbroso.)

No hubo discusión. Bárbara se portó como la gran señora que era: obligó a Ventura a vestirse decentemente: el saco Pierre

Cardin de pistolero de Wyoming —el mismo que usara Irgla en la última noche de amor—, la camisa de seda que Bárbara había robado a su exmarido, las botas de doble tacón, un pantalón gris claro; faltaba el sombrero de copa para poder fingirse tahúr en un barco que recorriera el Mississippi a principios de agosto de 1813.

—Pareces gente.

—¡Qué asco!

—¡Qué maravilla!

Mientras Bárbara se secaba el pelo y adoptaba la personalidad de perro San Bernardo, Ventura miró el reloj.

—Son las doce y media.

—¿A qué hora sale el bus?

—A la una.

—¿De veras me vas a dejar a tu *Alimaña*?

—Sí, cuídamelo. Si regreso espero que me lo entregues vivo y funcionando.

Llegaron demasiado tarde a la estación. Tuvo que tomar pasaje de segunda e irse de pie. Ni siquiera se dieron tiempo para una despedida. Los dos eran tan poco originales que abominaban *de escenas emotivas, de convalecencias amorosas, de estér-col sentimental*.

—Si me dan trabajo de barrendero en Managua me quedaré a vivir allá.

Cuando el autobús se alejaba, Ventura volteó a mirar a Bárbara y dejó que un grito se le atravesara como una espina de tiburón en la garganta: *Despídeme de Trilce, dile que nunca la olvidaré, no le cuentes a nadie a dónde fui, que crean que desaparecí, que me suicidé, que estoy en Karakatoa comiendo hormigas o en las*

Islas Bonin o aprendiendo a pescar perlas o en San Vito de Java buscando un río perdido entre selvas... y si alguien pregunta por Eleuterio Moon, díles que me lo llevé conmigo, porque Eleuterio Moon soy yo, no sólo el que quiero ser sino el que soy. Y también díles que no me esperen ni me dejen de esperar, puedo estar de regreso mañana o desaparecer para siempre. De todos modos en el equilibrio de las constelaciones seguiré pesando lo mismo aquí o en San Vito de Java. Nadie es indispensable para los demás. Sólo para sí mismo. Aunque ante los ojos de Dios o en el balance que se haga de una hipotética eternidad, hasta la más pequeña de las criaturas cumple una función que acaso algún día lleguemos a comprender. Pero no lo dijo. Lo pensó. Y luego lo apuntó en su cuaderno de contabilidad. Luego le dio risa tanta grandilocuencia.

SEGUNDA PARTE

Comienza la danza

Cuando se baila en pareja, no hay más alternativa que hacer el amor: un cuerpo responde al otro con perfecta armonía, dijo Clitemnestra. Después de la primera clase formal, Ventura sueña que su Lu'u, su sentimental tallo de jade, es adorado por varias ninfas que hacen fila para observarlo, acariciarlo y darle besos. La señora Blaskowitz lo dejó muy mal acostumbrado. Dónde encontrar en este maldito Chicontepec una falócrata, una falófila, una faloadicta como ella.

Trilce lo acompañó a la segunda clase en la Academia de danza de Clitemnestra. Tras observar con sonrisa de superioridad, terminó inscribiéndose. Ventura se sintió ridículo y torpe. Es el único hombre que asiste. Las chicas lo han aceptado con naturalidad. Ventura se deleita mirándolas, quiere ser cauto. Hay niñas deliciosas como la Ranita de los viejos tiempos del doctor Amóribus.

Trilce, esa dulce tormenta rubia de ojos tan azules que parecen un cielo casi transparente, mostró en la tercera sesión la energía sobrehumana que la anima. “Para eso estamos en el mundo, para gozar”, repitió constantemente. Durante la clase había abierto con deleite de gimnasta las piernas y estirado su cuerpo que parecía estar a punto de reventar por todas sus articulaciones.

La maestra Clite —sólida y marcial, su cuerpo es un amasijo de músculos y tendones que hacen pensar en una selva cerrada llena de asechanzas, su voz es una danza de siete velos— pretende llevar sus coreografías a la calle. Ir, por ejemplo, con su corte de bailarinas a la Plaza Lerdo, frente al Palacio Municipal, todas vestidas de negro, sigilosas y beatas, con cofia de monjas voladoras. Súbitamente hacer sonar una pandereta que sorprenderá a los transeúntes e inaugurará el ritmo de las nereidas, dríadas, ondinas y náyades (lo más delicado de la fauna social del rancho) avanzando, desnudando muslos y espaldas de delfines, con los brazos en alto, rumbo a la catedral, frente a la cual harán un gran plié, antes de comenzar a ascender las escalinatas, donde procederán a elevarse, avanzar, retroceder, en una ceremonia mezcla de respeto, temor y provocación, que concluirá cuando las nenas sigan caminando como si nada hubiera sucedido.

—Abriremos un espacio mágico en la neblina xalapeña, destrozaremos el primitivo equilibrio de lo convencional, escandalizaremos a don Raciél, haremos eructar de indignación y secreto gusto al obispo Grueso y Cordera, cumpliremos con una altísima misión.

Ventura sonríe y calla, finge asombro. Si no conociera las indulgentes extravagancias de Isadora Duncan tal vez habría disfrutado más de las ocurrencias de Clite.

La hija de Bárbara baila como una posesa. Pone en cada movimiento tal fuerza, que siempre está a punto de gritar de dolor apasionado. Se golpea contra la barra, las paredes y los espejos, cae, se levanta y siempre está riéndose. Calma, calma, le dice Clite. Todavía no estás lista para abrir las grandes puertas. Qué sensación sublime, quiero volar, dice. Manoela, por el contrario, es el

donaire de una cierva gordita, el deslizarse de un pez adiposo en el agua con un leve vibrar de las aletas. Trilce es una bestezuela desbocada, una ola serena bañada por la luz del crepúsculo, una melodía de Arcangelo Corelli, una potranca que da sus primeros pasos, imprecisos pero perfectos, torpes y llenos de garbo.

Los ojos de Trilce configuran una armonía extrañísima con su piel muy blanca y su cabellera alada. Su cuerpo es el de un pura sangre.

Al terminar la sesión, le preguntó:

—¿Sabes de una casa honorable donde pueda hospedarme? Ya no soporto a mi madre. Mi padre está de acuerdo en que me salga de casa. Está dispuesto a apoyarme en todas mis decisiones. “Lo que tienes tú de madurez y disciplina lo tiene tu madre de... mejor no te digo”, dijo el viejo. “De pelandusca, papá, dilo con todas sus letras”, le respondí. “No, hija, Bárbara es otra cosa, es una mujer tonta, llena de teorías, le cree a todos los libros que lee y a todos los garañones que se le acercan”.

Ventura miró a Trilce con inocultable deleite: belleza, serenidad, seguridad en sí misma, osadía, sentido de la aventura. La estudió también recurriendo a la iridología: una mujer con ojos tan prístinos no podía tener vicio alguno. ¿Valía la pena meterse en un lío semejante? No se dio tiempo para analizarse a sí mismo ni vaciló mucho tiempo:

—Si se trata de casas honorables, la mía es la primera del rumbo.

—¿Qué entiendes por honorable?

—Eso sólo lo puedes descubrir en la práctica.

La llevó a su casa. La niña anduvo curioseando. Le dijo a *Gervasio II* un par de palabras en alemán de principiante. El pececillo

pareció comprender. ¿Hay peces alemanes? Claro que sí, respondió Trilce: el lenguaje de los peces es el alemán, ¿no sabías? Inspeccionó la cocina y el baño. Husmeó descaradamente. Ojeó dos o tres libros. Señaló la colección de los de Miller.

—¿Honorable? —preguntó—. Ninguna persona que yo considere honorable tiene más de un libro de Miller en casa, mi mamá los ha leído todos y dice que son una basura machista.

—¿Cuánto? —preguntó con más cálculo que coquetería (o al revés, quién puede saberlo).

—Bastaría con que me dieras una clase de violín diaria.

—¿No me estrangularás?

—No creo; tal vez el peligro sea otro.

—Por eso no me preocupo —dijo con una sonrisa de enigma.

Cuando sus ojos hicieron contacto con los de Ventura, había en ella una nueva certeza. Era la propietaria de su cuerpo y tenía bien delimitados los linderos del terreno que estaba dispuesta a proteger contra los depredadores. El amoroso supo responderle con uno de sus gestos de inocencia. Jamás había tomado de una mujer nada que no le ofreciera por su voluntad, capricho o deleite, de modo que podía estar tranquila.

Puesto cada cual en su sitio, Ventura supo que debía proceder con cautela:

—¿Qué te parece si mañana vienes a comer y hablamos sobre el negocio?

Estuvo de acuerdo. Antes de salir se despidió de *Gervasio II*, que se ocupaba de comer su dosis de tortilla molida.

Yo tengo confianza en Dios. El problema es que no tengo confianza en mí mismo. Poner la última frase en una novela. ¡Qué

trabajo tan infame, tan glorioso! Ventura piensa que algún día podrá escribir el relato de una noche de amor y que tal vez llegue a ser la historia más bella que se pueda escribir. En realidad, se dice, la historia ya está escrita: basta pensarla para que comience a escribirse. Pero ese trabajo vendrá después de la nueva corrección de la novela cuya consigna será: un corazón vivo en la mano del lector. Sólo falta que le llegue la señal, liberarse del acoso de la señora Lujuria.

Escribió: *Hoy me siento el rey del universo. Todo tiene una luz inusitada. La música entra en mi cuerpo y lo pone a bailar. He ido de un lado a otro ferozmente febril. Comí con ritmo, me lavé los dientes, me desvestí, estuve leyendo, todo lo hice siguiendo una cadencia, con una alegría tranquila que se agota en sí misma y no necesita otra cosa. ¡Qué hermoso sería vivir así, sin razón, sólo con música en el cuerpo!*

¿Qué te pasa, Ventura? Habría que resolver todos los enigmas de la creación, entrar en cada palabra, para saberlo. Hay en mi humanidad un delicioso dolor; una conciencia de vida habita cada uno de mis músculos. Tal vez la respuesta sea sencilla y vulgar hasta el asco. Ventura siente un frío agradable en la frente, una energía, que partiendo de su cerebro, se extiende a todo el cuerpo y le comunica entusiasmo, dicha inexplicable, ganas de vivir a fondo. Si tuviera que escoger un héroe, un modelo, ahora escogería a Simeón el Estilita.

Escribió: *Esta noche no puedo penetrar más allá de la superficie de las cosas, sería inútil. Es como si después del fenómeno y de la prisa por apurarlo subsistiera la tragedia y el desgarramiento. Pero ni esa metafísica de burdel me interesa. Lo que deseo —y no es ni siquiera deseo, sino una honda, casi instintiva pulsión de mis visceras— es pasar por encima de todo, apagar la luz y escuchar los golpes de la lluvia sobre el techo.*

En la clase siguiente Trilce salió desnuda al salón de danza. Las niñas se escandalizaron pero fingieron ignorarla. Ventura la miró sin pudor. Observó sus pezones rosados y dulces como el anito de un recién nacido.

—¿De quién son esos castos ojos que me miran desde tu pecho? —le preguntó.

Trilce no respondió, entregada por completo a la pasión de vivir el instante en que la luz del sol atravesaba los grandes ventanales para iluminar su piel sonrosada y frutal. Algo murmuró luego, poniendo su boca a un centímetro de la nariz de Ventura. Entonces éste pudo percibir un aire de campo abierto, sólo concebible en una criatura tan espléndida.

Al terminar la clase, Ventura insistió, ven, le dijo, te llevo en *Galileo*:

—Prefiero arrastrarme kilómetros bajo la lluvia que viajar en un auto —dijo, y echó a caminar cruzando un campo entre vacas y altos pastizales, bajo la lluvia torrencial. A la distancia Ventura pudo ver que se acostó sobre el pasto, bajo el diluvio y comenzó a comer limones sin pelarlos.

A las dos de la tarde llegó airoso a su puerta, con la cabellera estirada rabiosamente, al punto de achinar sus ojos. Parecía una actriz vikinga, una joven diosa del Valhalla. Larga conversación en el umbral. Venía de caminar varias horas por un sendero en las montañas de Briones. Había reflexionado sobre la oferta de vivir en casa del bárbaro. Terminó cubierta de barro y jubilosa de haber alcanzado la luz de una decisión:

—Necesito soledad. Tener a un hombre cerca puede tergiversar por completo mi destino. No sé si soportarías escuchar mi violín doce horas diarias o si mi madre aguantaría el golpe sin

arrancarse el pelo, los dientes y suicidarse públicamente. No creo que me divierta jugar a la tragedia griega ni entrar en el desfile de tus gatas en celo.

—*¡What!*

—*Darling*, en este pueblo todo se sabe, no sólo el novelón con mi madre, la pobre víctima, sino lo de la indígena pecho-plano y la media docena de locas que han visitado tu caverna. Si yo viniera a vivir contigo terminaríamos convertidos en proscritos. Nos quemarían en leña verde.

Ni siquiera entró a la casa. La miró desde afuera.

—Ya estoy comenzando a sentir nostalgia de lo que podría haber vivido contigo —dijo—. Es curiosa la vida: vivimos menos de lo que podríamos vivir si tuviéramos más sentido del riesgo. Se me ocurre que en otra vida, en otra dimensión, yo entraré a vivir en esta casa contigo y construiré un destino paralelo, pero por completo ajeno a esta vida en la que no me atrevo a compartir una casa con un orate como tú.

Más que asombro le causó risa el parlamento de Trilce. Parece una doctora de la ley. Y se lo dijo:

—No sé de dónde sacas ese lenguaje de pequeña sabionda.

—He leído más que Borges, querido. Cuando las otras niñas se estaban chupando el dedo yo me acostaba con Platón y sus amigos.

Le dio un beso afectuosísimo y se fue.

Beethoven, ese aldeano del Danubio, expresión memorable de ¿Goethe? No es un hombre superior quien se atiene a agradar a los imbéciles y no a su propio genio, dice Miguel Ángel. Por primera vez en treinta noches pueden ver las estrellas y la luna.

La clase de danza estuvo bien. Ventura protestó su derecho a bañarse inmediatamente después de la clase. Clite dijo que entrara. Todas las niñas estaban desnudas. Fingieron no avergonzarse al verlo.

Clitemnestra había ordenado:

—Bailen a su antojo, pero trazando con sus manos figuras sobre sus sexos.

Las niñas lo hicieron. Ventura trató de imitarlas, pero en lugar de trazar figuras sobre el sitio correcto, lo hizo sobre el estómago. La maestra de danza se enojó:

—¿Dónde está tu sexo?

—Aquí —respondió Ventura señalando el empíreo. Luego le explicó su teoría de que el sexo del hombre no se halla en la base, sino en el sitio hacia el cual se proyecta cuando le llaman la atención: el cielo.

—Esas son babosadas —dijo llena de artificiosa ira—: tu sexo está aquí —y puso su mano sobre el tímido ladrón de honras.

Clitemnestra tendió a sus alumnas de espaldas, pidió que abrieran las piernas y les dio masaje a todas. Mientras lo hacía, susurraba y suspiraba, yo lo hago todo, todo por ustedes. Es una estrategia de distracción: masajea a todas las niñas con el objetivo de tener pretexto para manosearme, pensó Ventura.

Tras la clase, Manoela se acercó. Tiene catorce años, catorce limpios años y unos kilitos de más, se nota en ella el despertar de un gusanito que inquieta al amoroso. Su rostro es bello, ligeramente tosco, como el de la Venus de Belvedere.

—Quiero que todos los días me ayudes a hacer abdominales —dijo deslizando sus ojos de náyade en los del frenético, que como de costumbre, se lanzó al despeñadero de las conjeturas.

(La verdad, preferiría que fuera Trilce quien me hiciera la solicitud, pero me conformo contigo, criatura.)

Después, fue Clitemnestra quien se le acercó:

—He notado que te gustan las niñas.

—Sí, delgadas, hermosas, de piel lozana, graciosas, aunque sean tontas.

—Me parece un gusto muy superficial. La verdadera belleza está en el alma.

—Como bailarina debes saber que el alma es el reflejo del cuerpo. No concibo un alma bella en un cuerpo fofo o escondida tras un rostro desagradable.

(Lo que ofende a Clitemnestra —conjeturó Ventura— es que yo no le preste atención a ella, que se concibe a sí misma como una mujer de espíritu elevado e ideales de princesa rusa.) Pero, ay, Clitemnestra tiene treinta y dos años y el garbo con que baila no alcanza a opacar una jeta innoble, en la que parecen haberse barajado toscamente todas las razas del mundo.

—Me encanta hacer el amor, pienso mucho en eso. Todo lo que hago con mi cuerpo y con mi espíritu es una preparación para el amor —dijo Clite.

—Me parece una actitud extraordinaria y muy productiva —respondió Ventura.

—¿Cuándo me acompañas a correr por la montaña?

—No lo sé, tengo que sentarme a escribir.

Trilce miraba la escena sonriente. Fruncía el ceño. No tienes solución, parecía decir. Pero yo no tengo la culpa, quisiera haber dicho Ventura.

—El asunto, Clite querida, es que en este momento no me interesan las almas. Solamente me ocupo de los cuerpos divi-

nos, de la lozanía y la belleza. Tal vez llegue el momento en que, como quería Platón, pueda ir más allá, elevarme de los cuerpos bellos a las almas hermosas. Pero, por lo pronto, todo mi afecto e interés se han desviado hacia las disciplinas físicas y estéticas; la moral y la justicia me tienen sin cuidado.

—Se te nota que vienes a la Academia con los más insanos impulsos. Miras a las niñas con ojos de loco amarrado, de delincuente, de violador.

Los catorce años de Manoela están más repletos de promesas que de dones. Su cintura es cada vez más esbelta y su sonrisa se va iluminando gradualmente, a medida que toma confianza.

Luego escribió: *¡Qué poco me conoce Clite! Pobre de mí, más que un engendro de Satanás soy un ser humano sin censura, un habitante del purgatorio, un extraviado, un inocente, que no halla absolutamente nada de vituperable en el éxtasis que me produce mirar a las niñas, con sus pechos apenas coyoleando, en el esplendor de la danza, dedicadas al oficio de domesticar sus aturdimientos de criaturas que sin ser mujeres tampoco son niñas. Los enfermos son los otros: los que bajan los ojos ante el espectáculo sin par de la belleza en plena florescencia.*

Se acuesta a las doce. A las tres de la mañana se despierta, angustiado por una pesadilla. Perseguía a una niña para violarla. Era la misma niña que en otro sueño entraba al orinal a mirarle la tranca y luego le pedía permiso a su madre para chuparla como una paleta.

Etelvina —la muy pérfida y caprichosa auxiliar de servicios domésticos— se dignó hacer limpieza general de la casa. Dijo que no había comparecido a sus deberes *endenantes* porque estuvo ocupadísima lavando la ropa del *liocenciado*. (“Las palabras *endenantes* y *liocenciado* —escribió Ventura en sus Notas de

Emergencia— son magníficas, pues conjuga la primera el “en” de lugar y el “antes” de tiempo. “Liocenciado” escapa de cualquier análisis, lo obvia olímpicamente.”)

Informe de la situación: manuscritos rechazados en tres editoriales. (El editor que parecía interesado en *El basurero universal* dijo que por ahora no se puede pensar en publicar una novela como esa: demasiada rabia, demasiado odio contra el mundo entero, ausencia total de valores, imaginación desafiada y sin asidero alguno, personajes estrambóticos hasta el delirio, lenguaje excesivamente barroco, una tendencia fascistoide que no iba con los tiempos democráticos del planeta. ¿Tres adjetivos para un miserable sustantivo? Eso no lo soporta ni la madre de Cervantes. ¿Quién iba a entender, quién iba a disfrutar, de semejante barbarie literaria?)

Una hora después de conciliar el sueño, tras haber batallado contra el insomnio, Ventura despierta con dolor de cabeza. Acaba de salir de un pavoroso laberinto en el cual se vio convertido en el idiota enamorado de una zanahoria que se hallaba colgada del techo y que todos admiraban; se vio también como jefe de personal, asignando oficios a sus compañeros de la Editorial; se vio seguido por una turba de criaturas lúgubres, recorriendo pasadizos, habitaciones, escaleras, padeciendo hambre, se vio acosado por perros y toda clase de alimañas, sin perder el optimismo: ¡No hay peligro, adelante, la vida es nuestra! ¡Gaula, Gaula!, gritaba. Luego se vio acorralado por indígenas que le lanzaban flechas. Entre ellos estaba la Princesa de Huamantla, con sus tetas de circo pendulando como odres de buen vino. Después se descubrió en el escenario de un teatro, leyendo su propia historia: la de un hombre en ascenso por unas escaleras

interminables que se perdían en la oscuridad. Lo de la zanahoria, el jefe del personal, la obra de teatro, se repite una y otra vez, hasta que Ventura despierta.

Ventura entró a la duela de la Academia. Vio la sonrisa confiada, resplandeciente, de lecherita de los Alpes, de Manoela. Trilce lo ignoraba con facilidad. Y uno y dos y tres, cantaba Clitemnestra al golpe de la pandereta, la punta de su pie derecho picoteando leve y rítmicamente el suelo.

—Mira —dijo Clite sopesando (acariciando) la pierna derecha de Ventura que estaba tensa sobre la barra—, tienes que relajarte.

Corrigió la posición del cuerpo como si Ventura fuera un maniquí. Luego, en un susurro:

—¿Serías capaz de hacerme un favorcito?, ¿un detalle pequeño, señor? —al decir “señor” su insidia se extremaba, se hacía cariñosa, cómplice, sutilmente ingenua—, ¿por qué no te afeitas? Quiero ver tu rostro sin esos horrorosos pelos descoloridos.

¿Afeitarme yo? Claro que sí, el lunes vendría con el cutis tan lozano y limpio como piel de un ángel nuevo.

Terminada la clase, Manoela se tendió en el suelo e invitó a Ventura a que la ayudara con sus abdominales, cien diarios, uff, la niña voluntariosa subía y bajaba mientras los observaba Clite. Trilce no se ocupaba de ellos. Estaba dedicada a sus estiramientos al lado de un espejo. Al final, Manoela casi mostró pena al despedirse, ay, tendré que esperar hasta el lunes para volver a verte.

A las clases de danza ha comenzado a asistir un hombrecito verdinoso de metro y medio, con piernas arqueadas y ojos de duende malvado. Trabaja en la Compañía de Teatro de la Universidad. Dice que quiere seguir las huellas del jorobado de

Lagardere y por eso pregonaba su amor a la doncella que consideraba más digna de reverencia: Trilce. Es un pequeño demonio acezante, un sibarita sin par. Persigue a la hija de Bárbara Blaskowitz por la duela hablando con voz gutural, soy el lobo feroz, uuu, lo que divierte infinitamente a la criatura.

Mientras Ventura le hacía tronar los huesos de la columna a Manoela, abrazándola por la espalda, el enano verde asistía a la escena. Una vez que la niña quedó satisfecha y aliviada, el amoroso la soltó. El enano verde le hizo un guiño a Ventura, señalando con sus ojos de sátiro la entrepierna del apache, donde una erección casi impúber levantaba el calzoncillo.

—Ahora me toca a mí —dijo Trilce, frágil *como un suspiro de virgen necia, exquisita, pero tan enérgica, tan sin defecto alguno, que se me antojaba un verdadero insulto a la naturaleza, a veces imperfecta e indisciplinada*. La invitación turbó al amoroso, no sólo por la evidente e inoportuna erección, sino porque tronarle los huesos a Manoela era lícito y necesario: ella misma, con sus brutos pero disculpables kilos de más, parecía accesible, dada su imperfección, su sociabilidad; a diferencia de Trilce, cuya retadora dulzura, carácter antisocial y origen la hacían remota, *como se sienten remotas y ausentes las gárgolas que se hallan en las torres de una iglesia gótica*. Ventura nunca había pensado correr peligro alguno abrazando a Manoela por la espalda, pero la sola posibilidad de hacer lo mismo con Trilce la sentía casi como una profanación, como un pecado contra la perfección y la distancia que toda adolescente divina parece exigir.

Ventura situó el cuerpo de la niña en posición. Hizo que colocara sus manos tras la nuca, enlazando los dedos, inclinara la cabeza hasta tocar con la barbilla su pecho, después se puso

tras ella, la abrazó con tanta delicadeza como pudo y cautamente presionó sus huesitos de cristal. El sonido de sus articulaciones se hacía esquivo, más duro, más duro, pedía la niña, y el enano verde coreaba, más duro, más duro, y la niña se prestaba con entusiasmo, ofrecía sus ancas de nutria al roce, al abuso, al deleitoso esfuerzo, hasta que al fin, con alivio de Ventura, un grito de Trilce, aplauso de Manoela y un arquearse caricaturesco de las cejas del enano, las coyunturas sensitivas de la niña lanzaron un sonido triunfante. Ventura, casi automáticamente, se lanzó a la posición decúbito ventral y comenzó a hacer lagartijas para combatir la ansiedad.

—Son unas niñas preciosas —dijo el enano en secreto— y las estás desperdiciando. Una de dos alternativas, amigo, o a ellas les sobra ingenuidad y les falta malicia para darse cuenta de que te vuelven loco, o a ti se te extravió la perversidad y sentido de la aventura. ¿Qué les puede pasar? La telita hace chac y quedan habilitadas para el amor. Te lo agradecerán hasta el último polvo de sus vidas.

Preparación de coreografía con Clitemnestra. La idea es que el estreno sea sorpresivo, un día domingo, a la salida de misa, exactamente frente a la Catedral.

—¿Qué te parece si al final todos nos desnudamos? —pregunta Ventura.

—Por mí, maravilloso —dijo Clite, su gran cuerpo retador, sus aires de Pavlova—, pero los padres de las niñas no creo que estén de acuerdo.

Tiene razón. Ya me imagino el editorial de don Raciél, el hombre probo, el cronista de la ciudad, que ya tiene estatua, calle y escuelas con su nombre, don Raciél, ex presidente muni-

cial y más que todo conciencia moral que se apoya en los pilares de su *Diario de Xalapa*. Dino Angulo, el viejo poltrón, aplaudiría a su hija, la artista de la familia, la caprichosita geniecilla. El obispo Grueso y Cordera desgranaría un discurso sobre la decadencia de las costumbres y luego se encerraría a manosear a un monaguillo mientras pensaría en las gracias de la hija de su amigo.

A la salida de clase Manoela y Trilce invitaron a Ventura a que las viera patinar. Apoyado en un árbol cerca de la pista, contempló a sus niñas danzar para él en exclusiva. Orgullosas, lucían sus cuerpos recientes, sus pericias, los dones de sus naturalezas, aunque los kilitos indiscretos propiciaran desequilibrios poco airosos en la primera. Las compañeras de las niñas lanzaban miradas de complicidad, acaso de envidia, tal vez porque consideraran que, a su edad, carecer de un amigo con toda la barba fuera una falta de madurez y de estilo. Con la brisa del atardecer Ventura se permitió el delicioso fantaseo: Manoela y Trilce le pedirían, tras la sesión de patinaje, ruborizadas y llenas de exaltación, que las liberara de una traba molesta, pero que fuera muy discreto, se trataba de algo de lo que hablaban todas las niñas, pero que ninguna conocía, es que no te lo podemos decir aquí, hay mucha gente. Y Ventura, comprensivo diría: No se preocupen, mis niñas, yo sé lo que quieren y acudieron justamente a la persona correcta, me llaman doctor Amóribus. No digan más. Vengan conmigo. Seré cauteloso y delicado. Las traería entonces a su casa, donde entre juegos de danza y misterio lograría que las niñas se desnudaran y comenzaría a acariciarlas con fervor, pasión y delicadeza sin iguales mientras iría guiándolas, dándoles justificaciones, iluminando la belleza del acto,

hasta que una vez concluida la deleitosa ceremonia, ¡chac!, ellas lo agradecerían. Pero, ay, se dijo Ventura, acaso pasara lo que le había sucedido al doctor Amóribus con Ranita y el asunto acabara de mala manera, con todo y escándalo, foto en el *Diario de Xalapa* y hasta expulsión de la Editorial, la ciudad y el país, tal vez incluso acabara con un tiro en la nuca, porque las niñas no tenían la culpa de ser vástagos de las mejores familias del pueblo en el peor sentido de la palabra.

Regresaron las nenas al lado del árbol. Encendidas y sudorosas, oliendo a rosa imperial en verano, dejaron un par de húmedos besos en las mejillas a Ventura y se despidieron. Bárbara Blaskowitz, con una mano descansando sobre el volante de un Volare destartalado (que le habría prestado el amante del mes, murmurarían los chismosos de La Parroquia), esperaba a su hija a la salida del parque hundido. Al ver a Ventura pareció sufrir un vahído.

Bárbara traición

Un mes antes del comienzo de la danza, Ventura había regresado del viaje al fin del mundo (escapó de Xalapa con la idea de jamás regresar, pero la parte exterior del planeta le pareció terrible, irrespetuosa, difícil de domesticar, con pasiones demasiado ajenas, y pronto se vio cargando sus bártulos en la estación de autobuses, rumbo a su pecera, a la oficina de la Editorial y al lecho donde esperaba a sus amantes). El primer acto del regreso, incluso antes de ir a su propia casa, fue llamar a la señora Bárbara Blaskowitz por teléfono. Le respondió una voz que sintió hosca, llena de rencor hacia el universo, operática, de un Otelo, sin duda. Media hora más tarde Ventura conocería al dueño de la voz. Era un andaluz de barba díscola, anteojos de Supermán y personalidad agradable, viperina, impredecible. Un caballero tal vez armado, con un truco en cada bolsillo, daga en la bota y cejas de rufián. Personaje de zarzuela, calificó Ventura. Diríase que hipnotizaba a primera vista. Ventura lo bautizó inmediatamente: *Rasputín*. Se movía por la casa de Bárbara como por el traspatio de su reino. Cuando la señora Blaskowitz descendió por las escaleras, toda ella convertida en una tormenta de celeste-seda-celeste-y-roja cabellera, el asunto ya fue más que una sospecha, pero quien se encargó de ponerlo en palabras contantes y sonantes fue Trilce,

con su habitual maldad juguetona y el descaro de sus sabios e insufribles quince años.

—Míralo, es el dueño actual de mi madre. ¿Qué te parece? ¿Cierto que está algo... digamos una palabra decente, exótico? —exhibía al invasor con ojos de fingida posesión, de “eres nuestro y que se acabe el mundo”.

Ventura quedó convertido en un árbol solitario partido por un rayo en medio de la llanura de su vida. Bárbara lo miraba con severidad, como diciendo mide tus palabras; lo miraban las hijas menores de BB —la Bella y la Bestia—, entre sonrientes y apesadumbradas; lo miraba Trilce, con la gracia oblicua de las adolescentes; lo miraba el español con aires de terrateniente invadido.

Permaneció en silencio, en una actitud de desamparo que no se podía explicar. Otra vez estaba solo, completamente solo. Ahora tendría que volver a acostumbrarse a sí mismo y al misterio goloso de su gata *Atenea*. Tendría que volver a gustarse en objetos, papeles, esfuerzos físicos, y no en personas. A romperse a sí mismo contra el mundo, a mellarse, a dejar el pellejo sin placer, sin sentido y sin gloria, a fornicar en seco con la vida. Habría que descolgar el violín de la pared y buscar las viejas complicidades. Apolillado y triste el violín había sido como una hermana solterona, resignada y virtuosa, con la que lloraba a dúo en épocas de crisis. Qué otra cosa podía hacer, si el ascetismo y la templanza lo entregaban a unos insomnios enloquecedores y la felicidad sin pasión le permitía un sueño placentero y libre de remordimientos. ¿Una mujer menos? Una novela más. Proust lo había escrito y Ventura lo firmaba con deleite.

Ventura pasa la tarde entera abrazado a su violín convaleciente y con sus ojos clavados en el ojo inmóvil de *Gervasio II*.

Si por lo menos perteneciera a una asociación de caridad, a un grupo protector de borrachos o regenerador de drogadictos, si creyera de verdad en la revolución o en un Dios, si amara a una mujer, si tuviera en proceso una auténtica obra de arte y no esa sarta de insensateces: seis libros listos (aunque valdría la pena volver a corregirlos), tres en proceso, cinco manuscritos flotando en las alcantarillas, de editorial en editorial. Carmen B negociando por un lado y Ventura por el otro. Qué inmensa chabacanería, que ganas de comer mierda. Recordó con nostalgia caballuna los tiempos que pasaba abstraído tocando su violín mientras *Atenea* se sentaba a sus pies. Consideró su vida, aprisionada por unas cuantas relaciones –las mismas, las mismas– como si temiera al resto del mundo. Estoy en este pueblo como *Gervasio* en su pecera. Mi libertad es la suya. Pasará este instante, se dice Ventura, como todo pasa, y quedará como escena principal La Dama de Rodillas, una escena tan poco poética, tan distante de la que Proust habría llamado De Las Magdalenas Mojadas en Té, que quizá no sea más que un invento literario, una aplicación de las teorías de Bergson sobre la memoria. Acaso el hombre no sea tan poético como quiere pintarlo la literatura. O tal vez yo sea el prosaico, el vulgarote, el perverso –un perverso de segunda, un perversoide, un pseudo-perverso, nunca comparable con el Maldito Marqués, que azotó a mendigas, fue trinchado por el fiel La Jeunesse, introdujo hostias consagradas en las rajitas de niñas de doce años, acuchilló a doncellas impúberes para que su semen saliera con más fuerza y que terminó escribiendo al final de su vida su *Tratado sobre la Virtud* para la Revolución Francesa– o quizás yo sea el hombre honesto y realista que trata de convencer a sus

mujeres de que cumplan con la obligación de entregarse casi solamente de manera sexual en funciones sabatinas, como si yo no tuviese tiempo o espíritu para otra cosa, como si cualquier otra labor fuese más importante que dilapidar mi vida con hembras prescindibles.

—Eres —dijo Bárbara Blaskowitz (recuerda: biznieta del único general alemán que se atrevió a oponerse a Hitler)— uno de esos hombres que nunca suben las escaleras escalón por escalón, sino que ascienden de dos en dos, de tres en tres, a toda prisa.

—¿Las llaves? —le preguntó frontalmente, sin alevosía. (Las llaves de tu corazón y tu entrepierna, pensó, ay, ya no serán mías).

Bárbara respondió con idéntica autenticidad (“Nunca le he ocultado nada a nadie y nunca lo haré”, tal era su lema, que incumplía puntualmente cada vez que se enamoraba a morir):

—Ya sabes dónde están.

Ventura las tomó, miró de reojo a Trilce, que quiso devolverle el optimismo con un guiño. Salió, montó en *Galileo*, quien lanzó un relincho de energía. (Por lo menos él no me traiciona.) Una cuadra más adelante se detuvo y fue necesario traer a un mecánico.

Al regresar a su casa había encontrado varias novedades. La buganvilla perdió todas sus flores y apenas conserva unas cuantas hojas. La nochebuena comienza a languidecer, la cícada continúa impávida. Solamente volverá a ofrecer su flor a fin de año. *Atenea* insiste en permanecer desaparecida. Por la noche, Ventura creyó escuchar su maullido. Tal vez al ver la casa cerrada y al amo ausente, se lanzó a vagar. Ahora debe ser una hembra de la calle. O tal vez encontró otro hogar. Si se entregó a la calle, debe tener sangre fresca de sus amantes en las fauces,

las uñas más afiladas que nunca y una aventura cada noche. Debe dormir en pórticos y comer en los basureros o robando furtivamente. *Atenea*-Bárbara. Al sentirse abandonado por su gata amada, Ventura salió como enloquecido a buscar compañía. Compró el primer pez que encontró sufriendo tras el vidrio de una pecera de miseria. Lo llamó *Gervasio III* en honor a otros *Gervasios* que habían quedado flotando panza arriba en algún remoto o hipotético pasado.

Esa noche soñó con una entidad que se presentó como la señora Soledad. Al inicio del sueño la vio esbelta y seductora, como una odalisca dueña de los grandes arcanos y de las cifras del mundo; luego se transformó en una gorda cansada, inútil y suspirante, que parecía soportar en sus espaldas el peso del universo. Le sonrió comprensivo. Despertó. No estoy solo, se dijo, está el asuntillo de la literatura. ¿Qué tal una novela como el mundo, una novela que sea el mundo? Buena idea, pero de buenas ideas está tapizado el paraíso de los impotentes. Luego tuvo otros avances de la noche de perros, la noche eterna. Dolor de cabeza y falta de sueño. En los cortos intervalos de duermi-vela padeció pesadillas de las cuales no recuerda nada. No descolgó el violín ni escribió una sola línea. Se limitó a revolcarse en la cama, envuelto en tres camisetas, un pijama, el suéter de lana de Perote y cuatro cobijas. Una grieta entre la urdimbre de ropas le permitía respirar. La nariz, las manos, los pies eran losas de hielo. *¡Voglio una donna!*, una mujer cualquiera, una bicicleta con dos llantas y un hueco, manque sea más lisa que una muñeca y tenga menos sesos que un infusorio, una hembra de sangre caliente, juro que soportaré que cada cinco minutos me pida palabras de amor y me obligue a lavar los platos.

—Quiero conocer hasta el último rincón de tu nueva empresa amorosa —dijo Ventura.

Bárbara colocó los anteojos oscuros que velaban unas ojeras dignas de toda sospecha, comentó que en el aeropuerto de Barajas sintió que una mano cálida y nervuda se posaba sobre la suya y solicitaba permiso para ayudarle con la maleta. Que esa mano, casualmente estaba unida a un bello macho que la invitó a tomar un martini, y sin saber cómo, pronto le estuvo trasegando el rostro y musitando palabras de ternura sin límite que terminaron en el primer hotel del rumbo. Dijo que en su vida entera jamás había conocido contienda de amor como aquélla.

Ventura hizo memoria de la historia épico-amorosa de la señora Blaskowitz: uno, el padre de las niñas; dos, el *interfecto*; tres, el boliviano que cuando la persigue, la alcanza; cuatro el Poeta Pibil. Y de ahí hacia atrás (o hacia adelante) una fila de personajes (marineros, militares, muchachos) que se perdían en la oscuridad de los tiempos blaskowianos. Toda una saga con su historia y su prehistoria, con civilizaciones perdidas, carlomag-nos y odiseas. De todos enamorada hasta la inanición y el límite del suicidio. Bárbara seguía siendo el ama de la escena xalapeña y el sueño de los solitarios en los parques y en La Parroquia.

—De todos modos no quiero perderte de vista.

—Si eso es lo que deseas, *liebchen*, jugaré a ser tu consultor sentimental, tu doctor Amóribus, y fornicaremos cada vez que se acabe la cuerda de tus nuevas hazañas amorosas.

—Tú fuiste el de la teoría.

—Sí —respondió Ventura—. Yo soy culpable de los caprichos de tu corazón y de tus partes nobles.

—Ya sabes que te sigo queriendo —dijo al tiempo de despedirlo. (Sigues queriendo a todos, madrecita.)

—Y no me importa que pienses que sigo queriendo a todos porque es verdad. Soy como tú: no le puedo ser fiel sino a mi insaciabilidad.

—Tienes razón —respondió el abandonado, pellizcándole ligeramente una mejilla.

Luego lanzó su habitual dosis de Filosofía de la Cuasitrascendencia.

—Contigo aprendí a ser libre y espero que conmigo hayas descubierto que para amar hay que saber perder algo de libertad. Cuando te conocí eras un castrado espiritual, un egoísta, un insolente irredimible.

Luego le devolvió los manuscritos, diciendo que no había tenido tiempo de leer nada, pero que se dedicó a cuidarlos como a las joyas de la reina.

En realidad, de la filosofía nunca he entendido más que frases aisladas. Acaso porque no me interesa la filosofía como sistema, sino como fuente de ideas sugerentes. Escribe Paul Valéry *quien se apresura ha comprendido* y con ello quiere decir que no es conveniente detenerse en cada palabra o idea porque ellas nos llevarían hasta el infinito. Lo que se puede hacer es captar ciertos planos accesibles, pescar en aguas superficiales, en vez de asfixiarse por tratar de atrapar peces más valiosos en la profundidad. ¿Qué hacer? ¡Vacío, vacío, vacío! Ventura siente que cojea de la pierna más sensible. Como en los tiempos de Amadís, una dama le daría sentido a sus proezas y miserias, sería una presencia invisible que lo salvaría de sí mismo y de los dragones. Ven-

tura siente que divaga por el mundo envuelto en un pellejo deshabitado. Se enjugó la lágrima de rutina y a otra cosa. Las mujeres de su pasado eran simplemente literatura y en literatura iban a terminar. ¿Para qué complicarse la vida? Lo único era el presente, la novela que iba a ser como el mundo y que llamaría *Gente*, el libro a punto de aparecer, el frío de locos.

Una semana después Bárbara fue a visitarlo a la oficina. Grandota, saludable, vestía una especie de túnica pakistana que le ceñía el cuerpo como la piel a una cebolla. Anunció un posible viaje a Europa con *Rasputín*.

—Aunque no lo creas, te he extrañado —dijo.

Ventura le prestó a *Galileo* toda la mañana. A las dos pasó a recogerlo. Almorzaron en casa de la alemana. Ella se probó la ropa que usará o usaría en Madrid y París. Antes de salir hacia el Canal dudó si ponerse gafas o no. Se había maquillado con minuciosidad.

Mientras la conducía rumbo al Canal, Ventura estuvo acariciándole una mano. Ella estaba con la cabeza echada hacia atrás y lucía el gesto de las mujeres que están a punto de saltar al otro lado del abismo de su vida. Ventura tomó la mano de ella y la colocó sobre su paloma.

—¿Sientes cómo palpita mi corazón?

Ella sonrió.

—Siempre tan poético —suspiró—. Nunca hicimos el amor por última vez.

—Nunca se hace por última vez, a menos que uno de los amantes muera.

—La angustia del viaje me tiene con taquicardia —y con razón, se dijo Ventura, si va a abandonar a sus hijas y su mundo para lanzarse a las cruzadas con un hombre que apenas conoce.

Al atardecer fue al campo. Detrás de una especie de academia de danza en Coapexpan hay un camino que desciende. Allí termina la ciudad. El campo se abre con generosidad, caricaturesco de tan hermoso. Un pequeño valle, rodeado de montañas cubiertas por coníferas. Un arroyo en el fondo. Vacas pastando. Un par de perros corriendo. Un cuadrigo digno del Gran Artista, se dijo.

Se sentó al lado del agua que discurría humildemente. Leyó su Libro de la Guarda. Aspiró el aire a fondo. Placer. Abrió los ojos. A un metro vio un caballo que lo miraba, diríase con cariño.

—¿Qué haces? —la bestia no se inmutó. Ventura se colocó a su lado. Parecía haber alcanzado la serenidad final. Estaba rodeado de moscas, abandonado a una bienaventurada senectud. Ventura habló con él con absoluta seriedad. Le hizo preguntas sobre su vida y le contó su propia historia. Habló sobre el pasto, las garzas garrapaticidas y las vacas. El caballo no quiso responder a sus preguntas pero sí lo escuchó con paciencia. A veces bajaba la cabeza y apartaba con los belfos el pasto viejo para buscar los retoños. Luego regresaba a mirarlo. En los ojos del caballo vio su propio reflejo y el del valle. Después de una hora, sin decir una sola palabra, se alejó. Al salir de la hondonada, Ventura se asomó a los ventanales de la academia de danza. Vio a unas criaturas de sueños hacer ejercicios en la barra, entre espejos, y se dijo que allí había algo digno de un golpe de dados. Tocó a la puerta. Vio salir a una hembra grandota y paradójicamente delicada, que lucía ademanes de institutriz francesa: *Mademoiselle*, ¿cree usted que un hombre de mi edad sacaría provecho de comenzar a tomar clases de danza? *Mais oui*, respondió burlona.

Tras la edad de Cristo y las zonas blandas

Escribió: *El creer en Dios calma las ansias de trascendencia del ser humano; por lo tanto, lo limita. Por ello el concepto de Dios debe aceptarse solamente como símbolo de fe, como suposición, como esperanza de que las ansias humanas que mueven a la acción no se acaban aquí.*

Ventura cumple 32 años, lo que quiere decir que entra en el año 33, con todos los agravantes teológicos que esto conlleva. En el medio del camino de la vida, se promete a sí mismo que este año será el de mayor productividad. Terminará *Gente* e intentará avanzar en *Esquizofrenia*, la-novela-de-la-difícil-adolescencia. Publicará, si todo va bien y su majestad el de Plaza cumple, *Trece veces el amor* o *Cuentos ligeramente perversos y violentos*. Título todavía no definido. En lo que se refiere a escritura nueva, tendrá hacia fines del año, 300 páginas. Bárbara le ayudó a hacer los preparativos para la fiesta. Todo está listo ahora, a las diez de la noche. (No ha llegado nadie, pero llegue quien llegue, faltará la única persona que me podría hacer dichoso. Y a falta de ella, Bárbara. O quizás, pero es casi imposible, su hija, acompañada por su nuevo violín, el Guarnerio que jura auténtico.)

Ahora estoy viendo la imagen de la señora Blaskowitz en la televisión. Saldrá a las doce de la noche y a las puertas del Canal la estará esperando *Rasputín*.

—¿No podrías hacer una excepción solamente por hoy? ¿Me concederías el privilegio de tu presencia? —Bárbara lo miró con callada ira.

—¿Es que no entiendes? Estoy enamorada de ese loco, enamorada, rabiosamente enamorada, y nunca lo dejaría por venir a verte aunque me ofrecieras eterna fidelidad. Tú ya eres parte de mi cementerio de amor.

Si iba a comenzar con su filosofía de lo cursitrascendente, mejor mandarla a freír chile piquín.

—Entonces tráelo. *Rasputín* pronto será un pasajero de tu vida.

—Ingenuo, ¿supones que él viaja seis horas después de una noche de insomnio y un día de trabajo, para venir a ver a un atajo de fantoches provincianos emborrachándose?

—Viene directamente a tu cama, eso es claro.

—¡*Schwein!*, viene directamente a mi corazón.

Pero tu corazón está entre tus piernas, quiso decirle. No se lo dijo. Todavía la quería lo suficiente como para respetar sus fantasías de kaiserina cosmopolita. (Su ausencia no empañará mi celebración. Intentaré transformar este nuevo revés en disciplina. Exijo venganza. Le exijo satisfacciones a la vida. La próxima semana iniciaré el trabajo en la novela.) A la una de la mañana seguía esperando a sus invitados. Qué demonios, si por lo menos tuviera ánimo, podría haberse desahogado con el violín a costa de los vecinos, pero ni eso.

A las dos de la mañana llegaron Kristoff, el pintor polaco, y su amiga, la *Foca Gitana*. Así la llama y a ella le gusta el apodo.

—*Mida* esta ciudad —gritó Kristoff exagerando su acento centroeuropeo—, es un maldito Chicontepepec. Estamos *encedados, apdisionados*, vivimos en la esencia más *hododosa* de la provincia. ¿Dónde queda tu baño?

Entró. Cerró la puerta. Luego la entreabrió. En una mano tenía la toalla.

—¿*Pada* qué es esto? ¿*Pada limpiarse* el culo?

La Foca le explicó la función del papel higiénico.

—Es un hombre tan tonto que no conoce el papel higiénico —dijo *La Foca*—. ¿Tú sí sabes para qué sirve el papel higiénico? ¿En Polonia se limpian con pellejo de judío viejo? A ver, ¿para qué sirve el papel higiénico?

—Para ponérselo entre las piernas a las hembras después del ayuntamiento —dijo Ventura.

La Foca lo miró con aburrido deleite. Se llevó las dos manos al corazón.

—He conocido patanes, pero pocos como tú, Ventura. ¿Algún día podrías ilustrar con mi cuquita —se trazó la raya del amor mojado con un dedo medio— la función del papel higiénico?

No es mujer para mí, pensó Ventura, sino para el doctor Amóribus.

—Es que, esnif —agregó *La Foca*—, a Kristoff no le funciona el aparato del placer cuando está pintando, y no hace otra cosa que pintar.

Comieron un arroz con camarones, bebieron vodka. Nadie se emborrachó. La noche era tan deplorable que no lo ameritaba, ni cosa semejante. Antes de despedirse, a las cinco de la mañana, el polaco sacó un lienzo de un tubo de cartón. Lo miró fijamente un instante, como si le sorprendiera verlo.

—Es tu *degalo* de cumpleaños. Guárdalo. Dentro de veinte años te podrá sacar de *apudos*. Y también te *degalo* a *La Foca*, que no sabe *despetad al adtista fudioso* que soy.

La Foca hizo aletear sus cejas, acarició sus labios con la punta de una lengua casi morada, tomó de la mano a su pintor y gritó:

—Ya nos veremos, Cuasimodo.

Además, en esta película de la vida uno no sabe en qué instante hay un corte y tras el cuadro del apartamento decrepito, con goteras y alfombras mohosas, aparezca la visión del río original del paraíso.

Bárbara. ¿Qué extraña seducción tiene esta mujer conocida por toda la ciudad, adorada por los hombres, aborrecida y envidiada por las mujeres que se dicen decentes, que hoy pierde su trabajo y mañana resucita como directora de asilos, maestra de ceremonias, hipnotista, maga, líder sindical o abanderada de las campañas de redención de travestis y putas del Árbol y Circunvalación?

Antes de conciliar el sueño recordó: *Quien aumenta el saber aumenta la desventura.*

En ocasiones siente vergüenza de andar ofreciendo su trabajo como una vieja puta de Alejandría, de puerta en puerta, de editor en editor, recibiendo rechazos, sonrisas, promesas, insultos. Lo consuela Miller, cuya vida, de alguna forma, siente estar repitiendo. *En determinado momento de mi vida resolví que desde este punto en adelante escribiría sobre mí mismo, mis amigos, mis experiencias, lo que sabía y había visto con mis propios ojos. En mi opinión todo lo demás es literatura y la literatura no me interesa. Comprendí también que debía aprender a contentarme con lo que estaba a mi alcance, con lo que podía abarcar, con mi dominio per-*

sonal. Aprendí a no avergonzarme de mí mismo, a hablar francamente de mi persona, a publicitarme, a abrirme paso a codazos aquí y allá cuando era preciso. El hombre más grande que Estados Unidos produjo jamás, Whitman, no tuvo vergüenza de ofrecer su propio libro de puerta en puerta. Tenía fe en sí mismo e infundió tremenda fe al prójimo. Tampoco Goethe se avergonzó de rogar a un amigo que antepusiera su influencia ante los críticos. Gide y Proust no se avergonzaron de publicar sus primeras obras a su propia costa. Joyce tuvo el valor de buscar durante años a la persona que le publicara el Ulises. ¿Acaso el mundo era mejor entonces? ¿La gente era más amable, más inteligente, más simpática? ¿Consiguió Milton un precio razonable por su Paraíso perdido?

¿Para quién sino para Ventura escribió Miller las anteriores palabras? ¿Cómo no sentirse protegido por espíritus tan grandes al percatarse de que todos ellos han padecido de las mismas angustias y trivialidades?

El verdadero artista es el destructor; los que construyen son los artesanos, escribió. La vida del hombre no es otra cosa que una lucha sin cuartel contra las reglas que Dios le impuso. Una lucha infructuosa, pues al final descubrirá que lo que buscaba ya lo traía en sí, como esos aparatos que traen la pila incluida.

Al mirar el calendario y compararlo con el esplendor del mediodía, se percató de que había comenzado la primavera. Comenzarían los días de sol. El mal tiempo quedaba aplastado y con él todo lo sórdido e infeliz que había sido. Bárbara era el otoño. Las niñas traerían la primavera. La vida después de todo sí era una caricatura. Una buena caricatura.

Aunque estaba cansado hasta la extenuación no pudo dormir. Piensa que podrías tener aquí a Trilce, como una donce-

llita tierna del bosque de Nottingham, desnuda y temblorosa, dispuesta a morir de amor con tu fría y ponzoñosa verga de demonio menor bajo el ombligo, piensa que la nena languidece pensando en ti mientras se lastima las yemas de los dedos y el corazón raspando sus violines de lata o despatarrándose en la academia. Puso en el tocadiscos *La consagración de la primavera* y apagó la luz. Diez minutos más tarde volvió a encenderla. Recordó la hierba que tenía desde hacía meses escondida tras sus Libros de la Guarda. ¿Quién la había dejado en su casa? No pudo ni recordarlo. Tal vez fuera *La Foca*. Ventura armó con torpeza un pucho y lo fumó alevosamente, aspirando hasta el fondo. Contuvo el aliento al punto del desmayo. Si quería salir de los límites, que fuera en serio, a fondo y sin temores. Fue a correr a la madre de Xalapa, el Cerro del Macuítépetl. Ascendió hasta la cima a toda velocidad, sin detenerse. Al llegar a la cúspide de la pirámide que corona el cerro, Ventura rugió como una fiera hasta que le dolieron los pulmones. Estaba lloviendo en finos hilos, la niebla era espesa, de modo que el frenético se sintió flotando sobre una nube. Luego corrió cinco kilómetros cuesta abajo con un ritmo delicioso en el que fue consciente de cada una de las partes de su cuerpo. Era perfectamente sensible al colocar el talón, luego la punta del pie, al concertar los músculos para levantar la pierna, al disfrutar de la tensión de la pantorrilla, al vincular su músculo vasto con el mecanismo de la cintura, luego al percibir el movimiento rítmico del tronco, que servía de base y centro al pendular de los brazos. Sus puños parecían trazar círculos perfectos sobre el pecho, vinculados como el volante de un reloj al eje. Mientras el hombro izquierdo se adelantaba, lo mismo sucedía con su rodilla derecha. El aire

entraba frío por la boca y salía caliente y poderoso por las fosas nasales y era como si el corredor estuviera retornándole calor al mundo, propiciando el ascenso de la savia y el flujo de la sangre y el discurso de los ríos, alimentando la vida, manteniendo al planeta en su órbita. A la mitad del descenso creyó haberse extraviado. Imaginó que el camino se prolongaría indefinidamente y que su cuerpo seguiría corriendo hasta la eternidad, lo que no le pareció del todo fatigoso o torturante. De regreso en casa el sol había despojado al mundo de la niebla, se desnudó, colocó en el tocadiscos música de piano compuesta por Nietzsche a los 17 años y corrió en el mismo sitio con los ojos cerrados sintiendo pasar a su lado celéricamente paisajes de mundos destruidos, de animales monstruosos e inéditos, de criaturas delicadas que explotaban a su paso. Cenó con las manos y a grandes tarascadas, mezcló queso, carne, tortillas de harina, uvas, melón, leche y vino. Los sabores, perfectamente diferenciados, eran deliciosos y la saliva fluía abundante. Todavía con la fuerza entera del universo comprimida en su cerebro se bañó y se tendió en la cama. Apagó de nuevo la luz y volvió a colocar *La consagración de la primavera*. Quiso imaginar una leyenda que incluyera el sacrificio de Trilce, pero la imagen no acudió. Comenzó a recorrer su propio cuerpo, en busca de los puntos más sensitivos, exploró con asombro y deleite las diversas texturas. Las partes rojas, los orificios, las zonas de erosión, los umbrales y salidas, las puertas, los puntos remotos, las carnosidades, los lugares inhóspitos, los tejidos bajo la lengua, entre los dedos, las articulaciones, el fondo de la garganta, todo lo húmedo, lo mucoso, lo íntimo, eran zonas especiales, ombligos de poder, huertos sellados, claves, signos, criptas entrecerradas, accesos al

pecado que asumía otro nombre y se transformaba en una nueva forma de la virtud. Ahora entendía, sí, a fondo, la necesidad de abrir la piel, de ver brotar la sangre, para buscar nuevas sensaciones. Cuando llegó a sus nalgas, como llevado por un vórtice, sintió que su dedo meñique se hundía con naturalidad y deleite en la depresión natural, sintió placer, un placer leve, sin remordimientos. Palpó la textura esencial de sus paredes, su verdad y belleza, su aroma terrestre, y pensó con deleite: esto es lo que deben de sentir las hembras cuando aceptan al hombre en su interior. Comprimió los músculos varias veces y creyó sentir el poder que tienen las mujeres de dar o no placer, de ablandarse, de hacerse jugosas, propicias, aquiescentes. Ventura cayó gradualmente en el sueño, en un estado de placidez, de ausencia de reconcomios, en un limbo al que sólo tienen acceso, meditaría al despertar, los solitarios, los que carecen de otro juez que no sea su conciencia autocomplaciente, compasiva, comprensiva. Quince horas más tarde despertó, permaneció con los ojos fijos en el techo. Cuando por fin sintió hambre supo que seguía vivo.

La dama de rodillas

Fue a casa de Bárbara, sin saber a quién buscaba. Trilce estaba encerrada tocando violín. La señora Blaskowitz no le prestó atención. Todo el tiempo estuvo hablando por teléfono. Como de costumbre, se dedicaba a solucionar los problemas emocionales de sus amigos y pacientes. Ventura salió dando un portazo. Regresó ante la máquina. Se sentó a escribir, casi sin ánimo. Lo hizo hasta las diez de la noche. No pudo más. Rompió la rutina de escribir hasta las doce —ocho páginas diarias— y regresó a la casa de Bárbara con aires de esclavo humillado. Se repitió la indiferencia de la dama. Antes de despedirlo, Bárbara le habló en inglés, sin mirarlo a los ojos.

—Sé que esto te va a gustar. *Rasputín* posiblemente venga a verme este fin de semana. Si eso pasa, no podré verte. Si no viene, yo te buscaré el sábado. ¿Qué te parece?

No habló del encuentro en el parque hundido. (Como buena neurótica, sabe mentirse y sospecha que lo que no le conviene lo vio en sueños o se lo contaron.)

—Pero mírame a los ojos —respondió Ventura, sabiendo que ella se sentía avergonzada.

Como quien entra a saco y con un garrote, en el momento en que ella se disponía a darle la espalda la atrapó contra una pared y la besó. La tomó con fuerza de una muñeca y la arrastró

hacia su habitación, por las escaleras. El reloj de pared estaba dando las diez de la noche. No se escuchaba el bullicio de las niñas y la música se había detenido en la habitación acolchada de Trilce. La empujó dentro de su cuarto y estuvo luchando contra ella silenciosamente. Bárbara pidió un instante de reposo, tengo que decirte algo. Ventura la liberó.

—No estamos solos —dijo—. Ahora hay en casa otra persona.

Sólo eso me faltaba, pensó Ventura, que su amante (¿quién? ¿Un ingeniero de Ingersoll Rand?, ¿un junior árabe vendedor de telas y habitante de Las Ánimas?, ¿un expresidiario en vías de readaptación social?) estuviera leyéndole cuentos de Andersen a las niñas. “En la habitación de los huéspedes tengo a una huérfana, me voy a hacer cargo de ella.”

Esto terminó por enfriar el asunto que había comenzado con tan buen ritmo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir de redentora?

—Hasta la muerte, hasta la muerte. Es lo único que se salva en el desastre de mi vida. Destruí mi matrimonio, compliqué la vida de mis hijas, he sido el modelo más perfecto de la hembra disipada, creo que me odian, ya ves hacia dónde va Trilce.

—¿Trilce?

—¡Trilce, Trilce! No me vengas con el juego del Ángel del Señor, sabes a lo que me refiero.

Ventura puso la más genuina cara de inocencia, quedó mudo de asombro: una cosa eran sus fantasías y otra semejante acusación infundada. Por lo menos hasta ahora. Y además, el Señor no juzgará al hombre por sus sueños.

—Mejor terminemos esta conversación y llévame al Canal. Tengo que llegar a tiempo para la barra de noticias.

Ya a bordo de *Galileo* hablaron:

—He estado considerando nuestra relación y me di cuenta de que hay muchas cosas que no hicimos —en el campo sexual, completó Ventura entre sí—: no viajamos a playas solitarias ni paseamos por los Campos Elíseos de la mano, ni —se atrevió a lanzarse a fondo— hemos fornicado de pie, con mis piernas ceñidas a tu cintura.

—¿Como Brando y María Schneider en *El último tango en París*? —preguntó Ventura casi sin aliento.

—Exactamente. ¿Crees poder hacerlo?

—¿Dudas de mí?

—Es que el hombre debe esforzarse terriblemente si la mujer es grande como yo. Pero supongo que debe proporcionar mucho placer.

—¿Por qué?

—Porque la mujer queda colgada del ojal en el clavo ardiente y ello debe rozar deliciosamente el punto de mira y el botón del placer.

—Bueno, eso es algo que no hemos hecho —dijo Ventura—, como tampoco yo sentado y tú de espaldas ofreciéndome la retaguardia, al tiempo que tú te acaricias mientras yo entro en ti.

Bárbara puso su mano sobre la pierna de Ventura.

—¿Por qué me tientas, Satanás? Yo creí que desde la aparición de *Rasputín* habías decidido dejarme en paz para dedicarte a la impostura... es decir, a la literatura.

—Y otra cosa: me gustaría ver cómo te acaricias, tendida sobre una cama, pero no sé si lo soportaría. Lo más probable es que cayera sobre ti formando una plancha de lucha libre.

La señora Lujuria comenzó a jactarse villanamente.

—¡Cállate! Esa es una cosa que me gustaría, como me gustaría la inversa: verte manipulando tu poderoso *chou* frente a mí despiadadamente, pero sin llegar a la consumación.

—Con seguridad caerías de rodillas ante mí.

—¡Sí, maldito, sí, caería de rodillas, con la boca abierta, y otra vez volvería la burra al trigo, sería La Dama de Rodillas, como en tus cuentos libertinos del doctor Amóribus, ya basta, lo sabes, criminal, me conoces, cállate, me estás torturando!

Ventura sonrió complaciente, conciliador:

—Es una charla entre amigos. ¿No la soportas?

—Me duele el vientre, Ventura, lo sabes, me torturas, sabes que estoy enamorada como una totonaca.

—Bueno, perdón, creí que ese tango ya había sido bailado. Solamente te estoy describiendo el abismo de fantaseos al que me condenaste el día en que te acostaste bajo mi cabeza coronada. Recuerda que soy un hombre solitario. Ten compasión de este pobre miserable que no encuentra la paz en la literatura ni en la vida sino en tu boca.

—¡Ay, ay, ay de mí! —gimió la señora Blaskowitz—. Cállate, déjame en el Canal, olvídame.

La abandonó en el Canal. Juro por lo más sagrado que no volveré a acercarme a la señora Blaskowitz, se dijo Ventura. Al día siguiente estuvo dos horas en la Editorial, corrigió un texto, leyó partes de su Libro de la Guarda y salió a caminar. ¿A dónde ir en Xalapa? A La Parroquia. Bárbara entró media hora después, en medio de una corte de jóvenes. No ocultó la alegría que le produjo verlo. Garabateó un mensaje en una servilleta y lo envió por medio de Otón, el mesero maratonista. Su sonrisa fue tan leve como el paso de una mariposa sobre un arroyo tur-

bulento. ¿Me llevas a casa? ¿Y tus amigos? Mis amigos son mis amigos y comprenden, dijo.

¿Cómo negarle algo a aquella mujer que sabía ejercer sus mercedes con donaire y olvidar sus enojos con la misma naturalidad con que en Xalapa se pasaba de un día soleado al aguacero más torrencial? O era fingimiento, una actuación digna de Mata Hari? *Recuerda, cuerpo, cuánto te amaron*, musitó Ventura para sí. ¿Quieres bajarte a tomar un café?, preguntó en cuanto llegaron. Ventura escuchó el violín. (¡No!, gritó el alma confusa de Ventura. ¿Qué haría si me encuentro con tu hija? ¿Cómo conciliar estos dos caminos, estos dos paisajes y pruebas?)

—Creí que tu hija se había ido de la casa...

—Va y viene cuando se le da la gana. Dice que yo la necesito, que tiene que cuidarme, como si yo fuera su hija y no su madre.

Se tendieron sobre el césped. El cielo estaba de un azul profundo, semejante al de un lago en el fondo de un cráter. No había ni una sola nube, ni una mancha, nada que no fuera la belleza destellante del día, el esplendor del instante. Katia, *La bella* (que heredó los mejores esplendores de la hermosura de su madre), con esa descarada frescura y coquetería y con esa impiedad de las niñas que se saben más bellas que los más inconcebibles ángeles, era el centro de aquel paisaje alucinatorio. Ventura tomó un ramo de hojas de naranjo florecido y coronó a la niña. Eres la reina de la naturaleza, le dijo. Helga, *La bestia* (en cuyo rostro reina la nariz caballuna y extravagante de su padre), consciente de la desventaja que le había colocado la naturaleza en medio de su fisonomía, observaba la escena no sin envidia. Y tú eres la princesa del sol, agregó Bárbara dirigiéndose a ella. Desde la

ventana de su habitación en el segundo piso —el *bunker*, donde absolutamente nadie debe entrar, con paredes tapizadas en corcho y cajas de seguridad para los violines— Trilce contemplaba la escena con un relámpago de ironía y menosprecio en los ojos. Katia se comportó de acuerdo a su nueva dignidad, en sus labios un mohín de autosuficiencia.

Algo en el ambiente hacía sospechar que había habido problemas. ¿Qué pasa?, preguntó Ventura. Dos problemas a falta de uno, respondió Bárbara:

—*Rasputín* no vino el fin de semana, es un loco furioso, un poseso, dice que siente celos espantosos pero que no puede explicármelos. Eso por una parte. Por otra, Trilce quiere abandonar de nuevo la casa. Dice que me odia, que no me soporta, que todas las noches tiene que ponerse taponos en los oídos para no sufrir mis escándalos de gata en celo. Creo que escuchó el alboroto del jueves, cuando me arrinconaste como si tú fueras un trailero y yo una puta del camino. Estoy casi segura que sabe que fuiste tú. Además inventa cosas. Ya casi no duerme. Pasa todo el tiempo tocando el violín.

—Todos los adolescentes quieren irse de su casa, es una ley natural.

—Pero es que Trilce ya no es una adolescente sino una mujer. Ha madurado demasiado pronto —suspiró Bárbara.

Luego enrumbó hacia su tema favorito.

—Añoro mis tiempos virtuosos. Siento que cada vez me hundo más en esa maldecida insaciabilidad. ¿Sabes que conservo en un cofrecillo un pañuelo de batista con la sangre de mi primer acto de amor? —se dedicó a arrancar pasto a manotazos.

—Te invito a casa —le dijo Ventura sin transición.

Katia estaba a dos pasos de distancia. Trilce continuaba observando desde el segundo piso.

—No tengo ganas.

—¿Por qué no?

Bárbara se ruborizó.

—Estás gritando, me estás gritando en mi casa, salvaje —dijo, ligeramente reblandecida.

—Me haces falta, Bárbara Blaskowitz, me volviste adicto a ti. ¿Sabes lo que he hecho? Caí otra vez en el vicio y la alucinación me hizo sentirme mujer. Imagínate que eso me pase a mí, un hombre que siempre ha creído en la integridad de su poder genésico, en su capacidad para sublimar sus apetitos y convertirlos en literatura. Si no vienes a casa conmigo inmediatamente, no volveré a buscarte jamás.

Bárbara comenzó a reírse, sin maldad, con buen humor, con simpatía.

—Si no me buscas, yo te busco —dijo con auténtica ternura y pureza filial—. Yo sé que no puedes vivir sin mí. Correcto, macho prepotente, engreído, insoportable, yo tampoco puedo vivir sin ti. Lo que no sabes es que no existe ni una sola persona en esta ciudad, quizá en este mundo, que pueda comprenderte y ayudarte como yo.

Silencio.

—Bueno, no hay nada que hablar.

—No, no hay nada.

—Adiós.

El instrumento del amor

Vio a Trilce, bellérrima, insidiosa, crudelísima, mordaz, incitante, sufriente, heroica. Las yemas de sus dedos estaban en carne viva. Llevaba doce horas de estudio ininterrumpidas. Se había retirado de las clases de danza sin dar disculpas y volvió al violín como a su único amante.

—Estudio para no caer en la putería y la cretinez de todas las mujeres, para darle aire a mi espíritu, porque no hay nada en el mundo mejor que las caricias del arco sobre las cuerdas.

Ventura estuvo de acuerdo. Nunca como cuando tuvo un violín en sus manos se sintió tan poderoso, tan libre de mezquindades.

—El violín es el instrumento del amor —agregó Trilce—. Es el instrumento en el que dos partes del mundo se fusionan sin brusquedad, se unen, se confunden para producir las armonías más perfectas. El piano y todos los demás instrumentos para alcanzar sus fines resultan vulgares o demasiado grandes y viles, dependen de los golpes, de las agresiones y exigen esfuerzos musculares, más que sabiduría y destrezas. No hay continuidad, no hay fusión entre el cuerpo del pianista y las teclas, sólo lucha. Por eso huyo de los hombres que consideran a las mujeres como instrumentos de sus fines y las tañen como campanas. Añoro a un hombre que me pueda tocar como se toca un violín.

Hablaba no como la niña que recién se despereza, sino como una vieja y fatigada dueña del oráculo.

—Hay momentos en los que me siento la preferida de Dios y odio a todos los seres humanos. No entiendo cómo pueden perder tanto tiempo.

Ventura, escuchándola hablar, recordó la noche en casa del brujo y supo que allí, entonces, en el primer tomo de *El Libro de su Vida*, se había abierto una historia que tarde o temprano tendría su remate. Era cuestión de paciencia. Los juegos del tiempo y el azar se encargarían de poner las piezas en el lugar correcto. Los caprichos, los momentos de Trilce, coincidirían tarde o temprano con los designios del amoroso. *¿Cuál sería el papel de la señora Blaskowitz en la trama de hilos tan poco sutiles?*, escribió.

Mientras Trilce contemplaba las yemas enrojecidas de sus dedos comentó los desmanes de su madre. Que escapaba con *Rasputín* a encerrarse en los moteles de Banderilla y allí armaban tales trifulcas que terminaban en la cárcel, que su exesposo pagaba secretamente las fianzas, solamente para que volvieran a lo mismo, que el andaluz portaba una pistola y había amenazado matarla si la veía hablando con sus antiguos amantes.

—Mi madre es como tú —dijo Trilce—. No tienen ni la más mínima conciencia del alcance de sus actos. La diferencia es que ella todo lo hace por amor y tú no sabes para qué diablos estás viviendo.

Tras una salida al mundo, con la barriga llena, aliviado de las necesidades del bajo ombligo y casi contento regresó a escribir. Lo hizo hasta las seis de la mañana. Desayunó y siguió escribiendo hasta las cuatro de la tarde. Durmió diez horas y regresó

a la escritura. Durante quince días no hizo otra cosa que dormir, escribir, comer y fumar. Terminó la corrección de la novela. El solo hecho de pensar en la hija de Bárbara lo ponía eufórico. Le lavaba y le planchaba el espíritu, dejándoselo como un vestido de graduación. Doscientas páginas en 32 días, seis páginas y media por día. (No está mal. Le agregué un párrafo al final, una especie de cierre sorpresivo, que en cierta forma obligará al lector a cambiar de perspectiva y reconsiderar todo lo que ha leído. Sólo falta numerar las páginas y, lo más detestable, buscar editor.) Intentó dormir. Escuchó el canto de los gallos, el despertar de los pájaros en el bosque del Macuiltépetl tras la casa, el paso de los primeros autos. Se agotaron los cigarrillos. Tampoco pudo conciliar el sueño. Miró la novela terminada. La inició en Cali, bajo el azote de la música del Grill Las Escalinatas, cuando era un flamante licenciado sin trabajo, un periodista vándalo y un atleta en retirada; la continuó en la casa de los padres de Irgla, en tiempos de miseria y desamparo; la corrigió en el invierno inclemente y eterno de Xalapa. Ahora yace terminada sobre su mesa. La tomó en sus manos. Comenzó a leerla, numeró páginas y capítulos, sacó la cabeza de las arenas movedizas y respiró. Ahora habría que regresar al más arduo oficio: el de vivir.

Bebieron Château Lafite en la sala de la casa Kristoff. El polaco loco estaba cada vez más desesperado. Decía no comprender lo que estaba pintando. Luego whisky escocés en su estudio. Se habló de la fama y de los concursos literarios. La víctima de la noche fue Ventura.

—Vives obsesionado por García Márquez y andas como una vieja puta detrás de la fama. Envidias al necio que vendió su alma al público y perdió su vida privada —dijo el Poeta Pibil, compa-

ñero de la Editorial, hablando, como de costumbre, desde su fingida humildad.

Ventura solamente sonreía. Nada de lo que dijeran o hicieran podría conmoverlo. Como Alejandro Magno, soy hijo de los dioses y no me afecta lo que opinen sobre mí los hombres.

El viejo Salmerón, quien décadas atrás cometiera el error de publicar un libro, convirtiéndose inmediatamente en el apesadado de La Parroquia, develó su alma desdentada.

—¡Qué otra cosa puede uno esperar en este desierto, sino el olvido y la compasión! —lo que parecía del todo coherente con su aspecto de vendedor de cacahuates que anuncia la lluvia.

Eso sirvió de pie a un par de historias con moraleja.

—Estaba con unos amigos en el café —dijo Salmerón—, cuando alguien comentó: “Ya vámonos, que viene el *Cara de Sobaco* a leer nos sus obras completas.” ¿Y quién creen ustedes que se acercaba? Un hombre desfachatado y jactancioso, con unas ojeras de dueña del burdel y con aspecto de que acababa de recorrer todo el malecón de Veracruz bailando, camisa con flores encarnadas, zapatos de lona, pantalón de lino blanco, traía un portafolios bajo el brazo. Se apellidaba García y andaba buscando editor para unos cuentitos miserables que nadie quería escuchar.

Salmerón se relamió los tres pelos del bigote.

—Hoy ese humilde García tiene otro apellido: Márquez, y el mundo desfallece por una sonrisa suya.

Kristoff lo mira con expresión de psicópata dispuesto a asesinar a cien personas sin el menor motivo. El tema no le interesa. Salmerón se receta un trago y continúa:

—Todos los grandes escritores son, sin falta, unos pobres cretinos, unas criaturas lamentables y lacrimosas, hasta que les

suenan la flauta del burro, esa tonadita que todos cantan. Sabines, tomemos a Sabines. Me recibía acostado en su cama y decía: “Pancho, me siento muy mal, estoy pasando por un periodo de esterilidad insoportable.” Apenas si se movía, como si estuviese a punto de morir y las moscas ya le anduvieran rondando las ventanas de sus entrañas. Pálido, lánguido, pedía: “Pancho, alcánzame un vaso de agua, no tengo fuerzas ni para moverme.” Yo le daba su vaso de agua y Sabines se aclaraba la garganta. Bueno, ya me voy, le decía yo. “No, espérate, creo que tengo algo aquí que te puede interesar.” Sacaba de bajo la almohada una cantidad de hojas y me leía durante horas y horas el producto de su esterilidad. Poemas espléndidos, espeluznantes, que me hacían sentir pequeñito, intrascendente, incapaz por completo de escribir algo que se le acercara ni remotamente.

Bárbara explica su fracaso con *Rasputín*.

—Resultó un águila bifronte: tenía su dama en el Distrito y su suplente en Xalapa. A las dos nos engañaba.

—¿Por eso terminaron?

—Por eso y por sus accesos de celos violentos. En los sitios más insospechados se detenía, me miraba y comenzaba a ejercer una violencia psicológica que culminaba en gritos. Su amor por mí tenía algo de cinematográfico. Era capaz de salir a las cinco de la mañana del DF, manejar a ciento cincuenta kilómetros por hora entre la niebla de Perote, llegar en tres horas a Xalapa, utilizarme en cinco minutos lastimándome el rostro contra el filo de una pared, lanzarme una mirada furibunda y devolverse más calmado al DF. Luego, a las cinco de la tarde me llamaba para decir: “Eso es para que sepas que a mí no me puedes mentir. Espérame, voy para allá.” De nuevo malmatarse

por la carretera, llegar cargado de regalos, bañarse y pasar el día más feliz de su vida a mi lado, haciendo el papel del padre perfecto con las niñas. Luego, por el más nimio disgusto volvía a emprender la huida. Si yo hablaba por teléfono, si salía a hacer las compras, si me maquillaba en exceso, si mencionaba a un macho en su presencia, se ponía como un gorila y juraba que nunca volvería a verme. Y, lo peor de todo, ya estaba comenzando a intercambiar miradas con Trilce.

Y sin más motivo que los caprichos de los circuitos eléctricos de su mente cambió no de tema sino de hombre.

—Ya el asunto con el bajista de la Sinfónica quedó liquidado.

—¿Es que hubo un asunto con un sinfónico?

—Sí, un asunto bastante escabroso que algún día te contaré.

Y a ti, ¿cómo te va con tus amores?

—La Princesa finalmente se fue.

—Eso es lo mejor que podía pasarles. La relación era la más falsa del mundo.

—Y con respecto a tus necesidades hormonales, ¿qué?

—No he vuelto a las andadas desde la última vez que lo hice con *Rasputín* —meditó un instante—. Lo terrible de mi vida es que en el aspecto sexual mi realidad ha ido más lejos que mi imaginación. Es difícil ir más allá. ¿Qué me espera?

—No sé. Pero consuélate: mientras haya braguetas en el mundo no habrá mujer sin esperanza.

Al día siguiente supo que la soledad cacareada por Bárbara era otra de sus fantasías neuróticas o una jugarreta insidiosa.

—Ahora mi madre anda con un individuo que se dice industrial regiomontano. Y parece exactamente lo contrario: unos anteojitos ridículos, de plástico blanco, pantalones comprados

en barata, gorra con visera, camisas de manga larga, zapatos a tres colores. Está despiadada y perdidamente enamorado de ella. Dice ser rico, tener negocios grandes y un poder asombroso. Pero ante mi mamá parece un niño. Le dice “yo hago cualquier cosa por ti; sé que soy menos culto, pero tú puedes enseñarme; sé que soy un ignorante en asuntos de política, pero estoy dispuesto a aprender. Por favor, por favor, dame un poco de atención. Pídeme lo que quieras. Cualquier cosa”. Ayer le cedió un auto último modelo, un Chrysler de un chocante color vino blanco. El bicho no escarmienta. “No te quiero, entiéndelo”, le dice mi madre, y él insiste. “Sé que no tengo esperanzas, pero estoy dispuesto a morir insistiendo.”

Trilce estaba con las palmas de las manos en sus nalgas de diosa niña. Bella como un jarrón etrusco, como el sol naciente en una isla al borde de la Tierra.

—No sé qué pensar de ella. Está tan desorientada. Y si la abandono va a ser peor.

—Cambiano de tema —dijo Ventura casi con humildad—: ¿considerarías la posibilidad de darme clases de violín?

—Eres demasiado disipado. Se te va la vida en oler calzones y soñar novelas. A la segunda sesión querías meterme mano. Mejor olvidemos todo este lío: clases de danza, violín y tango. Adiós.

Ya solo, Ventura recordó. Cuando la Princesa alcanzaba a transgredir sus represiones y llegaba al éxtasis, gritaba: ¡muérdeme, ay, muérdeme! Y si en ese mismo instante escuchaba la voz del locutor de *Teléfono Romántico*, su delirio se hacía enloquecedor. Ventura abrió la Biblia. Leyó: *Ay de aquellos que, siguiendo la carne, anden en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las*

potestades superiores. El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.

Sin Bárbara, sin Trilce y sin la Princesa, se dijo, retornaría a la continencia: al trabajo sosegado en la oficina, a la escritura, al deporte, a forjar cuerpo y alma como espada de acero toledano en vaina de piel de venado cola blanca, a partir el fruto de la vida hasta encontrar su auténtica semilla. Esa misma noche el hacedor de sueños lo favoreció con dos mujeres. Trilce se sentó en su cama y lo estuvo mirando incitadora. “¿No quieres tocar mi violín?”, preguntaba sonriente, “es de la mejor calidad y su alma está hecha de la madera más casta del mundo; fue necesario derribar un pino de más de cien metros de altura, en la Selva Negra, para extraer seis centímetros de alma, que hoy le dan un sonido que ningún otro instrumento en el mundo tiene”. Ventura se acercó a ella, intentó acariciarle el fuste airoso de su cuello e inmediatamente todo el ámbito se llenó de un sonido enloquecedor, como el que precede a una gran avenida de aguas en las selvas del Amazonas. Mientras tanto ella seguía sonriendo sin emoción. “Eres torpe, vil, vulgar, quieres tocar un Stradivarius como si tuvieras entre manos un serrucho. Antes de llegar a mí tienes que hacer un billón de escalas y tocar violines, violas del perdón, rabeles, violas da gamba, vihuelas, arpas eolias”, gritó Trilce al tiempo que emprendía la huida. Luego fue una rubia quebradiza y de amabilidad repugnante, pegajosa como una mosca de miel, que en su maquillaje pregonaba su oficio prostibulario. Desnudó uno de sus pechos y dijo que antes de permitir el deleite de sus frutos necesitaba ver el dinero sobre la mesa. “¿No lo podríamos hacer por amor?”, preguntó Ventura. “Por amor solamente lo hacen las malas hembras”, respondió.

Escribió: *Desde hace unos días cargo una malparida tristeza que no me abandona ni en la oficina ni en el básquet ni leyendo el mejor libro. Todo lo hago con rabia. Conduzco a toda velocidad. No me importa insultar a la gente. Hace unas horas bebí cuatro tragos de tequila y ahora estoy escuchando música purépecha, tendido en la cama, tratando de entender esta tristeza, esta desidia, esta rabia. Debe ser una elemental crisis de soledad, esa menopausia que cae sobre mí cada tres meses como una sábana negra que no me puedo sacudir hasta que suceda algo. “El genio verdadero se prueba en la capacidad para disfrutar de la soledad”, escribió Goethe. Pues yo debo ser un pobre oligofrénico, carente de talento para esta profesión desesperante de la soledad. Le doy quince días de plazo a esta depresión. Después me sentaré a corregir, por última vez, Así es la vida. Escribiré trece páginas diarias y terminaré en quince días, así me muera de hambre.*

Así es la vida

Bastó que leyera la primera frase para que se sintiera atrapado. Se sentó en la silla extensible a las cuatro de la tarde y se levantó a las diez de la noche. No cambiaré ni una sola palabra, se dijo, es una novela magnífica. Apenas haré unos cuantos ajustes en la estructura. Supone que tardará diez días en rehacer la novela. Escribirá veinte páginas diarias. Nada, grita su alma, lo apartará de su proyecto. Ha regresado la felicidad, el sentimiento de vigor, el poder germinal. Todo lo que no sea regar con semen divino la página en blanco es autocomplacencia, desperdicio, pecado. Bárbara, Trilce, Princesa Carmina, Irgla, carreras por el bosque, artículos periodísticos, nostalgia del violín, Editorial, programas radiofónicos, doctor Amóribus, ¡fuera, fuera, malditos, bestias espantosas! ¡Lejos de mí, tentaciones y deleites vicarios, trabajos humillantes, estiércol sentimental, humo, vanidad! ¡Abajo la falsa vida! Sólo viviré para mis veinte páginas diarias. Descansaré sábado y domingo. De lunes a viernes me aherrojaré con una cadena, me clavaré con una estaca que partiendo del hueco del culo me llegue al occipucio, cerraré puertas y ventanas, me aprovisionaré como para un viaje en balsa a las fuentes mismas de la vida. Ya puede explotar el mundo a las puertas de mi casa que no me moveré de mi silla. Será como si de pronto me transformara en el ombligo del universo y toda la

energía de las constelaciones confluyera en mi cerebro y luego se explyara, dulce y mansamente, en el papel.

Volvió a hacer cuentas: veinte eran demasiadas. Doce páginas diarias, a razón de dos por hora, ocupan seis horas. Puede trabajar de cuatro a seis de la tarde y de nueve a doce de la noche. Tal vez por la mañana en la oficina de la Editorial pueda avanzar un poco. En quince días disponibles logrará 186 páginas. El diez de agosto irá personalmente al DF a repartir manuscritos en las editoriales y a cobrar los artículos de *Excélsior*. El lunes excedió en una página su plan de trabajo. Escribió trece páginas en seis horas y media a pesar de estar cansado de su día de descanso. Ayer fue a la playa. Algún día vendré aquí, a Villarrica, y será para quedarme. Caminé, corrió, nadé, preñé a una mancha de peces, bebí cervezas con sus amigos pescadores, comió en exceso. La *Tía* era una verdadera asesina gastronómica: sus platillos, una invitación perpetua a la indigestión.

De regresó se topó frontalmente con la desgracia: *Gervasio II* estaba flotando panza arriba. Falta de tortilla y el hecho de no haberle cambiado el agua a tiempo. Ventura lloró como no recordaba haberlo hecho. Se hizo fuerte. No visitaría a Bárbara ni llamaría a Irgla. A cambio de ello se puso a escribir y a fumar. La cuota actual es de uno por página y uno por cada buena noticia que recibe o por cada pena grande que padece. Al final de la sesión de venganza (¿qué hacer? Al mal tiempo buena cara) tiene otras quince colillas en el cenicero. La casa es un desastre. Huele a comida rancia, a humedad, a ropa sucia. La docta Etelevina tiene prohibido acercarse hasta que Ventura ponga en su ventana el trapo blanco del retorno a la realidad. El martes de nuevo excedió su programa en una página. Escribió

trece. Lleva 26. La estructura se complica. Hay muchas rupturas. Los relatos son discontinuos. No hay un centro. Es necesario buscarlo, aunque tenga que salir de la pecera un rato. El conflicto lo llevó a buscar a su amigo el escritor desastroso, aquel que en casa de la loca transformista Iris Moonlight en lo del *Doctor Amóribus* le tomara de la mano y le dijera: Cuánto nos queremos, ay, cuánto nos queremos, y que después se quedó dormido en sus brazos.

El escritor desastroso no había comido en varios días. Estaba borracho como un tarahumara a la orilla del camino, mirando la sierra arrasada por el fuego. Se hallaba en el corredor, apoyado en su bastón, observando un pájaro tan desplumado como su dueño. Avanzó hacia su habitación haciendo gestos de dolor. En el rodillo de su máquina, un artículo sobre Francesca de Rimini iniciado hace seis meses, a juzgar por las manchas del papel.

Se tendió en la cama.

—Explícame qué es el *Faustus* —dijo mendigando una mano.

—¿No podrías hacer una pregunta menos ambigua?

Bache —así lo había bautizado, porque cuando andaba perdido entre el alcohol y la ciudad, se caía en todos los huecos y se abrazaba a los semáforos cómplices, que le guiñaban sus ojos tricolores— se apoyó en la mano de Ventura y quiso besarlo en la boca. Su aliento era de una fetidez de cloaca.

—¿Qué es Margarita?

—La vida que los escritores no alcanzamos a vivir —fue la única respuesta que se le ocurrió—. La vida que casi ningún escritor logra captar en su esencia, ocupado como está en estudiarla y comprenderla.

Luego pidió que colocara en la pared una grotesca estrella de David, de latón dorado y con incrustaciones de lapizlázuli, en cuyo centro se hallaba un espejo amnésico.

—Los escritores somos como los vampiros —dijo—, nunca podemos vernos en los espejos tal como somos, sino como nos imaginamos ser. Los escritores somos los farsantes de la vida. ¿Y sabes por qué? Porque no somos capaces de inocencia alguna. Somos los pecadores por excelencia. Todos los demás son inocentes, y precisamente por eso se van a condenar. ¿Te digo un secreto? Dios existe y está dispuesto a sumir en los infiernos a todos los que creen en él. He aquí la gran paradoja, la gran equivocación que han perpetuado todas las religiones y todas las culturas. Los grandes santos no son Agustín o Tomás, sino el mismo demonio. La humildad es la farsa mayor. La virtud más alta es la soberbia, porque sólo los soberbios pueden aspirar a Dios. Pero, ay, mientras llegan la muerte y el paraíso, uno debe seguir viviendo en un mundo en el que cierran las cantinas a las diez de la noche. ¿Sabías que las cantinas y antros de vicio, que en realidad son puertos de salvación, se deben cerrar en este pueblo a las diez de la noche? Todo por culpa de don Raciél. El sátrapa le dio instrucciones precisas al presidente municipal para que ordenara los cierres tempranos. Mientras él hace sus orgías en la casa de la colina con los políticos, el resto de los xalapeños tenemos que dormir. Don Raciél cuida de la virtud de los xalapeños mientras él, como un Cristo, asume todos sus pecados. ¿Sabías que don Raciél puede defender en su periódico la justicia y el bien, porque tiene a toda la corrupción de su lado? Jamás se ha manchado las manos. Muchos criminales le deben favores. Cuando don Raciél necesita un trabajo especial, sim-

plemente se lo insinúa a sus protegidos. No me extrañaría que el viejo tuviera varios cadáveres en su desván.

Al tiempo que hablaba, lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

—Yo te quiero mucho —murmuró—. ¿Qué es eso de “querer”? Un pleonasma, una idiotez. Yo te adoro. ¿Podrías acosarte cinco segundos conmigo? Cinco segundos. Prometo que no te voy a tocar. ¿Me quieres mucho? ¿Un poquito?

¿Qué decirle? Nada podía consolarlo. Diez años de pena e impotencia no se alivian fácilmente. *Bache* había apostado todo a su primera novela y no tuvo la valentía de jugar una segunda partida.

—No te vayas. No me dejes solo.

A los cincuenta años parece un anciano de ochenta. Abandonado por parientes y amigos, comido por el cáncer pulmonar, con el cuerpo lleno de huecos que le han dejado los médicos impíos, calvo por las quimioterapias, vive en el último cuarto de una pensión llena de niños, de plantas y de pájaros. A todas horas se oyen gritos. Los libros se acumulan en cajas. Ya no lee. Solamente escucha música a todo volumen. Bajo su cama está un título de médico cirujano y otro de musicólogo conferido por La Sorbona y las notas para una nueva novela que todos los años jura entregar a su editor. En las paredes, cuadros de sus viejos amigos, los de la mafia, que siguen esperando la gran novela de *Bache*.

—Nosotros trajimos la cultura universal a este país, cuando Diego Rivera y sus huestes querían vestir de mandil, hoz y martillo a todos los artistas de México —dice.

—Llévate mi novela. Está bajo la cama.

Ventura la buscó. Era un libro voluminoso. Estaba apelmazonado por la humedad. Nadie lo había abierto en años.

—Léelo. Dime si vale más que el maldecido papel en que está escrita.

Le fue difícil escapar. Las manos de *Bache* se aferraban con la tozudez y la fuerza sobrehumana del que teme estar viviendo los últimos instantes. Le tomó el pulso: 110. Súbitamente se levantó. No fue capaz de despedirse. Antes de salir vio a *Bache* voltear el rostro hacia la pared.

Al regresar a casa encontró una nota de la Princesa: “Búscame, animal. Es la última cosa que te pido. El lunes partiré de-fi-ni-tivamente al DF. No me volverás a ver jamás.”

¡Partir, partir, palabra del viviente!

Ventura leyó de un tirón la novela de *Bache*. Diez horas sin separar los ojos del libro, tendido boca abajo y fumando como un mono amaestrado. Es un texto extraño, obsesionante, que sólo comprenderían los mismos novelistas, las hienas, los santos, bestias a punto de extinguirse. ¿A quién diablos le interesa la literatura? La leyenda de *Bache* coincidía con su vida. El autor cultiva su desventura con deleite de beata. Y en su novela está cifrado su misterio y el origen de su tragedia. Es su versión de *Doctor Faustus*. Por ella se paseaba el cuerpo del lobo estepario con el corazón del joven Celine. Sólo sus amigos comprendieron o dijeron comprender. Pasaron los años y nadie se acordó de él. Se entregó al alcohol y a vivir el mito del artista incomprendido que se refugia en provincia y abomina de cualquier certeza.

Ventura comió apresuradamente. Debe escribir antes de que llegue una bruja. Algo le dice que la Señora Inspiración lo tiene bajo su amparo. Encontrar una palabra indispensable puede lle-

varle una hora. La lectura de la obra de *Bache* le ha dado claves abundantes. De los despojos de su novela y del estrago de su vida, Ventura está dispuesto a armar un texto superior. Si la novela de *Bache* es un reflejo de *Doctor Faustus*, mi novela será un reflejo de la de *Bache*. ¿Alguien se dará cuenta? A quién le va a importar. A nadie le importa porque nadie lee en este maldito Chicontepec. El lunes escribió tres páginas más de las planeadas. Llegó a tener cuarenta sobre la mesa. No hay por qué preocuparse. Todo pensamiento ajeno a la novela no existe. El 20 de agosto terminó la página 52. En cinco días de trabajo planea escribir 64 páginas. El 21 escribió 13 páginas. En total, en toda la semana, se excedió en cinco páginas. Va a ser una gran novela sobre seres simples, criaturas llenas de deseos disculpables y sin embargo sórdidos; entidades con pasiones terribles, más cercanas a seres humanos que a personajes literarios. *Así es la vida* o *Gente* será una novela como un durazno jugoso, justo en su punto, con un lenguaje calculado al milímetro, como una pirámide cuyas aristas cifran el difícil equilibrio del universo. El sábado y el domingo descansó de la literatura. En la cama con olor a bagre hasta en las pestañas. La Princesa, que parecía querer hacer de sus apariciones y desapariciones una hazaña digna de la Historia —ni el matrimonio anunciado ni los trabajos en ciudades distantes ni la solfeada aversión al maldito Chicontepec lograban alejarla: fiel como un *ascaris lumbricoides* seguía dispuesta a todo y lo esperaba ya sea en La Parroquia, en la pista del Estadio Heriberto Jara o en la Editorial— se mostró más que dispuesta al relajo, pero ahora con un ingrediente de juego que la volvió encantadora. En la primera oportunidad propuso jugar prendas al póker y logró desnudar del todo al amo-

roso antes de perder el portabustos y ofrecer el desbordamiento del mar de sus carnes. Las Tetas Más Celebradas de La Parroquia. Después aceptó escuchar un capítulo de la novela. Lo aprobó sin muchos florilegios o crítica literaria.

—Está okey y ya. Me cae bien el *Bache* y me parece que es una parte de tu propia personalidad, tal vez un anuncio de tu futuro.

Eso dijo. Para la segunda sesión Ventura echó a andar la grabadora, lo que fue descubierto por la Princesa en medio de los trabajos iniciales.

—Es un experimento —dijo el estudiante de la realidad—, terminémoslo, y si quieres te regalo el *cassette* para que lo borres, lo quemes o lo guardes. Podrás venderlo cuando yo sea famoso y tú una gorda y enjoyada dama.

—En realidad no me preocupa ser actriz de una radionovela pornográfica. Simplemente que me gusta conocer las obras en que actúo.

El martes comenzó a escribir a las tres de la tarde. A las cinco le palpitaba la cabeza como una bomba de tiempo a punto de reventar. Sin embargo siguió escribiendo hasta las dos de la mañana. En total, quince páginas. Todavía tenía ánimo para cinco más, pero prefirió descansar para que al día siguiente la resaca no lo dejara impotente. Al terminar le enviaré la novela al editor de Plaza en Colombia y le escribiré: “Léala y atrevese a rechazarla”. Comenzó a redactar en mente la cuarta de forros: Asocie usted el ingenio de Quevedo y la sabiduría de Cervantes, entonces tendrá el estilo de Ventura.

Son las cinco de la mañana y Ventura no logra atrapar el sueño. Tras escribir trece páginas —una más de las asignadas— leyó durante una hora. Puso un disco de Ravel y apagó la luz.

Pero no pudo dormir. Seguía pensando en los personajes, en los sucesos de la novela, en las relaciones que apenas está descubriendo. La novela será como un corazón vivo en las manos del lector, algo fascinante y sin embargo terrible, de lo cual no podrá liberarse hasta terminar. Pero una vez que salga del deslumbramiento de ese mundo sofocante y se integre a su realidad, el lector se percatará de que está atrapado y que el universo que visitó en la novela sigue habitando su vida. Tendrá que acostumbrarse a vivir con ese otro mundo hasta el final de sus días. Ponerle una lavativa al culo del alma, eso quiero. Es una novela totalmente mía, con esa morbosidad y esa violencia que me caracterizan. Es un intento de comprender el sentido de lo escatológico, de la vida como pujido y grito de placer. Lejos de la influencia del Papá Grande, de ese superficial encanto que lo hace plato de todas las mesas.

¡Emergencia! Por primera vez no cumplió con su programa. Escribió una página menos. Le duele la cabeza. Es una migraña, una tarántula que le recorre el interior del cráneo, una entidad como las de su propia novela, que quiere tomar posesión. Sin embargo, Ventura se hace fuerte. Tiene la idea de sacar los engendros de donde se hallan reclusos. Al día siguiente escribió sólo diez páginas, pero a cambio de ello cree haber logrado lo que buscaba: convertir a *Bache* en el ombligo de la novela, ese vínculo con el infinito que toda buena obra debe tener: *Bache, Bache, Bache*. Mientras escribe, gran parte del estado de Veracruz se halla inundado. Han muerto muchas personas. No me importa. No me incumbe ni me toca. Más me molesta el dolor de cintura. De cada 17 horas que permanezco despierto, paso diez sentado. Al día siguiente: doce páginas. Todo ha ido de acuerdo

al programa. Jura que terminará la novela a fines de la próxima semana aunque el agua le llegue al cuello. Ciento veintiséis páginas en diez días. Diez páginas y media por día. ¡En limpio! Un mundo sin valles, plagado de picos desde los que se observan los abismos de la naturaleza humana. ¡Un personaje, un gran personaje! Eso es lo que necesitaba para darle centro y dirección, equilibrio a la novela, se dijo Ventura. Se miró el vientre. Dos pliegues insultantes ocultaban su ombligo. La dedicación exclusiva a la novela le ha hecho aumentar tres kilos. No hay agua en la casa. El polvo cubre todo. Hace quince días que la docta Etelvina tiene prohibido profanar la mugre con su parafernalia de limpieza.

—Esa *intspiración* va a acabar contigo, niño. Hasta creo que te iba mejor con la jaiba —*la jaiba*, en el lenguaje de Etel, es el olor a mujer que encuentra a menudo los lunes en la habitación de Ventura—. Ábrame, güerito, y le doy una limpiadita a la casita de los puercos.

Dieciocho páginas. El manuscrito estará terminado el viernes. La figura del escritor destrozado —el personaje vive bajo una escalera de una pensión miserable, duerme con un perro llamado *Triciclo* y bebe todo lo que encuentra— ha servido maravillosamente. Todo gira en torno a él. Mientras escribía, sintió cosquillas en la barba. Se llevó una mano al rostro y palpó algo extraño. Lo tomó entre los dedos. Lo tiró lejos horrorizado. Era un gusano pardo y peludo. Comenzó a rascarse. La piel se le llenó de ronchas. Corrió a bañarse. Al abrir la llave, le respondió un eructo irónico. Ni una gota. Como una bendición comenzó a llover. Ventura se desnudó y salió al patio. Se sentó bajo la lluvia a cantar. Luego se tendió en la cama a leer. Tho-

mas Mann se preparaba caudalosamente para escribir cada capítulo de su novela. Leía a Conrad —¡600 novelas escribió Conrad!— “para captar el tono”: también él buscaba el alma del violín. Otros escritores sienten terror ante la posibilidad de dejarse influir. Cuenta Mann que cuando termina un capítulo se lo lee a sus amigos. Recibe elogios. Escribe: *Es necesario mantener contacto con la gran épica, bañar las fuerzas en ella, si se pretende alcanzar la seriedad narrativa.* Pero cómo vincularse a la gran épica, se pregunta Ventura, en este acuario perdido en el mar del universo. Thomas Mann le responde: *No es necesario vivir una gran guerra para captar la gran épica: en cada espíritu, en cada instante de la vida más ínfima, se decide de alguna forma el destino de la humanidad.*

Terminó de leer a las seis de la mañana. Le consoló pensar que también Mann había logrado aislarse del mundo sin remordimiento alguno. Al tiempo que escribía *Doctor Faustus* los países se hacían pedazos en la gran guerra. *Mientras que la historia universal, en medio del regocijo popular y enarbolando banderas, celebraba una de sus ciegas fiestas, yo tenía mis pequeñas preocupaciones y penalidades privadas, las que se reflejaban en las penalidades y preocupaciones por la novela.*

Amanecía. Los pájaros del bosque privado del Macuiltépetl —en realidad es una colina ecológica que linda con la parte trasera de la casa de Ventura y que el amoroso ha convertido en su imaginaria propiedad— comenzaron a trinar. Durmió cinco horas y volvió a escribir. Las rodillas le ardían, a veces podía escuchar los rugidos de sus tripas. Veinte páginas más. Súbitamente se le ocurrió que para entender su novela tendría que leer, de principio a fin y en una sola sentada, *El origen de las especies:*

qué otra cosa era lo que estaba escribiendo sino una gran alegoría sobre el carácter definitivamente animal de los seres humanos. Corrió a la Biblioteca Municipal, se escondió entre los librereros, guardó el libro bajo la bragueta y salió chiflando. Al esmirriado policía que hizo el movimiento de detenerlo, le clavó sus cariñosos ojos asesinos. Leyó nueve horas sin levantar la vista. Tenía razón: Darwin poseía la clave. Estaba ahí, al alcance de la mano de un ciego. Bebió un litro de café y se sentó a escribir. Ya habría tiempo de recuperar el sueño perdido. Otra noche, otro día y habrá terminado. Corregirá el lunes. El martes sacará copias y el miércoles viajará al DF. ¿Quién se atreverá a rechazar mi obra maestra! Pensó en Irgla. ¿Qué estará haciendo esa hija de Dios? Después de cuarenta horas de trabajo ininterrumpido Ventura escribió: “No hay más ley que la guerra ni otro consuelo que el amor”. Es la última línea de su novela y la última de *El origen de las especies*. La literatura termina por darle la razón a la ciencia. Dios no existe. Sólo la evolución. Todo es resultado de la nada. Ventura se echa la bendición por si acaso. Está feliz aunque no pueda doblar la cintura sin gritar como una bruja en la hoguera. No se atreve a decir que es una obra que cambiará la historia del mundo o que va a revolucionar el arte de la narrativa, solamente piensa que es parte de su vida y que su ser más íntimo está presente en todos los personajes. ¿Para qué tratar de corregir la realidad si hay un proyecto más urgente y significativo: corregir mis libros? Y, aparte de ello, como añadidura llena de expectativas, la vida. ¡La vida! Irgla, un clavo de plata emponzoñando mi corazón. Bárbara Blaskowitz y esa mezcla de fornicación y filosofía, traición aparente y fidelidad espiritual. Trilce, Trilce, ese violín de Cremona, la encarnación del arte, el demo-

nio y la carne. Todo por delante. Atrás queda el pasado, incorregible, y lo escrito, que si se publica o no, si retoña o se pudre, nada debe importarle. Aceptar el éxito y el fracaso con la misma sonrisa, proclama el filósofo *Anófeles*, otro personaje que se ha colado a su novela, y Ventura aprueba. *Así es la vida* es tan rabiósamente mía que serán mi concepción del mundo, mi frenetismo, mi ansia, mi morbosidad, mi ternura, las que fracasen o triunfen. Así es la vida. ¡Aleluya! El jueves a sacar copias y el viernes al Distrito.

El mundo

Regresa del Distrito con la depresión instalada en los ojos como el letrero de un viejo motel al lado de una carretera por la que nadie transita. El editor de Plaza fue terminante: No se publicará *Trece veces el amor*. ¿Razones? Presupuesto, crisis, políticas editoriales, los dictados de España, un lenguaje no muy elegante, estudios de mercado. Disculpas. Simplemente no se publicará. El malnacido sonríe: Ves, amigo, no quisiste dedicarme el libro. ¿Qué te costaba cumplirle su caprichito a este sufrido editor? Le devolvió el manuscrito con una hermosa cinta en torno a él. Saliendo de la oficina, cerró los ojos y dejó que lo bañara el aire de aceite quemado de la ciudad. Divagó por las calles, buscó editoriales en los directorios, abandonó manuscritos en seis o siete cuchitriles. Fue recibido por algunos individuos que lo miraron con pena y lo despidieron con vagas promesas. La señora Anonimato, con paso vigoroso y aliento fresco, caminaba a su lado: “No te desesperes, cabroncito, sigue trabajando conmigo. Olvídate de la Fama, es estúpida e inconveniente, la peor compañía que pueda buscar un escritor. Mírala.” En efecto, la vio cuando doblaba la esquina: renqueante y harapienta, se arrastraba como borracha. Parecía estar buscando de quien colgarse.

Al borde de la noche el azar lo obligó a entrar en otra editorial. El nombre caricaturesco, Oasis, lo invitó a lanzar la última

botella al mar. Puso en manos de un hombre paciente, que fumaba una pipa con angustia, el manuscrito de *Así es la vida*. El tipo se mostró locuaz y estuvo a punto de jurarle que su libro se publicaría –siempre que los lectores lo aprobaran– antes de un año.

Cobró nueve mil pesos de artículos en *Excelsior*. Compró un calzoncillo Givenchy, otro Pierre Cardin y mil pesos de libros. Antes de salir con rumbo a Xalapa adquirió en la estación de autobuses un pollito: *Gervasio IV*. El espectáculo debe seguir. El Libro de la Vida bien vale un nuevo golpe de dados.

“El sueño es una locura breve”, escribió Schopenhauer. La vida es una locura larga, replicó Ventura al despertar. En sueños le había tomado una mano a Trilce. Eres más preciosa que la luz de la mañana para un ciego, le dijo. Ella respondió en voz baja, para que no la escuchara su madre: Tú también eres precioso, viejo feo.

Al terminar de capturar el sueño escribió: Amo a quien no tiene nombre y es más precioso que la luz de la mañana para un ciego.

Ventura se sintió intrigado. ¿Por qué mientras sufría por el destino de sus libros, el Señor de los Sueños le ofrecía una criatura inconcebiblemente bella? ¿Sarcasmo? ¿Un mensaje urgente? Ventura sentía que algo estaba a punto de suceder, en el aire flotaba. Además, los sueños luminosos nunca se equivocan. Escribió: *Cuando el hombre retorna a la soledad de la que nunca en verdad pudo salir, busca en su memoria dos o tres momentos que fueron una sombra meridiana de lo que pudo ser el amor.*

Recordó el último capítulo de la danza: llegando a la playa Clitemnestra lanzó un grito de diva loca, ¡a desnudarse todos!

Nadie tuvo reparo. Ni siquiera las ninfas. Ventura temió que su caballero enmascarado cometiera alguna indiscreción pero no lo hizo. La belleza paradisiaca de las niñas, en medio de la extensión sin fin, hallaba contrapeso en los ojos judicadores de la maestra de danza.

—Ahora vamos a jugar a la sensibilidad —dijo—. Vamos a vendarnos uno por uno y a permitir que los demás acaricien de alguna manera al vendado. Se trata de que el vendado identifique, gracias a la caricia, a quien lo esté acariciando.

De regreso Clitemnestra se acercó a Ventura.

—Lo hice por ti, fauno. Para que pudieras mirar a tu antojo a las niñas. Espero que sepas agradecerlo.

Ventura juró que nunca olvidaría el gesto y que guardaría memoria de aquel día como el más placentero que hubiese vivido.

—No quiero ese agradecimiento —dijo sutil y retadora—. Esta noche llegaré a tu casa a las diez.

Cómo negarse. No le apetecía en absoluto fornicar con Clite. Pero, como diría Alexis el Griego, dejar a una mujer con el ansia es un pecado que ni cien encarnaciones lograrían redimir.

Ventura tuvo la intuición de que todo ese recorrido de mujer en mujer es la preparación hacia el instante en el que encuentre el ama, la hembra, la varona, la mujer, la patrona, el hueco y la cima que le corresponde. Algún día encontrará la mitad de su cuerpo y la mitad de su alma que andan extraviados por el mundo. Y ese será el resumen y la cifra última de su vida: entre Platón y una novela rosa. Tal vez también ese alud de cuentos y novelas que llenan su baúl de las nostalgias, sea el anuncio de la obra por venir. Y el violín alemán de fábrica, esa caja de mala música que sufre el insulto de vivir colgado de un

clavo y sobre fondo de terciopelo rojo, sea la prefiguración de otro violín más digno, tan extraordinario, que sólo mirarlo será suficiente placer para quien nunca llegará a ser músico decoroso. Acaso todo lo que sucede sólo sea el prelude de algo más grande. Quizá la vida misma no sea más que un modelo degradado de otra vida más luminosa. Entonces Platón, más que filósofo, tendría que ser llamado profeta.

En la oficina lo esperaba la sorpresa de un gran cheque: dos meses de sueldo. Caprichos de la burocracia. La universidad era un castillo tan incomprensible que nadie se había percatado o a nadie le había importado su ausencia.

Sin ánimo para analizar los desastres recientes, Ventura decide hacer un inventario del estado de cosas:

1. Irgla está embarazada. Tuvo un amor despiadado y veloz con un compositor que sólo le dejó un pañuelo con escudo heráldico y un espermatozoide implacable alojado en sus entretelas.

—Por tu culpa, bicho perjudicial, por tu culpa, si no hubieras escapado de esa forma, si hubieras soportado tantito a mi familia, si hubieras tenido una pizca de paciencia, yo te iba a poner apartamento de lujo, iba a cuidar tus ocios, para que escribieras tus insensateces, loco, ah, pero no, tuviste que huir como endemoniado gritando ¡burgueses, burgueses, quieren apoderarse de mi alma!

Irgla siguió cargando la línea telefónica otros quince minutos hasta que Ventura tomó la decisión de cortar de tajo.

—Desde que nos separamos en una intersección de la carretera a las afueras de Saltillo, mi bienamada, dejé de ser responsable de tus debilidades. Como sabes, me interesa muy poco lo que pasa en el mundo. Si no me preocupo por el colapso del universo, ¿por qué he de ocuparme de ti, una mujer que siem-

pre quiso vivir como si tuviera una limousina esperándola para llevarla a la entrega de los Óscares?

Luego:

—Si quieres puedes venir a Xalapa a engendrar a tu hijo al arrullo de las aguas cantarinas y a la sombra de las buganvillas en flor.

—¿A ese rancho de indios alfabetizados? ¡No, *thank you!*

2. Clitemnestra anunció en La Parroquia que mañana lo seducirá, incluso en contra de su voluntad.

3. *Rasputín* regresó fulminantemente, le dio una noche de pasión y violencia a Bárbara y luego volvió a romper relaciones.

—El barco está hundiéndose —dijo la señora Blaskowitz—, tiene más huecos que una coladera.

—Mayores barcos han sido sacados a flote —respondió Ventura pensando en Irgla.

4. Decidió buscar de nuevo a la Princesa, que había regresado otra vez del DF. Jugaron dominó. Como de costumbre, el frenético perdió todas sus prendas. Hacía un frío siberiano y ella seguía conservando el suéter y las pantaletas. Para arrebatarle las últimas tuvo que ganarle tres juegos consecutivos. Aunque la fecha no era propicia y estuvieran advertidos por la Biblia de los peligros del amor sangriento, decidieron jugarse las almas en el albur. Entre juego y juego hacían recreos para combatir el frío. *Gervasio III* andaba picoteando aquí y allá y participaba entusiastamente en las actividades. La noche fue agradable. Hasta el pollito se emborrachó.

—Mi vida contigo ha sido la de un puerquito de engorda: me traes a tu casa a comer, a atipujarme la reata y a dormir. Nada más.

De viernes a domingo han dormido casi cincuenta horas, con intervalos para fornicar. Siete o más veces lo han hecho. Ven-

tura hizo rodar el cuerpo exánime de la Princesa, tendió las sábanas que Irgla comprara para el reencuentro definitivo, resistió el impulso de besarlas, de hundir su rostro en ellas en busca de La Gran Paz. La ocasión de estrenar las sábanas sagradas nunca llegó. Era necesario pasar a la siguiente página del Libro de la Vida. Mientras la Princesa dormía, *La Foca* tocó a la puerta. No quiso entrar:

—Vengo por una hierba y un collar que dejé olvidados —mascaba chicle y se golpeaba las larguísimas enaguas con un látigo.

Cuando la individua hubo desaparecido (sin su hierba y maldiciente), Ventura abrió la puerta de su habitación. En medio del desastre estaba la Princesa con las pupilas de sus pechos privilegiados haciendo bizco. *Gervasio III* había encontrado su gloria en medio de ellos.

La Princesa abrió los ojos de muñeca de Papantla a las seis de la tarde. Se quedó mirando el techo con la boca entreabierta y los animalitos de sus pechos de Willendorf palpitando como dos corazones asustados. Dijo dónde estoy con aires cinematográficos, se visitió a toda velocidad y sin despedirse salió azotando la puerta como si la salida en verdad fuera la definitiva.

Ventura suspiró. Aliviado, claro.

Se escucharon golpes a la puerta. Sólo Trilce podría llamar con semejante fanfarronería. Ventura apartó ligeramente la cortina. Allí estaba Clitemnestra con todo su aparato de defenestradora. Se paseaba al frente de la casa con paso de gata en celo.

—Sé que estás ahí, ábreme, no te voy a hacer nada.

No le abrió. No le iba a abrir. Se encerró en el baño a leer. Se prometió a sí mismo no regresar a la Academia. Por alguna

extraña razón la maestra lo aterrorizaba. Comenzó a llover como sólo llueve en Xalapa. No eran gotas sino pedradas las que caían del cielo. Dos horas después salió el sol. De nuevo tocaron a la puerta. En lugar de esconderse Ventura volvió a la ventana.

Ahora sí era Trilce. Estaba empapada.

—*Pelié* con mi mamá —dijo—, no tengo a dónde ir, dame posada hasta que se seque mi ropa.

Ventura buscó una de las toallas sagradas. Vio de cerca la nuca de Afrodita impúber y quiso acariciarla pero no se atrevió. Se miraron durante largo rato y ella sostuvo en sus labios esa sonrisa de agresiva tranquilidad y loca confianza que desarmaba a cualquiera. Pensó pedirle que se desnudara para secar su ropa en la chimenea, pero supo que la carencia de una chimenea era un obstáculo quizá mayor que la renuencia de Trilce a pasearse en cueros. No iba a resultar. O acaso Trilce aceptara y luego saliera desnuda a recorrer la casa. Si yo me acercara, la nena sería capaz de agrandarme con un picahielos el agujero del ombligo, mientras madame Lujuria se despanzuraría de risa.

—Hace unos días pensé que me gustaría preguntarte que cuándo cumplimos con lo que tú y yo sabemos que tarde o temprano vamos a terminar haciendo —le dijo.

Trilce respondió con la frialdad y pericia de un joyero sentimental.

—Contigo, *lieber*, hasta el borde del infierno, pero no más allá. Además te informo que estoy enterita y me guardo para la eternidad. Estoy casada con mi violín, como tú con la literatura. Sólo que yo soy más íntegra: no le soy infiel con cualquier barril sin cerebro y lleno de tripas.

Leyó la contraportada de la primera novela:

NOS, los editores de este libro, declaramos al lector:

1. *Que Ventura no es un seudónimo utilizado por García Márquez para escribir una novela más divertida que Cien años de soledad. Ventura es el de la foto y, como se ve, no tiene bigotes ni lunar.*

2. *Que esta novela es la novela más imaginativa, loca, entretenida y rica que ha pasado en mucho tiempo por nuestras manos.*

3. *Que garantizamos al lector satisfacción completa. Caso contrario, se le devolverá el importe de su compra en las oficinas de esta editorial.*

—¿Así que con tu primera novela mataste a papá? ¡Genial!

—Eran mentiritas para vender la novela. Aunque la verdad es que en aquel tiempo yo las creía.

Ventura escribió: *Me hubiera gustado besarle los hoyuelos de las mejillas pero no lo hice. Juro que con ella habría sido más prudente que con todas las mujeres que he conocido.*

Trilce vio la foto en la que Irga se mira en un espejo oval con la tranquila certeza que le asigna el esplendor de su hermosura y el toque de vanidad que la hace a veces tan antipática.

—Lindos ojos —dijo—. ¿Quién es?

—Una batalla perdida. La mujer de ojos persas a la que llevo años escribiéndole una novela.

—¡Bah! Una más.

Ventura se preguntó, ¿será una más?

—Quiero que me hagas un favor. Ve a casa de mi madre y explora la situación.

Obedeció. Tocó discretamente en el portón. No respondieron. Entró. *Otelo* levantó las orejas que le cubrían los ojos y pareció sonreír. Adelante, estás en tu casa. Perro comprensivo, perro cómplice, celestino democrático y sin par, cuántos fasci-

nerosos no habrás dejado pasar en las noches de ventura de Bárbara Blaskowitz. Tocó a la puerta de la cocina. Como no hubo respuesta, entró. Allí estaba su gran cuerpo de diosa alemana desnudo, sentado en el lavaplatos mientras un ejemplar joven se esmeraba en ponerla a punto. Era un muchacho alto, moreno, de ojos melancólicos, tal vez un antiguo compañero de Trilce en el Conservatorio. Ella enrojeció de la cabeza a los pies. Su amigo simplemente se ciñó el pantalón y le colocó a ella una gran bata de baño sobre la espalda. Pero lo más sorprendente no fue tal escena, sino el hecho de que las niñas estuvieran en el comedor, a dos pasos de distancia, jugando cartas.

Bárbara musitó una fórmula de cortesía pero no pudo evitar que la lujuria chorreara por todo su cuerpo como de una caldera de melaza. Pasaron al comedor. La laxitud de la señora Blaskowitz, su pereza, su enrojecimiento y posterior palidez, los temblores, continuaron durante varios minutos.

—Quédate con las niñas, por favor —le dijo con gran frescura BB—: Beto y yo vamos a salir —a fornicar, claro, ni más faltaba, pensó el amoroso—: cuéntales historias y duérmelas.

—A propósito. ¿No has visto a Trilce? Salió algo alterada hace unas horas y temo que haga una locura —dijo la señora Blaskowitz.

—La tengo encerrada en mi casa —dijo Ventura sonriente. Afortunadamente no le creyó.

Qué hacer. Un buen amigo no puede dejar a su vieja, querida, amada, a sus viejos zapatos, a la cama en la que ha dormido y soñado durante tantos años, en semejante trance de cachondería y angustia maternal, aunque sea otro el que la vaya a gozar y su hija yazga desnuda entre las sábanas sagradas. Además, era

necesario crear una zona neutra en todo el embrollo. Es mi ferviente deseo que Trilce aclare sus ideas y la señora Blaskowitz reciba su orgasmo diario y su dosis de amor.

—Que sean felices —les dijo Ventura despidiéndolos. Y creía ser sincero y generoso al decirlo.

El joven favorecido fue amable. Evidentemente conocía al detalle las relaciones de la señora Blaskowitz con el intruso y supo apreciar la cortesía en toda su extensión. La sonrisa de despedida del muchacho fue la del cadete que se afilia con orgullo indecible al Gran Club de Amantes de BB.

Las niñas Katia y Helga —la Bella y la Bestia— no estuvieron muy de acuerdo en lo del cuento, pero terminaron por ceder, se pusieron sus ropas de dormir y oyeron lo que buenamente pudo inventarles Ventura.

—¿Cómo se llama el cuento? —preguntó la Bestia.

—Que se llame “El pollo de mamá gallina” —dijo la Bella.

—Ta bien: va “El pollo de mamá gallina” —y emprendió el relato.

Cuando Ventura se retiró de la casa de Bárbara, las niñas dormían. Y al entrar a su propia habitación vio con alivio que Trilce no estaba.

El baúl de los inéditos y los dientes de Trilce

A veces Ventura quisiera serenarse. Dejar de escribir tantos libros e inventar sólo uno, frase por frase, palabra por palabra, un libro inteligente y tenso como una cuerda sobre el abismo de la naturaleza humana. Pero no puede. Tras haber terminado *Trece veces el amor* y *El basurero universal*, le espera una nueva corrección de *Gente* o *Así es la vida* (que sigue su destino en el Concurso Nacional. Un llamado telefónico le informó que ya estaba entre los dos finalistas). Falta la continuación de *Esquizofrenia* y *Un año de vida*. Exaltación, incapacidad de detenerse, inmadurez, ambición, prisa, todo ello le molesta. Pero no puede detenerse. El baúl de los inéditos crece, crece. Y ni siquiera el sueño, esa siniestra aventura de Baudelaire, logra consolarlo. *Partir, partir, palabra del viviente. Tal vez bajo otro cielo la vida nos sonría*. Son las cuatro de la mañana y no tiene sueño. Ya cree haberse acostumbrado a pasar las noches escribiendo. ¿Qué sucederá cuando tenga que regresar a su oficina? Miller fue a solicitar trabajo en la compañía de telégrafos de Nueva York con un libro de metafísica bajo el brazo. Su felicidad fue imponer su ley a dondequiera que iba. Era un loco simpático. Yo soy un loco antipático. Ventura escuchó el piar de

los pájaros en el bosque del Macuiltépetl y quiso que alguno de ellos fuera la famosa alondra del amanecer que anuncia la separación de los amantes. Salió a verlos y sólo pudo localizar a unos siniestros zanates que ennegrecían el futuro y el horizonte sobre unos pinos harapientos. Estaba con *Trópico de capricornio*, su Libro de la Guarda de la semana, en las manos y esa era la única razón para sentirse feliz y acompañado. Mordió y besó el libro de puro gozo. Preparó dos huevos fritos, puso el despertador a las nueve y se acostó a dormir. En cualquier momento podría llegar la noticia.

—Lanzo mi corazón a la oscuridad a ver quién lo recoge —le dijo Irgla por teléfono.

—¿Si supieras que todo el mundo ha muerto y tocan a tu puerta, ¿quién creerías que es? —preguntó ella.

—Dios —respondió Ventura.

—Eso demuestra que puedes vivir en soledad. Que tu necesidad de compañía es búsqueda de experiencias, nada más.

—Ya profané las sábanas y las toallas sagradas.

Hubo dos minutos de silencio en los que Ventura creyó escuchar el colapso entero del universo. Cuando Irgla colgó, él supo que todo estaba perdido, no tanto porque quien había sido la razón de su vida estuviera embarazada de otro hombre, sino porque el último refugio había sido profanado.

Ventura, con tranquilo asombro, al leer un libro de Laurence Sterne, se dio cuenta de que él también había vivido su vida de amoroso, pasado por las mismas tropelías y deleites, había escrito páginas casi idénticas a las suyas, frases que hubiera jurado de su exclusiva propiedad: *No escribo para disculpar mis flaquezas, sino para dar cuenta de ellas. Una de las cosas que me*

ocurren es que no puedo pasar una hora sin enamorarme perdidamente de una mujer.

Don *Rasputín* mostró de nuevo el oro de baja laya de sus intenciones. Regresó intempestivamente a Xalapa, se introdujo en la habitación de Bárbara, revolvió todo, encontró los documentos del auto que le había regalado a la señora Blaskowitz y se los embolsó. Luego insultó a Tonia porque no le dio las llaves del coche. Pateó a *Otelo*, empujó a las niñas, trajo un cerrajero, violó las puertas del auto y se lo llevó.

—Y pensar que fue mi gran amor —diría luego Bárbara—, el hombre que me llevó a pasear por Europa, el que pintaba cuadros y escribía poemas para mí, el que no dormía durante una semana entera pensando que el sábado me iba a ver.

Bárbara, tras el escándalo de *Rasputín* y la celérica aventura con el muchacho que la sentó en el lavaplatos de su cocina (es violonchelista y, ay, amigo de Trilce), ha recurrido a sus anteriores amantes. Buscó al *interfecto* —el primero de la serie después del padre de sus hijas— y lo que parecía el inicio de una reconciliación terminó en una pelea poco discreta. La razón: obvia: Trilce.

—Sé que has andado con ella.

—Ella me ha buscado y yo no tengo por qué rechazarla.

El *interfecto* se cubría la cara con un pañuelo de seda.

—Es una niña.

—¿Una niña?, ja. No me hagas hablar. Maneja a los hombres como títeres. ¿Quieres ver lo que hizo conmigo? —el hombre descubrió una mejilla y en ella la huella impecable de los hermosos dientes de la niña.

—¿Sabes que mi ex ha jurado que te va a hacer desaparecer si llegas a tocarla?

—No estoy enterado pero te digo que no me preocupa. La verdad es que por una mujer como tu hija se puede correr cualquier riesgo.

—Ni la peor prostituta hubiera dejado una marca como la que dejó mi hija en la cara del *interfecto*. ¿No estará loca mi Trilce?

—No lo creo —respondió Ventura—. Es simplemente temperamental, como toda mujer con un talento auténtico. Para ella los hombres son monigotes. No toma a ninguno en serio. La verdad es que para que una mujer llegue a hacer algo en la vida tiene que detestar a muerte a los machos.

—¿Tú me deseas? —preguntó.

—La verdad es que en este momento tengo deseos hasta de una remolacha hervida o de un hígado de res.

La señora Blaskowitz aparentó no molestarse. Se retiró dejando la casa iluminada por su perfume de guerrera que no se ha bañado. Por la tarde regresó. Estaba acompañada por el *interfecto*. El *interfecto*, su primer amante, es un tipo que se pregona noble y culto. Louis Paul de Marseille d'Avignon.

Yo aprecio mucho lo que escribes, dijo. He leído tus libros y seguía la novela por entregas que publicaste en un periódico. Extrajo de una mariquera de piel los dos libros de Ventura. Pidió que se los autografiara. Solicitó permiso para bajar el violín que seguía colgado del clavo. ¿Me permitirías afinarlo? Reventó dos cuerdas y salió a comprarlas. Regresó con ellas y volvió a reventarlas.

—Parece que las lecciones de Trilce no dieron resultado —dijo, e inmediatamente se reprimió. Sabía que acababa de meter la pata y el resto. Trató de arreglar el asunto—. No es un violín malo.

—No es malo sino malísimo —dijo Ventura.

Mientras el fulano preparaba su pipa, Bárbara le lanzaba besos al amoroso.

—Tú y yo compartimos muchas afinidades —continuó el *interfecto*—: una de ellas, el gusto por Bárbara.

(Y por su hija, pensé.)

—Bueno, ¿qué es esto? Me están tratando como si fuera un objeto. ¿Quieren que me acueste con los dos?

Era evidente la ira calculada en su tono. La verdad era que había planteado la pregunta en serio, casi como una oferta.

—No —casi gritó el *interfecto*.

—¿Todavía tienes la llave entre los ladrillos de la entrada? —preguntó la señora Blaskowitz. Fue a buscarla. Regresó con ella triunfante.

—Llévanos a conocer tu casa —pidió el *interfecto*.

—No hay mucho que ver —dijo Ventura.

—Ya la conozco muy bien —dijo Bárbara.

Antes de despedirse el *interfecto* dijo que iba a escribir su tesis para optar por el grado de doctor en la Complutense sobre los libros de Ventura:

—Son tan extraños, tan sinceramente realistas, que parecen fantásticos —dijo.

Conversación telefónica con Irgla:

—En una novela de Stanislaw Lem un científico logra materializar a su mujer, que estaba muerta, pero descubre que sólo podrá conservarla si permanece junto a ella, viéndola, sintiéndola, tocándola —dijo Ventura.

—Quizá ese sea el verdadero poder del amor: permitir que la otra persona siga viviendo.

—Toda ausencia sería una especie de muerte.

—Y toda muerte sería una falta de amor.

(Irgla, Irgla. Hubiera sido una poeta magnífica si no tuviese American Express y Gold Card, una madre calvinista, un padre tartamudo y un BMW, si no estuviera recorriendo el mundo como si fuera una pasarela y usara esos sombreros extravagantes cada vez que emprende un viaje.)

Escribió: *Así como un pez agita el agua que está a su alrededor y así como una estrella distorsiona la geometría del espacio-tiempo a través del cual se mueve, cualquier mujer que pasa por la vida de un hombre la altera de alguna forma indiscernible.* Leyó un argumento de San Agustín: *He aquí cómo respondo yo a quien preguntaba qué hacía Dios antes de crear el Cielo y la Tierra: Dios estaba preparando los tormentos del Infierno para los que pretendieran averiguar las cosas altísimas e inescrutables.* Apuntó: *Si algo ignoras, pregúntale al sueño,* escribe el poeta.

Gervasio IV está enfermo. Ha comido granos de arroz en respetable cantidad y ahora tiene la panza como un odre de peste.

—Lo que pasa es que está tapado, güerito —dijo Etelevina—. Dele agua con un gotero.

Ventura ha pasado dos horas contemplándolo. Su cabeza se tambalea. Tiene cerrados los ojos. Padre nuestro que estás en los cielos, si se muere mi pollo tendrás que soportar mi venganza.

Y otra vez. La gloria rozó a Ventura con su cabello de ángel. Luego se disipó acaso para jamás volver. No ganó el Premio Nacional de Novela. Le otorgaron una vergonzante mención de honor y, tal vez, la posibilidad de publicar el libro. ¡Así es la vida! *Así es la vida.* Pasó toda la tarde tendido en la cama escuchando el *Primer concierto para violín* de Paganini, la *Séptima*

de Beethoven y *Also sprach Zarathustra*. No quiso abrir la puerta cuando la Princesa llamó. ¿Para qué tanto brinco siendo la Tierra tan plana? ¿Qué ganas de comer mierda! De nuevo sintió la necesidad imperiosa de desaparecer, de aplastar sus ilusiones y expectativas como cucarachas. Si pudiera simplemente ausentarse de su propio espíritu, convertirse en un leñador que al llegar la noche bebiera aguardiente, forcejeara contra las montañas y durmiera hasta que el alto sol lo despertara para otra faena agotadora. *Gervasio IV* parecía estar recuperando. Los prepucios que cubrían sus ojos habían desaparecido. Agua, mucha agua, había dicho Etelvina.

Cuando la Princesa volvió a tocar a la puerta, Ventura, vengativamente, le abrió. La trabajó con indiferencia, ella permitió todo con entusiasmo (seguía despidiéndose, llevaba casi un año despidiéndose porque se iba a casar, porque consiguió trabajo en el DF, porque pensaba regresar a su rancho alegre a cocinar con leña y dormir en un petate). La Princesa se prendió a la razón de sus tribulaciones y se debatía sobre ella, como un enorme pez aprisionado, pero no luchaba por liberarse, sino por ensartarse más y llevaba su osadía a querer inmiscuirla por el canal de los alimentos hasta el punto de no va más. Súbitamente Ventura comenzó a temblar. Vio formas geométricas palpitantes: rombos, cuadrados, triángulos. Sintió un deseo insoportable de aullar, ¡ya no soporto esto!, pero no gritó. Apartó con brusquedad a la Princesa que se aferraba con los dientes a la cabeza del cuitado y enterraba las uñas en las nalgas de su víctima. Y puesto que se resistió a abandonar el deleite, la pateó. Se levantó de la cama desnudo. Entre sus piernas escurría un doloroso líquido que parecía arrastrar su alma fuera del cuerpo.

Al pasar al lado del nido de *Gervasio IV* vio que había clavado el pico. Ahora no era sino una tripa llena de mierda. ¡Otro crimen, otro!, gritó Ventura. Tomó a su pollo amado y lo lanzó contra el cielo. ¡Maldito Dios, maldito!, espera y verás. Salió al corredor y estuvo bajo las estrellas, que titilaban nítidamente.

Te vas a morir de pulmonía, sollozaba la Princesa, el termómetro marca cinco bajo cero. Ventura se tambaleaba de un lado a otro por el corredor. ¿Para dónde voy? ¿Cuál es mi dirección? El temblor aumentaba. En el estómago sentía un nudo de vibras que crecía, se apretaba, poniéndole el vientre tirante y bullicioso como un odre de podredumbre. Voy a reventar como *Gervais III* y *Gervais IV*, *thank God*. Se apoyó en la baranda y vomitó sobre la ropa tendida de la poeta vecina. La cabeza quedó convertida en una piedra que pendía de un trapo laxo. Una materia blanca y espesa, con enormes manchones encarnados, se acumuló a sus pies y era como si se estuviese derritiendo, como si cambiara de forma para convertirse en una criatura de Cthulhu. Sé que esto va a terminar, sé que esto va a terminar, pero mientras dure es terrible. Así es mi vida: como este instante. Hay que dar el gran salto de la desventura grande a la iluminación.

Pocas veces me he sentido tan mal, tan cerca del borde, escribió en su Diario al día siguiente. *Y sin provecho: antes por lo menos lograba escribir mis experiencias. Ahora sólo queda la náusea y esta herida en la parte más sensible de mi alma.*

“El artista no debe tener compromiso ni con la verdad”, escribió. Ventura soñó que *Trece veces el amor* era aprobado para su publicación en una lujosa edición española, tal vez de Tusquets. Al despertar fue consciente de que el sombrero no sólo estaba averiado, sino que era portador de una infección dolorosísima.

Los besos corrosivos de Carmina. El entusiasmo terneril de la Princesa lo había lastimado. Y luego llegó una carta: Siglo XXI estaba dispuesta a publicar la novela. En el umbral sólo acecha la locura.

Anoche soñé que al despertar, al lado mío, sobre el colchón, había crecido un árbol exquisito y que bajo ese árbol descansaba Irgla sonriente, amable y sin embargo diabólica: *Nunca lograrás liberarte de mí*. Casi a manera de venganza me senté inmediatamente ante la máquina. ¿Qué iba a escribir? ¿El viejo y goloso proyecto de una novela abiertamente pornográfica que fuera protesta, juego y absoluta libertad? Tal vez. Uno no sabe lo que va a escribir hasta que lo escribe, como no sabe lo que va a vivir hasta que lo vive. La fórmula del tiempo es sencillísima. Para qué complicarla con números abstrusos. Por encima de mi hombro sentí un aliento tibio y perfumado y en mis mejillas las caricias de una cabellera colmada de flores de durazno. Sonreí gozoso. Sólo cuando lograba exorcizar a la señora Lujuria, se manifestaba este espíritu de luz. No conocía su nombre, pero sospechaba su naturaleza. Tal intuición fue suficiente. Comencé a escribir. En lugar de la orgía de la imaginación comenzó a fluir una casta, intensa y serena historia de amor, que reventó como un diluvio de paisajes y fragancias. Leí unas cartas de Irgla y sentí que una uña de leproso hurgaba en mi corazón. Me sentí profundamente desolado. Me di cuenta de que la novela que estoy comenzando a escribir es un intento de recuperar a Irgla en su plenitud, cuando todavía no nos habíamos descubierto como abismos mutuos y la vida parecía darnos el amor en su esplendor, esa asfixia de dicha, ese momento irrepetible de la existencia. Al día siguiente amanecí deprimido, con la idea de

que toda esta costumbre de escribir es inútil, intrascendente, un lastimoso, risible desperdicio de tiempo. Sin embargo, el salir un poco de la rutina –fui a la casa de la señora Blaskowitz, vi a sus hijas bailar, compré una botella de Appleton, no corrí, fumé un par de cigarros– me dio un ánimo tremendo. Sin hacer siesta, me estacioné ante la máquina (mi querida Olivetti Lettera sin acentos) con la mente en blanco. Anoté lo primero que se me ocurrió –la cita de Raimbaut: *Si queréis conquistarlas, dadles un puñetazo en la nariz*– y a partir de ese punto escribí durante cinco horas a una velocidad increíble.

Historias poco edificantes

Como premio invité a Bárbara Blaskowitz al cine. (Anda, piojito, invítala –me susurró la señora Lujuria al oído–. No hay peligro. ¿Qué te puede pasar? Mírala, parece un pellejo al sol. Compárala con Trilce. ¿No sientes que se te revuelve el estómago? Llévala al cine. Me comprometo a dejarte en paz.) Al regresar a su casa tenía el plan de leerle apartes de lo que estoy escribiendo, particularmente del último capítulo, que me parece interesante, pero antes de llegar a ese punto se fue la luz. Conversamos un rato en la oscuridad. Primero habló de Trilce, que se hacía cada vez más intolerante con sus ínfulas de virtuosa y su capacidad para engatusar a todos los amigos que llegaban a casa. Luego hizo confidencias sobre *affaires* que antes no había revelado. Me contó de un yugoeslavo, “un hombre hermoso en todo sentido” que conoció pocos meses después de su divorcio.

—Hicimos el amor siete veces en una noche –dijo–. Recuerdo que después él me preguntó si quería más y yo le respondí que sí.

La señora Blaskowitz medita, casi puedo escuchar el tic tac de los engranajes de su pensamiento, parece que está a punto de hacer una revelación más profunda y delicada, luego se arrepiente. Finalmente dice:

—Cuando amo a alguien, ¡soy tan puta!

Baja la cabeza.

—Hago las cosas más inverosímiles. No me vas a creer lo que te voy a contar.

Viniendo de ti, pensé, puedo creer que fornicaste con toda la corte de ángeles, arcángeles y serafines.

—Como debe ser —digo—. El amor no admite remilgos o contemplaciones. Ya sabes que puedes confiar en mí. Cuenta. (*¡Cuenta, cuenta!, los chismes me llenan de gases la imaginación.*)

—Eran mis mejores amigos —Bárbara se lanzó a la confesión tras endilgarse un suspiro y aspirar a fondo el humo de su cigarrillo—, un par de músicos geniales, dos adolescentes, condiscípulos de Trilce, ambos tímidos y hermosos como dos efebos pintados por Carvaggio. Siempre andábamos juntos los tres, abrazados. Nos llamaban “cordón”, por aquello de cordón umbilical. Un día bebimos unas copas. Yo me mareé y me llevaron a recostar en una cama. Pero antes había bailado una pieza con Jaime y otra con José, así, apretaditos, cariñosamente y no pude evitar, casi divertida, notar que sus lindas braguetas escondían unas criaturas algo nerviosas. Yo estaba en uno de esos días de canto y baile, me sentía como una gran puta sagrada, como una Nefer-Nefer egipcia, como una sacerdotisa que tenía entre los brazos a dos efebos castos a quienes debía enseñar las ciencias del amor. Total, me acostaron y cada uno de ellos se tendió a mi lado. Sentí que Jaime me daba un beso de hermano menor. Volteé hacia el otro lado y José también me besó. Los dos comenzaron a acariciarme el rostro, la frente, el cuello y yo a sentirme la gran madre en el lecho del primer amanecer. Pero cuando me percaté de que una mano de Jaime o de José, no sé, avanzaba hacia el sitio donde me palpitaba con mayor angustia la pasión y cuando sentí que otra mano buscaba mis pechos, sentí que el

mundo se derrumbaba. Me bajó la presión, me puse pálida, me levanté bruscamente, con la cabeza hecha un caos. Estuve de pie, al lado de la cama y sin atreverme a mirarlos. Temía que hacer el amor con esos dos muchachos —¡compañeros de mi hija!— llegara a ser tan hermoso que no podría soportarlo, que moriría de amor, fulminada por el mejor infarto. Aquello era una fantasía loca y pastoril. Algo indeciblemente prohibido para una mujer de mi edad. Los pobres chicos, ya sin mi cuerpo en medio de los suyos, se sentían muy mal. Los dos tan vergonzosos. Esa misma noche soñé que la escena se repetía y que los tres alcanzábamos el placer y la paz. ¡Qué cobardes somos en la vigilia! Al día siguiente José me contó que Jaime se sentía terriblemente deprimido. Pasó una semana y fui a verlo. Estaba demacrado, flaco, feo como un espantajo, dijo que había considerado la posibilidad de suicidarse. “La verdad es que Jaime y yo somos vírgenes y tan tímidos que acaso esa noche hayamos perdido la única oportunidad de nuestras vidas de conocer el placer que dan las mujeres.” Eso me dijo, comentó la señora Blaskowitz. Y ¿sabes qué, Ventura? No tuve corazón para cumplir con la fantasía de los niños, aunque había la posibilidad de que Jaime terminara en el psiquiátrico. Unos días después, volví a visitar a Jaime y casualmente le dije, sin darle importancia al asunto: “¿Sabes qué? Soñé que estaba a punto de hacer el amor contigo y con José.” Santo remedio. Jaime aceptó aquella escena frustrada como un sueño colectivo, se recuperó y volvimos a ser tan amigos como antes.

—Bonita historia.

—Falta lo mejor —dijo Bárbara—. Jaime y José descubrieron al poco tiempo que lo de ellos no era amistad sino amor. Se

aceptaron homosexuales, mejor, homofílicos, y hoy viven el más intenso amor que se pueda imaginar.

Luego retornamos al tema de nuestra relación ¿Cuántos años llevamos en esta carrera de relevos, en esta mala farsa, en esta historia galante de la que está enterada toda Xalapa, sus hijas, su exesposo y la legión de sus pasados amantes y enamorados?

—¿Haces con todos tus hombres lo que has hecho conmigo?

—Claro que no. Sólo contigo y con el *Rasputín*.

—Nunca he conocido a una mujer que tenga una vocación tan oral como la tuya. Cuando estás ocupada en tu deleite, uno puede cerrar los ojos e imaginar que no dispones de una lengua sino de diez o doce, como las hadas lujuriosas de cierta mitología personal-erótica que tengo en archivo.

—Ya vete. No me tientes, Luzbel.

Decidí mentirle:

—Me acosté en estos días con una polaca que tiene una sensualidad casi insoportable.

—¿La violinista espantosa de los anteojos de fierro y el lunar peludo? ¿La que usaste en un capítulo de tu novela por entregas? ¿Qué tal es? ¿Tiene más poder que yo? ¿Sabe encantar con mayor delicia a tu víbora?

—Es diferente. Ella parece ser sensual por esnobismo, para lucirse ante sí misma; tu sensualidad es perfectamente animal, no puedes controlarla, te dejas llevar y cometes unas tonterías inconcebibles. Ella es muy cauta y para llegarle hasta el fondo del cuerpo hay que hacer danzas de lluvia, tocar polonesas, hablar sobre hinduismo y filosofía sufi. Tú simplemente te entregas como un paquete de mensajería internacional. Te das

con facilidad desde el primer momento y ofreces todas las ventajas. Por eso siempre sales perdiendo.

Decidí abandonar la escritura de la novela, cuyo derrotero me parecía desastroso y aburridor: en lugar de las sabrosas escenas con texturas, olores y sabores de pecado amable, en vez de adolescentes pálidas de apetitos insatisfechos y hembras más sabias que el Oráculo de Delfos, lo que encontré fueron nostalgias tan añejas como un camembert del siglo v antes de Cristo.

El sueño del árbol había comenzado a cumplirse: la imagen de Irgla afloraba entre líneas como el paisaje de un naufragio entre las nubes de una tormenta que se anuncia. Puse en el tocadiscos a Vivaldi y ello me hizo cambiar de opinión: sería un acto miserable abandonar mi novela. La verdad es que no puedo ser el timorato que digo: soy hombre de decisiones graves e incluso suicidas. Puedo probarlo. Inicié un capítulo en el que hice una especie de genealogía de las mujeres, que se iniciaba con la primera que conocí y culminó en la aparición de Irgla. La idea era parodiar el inicio del Nuevo Testamento. Leí apartes de *La otra mujer* (título provisional) a Bárbara y a Julián Michel, un hombre de ojos mansos y generosos, un tipo sin duda inteligente, que le ofrece a Bárbara horas y horas de atención. Julián Michel es la más reciente víctima del amor, la lujuria y la amistad de la señora Blaskowitz. A ella le desagradó el texto y dio pocas razones. La verdad es que me parecen páginas escritas por un novato, dijo solamente.

—No estoy de acuerdo —dijo Julián—. El problema de la novela es que no existen los personajes femeninos. Eres tú el que habla, el que medita, el que describe. En realidad no creo que sea una novela sino un larguísimo monólogo.

Julián es un hombre cubierto de pelos por todas partes. Aunque pasa de los cuarenta, se comporta como un adolescente. Parece poseer una de esas almas castas, que siempre le buscan ángulos buenos a todo lo que ven.

Si he de decir la verdad, ya no me gusta el título, por vulgar y falso. En realidad no tengo idea de lo que estoy escribiendo ni para dónde voy; una vez que haya escrito el texto completo, tendré un vislumbre, apenas fugaz, de lo que puede ser; avanzo a tientas en lo que escribo, como por un túnel sin luz alguna; súbitamente, en un recodo, mi tacto hallará lo que buscaba, y a partir de entonces seré guiado por la Presencia hasta el final.

Hice los 400 metros en un minuto tres segundos. Recuerdo que sólo logré bajar del minuto cuando entrenaba con los negros feroces de Jamundí en la pista de tartán del Estadio Pascual Guerrero.

Tenía entonces veinte años. Por la tarde fui a casa de Bárbara. Encontré el ambiente envuelto en un aire de tragedia sentimental. Julián Michel terminó las relaciones con la señora Blaskowitz —el amorío duró exactamente tres días—. Estaba desconsolada. Otro fracaso. ¿El quinto, el sexto, el vigésimo? De los más cercanos recordé al padre de sus hijas, al *interfecto*, al español, al italiano, al estudiante de teatro, a los dos músicos homofílicos, al yugoeslavo desaforado, a un par de marineros anónimos, al teniente caballista. Y de todos estuvo enamorada perdidamente, hasta el comején de los huesos, se le hacía pedazos el corazón por ellos. “Esto no es fácilmente soportable”, dijo con voz apagada. Sus hijas estaban en torno a ella. Hasta Tonia y Trilce caminaban en puntas de pies. “No le digas nada brusco”, dijo Trilce, “hoy necesita más cariño que nunca”.

Trilce estaba hermosa, como siempre, despeinada, con una blusa escolar abierta mostrando el nacimiento de sus pechitos de manantial. Sus ojos de hielo azul resplandecían y eran dos brillantes al sol de mediodía. Eran como esas grandes moscas de mierda, de colores extraordinarios: ojos fatales, infecciosos. Las yemas de los dedos enrojecidas casi hasta sangrar.

—Mis ensayos son de doce horas seguidas —dijo.

—Se va a matar la niña con su violín. Creo que está un poco loquita, ya se retiró del bachillerato y del Conservatorio —dijo Bárbara mirándola con cariño—. Anoche no durmí porque no lograba interpretar una pieza de Bartok a la perfección.

—Y, ¿qué prefieres? —preguntó Trilce—. Ya sabes lo que pasa cuando salgo a la calle. Prefiero esconderme de los hombres porque me convierto en mister Hyde.

Y luego, bajando la voz para que no escucharan sus hermanas menores:

—O recontraputa o violinista genial. Me gustan los machos como la miel a las moscas. Y no estoy dispuesta a caer. No tengo otra alternativa que lacerarme el alma como una monja poblana.

Apartó su cabello del rostro y casi descaradamente me preguntó:

—¿No podrías llevarme a dar una vuelta en tu nave desastrosa en vista de que mi mami está en periodo de indisposición sentimental?

(¡Tu oportunidad, cretino, aprovecha!, aulló la señora Lujuria.)

Le respondí con un “no” seco, definitivo, que todos escucharon, incluso una mujer desconocida que estaba al lado del lecho. ¿Quién era? Elizabeth Leblanc Duvalier, vidente y lectora de cartas, del

humo del cigarro, de rostros, de todo. Una mujer auténticamente sensitiva, pensé, considerando la cara de imbécil que tenía.

—Por la ley de las inversiones —le dije a la señora Blaskowitz— es necesario que celebremos este nuevo fracaso.

Salí a comprar una botella de Havana y le solicité a todos los presentes que se retiraran.

—Cuidado —dijo la bruja Elizabeth—, este hombre es un espíritu negativo, espíritu rata, espíritu vampiro, espíritu arpía.

Definitivamente: era un alma sensible.

Todos se retiraron, excepto la arpía. Bárbara se disculpó en voz baja:

—No puedo deshacerme de ella, perdóname. Me la envió mi mamá y ya conoces a la vieja.

La conozco, en efecto: ella sí una auténtica maga con pedigrée, un nudo de tendones y arrugas, ojos fulgurantes, caminar entre una nube de talcos y perfumes taconeando por el centro empedrado de Xalapa, empujando a los transeúntes que no le cedan el paso, insultando a la humanidad en pleno, una ultrare-contraneurótica, vive en medio de lo que pudo rescatar de Alemania tras la caída de Hitler, fotos del Káiser, un clavicordio, terciopelos y sedas del viejo imperio. Una de sus frases favoritas: *¡Ach was!, la gente de estas tierras no sirve ni para ver quién viene*, en un castellano lleno de ángulos y tropezones y que hace pensar que siempre está al borde de la apoplejía.

La tipa continuó leyéndome el rostro:

—Espíritu egoísta, no te entregas. Has tenido muchas mujeres, hembras vacías, y a todas has acabado dejándolas al borde del suicidio —era imposible detener a aquella criatura—. Vas a sufrir una desgracia, te traicionarán. Debes tener siempre un

clavel rojo fresco en tu casa para protegerte del mal –dijo la bruja cayendo en una especie de vértigo espiritual insufrible.

Era una bruja digna de atención. Chilena, formó parte del ballet de Olga Breeskin –cabaretera doméstica de alto vuelo y, ¡violinista!–, luego fue maestra de baile hawaiano. Tuvo un accidente y comenzó a engordar. Ahora sus brazos son enormes fardos de grasa que maneja con presunción de pesista.

La adivina quemó incienso y copal. Dijo que le había puesto un remache espiritual al cuarto de Bárbara para que se sintiera segura. Habló de los espíritus que siempre nos rodean. Volvió a insistir:

—Eres un espíritu primitivo, necio, terco.

Se hacía imperativo plantear una defensa.

—Pues en el prestigiado Centro Espiritista Flor de Paud de Cali me hicieron un análisis de encarnaciones y me dijeron que yo era un espíritu altamente evolucionado y que sólo me faltaba una etapa para llegar al estadio de profeta.

—El espíritu de Trilce tiene una joroba doble espantosa –dijo–. No es un espíritu original sino duplicado. Va a repetir minuciosamente la vida de su madre. Va a cometer los mismos errores.

Y al decir esto me miraba con malicia, haciendo aspavientos, gestos, señas, tratando de dar a entender, sin que Bárbara Blaskowitz se percatara, de que la niña iba a terminar revolcándose en mi cama.

—Pero –continuó la bruja dándose aires de hechicera africana– no cantes victoria, Belcebú, pues un gato y una serpiente impedirán que cumplas tus propósitos sobre la Tierra.

No me sentía molesto sino francamente divertido. La idea de que soy el demonio me atrae.

—Te veo como un espíritu recién nacido, al que hay que darle nalgadas para que vaya por el buen camino.

En ese momento la botella de Havana cayó y el líquido elaboró trabajosamente una mancha sobre la alfombra.

—Hagan silencio absoluto, que ha entrado un espíritu extraño a la habitación. Quédense quietos —dijo la bruja.

Y así estuvo la cosa hasta que terminé por aburrirme. Elizabeth Leblanc Duvalier —me dejó su tarjeta antes de despedirnos, era obvio que se sentía orgullosa de su nombre y que hacía de su profesión de bruja un ejercicio puntual y serio como el de un vendedor de seguros— me dijo que de tanto ir de mujer en mujer iba a terminar ejerciendo el homosexualismo o alguna perversión de esas que no tienen boleto de regreso.

Sólo por calibrar su conocimiento de las ciencias ocultas crucé una pierna sobre otra. No dijo nada. Entonces ya no tuve dudas. Era una farsante que quizá había aprendido sus mañas en las revistas femeninas. No hubo otra alternativa que insultarla y mandarla a la mierda. Las brujas sólo se soportan si tienen esa verdad, esa sabiduría inconsciente, que las hace infundibles.

No olvido a una bruja de Dahomery que me hizo entender el poder que tienen algunos seres humanos de ofrecer la paz con una mirada como quien ofrece la mano. Eso fue hace muchos años. En Bogotá.

L'amour c'est ce qui passe entre deux personnes qui s'aiment, escribe Roger Vaillard. Es decir, el amor se define en la acción, particular e irrepitable de dos entidades complejas —pienso en dos juegos de posibilidades infinitas— que se ponen en relación profunda.

Divagaciones sobre el amor

Mi vecina poliomielítica, la poeta Estrella de los Campos, me define: “Eres un barbaján, donde fornicas no vuelve a nacer el pellejo”. Sé que lo dice con cariño, casi con respeto. Somos hermanos del alma. *En el amor, la nueva estructura desafía radicalmente a la antigua, la degrada a algo que carece de valor.* Quien quiera que lo haya dicho tiene razón: el amor crea una especie de segunda inocencia –si es que alguna vez existió la primera–. Esta inocencia podría interpretarse como la pérdida de la memoria de *lo que sucedió antes*. A ella sólo se llega después de la recuperación de la memoria. Hay o debe haber un intento de comunicarlo todo, una confesión semejante a la que se hace frente a un sacerdote. “Quiero que sepas quién fui, que conozcas hasta el último rincón y que me comprendas y perdones, si es necesario”. Es como si uno estuviera arrepentido de la vida pasada. Como si fuera un pecado vivir sin el otro. Tal vez eso fue lo que quise hacer cuando escribí para Irgla el relato de todas mis andanzas. Ella también me relató su pasado. De él sólo recupero un beso que le dio un tipo –arquitecto y poeta, según parece– cerca de la Cola de Caballo, en el Cerro de la Silla. (Años más tarde descubriría su hipocresía o su pudor: no fue un beso sino quéséyo, un chumpulún). Y era obvio que Irgla tenía una memoria que no quiso compartir con-

migo. Mejor para ella. Esa zona oscura siempre me molestó y siempre me molestará. Me demuestra que no fui tan importante para ella, como ella definitiva para mí. La memoria de sus fantasías sí me fue accesible. Acostumbraba escribir cartas eróticas a escondidas. Un día sorprendí una de esas cartas y el mundo se me volteó patas arriba. Diplomática y sagaz como una linda zorra plateada, Irgla logró convencerme de que se trataba de un juego que practicaba en privado desde su primera adolescencia, cuando estudiaba en el colegio de monjas. Dijo que era algo totalmente inofensivo.

Se confunde a menudo el amor con la curiosidad. Conocer a la otra persona es un reto. Al amar intentamos destruir a la otra persona para enriquecernos nosotros mismos. El amor es arte cinegético. Al final de nuestras vidas portamos a nuestras espaldas los cadáveres de todos nuestros pasados amores. Pero en este juego se puede perder cuando se cree ganar.

Todo lo que pasa por la imaginación de una persona en un día. Ese libro ya fue escrito. Todos los libros ya fueron escritos.

Panorama desde el abismo

La encontré algo ajada. Hizo un gesto de alegría al verme. Me abrazó y me dio un beso sonoro. Su facha era algo estrafalaria. Malla negra de ballet cubriéndole el torso y las piernas hasta las rodillas, zapatos de tacón muy alto, maquillaje caricaturesco. Parecía una actriz de radioteatro que sale tarde y fornicada del último ensayo.

—Si no te importa mi aspecto podemos ir a La Parroquia —dijo—. Estoy asistiendo a clases de artes marciales.

Interpretó mi sonrisa.

—Y, qué querías que hiciera con mi tiempo libre, si desde que se fue Julián se me quema el cuerpo y soy una soledad en llamas.

Al día siguiente fui a bañarme a su casa porque me cortaron el agua por falta de pago. Bárbara estaba en la playa. Llegó en el momento en que yo salía. Espérame un momento en mi habitación, dijo. Se bañó, salió fresca, se maquilló, se puso perfume (Fidji, ¡el mismo de la Princesa!) tras las orejas, en el pecho, en las axilas. Recibió una llamada telefónica. Era del *interfecto*. Hablaron en italiano. La invitó a algún sitio. Mientras tanto Katia, la Bella, escribía una carta apoyándose en la cama:

Tonatiú: Cuando estoy contigo me siento muy contenta y ni los piojos me pican.

Helga, *la bestia*, andaba con su dizque novio de diez años, de nombre ¡Ovino! Ovino del Corral. ¡Hágame el refabrón cabor!

—¡Y a mí me prohíben andar con mi novio! —gritó Katia—. Ya tengo ocho años y no voy a permitir que hablen mal de mi amado —se tiró sobre la cama e hizo una tragedia espantosa.

Bárbara se pintó los labios de rojo sangrante.

—¿Cómo me veo?

—Te prefiero sin lápiz labial.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado colorida, muy intensa, y un color tan vivo te hace parecer lo que no eres. Tu color debe ser tenue, un rosa, un lila, para contrastar.

—Mentira, mamá, te ves bien —dijo Katia.

—Entonces, ¿me lo dejas?

—Sí, déjate —dijo Helga. Y luego preguntó:

—¿Vas a salir?

—Sí.

—Entonces te lo quitas inmediatamente.

“Todavía no has encontrado a una mujer que te cimbre hasta los cimientos”, dijo la bruja Elizabeth Leblanc Duvalier. “Todavía no sabes el poder que una mujer puede tener sobre ti”. Quizá la bruja Duvalier no sea tan inepta, después de todo.

Panorama desde el abismo

En Monterrey, antes del abismo que se abrió entre nosotros, escapábamos de nosotros mismos –más ella que yo, pues su mundo estaba lleno de formalismos, mientras el mío era de libertad anárquica: yo era mi dueño, mientras ella era poseída por mil personajes y actividades, en general desagradables– y nos encerrábamos en espacios neutrales para crear nuestras propias nociones de tiempo. Nos reuníamos en un hotel –generalmente lujoso; Irgla no aceptaba sordideces; pero no tan lujoso, pues yo debía pagarlo–. (Aunque quizá mienta y ella en realidad pagaba la mitad... o todo.) Primero entraba yo, luego mi amada, entre Greta Garbo y María Félix, todavía sujeta a los yugos de su familia, particularmente de su madre, que luchaba como una troyana para evitar que su hija terminara siendo la mujer de un atarván, un bárbaro y un muertodihambre que quería ser escritor, ¡había que ser calvinista para soportar tanto oprobio!

El trance de la entrada era para mi ex una tortura. Para mí también: el amor –era amor, amor de verdad, lo juro– me hacía padecer sus sufrimientos. Era terrible el paso del tiempo, yo solito en la habitación como una hiena enjaulada mientras Irgla no llegaba. ¿Le había pasado algo? ¿Se arrepintió? ¿Se encontró en el lobby con algún conocido? ¿Se le corrió una media?

¿Perdió sus tarjetas de crédito? ¿La invitaron a un rosario de emergencia? Y en cuanto la puerta se cerraba a su espalda, era la dicha. Saltábamos sobre las camas y hacíamos todo el relajó posible –dentro de ciertos límites, pues Irgla siempre tenía su policía interior vigilante.

Ocasionalmente, en lugar de escondernos en un hotel, viajábamos a otra ciudad. Recuerdo cuando fuimos a un bosque, creo que fue en el Cerro de la Silla (años más tarde descubriría –insisto porque todavía no logro digerir el asunto– que en ese mismo sitio, años antes, mi dama había ofrecido sus primicias al famoso arquitecto poeta): alquilé una habitación con gran ventanal que mostraba el paisaje de una especie de precipicio interminable. Allí permanecimos encerrados doce horas. Jugamos al muertito feliz. Ella se tendía inmóvil y se dejaba besar toda, desde la coronilla hasta las junturas de los dedos de los pies, pasando por su aromada caracola. Toda Irgla era perfecta, incluso su pelo escaso, y las pequeñas zonas de grasa que se soslayaban en la parte trasera de los muslos. Sus ojos eran –son, siguen siendo, serán– los más bellos que mujer alguna haya tenido, mujer de ojos persas. Casi de manera experimental decidimos besarnos mutuamente las zonas de erosión sentimental. Había algo de repulsión tanto de parte de ella como de parte mía. Y mientras ella o yo permanecíamos tendidos jugando al muertito, preguntábamos: ¿A qué sabe? ¿Cómo se siente? ¿En qué piensas?

Tu sexo es terso como la piel de una uva madura, dijo Irgla; tu sexo –le dije con poquísima originalidad, hay que reconocerlo– es una especie desconocida, dulce y deliciosa de marisco. Un marisco de sabor increíble, el protomarisco, una acamaya al mojo de ajo a orillas del río Bobos.

¡Los ojos de Irgla! ¡Qué espectáculo! Vértigo, temor, reverencia, pequeñez, despiertan en los observadores. Es fácil entender que cause tantos estragos en todos los hombres que la conocen. Tras ella siempre hubo y siempre habrá una fila interminable de hombres de toda laya, a los que no se atreve a espantar. Ese es uno de los defectos por los que nuestra relación no duró sino pocos años en Kansas y menos meses en Monterrey: siempre estuvo ocupada comprendiendo a los pobres atribulados por el amor y la ambición que suscitaba su soberanísima y falsamente modesta persona.

(Y en eso, tal vez en más, se parece a BB: ambas son incapaces de decir que no, se revuelcan en los pantanos de las palabras, serían capaces de gastar la eternidad en una frase, analizan las situaciones sentimentales con deleite de alquimistas.)

Recuerda cuerpo

Recuerda, alma; recuerda, cuerpo: el cementario abandonado en K. U., el cuarto de música, el bosque tras McCollum, el hospital. Consulta venérea, no sé por qué. Ahora puedo precisarlo: compartimos una bañera de plástico en una casa que yo cuidaba con perro incluido, dos metros de nieve alrededor y pronto resultamos con malos hongos en mala parte. Recuerdo el cuarto suyo en su casa en Monterrey que exploré en busca de su pasado, ¡el jardín!, ¡la casa de muñecas!, ¡la playa de Chachalacas! Cuánto vivimos en tan poco tiempo, cuánto nos amamos. Ahora ni llorar es bueno. Lo único que puedo hacer es escribirle su novela, cerrar su lápida y esperar que llegue una pasión superior. Si es que existe. Tiene que existir. Pero, ¿quién puede garantizarle a un ser humano que lo mejor de su vida no haya pasado y le esperen sólo meras sombras y pantanos?

Tribulaciones de BB

Estuve haciendo pereza durante toda la tarde. Reconozco que soy un inútil. Prometo que abandonaré mis ambiciones. No voy a escribir nada serio en el curso de un año. Me dedico a jugar con el cuadrante de mi radio de onda corta. Las emisoras canadienses y francesas se escuchan en medio de la estática. La modorra —no es precisamente cansancio, sino una especie de desidia, de desinterés por todo— me impide dormir. Súbitamente escucho una voz ligeramente masculina, inconfundible.

¿Estás solo?, preguntó antes de entrar.

Yo vestía mi pijama Pierre Cardin (regalo de Irgla, *of course*), que velaba muy poco a mi Solitario Licencioso, quien reaccionó inmediatamente al escuchar esa voz: ¿Alguien me busca? Aquí estoy, ey, míreme, parecía decir levantando la cabeza que ya asomaba como un pequeño muppet entre los pliegues de la bragueta.

Se tendió a mi lado, muy bella, toda de seda blanca, cubriéndose con un poncho de color rojo indiscreto, como su pelo. Su piel tan lozana. Con esa lozanía que se acerca al otoño. Estaba deprimida, desolada, lo que no era en modo alguno novedad.

Vengo a usarte, dijo. Soy tuyo, respondí. Qué culpa podía tener yo de que la Presencia me fuera tan esquiva. Quería ir al cine,

dijo, pero su languidez denunciaba otras urgencias. Le besé las mejillas, los lóbulos de las orejas, su cuello, su pecho. Puso una de sus manos en mi nuca y se dedicó a suspirar.

Esos suspiros tuyos, le dije, esos suspiros tuyos. Esos suspiros tan sonoros, tan tenues, excitantes. Son como un tren que se anuncia, como la respiración de una pantera que adivino a mi espalda.

—Me voy a suicidar.

—Sólo se suicidan los que no pueden dar afecto. Tú das de sobra. Amas mucho y muy frecuentemente.

—En síntesis, soy una puta que no cobra.

—No, eres una mujer de alma grande.

Insistió en que tarde o temprano se iba a suicidar.

—No quiero envejecer, me aterroriza que algún día quiera hacer el amor y que esté completamente seca. O que yo quiera hacerlo y no haya nadie a mi lado. O que al llegar los hombres a mi casa busquen a Trilce y a mí me miren como a la abuelita arrinconada en el desván.

Es evidente que tiene líos. Ahora con el nuevo extranjero, un recién llegado que se porta como Santa Claus con las niñas y que ha enamorado a Bárbara como ningún otro (dice). Esa es la gran maravilla de la señora Blaskowitz: siempre se enamora como nunca antes. Nos besamos dulcemente, sin lascivia alguna. Dejé descansar mi oído en su pecho. Escuché el llamado de su corazón. Sabía que si lo quisiera, podría llegar al fondo de su ansia. Bastaría jugar con mi lengua dentro de su boca. Luego sacar mi ariete y, poniéndoselo en las manos, decirle tienes licencia para cumplir tu capricho, hallar tu consuelo y darme placer. Ella terminaría por buscar con su boca mi corazón delator, de la

misma forma que el perro conductor saliva al escuchar la campana. La mujer con vocación oral no puede abandonar su cruz en cualquier esquina. No insistí demasiado.

Tenía a mi disposición su instinto, que podría explotar en cualquier instante. De todos modos su voluntad estaba en otra parte. Y además, si hubiéramos dado de beber al ornitorrinco o si ella me hubiese sorbido el tuétano (suspiro al recordarlo: ¡qué erección tengo!) eso la habría deprimido aún más. Y no sería leal contribuir a lo que, si no llegaba al suicidio, podría ponerla en camino hacia otros abismos. (*¿Cómo está tu hija? ¿Se acuerda de mí?*) Decidimos que lo mejor era ir al cine. Ya de pie antes de salir, la besé al lado de la puerta y su cuerpo se plegó al mío con efervescencia. Le puse mis dos manos en las nalgas y la levanté. Me apartó ligeramente, como si deseara más insistencia de mi parte. En el cine estuvimos todo el tiempo tomados de las dos manos y había un aire extraño, una atmósfera que compartíamos, como si estuviéramos repartiéndonos la pena de un muerto en la familia. Gozó de la película exageradamente. No cesó de acariciarme y pellizcarme los brazos. Luego fuimos a La Parroquia. Llegó su nuevo amante, le dio un largo beso en la boca y se la llevó a rastras. No tuvo tiempo ni para despedirse. Aquello no me molestó en lo más mínimo. Bárbara Blaskowitz va a regresar derrotada tarde o temprano. Quizá vuelva a amarla, aún con más pasión que la de antes. O tal vez Trilce ocupe su lugar. *El Señor no juzgará a los hombres por sus sueños.*

Firma de contrato

Ahora recuerdo que cuando le comenté el proyecto de la nueva novela ella propuso un título: *Curriculum fornicorum*. Lo dijo en broma pero creo que la idea no es mala: *Curriculum fornicorum*. Suena como *Opus Nigrum*, *Opus Pistorum*, *De vermis misteris...*

Firmé contrato –por fin, ¡por fin!– con la Editorial Oasis (argentino al frente, recordé mi sueño: librería polvorienta, libros de presentación fúnebre, circulación casi privada) para la publicación de *Así es la vida*. Serán 1 000 ejemplares. No hubo adelanto. Una de las botellas lanzadas al mar llegó a un humilde puerto. Quizá un borracho la reviente contra el piso y ahí termine la ilusión. (Firmé a espaldas de Carmen B, la representante, que deja pasar meses sin escribirme.)

Lista para el amor

La Princesa llegó alarmada a casa. Tengo cándida en el animalito, ¡cándida!, una cosa horrorosa que me está comiendo por dentro. Discutimos un rato el asunto. Concluimos que era necesario abandonar el relajo durante un mes por lo menos.

Antes de despedirse dijo:

—Me daría mucha risa —la Princesa llama *risa* a la rabia— que me saliera la tal cándida en la boca —fingió enfurruñarse—: Antes de conocerte yo era inocente... Bueno, por lo menos mi boca era casta.

—No te preocupes, todavía te queda una pequeña reserva de castidad —le respondí metiéndole mano y pensando que de la comida nos faltaba el postre.

Fui a casa de la señora Blaskowitz. Sólo estaban las niñas. Ya me voy, les dije. Quédate un momento, pidió Katia. Si te vas o te quedas no me importa, graznó Helga, insistiendo en su animosidad de hechicera precoz, yo me voy al segundo piso, se portan bien. ¿De veras te vas?, preguntó Katia inclinando la cabeza y jugando con sus ojos a tirar un anzuelo. No se escuchaba el sonido del violín. Sí, insistí. La niña se subió al tercer escalón, me puso una mano en un hombro y me besó en la boca. Estaba muy bella, con su vestido de talle imperio. La cabellera recién cortada estilo pajecillo, sus dos grandes dientes

frontales y esos ojos grandísimos de claridad insuperable. Tiene ocho años y está lista para el amor. Su madre ha sido su mejor maestra. La sonrisa que adornaba el rostro de Katia cuando lo separó del mío, demostraba sin duda alguna su madurez emocional, su sentido del riesgo. Sería un lindo personaje para una novela. Si ya no estuviera escrita por otro autor llamado Nabokov.

El excesivo entrenamiento —pierdo peso velozmente— y el corte gradual de la cantidad de cigarrillos me ha afectado, por fortuna sólo en el aspecto fisiológico. Mi ánimo es el de una central nuclear. Me cuesta trabajo dormir. Son las cuatro de la mañana.

Después de corregir galeras en la oficina, de correr diez kilómetros bajo un sol de espanto, de ir a clase de francés, de leer cuarenta páginas del libro del amigo tímido, de escribir mi ensayo sobre el amor, de leer 40 páginas de *La batalla naval de San Juan de Ulúa* y escuchar radio durante varias horas, sigo con ojos de lechuza. Hoy excedí en cuatro mi cuota de cigarrillos. Mañana entrenaré más suavemente. Mi órgano preferido sana lentamente. La tal cándida cede pero con trabajos. Le aplico Locorten Vioformo.

Bárbara entra a La Parroquia. Parece que todos los años le han caído sobre los hombros de pronto. Según su pasaporte nació en el 43. Su bella cabellera ahora está húmeda y sucia. Viste otra vez mallas de ballet. Las ojeras más drásticas que nunca. Me parece aburrida y sin gracia.

—¿Cuándo vas a leer mis textos en serio? —me pregunta.

Recuerdo que hace años o meses, no sé, me entregó su Diario y que nunca le hice comentario alguno. Veo en su rostro desesperanza, una especie de locura obsesiva que la hace repe-

tir, ahora sin emoción, las mismas frases de antes. Tragedia sentimental. *Echec.*

—Me siento tan desanimada, tan desolada, tan sin proyecto vital —dice.

Vivir, ¿no es eso todo? No, señor Váleriy, eso no es todo, pienso.

Caricias de la diosa perra

Súbitamente todo parece ser propicio, demasiado propicio: 1. Schneider (el argentino de la pipa) me ratifica que se cumplirá el contrato que firmé con Oasis para publicar *Así es la vida*; 2. De Barcelona Marino-Azurra manda una carta en la que sin bañar en elogios mi manuscrito de *Criaturas de amor y deseo* (o *Cuentos ligeramente perversos y violentos*), afirma que es mejor que todo lo que se produce actualmente en Colombia, y afirma que Montesinos está interesado en publicarlo; 3. En conversación telefónica Rogelio Carvajal, con extraordinaria cordialidad, me ratifica que ¡Grijalbo! publicará *El basurero universal* dentro de un año.

Mi imaginación se desboca y construye una ruta de éxitos sin precedentes, sólo comparable a la del Papá Grande. Pienso que soy la gran figura latinoamericana y no puedo evitar salir a la calle a pregonarlo. Ya comienzo a sentir el sopor de los viajes, el asedio de los periodistas, el insomnio de las noches con el teléfono sonando cada cinco minutos, la alegría y el asco de ver mis fotos en todos los diarios, la rabia por los ataques injustificados, el hartazgo y la dispepsia de comer como sultán todos los días en restaurantes de grandes hoteles, los dolores de cabeza por los cambios de horario, el acoso de los traductores de todas las lenguas conocidas, el hastío de ver mis caprichos

eróticos cumplidos, la añoranza de un afecto desinteresado, la falta de tiempo para hacer deporte, leer, escribir, la soledad propia de la popularidad sin límites.

Escucho el *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven y me río de mí mismo. Ingenuo. No hay otra cosa que esperanzas y posibilidades. Lo más probable es que siga en mi hueco amontonando manuscritos, fornicando con la Princesa, con Bárbara y con la polaca Svieta si se deja (no he escrito sobre ella para no complicar mis asuntos: se la asigné al doctor Amóribus), y soñando con Trilce, escribiendo adaptaciones radiofónicas o novelas por entregas, corrigiendo galeras en los sótanos de la Editorial, suponiendo que un día llegará una mujer definitiva, conseguiré un buen violín y escribiré una obra maestra.

TERCERA PARTE

Regreso al mundo

Vivo en función exclusiva de escribir. Todo el día me preparo para ello –toda mi vida ha sido una preparación para el amor, la guerra y la literatura, y he dado una y otra vez con el hocico en el suelo– aunque pase catorce horas durmiendo. Al regresar de la oficina duermo, salgo a correr –he descubierto un sendero que se interna en la montaña tras mi casa y cada vez me adentro más allá–, regreso a casa, me baño, como cualquier cosa –mis arroces son célebres, únicos, por lo menos para mí: con papas, con frijoles, con chícharos, con mariscos españoles enlatados y así *ad infinitum*–, leo los diarios, vuelvo a dormir y me siento ante la máquina. Generalmente eso sucede cuando comienza a caer el sol. Termino a las dos de la mañana, más o menos.

Ahora he agregado una nueva rutina a las anteriores –mi vida consiste en eso: una madeja de rutinas que cada vez se enreda más–: tocar violín. Compré, con los derechos de autor del libro de cuentos –ah, finalmente salió uno de los libros náufragos, y la señora Fama me agarró el pito durante un par de semanas–, un instrumento respetable. De ninguna manera un Amati ni un Stradivarius, pero sí superior al Markneukirchen que sigue mirándome desde la pared donde muere lenta e irremediamente comido por los bichitos. El violín me ha permitido un reencuen-

tro admirable con el pasado. Es como si el lapso de quizá ocho o diez años que me he abandonado a vivir sin tomar seriamente un instrumento en las manos, no me hubiera hecho perder las toscas habilidades que adquirí con mi disciplina de maniático obsesivo –nunca olvidaré el gallinero cuitado de San Isidro, el atril improvisado y el metrónomo con una piedra pendiente de un hilo–. Puedo interpretar las mismas piezas elementales de Offenbach, Strauss, Albinoni, Haendel, las clásicas y populares napolitanas que tocan los aprendices y que están en todos los manuales, las que cantan Pavarotti y Plácido Domingo. Siento que ahora las interpreto con más firmeza y pulso. Debe de ser una ilusión: la del músico que está a punto de morir e interpreta en sueños la pieza de su vida. Como en un irrefutable cuento de José Revueltas, “Lo que sólo uno escucha”.

En los 26 días de trabajo que llevo desde que regresé a Xalapa, he salido tres o cuatro veces para escapar de la monomanía. Peludo, antisocial, malcomido, sobreejercitado, con el rostro de Nosferatu, tampoco quiero abusar de mí mismo. Vi a Bárbara. He pasado los fines de semana con la Princesa. Ante ella leo todo lo que escribo. Escucha con paciencia y finge muy fino entusiasmo. Pide conocer los avances de la obra en curso y hace observaciones más inteligentes de las que la suponía capaz. ¿Qué tanto sirve la compañía de una mujer inteligente? ¿No será mejor encerrarse a muerte y que nadie, nadie viole los siete sellos de la obra hasta que ésta salga publicada? Otro escritor podrá hacerlo. No yo.

De nuevo intento abandonar el cigarrillo, pero ahora con la experiencia que me dio el fracaso pasado. Voy por doce diarios e iré reduciendo el número –dos menos cada semana– de modo

que al terminar la novela, terminaré también con el vicio. Y puesto que hago ejercicio todos los días de mi vida, mi condición física mejorará notablemente. Aparte de lo anterior, no ha sucedido nada notable. Todo lo que puedo decir está en la novela.

Siendo el 10 de octubre de 1982 me faltan tres semanas para terminar *El adolescente virgen* (¡qué nombre tan absurdo! No sé por qué me aferro a él). He visto pocas veces a Alma Daylight. (No he escrito sobre ella. Ni siquiera se la cedí al doctor Amóribus. Tuve una especie de enamoramiento que se disipó cuando ella se desentendió de mí con una sangre fría espeluznante que me hizo pensar: el que fracasa en todas las relaciones soy yo, algo tengo que las aleja y las espanta.) Ya no tengo a mi Alma. Desapareció tragada por el tiempo y sus mudanzas. (No contaré nuestra historia para no complicar ésta, que ya tiene suficientes complicaciones, vicios, embrollos.) La encontré a la salida del cine. Llovía, era muy tarde. Le ofrecí cobijo bajo mi ala y mi impermeable. Allí ella se arrebujó, tan pequeñita, tan indefensa. La acerqué a *Galileo*. La llevé a la terminal de autobuses de Coatepec. Seguía lloviendo a cántaros. Llegamos cuando el bus salía. Yo me le atravesé al vehículo para impedirle el paso. Alma me dio un beso apresurado y descendió del auto. Ese beso, casi de compromiso, es lo más íntimo que hemos tenido desde que regresé de Colombia. ¿Dónde se perdió lo que habíamos iniciado? ¿En qué momento comenzó a extinguirse la flama? Prometí comprarle una sombrilla y lo hice. Le compré en Chantres la sombrilla más bella que encontré. Empuñadura de cuero rojo. Cubierta de seda china. Flores rojas y negras. Una joya de sombrilla. ¿Por qué dilapidé así los pesos que gané en el concurso? (Tampoco contaré lo del concurso en el que fui

jurado con José Donoso: esa es otra novela: una pequeña *Muerte en Venecia*.) Hice la compra demencial (dos meses de sueldo) con la vana esperanza de que al gastar mucho en Alma, estaba teniendo fe en el futuro. Pero es obvio que ella ya no quiere nada conmigo. No me ha concedido ni una hora de su vida. Y yo que me había entregado por completo a ella, hasta el punto de dejarle a mi querido *Galileo*, al que recobré prácticamente hecho polvo. Antes de salir para mi anterior viaje, le dejé mi *Galileo* a Bárbara. Sucedió exactamente lo mismo: al devolverme el auto descubrí que la había perdido a ella y que el coche debía pasar directamente al hospital. Y, finalmente, vi a Bárbara. Bárbara. Anda otra vez con aires de tragedia. Tuvo una nueva relación, esta vez con un teniente del ejército. Un tipo extraño, bullicioso, exhibicionista, que la trataba con villano desprecio. Simultánea con esta relación, Bárbara estaba jugando al afecto con Solano, un guitarrista tímido, bobalicón y sentimental, que pasaba el tiempo sentado en el descansillo de la escalera de la casa de su amada, cantando con voz soñadora tonadas brasileñas. Entre estos dos estuvo durante varios meses y por fin optó por el teniente. Éste la llevaba a practicar equitación y la invitaba a los cuarteles. Allí los soldados les tocaban dianas de saludo y les hacían grandes honores como si fueran los reyes de Inglaterra. Le advertí a B que ese tipo, Beremundo (Lalo Matamadres, lo apodé como un personaje de *El basurero universal*, que sigue siendo la más secreta y relegada de mis novelas del baúl de las nostalgias: le entregué un manuscrito al Papá Grande. Me dijo: “La leeré hasta que aguante”. Según parece no soportó leerla. Nunca me hizo un comentario); le advertí a Bárbara que ese tipo, el teniente, terminaría por usarla

de la forma más violenta y despiadada y luego la dejaría, no sin antes recetarle una soberana madriza.

—Es el macho que andabas buscando. Tuviste la fortuna de encontrarlo. Es la clase de bestia que sonrío mientras confiesa ser un torturador insigne. Yo no les pego a los detenidos, le escuché decir, yo soy más fino: yo les hablo.

Bárbara se reunió con la bruja chilena, y se contaron sus penas de mujeres ansiosas de amor. Una y otra se ven estragadas, solitarias y tristes, patéticas, y sin embargo insisten en ilusionarse sin tregua, siguiendo con sus narices los olores de los calzoncillos que pasan a su lado, como dice Trilce. No escarmientan.

Asistí a la feria que se instaló cerca de la casa de Bárbara. Montañas rusas desbarajustadas, ruedas de Chicago basadas en inestables trozos de madera, cables de electricidad hundidos en el agua. Llevé a Katia a los juegos. A sus ocho años es una mujercita. Nos divertimos despilfarrando dinero y mientras tanto le saqué información sobre Trilce. Gasté quinientos pesos y a cambio de ellos supe que la hija mayor de Bárbara Blaskowitz a veces me menciona, que sigue empeñada en convertirse en una virtuosa del violín, que sale de su casa sola a las doce de la noche y no informa su destino, que es rabiosa y en sus enojos puede llegar a extremos espantosos. ¡Trilce, Trilce! No he vuelto a soñar contigo, pero gracias al violín espero poder tenerte a mi lado... Y que sea lo que Dios quiera.

Llamada de Carvajal. Que ya no le interesa publicar *El basurero universal*. “Tenemos por política no negociar con representantes. Llamó Carmen B de Barcelona y exigió 3 000 dólares de adelanto.” Mañana cumpliré sesenta días de escribir religiosamente entre las seis de la tarde y las dos de la mañana. Gracias

a la temporada de ascetismo he escrito contra mis propias debilidades, contra las asechanzas y seducciones del exterior, contra el asedio de la señora Lujuria, que asume diversos rostros, se perfuma y se maquilla, intentando disfrazar su falta de sentido, su vacuidad, su nauseabunda presencia. Escribí contra mi cansancio y mi sueño, mi tedio, mi pérdida de ilusiones. Escribir, ¿para qué? ¿Para hacer felices a mis 250 lectores? ¡No!, para hacerme feliz a mí mismo y punto. Escribir contra los dolores de estómago y de cabeza, contra las depresiones y reveses de la fortuna . ¿Cómo no admirar a mi viejo amigo, el doctor Contreras (otro que he eliminado de este documento para relegar sus extravagancias a la novelucha que he llamado *Doctor Amóribus. Diario de un frenético*). Contreras, doctor y pesista, lleva cinco años experimentando con ratas, tratando de entender, gracias a ellas, por qué a veces los seres humanos se deprimen sin razón. Escribir religiosamente, ateamente, un capítulo diario, cumpliendo el plan prefijado. Escribir ¿qué? La novela de los pequeños grandes detalles. Súbitamente descubro que la expresión “los pequeños grandes detalles” no me pertenece. Que la Princesa, cuya dignidad magullo tan frecuentemente, la pronunció hace acaso un año. Hoy, al despertar dentro de un sueño, recibí una sorpresa enigmáticamente agradable. Al lado de mi cama, velando mi sueño (mi sueño dentro del sueño) y cuidando mi regreso a la vigilia, estaba una criatura de ojos cristalinos, vestida únicamente con el milagro de su cabellera. Todo su cuerpo era perfecto y armonioso, sus brazos firmes, su pecho flexible, respiraba a fondo. Me miraba con gran afecto, como si yo fuera su hijo, pero también con un no sé qué de respeto filial. Le pregunté quién era.

—¿No me reconoces? Te he visitado varias veces a lo largo de tu vida, pero nunca había tenido motivos para manifestarme abiertamente hasta ahora.

—¿Me disculpas? Tengo que escribir —le dije. Ella sonrió comprensiva.

—Me sentaré a tu lado sin decir nada, te miraré trabajar, y cuando termines, me voy.

¿Quién era?, me pregunté. Era La Presencia, me dije, la única mujer que me hacía sentir poderoso, que me persuadía de que lo yo estaba haciendo tenía un sentido, un valor. Escribí siete horas seguidas. Cuando levanté la cabeza para buscarla, no estaba.

Es paradójica la situación en que escribo esta novela. Siendo la más íntima y desgarrada, trabajo sin embargo con enorme calma y seguridad. Tal vez ninguna otra obra me toque una entretela tan profunda. Y en lugar de estar fumando como desesperado, estoy dejando de fumar. Intuyo que la terminación de esta novela ocasionará un asentamiento mayor. Cuando me libere de este obstáculo —que da cuenta de la situación más grave que pasé durante la adolescencia— seré más íntegro. Mi personalidad habrá enfrentado los monstruos, los bichos, las solitarias que me roen el vientre y el alma, y de esta prueba de la que saldré sin duda intacto (durante mucho tiempo no me acerqué a esta novela temiendo regresar a la locura de mis años en San Isidro), surgirá un nuevo hombre.

Trilce y el festín de las iguanas

Últimamente me ha dado por llamar a mi (casi) exsuegra, la muy calvinista, mi archienemiga y ahora, a la distancia, mi consejera espiritual. (*No me lo vas a creer, Venturita, pero Irgla está en trance de casarse.*) Permanecí en silencio escuchando el zumbido extraterrestre de la larga distancia. Irgla, la íngrima mujer de mi vida, mi amor, mi única gran pasión, mi ex (casi) esposa, mi insultadora mayor, doctorada en ofensas, la fierecilla indómita, la que quería meterme en su vía de tren y encerrarme a construir un patrimonio y olvidar tantas veleidades literarias. *Amor, si quieres escribe lo que se te dé la gana, yo te doy permiso, pero cuida de no ofender a nadie, ya sabes cómo somos los del norte... Amor, debes tener mucho cuidado de no desbordar los límites del buen gusto... Amor, cuidado con lo grotesco... Ay, amor, por qué no escribes algo bello sobre el esplendor del amor realizado, sobre, digamos, la maternidad o el amor filial. ¡Qué ganas de comer mierda! ¡Crash! Se acabó, no pude escribir. O me escapaba de ese desierto espiritual o me olvidaba de la literatura. ¿Conclusión? Aquí estoy, al otro lado de México, rascándome la sarna y fornicando hasta con perras flacas, pero haciendo exactamente lo que me da la gana. ¡Und was, ach was! ¿Síntesis? Me dolió hasta el tuétano que se quisiera casar mi ex Irgla. ¿Cómo? ¿Después de conocer a Beethoven, iba a casarse con*

un aporreador de calderas? *¡Ach, was!* Ganas de comer mierda. Salí a correr. A toda velocidad me bebí el aire de Los Lagos, hice todo el circuito en 14 minutos 2 segundos. ¿Después? Ya estaba muy cansado para pensar en Irgla. Tres días más tarde, tras resarcirme de la resaca —cándido, romanticoide, terco como la roca que no se deja desgastar por la gota de los siglos ni por el látigo de la experiencia, pensaba que sólo se ama una vez en la vida, y yo acababa de perder, de casi perder a mi casi amor, porque la casi mera verdad es que casi esperaba que Irgla mandara casi todo al infierno y se viniera a vivir mi miseria y genialidad aquí cerca de las nubes y lejos de los multimillonarios regio-montanos—, pasé por la casa de Bárbara después de haber corrido de nuevo en torno a Los Lagos.

Estaban reunidas Bárbara, Itzel —la prima del teniente de policía al que ahora la señora Blaskowitz le sorbe el tuétano— además de la bruja chilena Elizabeth Leblanc Duvalier y mi queridísima, añoradísima, deseadísim, soñadísim... Trilce. Las tres mayores estaban en plan de mujeres abandonadas, sufriendo a seis manos y a seis carúnculas lacrimales. Mi niña Trilce asistía a la escena con un gesto de burla escéptica y soberana. Un vaso estaba sobre la mesita de la sala. Dentro de él un huevo roto disfrazado de feto (*finjiendo ser feto*, escribiría después) y cubriendo el vaso manojos de ruda, hierbabuena y enebro (dijeron). En torno al ícono propiciatorio, un doméstico oráculo de Delfos (conjeturé), varios frascos de perfumes dizque franceses. La sustancia de la escena es que a B acababan de hacerle una limpia.

—Vamos a terminar mal —dijo Bárbara.

—Vamos a terminar muy mal —repitieron Itzel y Elizabeth con ecos de coro griego.

—El problema, muchachas —dijo Trilce tremolando sobre aquellas viejas iguanas su sabiduría de adolescente dueña del arcano— es que ustedes les dan demasiada importancia a los hombres. Si tuvieran como yo un violín para descargar todas sus furias y frustraciones, otro gallo les cantaría. La verdad, la verdad —la tranquilidad con que Trilce lanzó el bárbaro dicitario fue pasmosa— es que no piensan en otra cosa que en buscar quien les moje los calzones.

El padecimiento de Bárbara se origina en el hecho de que el teniente está despilfarrando sus líquidos de amor con una gringa recién llegada de Acapulco. La intrusa es una especie de cosa grande que exuda sexo por todas partes, algo parecido a una jirafa con lentes oscuros y piernas musculosas, dice Bárbara Blaskowitz. El caso es que la gringa es rubia, y al parecer el teniente, poco original, especialmente siendo mexicano hasta los nopales, las prefiere rubias.

El mal de la bruja Elizabeth estriba en hallarse embarazada del hombre al que amó y que se atrevió a abandonarla cuando sus medidas excedieron los noventa sesenta noventa que tenía (o decía tener) en los primeros días de su matrimonio. La verdad es que todos los centímetros parecieron subírsele a las tetas y a la lengua. Al hombre heroico que es su esposo, sea quien sea, le doy la razón por haberla abandonado, y de ñapa le otorgaría una medalla.

—¿Dónde está el sargento? —pregunta la señora Blaskowitz. (Siempre que quiere insultarlo, le dice sargento.)

—Está en su casa hablando con *cierta persona* —responde la bruja mirando el fondo de una taza de chocolate y luego estudiando el huevo dentro del vaso.

—¿Va a volver?

—Sí, pero más tarde —afirmó la bruja— y...

—Sin un centavo en el bolsillo —completó Trilce, con una sonrisa tan socarrona, que Belcebú habría aplaudido. Su sonrisa quería decir, ni más ni menos, que el teniente iba a regresar sin nada que ofrecer en el punto equidistante entre bolsillo y bolsillo.

Por la tarde, después del sainete de las tristes comadres de Xalapa, torno a sentarme ante la máquina y termino, ora sí *for ever*, *El adolescente virgen*. Al finalizar, decido quitarle el horroroso adjetivo, aunque sepa que Dostoievski, mi vecino, escribió una novela con el mismo título: *El adolescente*. Me asomo a mi ventana y veo que el mundo sigue ahí, tan intacto, y que no hay ni una miserable banda de guerra —ni la charanga del barrio ni una marimba de Chiconcuaco— para celebrar el acontecimiento. Allá el mundo, acá yo. Si el mundo no reconoce la genialidad, es problema suyo, no mío. Yo cumplo. Y al cerrar la novela, prendo el último cigarrillo, me lo fumo vengativamente, y destruyo todos los demás. Me veo ahora corriendo por vía paralela a la del ferrocarril, compitiendo con el tren que corre cuesta abajo. Los pasajeros me saludan desde el vagón final. Soy feliz a pesar de que la Providencia quiera enfrentar sus planes con los míos.

—Me palpita el útero cada vez que veo al teniente —dice Bárbara—. ¿Yo qué puedo hacer? Es algo fisiológico, contra lo que no puedo luchar.

Digo comprenderla y la impulso a la confidencia. Ella se entrega. Sabe que sus danzas y andanzas sicalípticas ya andan en boca de todos gracias al doctor Amóribus y eso la hace sentir una Ana Karenina a la enésima potencia (“Escribes para eternizar tu pasa-

do”, me dijo en cierta ocasión. “Tu escritura es una forma del narcisismo y egolatría: piensas que cada segundo de tu vida es imprescindible para la marcha de la humanidad. Por eso escribes todo, todo, en tus benditos diarios, como Anais Nin”).

No la contradije porque sé que casi tiene razón. *¿Und was?* (Habría que hacer un ensayo sobre una concepción del mundo basada en el *casi*).

—Después de la fiesta... —¡ah, hubo una fiesta y no me invitaron!, me digo— me acosté con él a manera de despedida.

—Y ¿cómo estuvo la cosa? —digo con frialdad.

—Más mal que bien. Parece que el sargento estaba más excitado que de costumbre y terminó antes de que yo hubiera montado en mi caballo.

—El eterno problema. ¿Pero sólo lo hicieron una vez?

—Cuando quiso intentarlo por segunda vez, me trabajó tanto que me quedé dormida.

—¡Clásico! Disfrazó su ineptitud con un prurito de perfección.

—Explícame.

—Cuando un hombre se gasta casi todo en su primera descarga, retrasa por mucho tiempo la emisión de la segunda con uno de dos objetivos: permitir que su cuerpo recopile tres espermatozoides extraviados o aburrir a la compañera de lecho. Entonces ella acabará por dormirse y cargará con la culpa del descalabro.

—¿Esta novela es autobiográfica? —preguntó sopesando el mazo de cuartillas.

—Todo lo que escribo es autobiográfico. Hasta en las cagadas trazo historias escatológicas anal-autobiográficas. Por eso se llama “echar una firma” al hecho de mear o defecar.

El encanto de las niñas

A penas entré Katia y Helga me tomaron de la mano, me pidieron silencio y me acapararon. Mami se fue con el sargento. Bueno. Con el teniente. Estamos completamente solas, dijo Katia, y queremos que seas espectador único de un acto de magia que recién inventamos. Colocaron una silla en medio del patio, cerca del naranjo —único árbol en medio del prado—. Allí me hicieron esperar mientras ellas ultimaban los preparativos. Helga, *la bestia*, sería la maga y presentadora. Utilizando la retórica propia de los ilusionistas, prometió que transformaría a una señora viejota y fea en una encantadora señorita. Volvió a repetir la palabra “encantadora”, como si esa fuera la clave del misterio a punto de develarse. Luego armó un tinglado con dos bancos altos, colocando uno boca arriba y otro boca abajo. Entre las patas de un banco se colocó la señora. Esta era, naturalmente, Katia, *la bella*, vestida con una playera larguísima, toda ella en ademán de seriedad, de mujer entrada en años. La señora se exhibió, luego entró en el tinglado. Helga volvió a cubrir todo con sábanas y continuó haciendo observaciones sobre las características de la señora.

—Recuerden —peroraba ceremoniosa como a través de un micrófono— a la mujer que acaban de ver, sus patas de gallo, sus piernas flojas, su papada de mamá cerda, su cintura de refri, para

que luego puedan compararla con la señorita que aparecerá una vez que hagamos la magia mágica.

Helga cubrió el tinglado con un segundo mantel y pidió concentración. También pidió que el público contara hasta cincuenta en voz alta. Una vez terminada la cuenta, Helga fue descubriendo gradualmente el misterio. Lo que apareció fue una Katia semidesnuda, con un ademán de exquisita coquetería, mirándose en un espejo con mango dorado y nácar, al tiempo que se aplicaba *rouge*, lápiz labial, rímel y se teñía el pelo con rayitos dorados, las piernas cruzadas, las pestañas de angelito batiendo como mariposas al sol. Ahora, Katia no era una dama añosa, sino una señorita maquillada y sonriente. ¡Metáfora magnífica de la juventud! ¿Me atreveré a decir que estaba excitado? No mucho, pero sí lo suficiente para sentirme incómodo. Pienso que más bien tenía miedo. Y miedo a ellas, no a mí. Supongo que me emocionan tanto las niñas solamente por el caudal de transgresión que representan y por las potencialidades de su perversidad o su inocencia. Me sentía más que todo conmovido. Si hubiera sido un Paganini, sin duda me habría atrevido a ir más allá con las niñas.

El segundo truco de magia fue similar, pero ahora fue Helga, con su nariz de exposición, quien apareció en ropa interior femenina. Sus senos nacientes creaban en mí un género diferente de curiosidad, que era menos agradable que la suscitada por el ámbito mágico de Katia, cuya gracia es sin duda muy superior y cuya coquetería natural la hacen aventajar en feminidad a su hermana mayor. Justo cuando Helga terminaba de descubrirse llegó Bárbara. Sentí una corriente de electricidad bajar por mi espinazo. Recordé la reacción de la señora Blas-

kowitz, meses antes, cuando Trilce comenzó a merodearme (esa es la palabra correcta). En mí era clarísimo el sentimiento de intimidad violada de la escena. En las niñas, pronto lo sabría, no. Tampoco en Bárbara, que se limitó a decir, dirigiéndose a su acompañante:

—¡Mira qué chula mi niña!

Y luego, mirando a Helga, le preguntó:

—¡No te dio un poco de pena con Ventura? —pero su pregunta no involucraba juicio alguno ni censura.

Bárbara, verdaderamente una mujer angélica, un espíritu casto en el cuerpo más adicto a los placeres que se pueda imaginar. Supongo que el pobre Bataille habría sucumbido a sus encantos y no se habría atrevido a vulnerar a esa especie de santa oficiante del más puro erotismo. Si convirtiera a BB en personaje literario, la llamaría madame Blaskowitz.

Dolor de huesos

Ha habido un acercamiento mayor que en las ocasiones anteriores. Hemos hecho el amor dos o tres veces. Y ahora está más perversa y calculadora que nunca. Se arrodilla a cumplir con el más deleitoso rito mientras manipula el espejo del camafeo que porta al cuello para verse en tan piadosa posición. Luego, cuando la inmiscuyo, ella mueve el espejo para verse, para observar el movimiento de mi cuerpo sobre el suyo. Anoche traje un camión de dormir y lo dejé en mi armario, lo que implica una especie de institucionalización del *affaire*.

Este acercamiento se debe, obviamente, a que sus galanes (sus héroes troyanos, sus galeotes, sus marineros tatuados, los asediados de esta dama digna de una brumosa Odisea xalapense) la han abandonado y yo soy su último recurso —o acaso su única tabla segura en el naufragio de su vida—. Lo que le molesta es que yo le reitere una y otra vez que no la amo. Sí, la deseo, la aprecio, la necesito, me gusta estar con ella, pero no podría entregarle todo mi tiempo.

Suenan los cohetes y los cantos a la Virgen Guadalupana. Sigue lloviendo mientras escribo. Estoy acostado. Y resulta que ayer no pudimos porque le dolían los huesos. Estaba desgredada, ojerosa, lánguida y no tenía ganas de salir de su casa, ni ánimo para arreglarse, ni otro deseo que hartarse como una

cochinita y permanecer echada en un sillón. Yo desidiosamente, moderando mi mal humor, le rascaba la cabeza, mientras Helga y Katia hacían obras de teatro. Helga asumía el papel de mujer seria y Katia de casquivana y superficial, que le queda como anillo al dedo (si fuera cierto que infancia es destino, ya podría ir imaginando a dónde irían a parar las niñas).

La señora Blaskowitz ha engordado un poco. Desde que el teniente la abandonó ha relajado su disciplina. Abandonó con enorme escándalo el taller de teatro al que se había inscrito. Volvió a pelear con Trilce porque con su violín no respeta ni los amaneceres y el bunker a prueba de ruidos no lo es tanto. Madre e hija ya no se hablan ni se miran. Trilce sólo se acerca a Bárbara para pedirle dinero. El dinero que Bárbara recibe por su trabajo y el que el padre de las niñas le pasa mensualmente ya no alcanza.

—Le escribí una carta a mi ex solicitando permiso para hipotecar la casa y construir unos apartamentos en el patio. “Primero muerto que echar a perder el paisaje”, respondió el indigno. “Y con respecto a un aumento de la pensión: pídeselo a tus amantes, que nunca faltan y comen y duermen en la casa que compré para mis hijas.” (Madame Blaskowitz, ahora Penélope.)

Ay, así quería casarse mi Irgla: que en la iglesia recitáramos *El cantar de los cantares*, como lo hacen en la ordenación de las monjas de clausura, y luego hiciéramos no sé cuántas insensateces de orden rimbombante; yo, por el contrario, quería una boda a escondidas en Piedras Negras, y que nuestros testigos fueran un indígena medio borracho y su María, con escuinle a la espalda e itacate en bandolera. Ya estaba comenzando (ella) a pagar nuestro apartamento cuando decidí desaparecer.

Y ya se supo: el teniente de Bárbara se va a casar con la gringa a la manera de los charros: con mariachis, llegando a la iglesia en una carroza tirada por cuatro caballos blancos y llena de claveles rojos. Golpe terrible para el orgullo de la señora Blaskowitz. B me buscó para consolarse y casi lo logra, en un encerrón de tres días, del que salimos lastimados de todas nuestras noblezas. Después de ello, decidí darme unas vacaciones y gastar todo lo que tenía. *¡Partir, partir, palabra del viviente! Paucas pallabris.* Qué ganas de comer mierda. Partir aunque sea de mentiritas, ver a otra gente, ser otra persona, menos doméstica, con pasiones menos conocidas. Salí a comprar un boleto a cualquier parte del mundo. Cualquier parte en este caso fue Cuba, que estaba al alcance del presupuesto. De los cinco mil dólares del concurso (no historiado) quedaban dos mil. Era indispensable gastarlos para volver a la equitativa miseria del maldito Chicontepec.

Fui y volví. Allí tuve una especie de romance pseudo revolucionario con Rayza, una adolescente cuya historia trasladé directamente a la novela por entregas.

Año nuevo cuesta abajo

La noche del fin de año la pasé con la señora Blaskowitz y su familia. Asistí a una escena de violencia entre B y su hermano, un Valentino que hace propagandas de relojes en la televisión. El hermano estuvo a punto de pegarle. La defendí. Luego soporté en silencio las amenazas del individuo. Finalmente fuimos a almorzar a casa de la abuela de B. Allí, frente a toda su familia, la señora Blaskowitz dijo:

—*Je fis l'amour pour la première fois ici.*

La abuela, que ya casi tiene cien años, estuvo de buen humor. Es una mujer severa, encorvada, practica la brujería pero detesta hablar de ello. Habló sobre sus años de infancia, cuando el abuelo Shelley —los antepasados de B son un río confuso de sangres, del que no parece estar ausente ninguna— la llevaba a pasear en tren.

—Era ingeniero de ferrocarriles. Recuerdo que cuando había balacera me escondía debajo del tren.

En un interludio B me llevó aparte.

—¿Crearás que el 23 de diciembre un tipo tímido intentó llevarme a la fuerza a un motel?

—Fue tu oportunidad para ser violada.

—Pero así no me gusta. Quisiera que me violaran sin decirme nada. Y el tipo me la estuvo anunciando. Lo mandé al cuerno.

—¿Y ahora cómo estás?

—En crisis.

—Como de costumbre.

—¿No habré estado equivocada toda mi vida? ¿No habré sido toda mi existencia un error? Ayer fui a misa y vi a la gente que tiene fe. Lloré mirando el fervor de mi pueblo (ya Bárbara se asume más mexicana que la Virgen de Guadalupe) y pensé que todos ellos tenían un ancla. Yo no la tengo.

¿Qué decirle, si yo sentía lo mismo con respecto a mi persona? El torrente de nuestra insaciabilidad desembocaba en el desierto, que parecía ser la única salida de nuestro laberinto.

—Y a mis hijas, ¿las habré educado mal? ¿Ha sido un error educarlas para la libertad y para el amor? ¿Hubiera sido mejor dejarlas en manos de las monjas, como quería mi ex?

Tras las confesiones nos escondimos en el baño de la abuela y nos lastimamos las dignidades. Regresando a casa dormí. Desperté a media noche con la conciencia de que nada podía salvarme. Había soñado que por volar demasiado alto rozaba unos cables de alta tensión, sufría un tremendo shock, perdía la conciencia y comenzaba a caer en un abismo. En el sueño escuchaba insistentemente una expresión: Desacariciar a una mujer.

Al regresar de Cuba encontré a la puerta de mi casa a mi gata *Atenea*: gorda y grande como si nunca hubiera partido. La tomo en brazos y la llevo adentro. Estoy tan emocionado con mi vida, que desperté varias veces en la noche, pensando que era hora de salir a correr y empezar un nuevo y extraordinario día en la vida de Ventura. ¡Qué gran acierto el de mi padre al escoger semejante nombre! ¡Salud! *Y paucas pallabris. I'm the king of England, when I pray God answers.* Hablé con un editor gordito —gran

consumidor de tacos, fumador enloquecido, que maneja a ciegas, al tiempo que lee los libros de su editorial o mira los de la competencia en medio del tránsito infernal del Distrito Federal— y me dijo que vendrá a Xalapa el 20 de este mes a traerme el contrato y las galeras de *Así es la vida*. Mi viejo amigo Edmundo dijo que tendrá escrita la nota de contraportada la próxima semana semana. ¡Uf!, qué ocupado estoy, cuántos compromisos, mis tres secretarías no se dan abasto para responder las llamadas de todo el mundo: congreso en Budapest, conferencia en Lima, Inauguración de Cursos en la Complutense, Doctorado Honoris Causa en Harvard, un alud de cartas en todos los idiomas del mundo, cajas llenas de telegramas, cartas de admiradores, amenazas de suicidio si no respondo llamadas, entrevistas de inocentes estudiantes con cien preguntas, “por favor para el viernes”, periodistas japoneses, canadienses, australianos, que quieren que les firme ejemplares y les dé algún adelanto de mi próximo libro, que si quiero ser jurado de concurso en Coatzacoalcos y Manizales, que si quiero ser asesor literario de Planeta, Plaza y Janés, Montesinos y Sudamericana... Mejor desconecto el teléfono (no tengo teléfono) y me voy a vivir a mi cabaña en Villarrica, donde sólo me conocen mis amigos borrachos y analfabetas. Sueños. Sigo siendo el mismo perro bajo la escalera de siempre.

¿Qué decir? Acaso haya significados ocultos, símbolos, liberaciones incomprensibles, pero lo que yo siento es degradación, miseria e insensibilidad. ¿Qué me pasa? Ensayo una respuesta: sé que la ficción con Trilce no va a funcionar, y que después de una relación tan larga y tormentosa con su madre, es una insensatez acercarme a la niña. Mis ilusiones, mi lascivia espiritual son sin duda parte de una pose, de una falacia, que propicio inconscien-

temente para disipar una soledad y un vacío que nada y nadie pueden llenar. Si me acerco a Trilce y cumplo con mis fantasías, todo reventará tarde o temprano como una vejiga purulenta. *¡Huir, huir, palabra del viviente!*

—¿Sabes? —en cuanto escuché el “¿sabes?” supe que venía un reproche—. Anoche lloré después de tomar una decisión —estaba con los ojos fijos en el suelo—. Decidí no volver a verte más.

La verdad, la verdad, su decisión me tenía sin cuidado. Es más, podría haberla aplaudido con entusiasmo. Pero uno no puede andar lastimando las más sensibles criaturas de Dios así nomás.

—Y, ¿conoces por qué? Ayer estuve en La Tasca y en una mesa cercana estaba la mujer esa, la grandota, la alemana.

—Bárbara Blaskowitz.

—Esa, tu famosa madame Bovary. Y comenzó a hablar en voz alta. “No imaginan cuánto me quiere Ventura. Yo chasqueo los dedos y él viene moviendo la cola. La verdad es que yo también lo quiero, pobre demente. Pero lo quiero como se quiere a un bebé de pecho. ¡Es tan tonto! Se cree don Juan Tenorio, Fausto, Mishima, Miller y el muy candoroso está sentado ante la máquina de escribir esperando que le den el Premio Nobel. Precisamente este pasado fin de año estuvo en mi casa y pasamos el filo del 31 haciendo el amor. Es más, creo que tuvimos un orgasmo compartido exactamente a las doce de la noche. ¡Al filo del tiempo! Dicen que lo que uno comienza haciendo en un año, lo seguirá haciendo el resto del año. Después nos bañamos y fuimos a casa de mi abuela, y no lo van a creer, lo llevé al baño, lo usé a placer y lo arrastré hasta la iglesia y lo vi rezar. Con estos ojos lo vi rezar. Es un lobo con piel de oveja.” Eso dijo la ixcuiname, la comedora de desperdicios.

Así habló la Princesa Carmina Ximena Escriba.

—Y ¿sabes qué? —dijo—. Mientras la lunática esa hablaba, volteaba a verme.

—¿Con quién estaba?

—Con un médico de bigote turco. Y ¿sabes lo que le decía? “Pero sólo a ti te amo”, y se le colgaba del cuello. Cabrona, como si el amor retoñara cada tres meses. Y ¿sabes qué? Luego me miraba ya descaradamente y decía: “Pero qué feíta. No sé qué le ve Ventura, si hasta parece mongólica la pobrecita. Mírala, parece tener tetas hidrocefálas.” Y ¿sabes qué hacía yo? Aguantarme, aguantarme, porque yo no soy persona de palabras. Si me levanto la mato, le saco los ojos, le pateo el...

Estaba llorando mi Carmina. Y yo no tenía palabras para calmarla ni ánimo alguno. Sólo quería que se fuera pronto. En fin, la Princesa se sintió muy mal, se le agotaron las lágrimas, volvió a jurar que no me vería ya más, y se durmió cediendo para la memoria literaria el espléndido espectáculo de sus senos monumentales —los pechos más destacados de La Parroquia— sobre los que dormía *Atenea*.

Mirándola dormir escribo esto y quisiera amarla cuando menos un poco. Pero no puedo.

Despertó a las doce y se volvió a entregar mientras negaba que quisiera hacerlo. Jugamos *a la derrière*. Tuvo dolores y entonces fue cuando recordé aquella ocasión en que a Irgla se le quedó el sombrero postizo del Gran Caballero en lo más hondo del laberinto y tuve que llevarla al hospital, lo que hizo la muy tierna enmascarada, como si acabara de llegar del carnaval de Venecia.

Tras el ajeteo dormí y soñé con la mujer de ojos persas. La vi llegar a mi casa y reconciliarse. Inmediatamente le escribí

pidiéndole que me devolviera mis cartas –ah, lo de las cartas fue un rapto: tres cartas diarias durante dos meses, ni Joyce podría haberme ganado– y reprochándole que me hubiera olvidado tan radicalmente. Tiene razón mi inconsciente. Aunque pase la procesión entera de las once mil vírgenes por mi cama y ella se case cuarenta y cinco veces y tenga doscientos hijos jamás podré olvidarla. Recordé el sueño de hace un año: al despertar, al lado mío, sobre el colchón, había crecido un árbol exquisito, con frutos de oro. Bajo ese árbol descansaba mi Irgla sonriente, amable y sin embargo diabólica: *Nunca lograrás liberarte de mí*. Casi a manera de venganza me senté inmediatamente ante la máquina. Eso fue hace doce meses. Y ahora que comienza el nuevo año vuelvo a repetir ese acto elemental que espero sea mi salvación a la hora de las cuentas finales. ¿Escribir, será acaso suficiente?

CUARTA PARTE

PAGANINI REDIVIVUS begs to make known, in reply to numerous inquiries, that the seldom performs Beethoven's Concerto, Mendelssohn's Concerto, Tartini's Devil's-Sonata, Bach's "Chaconne", or the other stereotyped pieces of the inevitable so-called classical repertoire. Paganini Redivivus has herd them so frequently hackneyed about but little conservatoire pupils on the Continent, that they have lost their importance to him. However, although from the violinistic point of view they are worst than trivial, still as musical compositions they are very admirable. Therefore later on Paganini Redivivus may be induced to give a SPECIAL RECITAL of the above stated pieces, in order to show the London public how they should be played.

London Times, 2 de marzo de 1883

Clases de violín

Le pedí a la hija de Bárbara que me diera clases de violín. Pidió un lingote de oro por hora de 45 minutos sin dejar de mascar su chicle, dejando deslizar su mirada de abismo entre la fronda de sus pestañas. Nunca creí que se atreviera a pedir tanto. Pago eso y hasta tres ojos de la cara, pensé, mirando a la niña que me hacía fumar los dedos y jurándome a mí mismo que no iba a cometer una torpeza. Dejaría que las cosas siguieran su curso.

—Y no admitiré que te propases...un minuto más —dijo sonriendo con ese destello de encanto de bestia joven que la hace tan turbadora.

—A ver, toma el violín y haz una escala de *do* mayor.

¿Una qué? Yo toco el violín como si montara una bicicleta, como si tripulara una mujer. No sé nada de escalas. Tengo idea de las rayas y las bolitas. Del pentagrama. Sé navegar sin instrumentos y hasta el presente no he naufragado.

Tomé el violín. Cerré los ojos y me dije: tocar una escala debe ser como subir una escalera. Simplemente subes y no miras los escalones.

Cuando llegué al rellano abrí los ojos.

—Deja el violín a un lado.

Tomó una de mis manos. La sopesó. Relájate, dijo. La acarició.

—Estas manos nunca, nunca, llegarán a interpretar ni la pieza más elemental con la sutileza necesaria. Eres pesado, torpe, cursi, excesivo, falta de toda armonía —¡otra insultadora! Dios, cómo me persiguen. Hace algún tiempo tuve una mujer. Bueno, casi tuve una esposa, que me insultaba hasta dormida—. Vuelve a tomar el instrumento e interpreta cualquier cancioncilla.

Me atreví a lanzarme contra *Santa Lucia Luntana*, una de las pocas piezas que podía interpretar a mis quince años, en el gallinero que fue mi sala de conciertos hace ya tanto, tanto tiempo. Trilce enterró la uña de su índice derecho con una saña terrible en mi cuello, en la muñeca derecha, en la cintura, en las piernas, al tiempo que decía:

—Tocas con el cuerpo tenso, con la muñeca derecha tiesa como una piedra, con los hombros y el cuello rígidos. El cuerpo debe estar relajado, como si estuvieras haciendo ejercicios de yoga. La muñeca que lleva y trae el arco debe moverse en armonía, casi como un pincel que va y viene sobre un lienzo.

Toda la clase la dedicó a asuntos técnicos. No hubo ni un instante de deleite, como no fueran las miradas de reojo y a escondidas que le lanzaba al candorosísimo seno, al talle de menta y al horizonte delicioso de su cuello. Allí donde se juntan el mar de sus ropas y el cielo de su busto, perdía este inocente su vocación de músico.

—Eres demasiado masculino. Para tocar bien el violín hay que conservar vivo el espíritu casto que todos traemos dentro al nacer, dejarse poseer por el instrumento, ser ligeramente andrógino, como Paganini, cuyo carácter diabólico no era tal, sino simplemente una feminidad mal entendida.

Ahí comenzó a recrudescerse el asunto con Paganini.

—¿Sabías que Paganini tenía una debilidad enfermiza por las niñas impúberes, que no se bañaba durante meses, que mató a una niña en un burdel, que las ancianas perdían la compostura y que caían presas de una lujuria incontrolable en sus conciertos?

—Eso no es nada raro. Yo también tengo las mismas debilidades y otras que cultivo en mi jardín particular.

Lo dije en voz baja, enterrando el dedo gordo en las arenas movedizas. Trilce no se inmutó. Cuando ella habla solamente parece escuchar su propio eco.

—Fue el más grande violinista que haya existido y existirá —suspiró, mordiéndose un borde del labio, observó las yemas de sus dedos con ojos de bella iluminada—. A los grandes se les debe permitir todo.

No respondí. Sólo los dedos de mi mano izquierda hablaron, arqueándose nerviosos o juguetones sobre el cuello de mi Stradivarius de circo, el que compré con mi primer cheque de derechos. En ningún momento me miró a los ojos. Me prohibió determinadamente que a partir de entonces interpretara piezas aunque fueran elementales. Lo primero era dominar los rudimientos. Escalas, escalas, escalas.

—Tienes que subir y bajar escalas, soñar escalas, interminablemente, horas y horas y horas, hasta que cada nota sea perfecta, inconfundible, una obra maestra en sí misma.

Tuve la tentación de decirle que no quería ser concertino de la Orquesta Sinfónica de Moscú, sino tocar para mí en las horas de soledad o desconsuelo, pero estoy seguro de que si se lo hubiera dicho, habría cancelado definitivamente las clases.

En la segunda clase estuve desastroso, semiadormecido, bostezando continuamente, al tiempo que miraba con fruición de borracho a mi pequeña maestra.

—Qué pasaría si yo fuese un estricto profesor austriaco y estuviésemos en Viena —dijo Trilce masticando las palabras—. Eres miope y obtuso, das los golpes de arco como si estuvieras a punto de vomitar, careces de ritmo y las notas son ambiguas, confusas. No haces música sino algo entre melcocha y ruido de aserradero. Y, ¿sabes por qué? Porque crees en las estupideces de los manuales de música. Colocas el cuerpo como si estuvieras posando para una estatua. Aprietas la mandíbula, tienes la espalda tensa, pareces estar esperando el disparo de salida de una carrera de cien metros.

Volví a colocar mi cuerpo en posición. El pie derecho adelantado. La muñeca izquierda curva sobre el cuello del violín. Puse el instrumento en línea con mi tórax. Trilce se paró frente a mí. Movi6 la cabeza denegativamente.

—La verdad es que no existe una posición correcta para tocar el violín. Cada persona debe descubrir su propia posición y ella depende de la longitud de los brazos y de la configuración de la estructura 6sea. Casi todos los maestros enseñan a tocar mal, los métodos cl6sicos son absurdos, piden a sus alumnos que usen m6sculos antagon6nicos a los que deben usar. El violinista tiene que imitar a la naturaleza, no ir contra ella.

No deja de sorprenderme. Habla con la propiedad y la erudici6n con la que quiz6s hablaba el peque6o Mozart. Es un peque6o monstruo. Su desprecio al mundo entero y sus mezquindades le ha permitido leer toda la biblioteca de incunables que hay en el viejo Colegio Preparatorio.

Tomó mi brazo izquierdo y lo colocó en ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a la clavícula. Modeló mi muñeca con su mano. Respiré hondo. Intenté una escala.

—Imagina que estás en una corte y que te miran damas de altos peinados, con joyas deslumbrantes y escotes profundos. Piensa que Vivaldi está entre los presentes y que cada nota tuya será juzgada severamente y que si te equivocas te cortarán la cabeza.

La mano del arco temblaba. Una nota que debía ser larga y sostenida fingió brincos de rana sobre el agua pantanosa. El arco formaba un ángulo borracho con respecto al puente del violín.

—Serás un escritor medianamente soportable, pero como músico eres un macaco. Las cuerdas del violín no son uniformes, sino que tienen arcos y nudos. Si tocas sobre un arco constantemente, el sonido saldrá parejo, pero si vas de arco a nudo, tu sonido saldrá como el encefalograma de un maniático, ¿entiendes?

Tomó el violín. Lo hizo con gracia y energía. Emitió una nota larga, solemne, majestuosa. Me puso el instrumento en las manos.

—¡Así! Toca cada nota como si fuera una catedral gótica, imagina que eres Ruggiero Ricci o Hacha Heifetz, párate con elegancia, con el cuerpo descansando, cierra los ojos y contempla un sereno curso de agua cristalina en el bosque. Unas criaturas de pies sutiles y cuerpos de gacela, envueltas en telas tenues como nubes transparentes, te observan.

Pensé: mejor tiro el violín y voy a buscarlas. Pero no lo dije. Miré su cuerpo, ese rostro de criatura tráfuga de un paisaje de Bougereau. La belleza y la armonía de Trilce son subyugan-

tes, ensordecedores, aletargantes, son como una cascada, como un raudal que baja entre piedras pulidas por siglos, como una estampida de búfalos, como ... ¡mierda!, le dan ganas a uno de hacer poesía. Lo que Bárbara tiene de masculino, esa fuerza de vikinga wagneriana, en su hija es quintaesencialmente femenino: hay tal encanto en el conjunto de su persona que uno no tiene otra alternativa que quedarse extasiado contemplándola. Pero existe en ella una tensión no resuelta que hace pensar en un bicho de venenos desconocidos.

Trilce notó el sesgo de mi mirada. ¿Cuándo, querida Trilce, cuándo le pides licencia al Señor de los Sueños para salirte del olimpo y entrar en mi corazón y en mis entretelas? De tanto mirarla perdí el ritmo por enésima vez. Trilce tomó un par de libros y los hizo chocar a manera de metrónomo.

—El arte entra con sangre. Tú nunca vas a llegar a ser un artista. ¿Sabes por qué Paganini llegó a tocar como nadie lo hará jamás aunque la posición de su cuerpo al hacerlo era absurda, grotesca, casi animal? Porque su padre, que era tendero, lo obligaba a tocar tras la pared de la tienda desde los tres años de edad. Y cuando el niño dejaba de tocar, su padre iba con un látigo y le despellejaba la espalda. Paganini pasó toda su vida tocando violín o violando niñas, por eso es que nadie podrá volver a tocar como él.

Según Trilce, el arte de tocar el violín se hace fácil cuando el violinista descubre el ángulo en el que debe estar su brazo izquierdo. Para ello debe mirarse constantemente en un espejo, hasta lograr que el arco corra absolutamente paralelo con respecto al puente.

—Es un asunto cósmico. Cuando un violinista toca bien, está cumpliendo con las leyes de la totalidad, forma parte de la

sinfonía universal, es llevado por la mano de Dios. El gran secreto del artista es este: hay que herir un punto y limitarse a él, nada más. Cualquier otra ambición es absurda. Tocar bien el violín es la cosa más fácil del mundo cuando se descubre el punto que hay que herir. Lo difícil no existe. Cuando se encuentra algo difícil es porque se está haciendo algo mal.

Al final de la clase mi pequeña maestra (ya cumplió dieciséis, pero sigue pareciendo una impúber) estaba sudando, se comía las uñas, se mordía los nudillos, más que respirar suspiraba.

—Quizá en tu tercera encarnación llegas a ser violinista. Por ahora apenas puedes aspirar, con esfuerzo y disciplina, a ser comparsa de ciego. ¿Sabes lo que te está perjudicando? Esas salidas al mundo.

Frunció la naricilla de princesa rusa. Sus ojos destellaron como la estrella más radiante del cielo (perdón por la boba y sin embargo literal imagen).

—Esas salidas al mundo te van a estropear. La Parroquia te va a acabar como artista. Tienes que hacer lo que yo hago. Encerrarte a piedra y lodo. Quizás tengas salvación. Dime, ¿qué estás haciendo?

—Escribo una novela de amor.

—Llevas veinte años escribiendo una novela de amor. Me hablaste de ella cuando te vi la primera vez. Tu autobiografía amorosa, supongo. La exaltación de tu vanidad de macho.

—Hay algo más. Yo también quiero herir un punto, como dices.

—¿Cuál?

—Quiero escribir una novela como una espada que atraviese el pecho del lector, una obra que sea un abismo del que nadie

escape, sin valles, con puros picos nevados. Descubrir la sustancia más íntima de la mujer, desnudar su misterio o su embuste.

Trilce sonrió. Haber recorrido el mundo con su violín Amati exhibiendo sus gracias de niña prodigio (hay un largo periodo de ausencias que no he detallado y espero se me disculpe esta nueva omisión) le había pulido esa tranquila superioridad de los que se saben destinados inevitablemente a los aplausos y las adulaciones.

—Pareces un niño. Todavía no te das cuenta de que el mundo de los sueños es inalcanzable o que es un paraíso que perdimos hace tiempo. Quieres violentar la naturaleza. Eres un campesino educado a prisa. Eres *kitsch* en grado sumo: crees posible pescar la perfección y hacerla encarnar en una mujer, en una obra, quieres aclimatar a los pájaros bajo el agua. En cualquier arte hay que seguir las leyes de la vida: es necesario tener remansos de paz, para que cuando venga la intensidad, ésta apriete el corazón del lector, del que escucha, del que mira.

¡Dieciocho años! Dieciocho años y habla como la voz de Dios. Extendió la mano derecha y con el dedo índice de la izquierda acarició su palma abierta. Dejó sobre ella el dinero. No hablamos sobre su madre ni sobre las viejas complicidades. Hubiera sido inútil insistir: ella no existía sino para ser virtuosa. ¿Yo? Pues, el viejo chisme. Sigo empeñado en ser un genio literario, pero mientras llego a serlo, quiero hacer unas cuantas piruetas, dos o tres paradas en el camino, dormir en posadas amables con mozas generosas, beber buen vino y comer truchas sin mojarme el culo.

—No estoy segura que tengas el rigor necesario para aspirar a ser un Chéjov —dijo—. Pierdes mucho tiempo en escoria, la

lascivia y el desenfreno te comen el cerebro. La ambición, la vanidad, la intemperancia te acosan.

¡Los ojos de Trilce, esos ojos de color topacio, circón o aguamarina, de paisaje antes del viaje, esos ojos como ramas cargadas de frutos! Quisiera comparar los ojos de la madre y la hija, decidir de una vez por todas cuáles me emponzoñan el alma con más deleite.

Mi maestra abrió la puerta que da a la calle, después de dejar escrita sobre el libro de Crickboom la tarea. Salí cabizbajo y rasguñado por las espinas de las frondas de los rosales hirsutos y polvorientos que rodean la casa. Sentí a mi niña allá atrás esbelta, alada, dueña del poder de su juventud y de su talento intacto, con su espada flamígera en la mano. Sus observaciones me deprimieron. Razón tenía: me faltaba fibra y me sobraban ganas de dilapidarme a mí mismo. ¿Conclusión? Me prometí desollarme los dedos hasta los huesos con las cuerdas del violín el fin de semana y dedicarme al ascetismo.

Bartok

¿Qué hacer? Prendo el aparato enemigo. Como una obsesión, como una aviso del infierno o del cielo —¿quién puede decir con conocimiento de causa la diferencia?—, como una pesadilla, veo a la señora Bárbara Blaskowitz. Está en el noticiero del Canal de Veracruz. Bárbara, como Proteo, asume todas las personalidades, como Dios, está en todas partes: al lado del gobernador inaugurando un puente, en la fundación de un nuevo refugio para niños desvalidos, como asesora del director del nuevo reclusorio, como madrecita de alcohólicos, neuróticos, drogadictos y madrina de equipos de ciegos, como líder de un sindicato diferente cada año, encabezando una campaña para recoger víveres para los indígenas de los altos de Chiapas. Y siempre se renueva, eterna Bárbara, no permite las ofensas del tiempo sobre su cuerpo de diosa del Walhalla y su espíritu de amazona.

Bárbara Blaskowitz parece una enfermedad incurable: quien la conoció no la supo jamás olvidar. Quién la amó que no la amara a primera vista. Quien conoció la ciencia de sus labios la recordará hasta el borde de la tumba inhóspita. Tirana. Apago el aparato. Tomo el violín. Los ejercicios me absorben y adormecen, gastan mi fuego, mi dotación cotidiana de fuego. Poco a poco voy encontrando, con ayuda de Trilce, los secretos del vio-

lín y de la música. Hoy supe con asombro que los tonos melancólicos, menores, y los alegres, mayores, tienen sexo: unos son masculinos y otros femeninos. Todo obedece a las mismas leyes. Las mujeres son como los violines: sólo ceden sus secretos a quienes sepan interpretarlas.

Trilce estudia por una especie de mandato divino, de auto-sacrificio. ¿Para qué encerrarse a estudiar violín como una maniática, si dice que ya no va a salir a dar conciertos, a enseñar su arte? Trilce no da razones.

Pasa la existencia reclusa en la casita cuya renta le paga su padre, por el rumbo de la vieja carretera a Coatepec. En las últimas semanas estuvo preparando una pieza para violín solo de Bartok. Aquello era una especie de choque de ejércitos impíos entre relámpagos y truenos, remansos y cataclismos, un despeñadero de aguas que arrasaban al universo entero, aquello era la conciliación definitiva y el apocalipsis, todo bajo el poder de aquella criatura que con el instrumento en las manos parecía un dios empeñado en construir y reconstruir un mundo que no terminaba de quedar a su medida y deleite. La idea original era presentarse en el Teatro del Estado y luego firmar el contrato para iniciar una gira de conciertos que la haría recorrer varias capitales de Europa Oriental. Luego ya no le interesó el asunto: todo se reducía a batallar contra la tremenda dificultad de la pieza.

—El público me pone nerviosa —dijo—. Ante el maestro de perfeccionamiento en la escuela de Milán fui capaz de ejecutar lo que casi nadie ha hecho. Pero basta que dos o tres antropoides me estén mirando para que los dedos se me pongan tiesos como ramas secas.

Los hombres no son otra cosa que estorbos en su vida. Una vez que logró independizarse de su madre, pudo escapar del círculo depravado de los hombres que asedian a la señora Blaskowitz como bestias en celo y que miran a su hija con codicia.

No puedo dejar de embobarme ante la energía y la pericia violinística de Trilce, pero tengo otros deberes para con la eternidad. Me dedico a leer las *Memorias* de Simone de Beauvoir: lentas, lentas, con algunos hallazgos no del todo deslumbrantes. Mi intención es leer toda la literatura femenina que pueda, para lograr en mi libro (la obra maestra del mes, comentan los compañeros de oficina, que me ven seis de cada ocho horas convertido en un póngido, robándole tiempo a la Editorial para dedicárselo a mis novelas) el otro ángulo de la perspectiva amorosa.

Virginia Woolf, en una conferencia que se ha hecho célebre y que se convirtió en una especie de manifiesto de las mujeres que han aspirado a ser escritoras y seres humanos plenos, señala que el gran defecto de muchos novelistas hombres es que escriben exclusivamente con la parte masculina de sus espíritus. Y señala que las almas auténticamente grandes son andróginas y que gracias a ello pueden dar cuenta de la naturaleza humana en su complejidad. Los drenajes de las almas femeninas desembocan en el mismo mar de incertidumbres.

La Parroquia es el hoyo negro de Xalapa. Los machos y las hembras de este pueblo van a ese café como si fueran a misa, en la esperanza de conocer a alguien diferente que naturalmente nunca llega. Entré como habitualmente lo hago, tratando de no ser visto y de ver lo más posible, para tener un registro completo de los enemigos y un dominio del campo de batalla. Allí estaba

Bárbara, espléndida como la reina de las nieves, imperando en medio de una jauría de lobos aullantes. Bárbara disfrutaba de su corte de ancianos, en cuyo centro se hallaba el médico turco que parece una rata del drenaje profundo de la Ciudad de México. *Recientemente se ha descubierto una nueva raza de ratas, del tamaño de perros doberman, que viven bajo la Ciudad de México y son inmunes a todos los venenos conocidos.* El turco hacía el papel de príncipe consorte. Era el número catorce (tal vez exagere) en la lista de sus amantes conocidos y todo el pueblo lo sabía. Tomé asiento en un rincón alejado del ruido, con la intención de leer unas cuantas páginas de mi Libro de la Guarda. Sin embargo, no pude concentrarme. Noté que la señora Blaskowitz volteaba frecuentemente. La saludé a distancia con lo que quería ser una afectuosa, leve y amable sonrisa. Vi que se ponía en pie y avanzaba hacia el segundo piso, donde están los baños, y con asombro descubrí que pasaba a unos cuantos centímetros de mi cuerpo y no saludaba. ¡Emergencia! Algo muy grave debía estar pasando para que su nobleza teutona incurriera en el bajo recurso de la indiferencia. Sin embargo esperé que al bajar se sentara a mi lado. No lo hizo. Pero tampoco fue a sentarse con el turco y sus seniles. En realidad dio un rodeo, supongo que estaba dudando, y se dirigió a mi mesa. La domino, pensé, está en mi poder. Bastó que lo pensara para que ella cambiara de rumbo otra vez y se sentase con una mujer de la Sociedad de Adictas a las Relaciones Destructivas. Pensé: me está poniendo una trampa: espera que yo haga el movimiento de acercarme; se ha sentado en un sitio neutral. Pues voy a caer en la trampa: cuando me lo piden amablemente puedo ser humilde. Estoy dispuesto a ponerme de rodillas ante quien se ponga de rodillas frente a

mí. Me puse en pie. Avancé hacia ella. Me senté a su lado. Le di un beso de albañil en la mejilla, que ella ofreció con desidia, cuando habitualmente hace aspavientos de placer, hummm, como si un simple beso la hiciera absolutamente feliz. Hablamos de lo básico y dejamos lo demás en el umbral de los emocionantes malentendidos.

Le dije que la había visto en la televisión. Comentó que ganaba diez mil pesos sumando los cuatro trabajos que tenía. Once veces más que yo, respondí. ¿Qué haces?, preguntó. Escribo mi obra maestra del mes, respondí. Y a veces me lastimo mi parte más tierna pensando en ti, agregué.

Bárbara se había dedicado a leer palmas de manos. En este pueblo no hay muchas diversiones, las hembras disponibles escasean y casi siempre hay una cortina de niebla que parece nata de leche recién hervida. El resto del tiempo caen sobre el mundo gotas que parecen pedradas. Por eso a la señora Blas-kowitz nunca le faltan clientes. Le tendí la mía.

—Tienes mucha suerte —dijo—. Has disfrutado de muchos amores. En tu vida hay un triángulo. En tu mano derecha veo dibujada una estrella de David. Posees un profundo instinto artístico.

Todo lo anterior era, sin duda, muy poco brillante, más chisme que premonición, hum. Luego:

—Andas bajo el agua y casi nunca te asomas a la superficie. Siempre estás recomenzando.

—¿Qué?

—Todo.

Miré sus ojos del color azul violeta, transparentes y aterciopelados, sensibles, sentimentales, como deben ser los de una

mujer que ha hecho del enamoramiento su profesión. A diferencia de los de su hija —bellos a extremos desasoseantes pero fríos, de una mortal severidad—, pregonaban una condición desolada, un ansia de protección, que la habían entregado desnuda al antojo de una horda de impertinentes. Si había serpientes en el campo florido de Bárbara Blaskowitz, nunca lo supe. Gocé de ella hasta que otros mortales le tocaron el corazón, vía directa a su boca y su entrepierna. Cuantas veces salí de Xalapa al regresar ya había otro individuo alelado en su regazo.

—Tienes unos ojos hermosos y castos —le dije. No me atreví a agregar “diferentes a los de tu hija, que parecen anunciar cuidado con el perro”.

—¿Sabes leer ojos?

—Sólo algunos. Sólo los ojos de las mujeres enamoradas.

Entonces le expliqué mi historia favorita para cazar a cierto tipo de doncellas poéticas. La señora Blaskowitz no es doncella en ninguna de sus partes, pero sí tiene el don de la poesía, especialmente en la boca más juiciosa y abnegada que he conocido. También le conté un sueño con bestia incluida. Ella replicó con lo que llamó “El sueño de la telaraña”.

—Soñé que las relaciones de los seres humanos son como hilos de araña.

Guardé esa idea y ya en casa me puse a destramarla. Tenía razón la madre de Trilce: la telaraña es el tejido de la vida y uno está ligado por hilos sutilísimos con muchas personas. Bárbara tiene buenas ideas pero no sabe aprovecharlas. Le basta vivirlas, para luego verlas extinguirse en la noche de la amnesia.

—Es curioso —dijo—: tu vida y mi vida parecen estar coincidiendo de nuevo.

Y luego, cayendo en uno de sus habituales trances depresivos:
—Tengo una relación con un tipo que me considera el depósito de sus vicios.

Entendí que se refería a otro. No al médico turco.

Me gusta la imprudencia, la irresponsabilidad de esta gallarda mujer y siento por ella un rabioso llamado del cuerpo. ¿A qué se dedica ahora, aparte de leer manos y servir de consuelo a desdichados? Dice que es maestra de teatro, que toma clases de danza, que vive con ganas, que continúa con sus sesiones de terapia colectiva. De ella me sigue atrayendo su paradójica condición: es grandota y saludable, pero tiene una sensibilidad dolorosa, de prima dona.

Es cierto lo que dice Petronio: no hay que confiar demasiado en los planes que uno se traza, pues la fortuna tiene sus propios designios.

Y si olvidara los sueños locos que tengo con respecto a Trilce, si le dijera a Bárbara que la nena me está dando clases de violín y le jurara que mis intenciones son sanas. No cubriría a tu hija ni por todo el oro del mundo, pensé decirle recordando a una amiga mía de nombre Desdémona. Todo lo había calculado antes de encontrarme por segunda ocasión con la madre de Trilce.

La hallé de buen humor. Yo también lo estaba. La noche anterior había soñado con una sueca de lengua de vaca y luego me había lustrado el pellejo pensando en aquella ocasión en que mi Irgla, obnubilada por los humos de la *cannabis* por primera vez en su vida, le había hecho los honores a mi cabeza menos pensante, mientras yo estaba sentado como un emperador en un sillón reclinomático y afuera caía la nieve (recordar esa escena para La Novela).

—Es escritor y se cree obligado a ser maestro de insolencias —dijo Bárbara, dirigiéndose a la mujer que estaba en la mesa de al lado.

—Pésimo escritor, pero escritor al fin y al cabo —aclaré.

Luego hubo una pausa. Llegamos a la zona del silencio. Ella se puso en pie. Me dio un beso de despedida.

—Me siento muy alegre de... verte —dijo, y yo arreglé en mente la frase: estoy muy alegre de que nos hayamos reconciliado. Mientras la besaba vi que el turco, quieto en su silla como un soldado en su puesto de guardia, nos estaba mirando. Ojalá el tipo le haga una recriminación, ella saque una pistola del bolso y le ponga un punto final en la frente, pensé. Pero, ay, en este pueblo no pasa ese tipo de cosas. Las únicas tragedias que pasan en Xalapa son las que se leen en los periódicos. La Atenas Veracruzana sigue siendo un ranchito alegre.

El resultado de semejante encuentro fue un hambre nerviosa que me impidió dormir bien esa noche. Soñé que hacía el amor con la Princesa y con su hermana menor. Mientras estaba metiéndole el lingam a la Princesa, me dedicaba a besar a su hermanita.

El jefe está leyendo *El adolescente virgen* (opus 008 del baúl de los inéditos). ¡Ese título, ese título, qué absurdo! Leyó 150 páginas durante el fin de semana, lo que es buen indicio. Dice tener algunos reparos. Veremos. *Paucas pallabris*. La clave del sosiego está en ocuparme de otra cosa, acaso La Virtud tenga razón: paciencia, no compararme con nadie, la felicidad y la paz sólo se alcanzan cuando no se buscan. *Todos los pases (del toreo y de la literatura) ligados, todos bien torneados, con sosiego, control y suavidad. Nada de trampas o enredos*, eso escribió Hemingway.

Bueno: tal tipo de escritor corresponde a una concepción optimista y pragmática de la vida, que no busca significaciones sino simplificaciones. No señor, no es tan sencillo como sacar un mínimo común múltiplo a la vida.

Y ahora sí voy a contar cómo estuvo el verdadero fin último (sin redundancia alguna) de mi relación con la Princesa.

Fin de la princesa

La Princesa de Huamantla, Carmina Ximena Primera, se va a casar, por fin, después de mil anuncios, con un individuo de Puebla. La invité a casa. Como habitualmente, hasta el último día, seguiría siendo igual de remilgosa y complicada, se hizo de rogar y terminó por ceder. Le cociné lasagna al veloz y primitivo estilo que es el único que conozco. Manducó con lentitud, de forma desesperante, pero donde batió todos los récords de pereza fue con el postre y el café. Estuvimos besándonos y acariciándonos. Entonces fue cuando repitió lo del matrimonio. Unas lágrimas, no muy abundantes y efusivas, marcaron el fin de la relación. Yo acepté sin demasiada pena, pero estuve cariñoso. Podría ser una falsa alarma, como las de los años anteriores. Tal vez nuestras relaciones intermitentes sigan más allá de la muerte. Acaso con la Princesa haya tenido un amor más auténtico que con Irgla, la que fue mi mujer hace ya tantos años y hoy quiero volver novela. Quién puede saberlo. O con Bárbara Blaskowitz, a quien en un confuso lance de amor y lujuria propuse (o me propuso, no sé) matrimonio.

—Echemos el último polvito de estrellas para celebrar —le dije.

No quiso, de modo que ahora estoy sin el cuerpo generoso y esporádico de la Princesa, que me alivió las urgencias y la soledad durante casi cuatro años. A cambio de qué: de ocultar

el hastío que me ocasionaba su presencia, de soportar su cháchara pedante, de ir a un par de bailes ridículos y divertirme a costa de sus amigas de coeficiente intelectual de *ascaris lumbricoides*. Supongo que ella también debió hacer su balance: le hice compañía durante sus años de estudio, le enseñé dos o tres piruetas, la inicié en los juegos de la retaguardia y en los baños de miel y en las fiestas de alucinaciones. Ella salió menos niña; yo más maduro, más consciente de que no había mujer que fuera capaz de soportar y soportarme más allá del fin de semana.

No puedo negar que siento un poco de alivio. Tanto tiempo de encuentros ocasionales termina por hacer callo. Es inevitable pensar que ahora no tendré a quién recurrir. Ninguna tan fiel, tan aparentemente rebelde, pero en el fondo tan humilde, tan indígena dispuesta a dejarse conquistar. No recuerdo que en ninguna ocasión sugiriera, como sucedió con Bárbara Blaskowitz, la posibilidad de formalizar nuestra relación. Ninguna tan libre de compromisos, tan ausente de exigencias, tan atada a romanticismos sin futuro, Ximena Carmina.

Y a otra cosa.

—Estoy segura de que cuando consigas una mujer vas a abandonar el violín —dijo la Princesa antes de despedirse.

Le respondí que no lo creía.

—¿Qué prefieres, una mujer o un violín?

—El violín.

—¿Por qué?

—Porque cuando me aburra de él puedo meterlo en un estuche y guardarlo en un armario, cosa que difícilmente admitiría una hembra de la especie humana.

Torrentes de sangres

El mérito es el mérito y el don no tiene mérito alguno, dice un personaje de *Doctor Faustus*. Trilce, mi profesora, mi niña, mi novia, es aparentemente demasiado verde, una criatura a la que la madurez le está despuntando demasiado lentamente, como durazno en flor que no se decide a reventar en fruto, una entidad extraña en grado sumo que ha desaguado todos sus poderes en el violín. Su extrañeza sin duda tiene relación con los torrentes de sangres infrecuentes que corren por sus venas –y por sus arterias, no hay que olvidar, porque lo que va, como dice Heráclito el Amargo, regresa ineluctablemente–: su madre, mexicana, hija de un alemán y descendiente de zapotecas; su padre, un italiano al que se le ven los orígenes moros en las ojeras tunecinas y la veta hebrea en la nariz. Trilce, cuyo nombre está marcado por uno de los caprichosos periodos poéticos de Bárbara Blaskowitz, arrastra como una tara y con orgullo un sentimiento de superioridad que la hace actuar como una reina olímpica entre la inmensa e ignara turba de los ilotas espirituales de Xalapa. Desprecia –y manifiesta sus desprecios con gestos deliciosos, dignos de una princesita de Samarcanda– la mayor parte de las cosas que las mujeres de su edad aprecian. Se retiró de los estudios formales del bachillerato y el conservatorio para dedicarse por entero al violín. Si la tildan

de vanidosa, simplemente muestra las yemas de sus dedos en las que se alternan los cayos con las llagas: “Sólo Paganini estudiaba tanto como yo –dice–; nadie, hasta ahora, que yo conozca, ha logrado unos arpegios de semifusas con la velocidad y limpieza, con la perfección, con que yo los hago”. Curiosamente, no ha desarrollado el callo violinístico en el maxilar izquierdo, que en Svieta alias la Korolenko (destinada al doctor Amóribus, ya lo dije) es tan evidente y casi honorario. Sería una profanación ver un callo en esa piel de ninfa de los bosques y Trilce lo sabe: nunca interpreta el instrumento sin colocar un cojincillo de plumas de ganso cubierto por terciopelo rojo bajo el maxilar –una extravagancia, lo sabe, una falta de respeto: ningún violinista que se respete aprecia más su cuerpo que el de su violín: el cojincillo, quiéralo o no, establece una distancia profana entre los dos cuerpos, opaca el sonido y la comunicación–. Su colección de instrumentos es impresionante y toda se la debe a su padre, que ahorra por décadas para ir a los grandes remates de Italia en busca de violines que deben ser guardados en museos y cajas fuertes.

—Mi padre me ama tanto, que vive casi exclusivamente para mí. Desde que se divorció de Bárbara no espera absolutamente nada de la vida, excepto verme feliz. Creo que ve en mí a la Bárbara que conoció hace veinte años y que ahora se ha dedicado a arrastrar las nalgas como un mandril.

No me atrevo a discutir con Trilce sobre el asunto, aunque no estoy de acuerdo: Bárbara Blaskowitz jamás se ha prostituido; el problema es que se enamora por lo menos una vez cada cuatro meses, como si el cambio de las estaciones influyera en su espíritu.

—No ha habido un solo hombre valioso, de talento, un solo macho con doctorado o extranjero en este pueblo, que no haya tenido que ver con mi madre. Parece que no quiere dejarle un hombre libre a las otras. Su gran aspiración es marcarlos a todos con su huella espiritual.

Vaginal, pienso, pero no lo digo. Lo mejor es callar. Bárbara no es lo que su hija supone. Una y otra practican sus apostolados con fe de vestales.

Trilce. No se trata del talento, casi del genio de Trilce. No es un asunto puramente técnico, un ciego resultado de la disciplina, una tensión biológica hacia el violín. Hay algo más, algo que se evidencia en unas frases de sabiduría indudable: “Las canciones no son más que escalas quebradas”, “Si uno conoce bien las escalas, interpretar cualquier pieza es juego de niños”. “El tiempo y los compases, he ahí el gran secreto de la vida y de la música”.

Pienso demasiado en Trilce. Me pierdo en su contemplación. Entre nota y nota quiero admirar de reojo su cuello, que tiene la donosura de un instrumento de Cremona. Quiero sentir con las manos de mi alma su talle, que es la cintura de un Guarnerio. Entrever su busto que me hace perder el aliento como un desfiladero al fin de la tierra.

He tenido la tentación de recordarle a Trilce nuestro primer encuentro, cuando tuve el privilegio de verla floreciendo sobre un sillón, en plena pubertad feliz, en casa de su madre y perdí la noción de toda medida y me quedé atisbando la casa de Bárbara una noche entera, fumándome primero los cigarrillos, luego las colillas y finalmente los dedos. He querido hablarle de aquel encuentro en el Parque de Las Ánimas, cuando me permitió tener

su Amati en las manos y emitir cuatro notas que fueron la gloria. Contarle de mi admiración cuando la vi sepultar con altivez y sencillamente a la villana Iris Moonlight en La Parroquia. Decirle que atesoro como la noche de las noches aquella en que la encontré tocando el violín en el baño de la casa del *Brujo*, en medio de una fiesta de psicópatas y marihuanos. He querido revelarle que cuando hacía el amor con su madre, cerraba los ojos y pensaba en ella, pero no por un impulso lúbrico, sino por la necesidad de sentir una extraña exaltación, que nunca podría lograr con Bárbara. He querido expresarle mis dudas con respecto a su particularísima aversión por los amantes de su madre y su gusto por verlos sufrir y finalmente perder la silla. Trilce tendrá que afrontar las consecuencias de su carácter extravagante.

Yo estoy dispuesto a pecar, me digo, a pecar entusiastamente. Nada me asusta. Pero no se lo he dicho. La rabiosa disciplina de Trilce la hubiera obligado a expulsarme del reino de su cercanía, al que tal vez nunca más tendría acceso. Me ha sido difícil alcanzar en la cuarta clase la necesaria relajación. Tantos pensamientos confusos (¿en realidad estoy dispuesto a afrontar una batalla a fondo con Trilce, después del tormentoso y largo melodrama seminal que sostuve con su madre y de la legamosa relación con la Princesa? Una cosa es jugar a la novela y otra vivirla).

—Mira este brazo —dice rozándome con las yemas de los dedos el detoides derecho, el bíceps, siguiendo las líneas de los tendones—: lo tienes rígido, como si fuera de piedra, cuando en realidad debería estar como un cuerpo en medio de un sueño feliz. Mira la muñeca del arco: es un leño seco: debe flotar amorosamente,

como la caricia de un amante que teme despertar a la amada. Así, hacia arriba, hacia abajo –toma mi muñeca entre sus dedos, que presionan con una fuerza inconcebible–. Los dedos deben arquearse y estirarse graciosamente, como el nadar de los cisnes. ¿Has visto la elegancia con que los cisnes nadan? Parece que no hacen esfuerzo alguno, y sin embargo se mueven, cambian de ritmo, mientras su cuerpo permanece imperturbable. ¿Y sabes por qué? Porque sus patas, bajo el agua, hacen todo el esfuerzo. Así debe ser el violinista, que interpretando piezas de la más descomunal dificultad, conserva la elegancia, el garbo, la serenidad, que causan pasmo y hacen pensar en pactos con el diablo.

Oyéndola hablar con ese monótono e insultante tono doctoral, pienso, no sé por qué, en Mishima, en Gide, en Sade, en el Príncipe Mishkin, tan extremistas, tan tiernos, tan incomprensibles.

—El tocar el violín debe ser –dice–, independientemente del sonido, un acto estético, un acto plástico, un juego de complicidades entre el ejecutante y el instrumento.

Me encontré con Bárbara en La Parroquia –ya lo nuestro comenzaba a ser un novelón en siete volúmenes, en el que un Marcel y una Albertina inmortal se unen y se separan mil veces, hasta agotar la paciencia del lector y de Dios–. Estaba acompañada por el lindo adolescente que toca el bombo en la banda municipal y por un músico de rostro abyecto –tal fue mi sensación– que elogiaba los efectos de la cocaína haciendo grandes aspavientos. Al mirar cuidadosamente al adolescente recordé haberlo visto hace varios años en la playa de Chalchihuecan corriendo desnudo como un amorcillo que cautivaba con un

fingido candor a las huestes de depravados seguidores de Iris Moonlight. Me pareció que no me reconocía. Así que este infante es el que hace sufrir a la sentimental de Bárbara, me dije, no parece tan malvado, antes por el contrario pasaría por un buen seminarista. Salimos del café rumbo al Ágora, pasamos al lado de una mesa desde donde nos sonrieron la *Zorra* y el *Cuervo*, dos de sus viejos amantes, hoy homosexuales declarados y dichosos.

—El cielo de Xalapa tiene un tono gris, semejante al de Londres —dijo Bárbara.

Luego, sin transición, comentó que acababa de escribir una carta en la que cifraba grandes esperanzas.

La vi más lozana que de costumbre. Tal vez no había trasnochado como habitualmente lo hace de lunes a sábado.

—Fui a que me leyeran las cartas —dijo—. Lo hizo una señora en un patio, en medio de una manada de guajolotes. No te puedo decir lo que me reveló.

Estaba exaltada. Lanzaba grandes suspiros.

—¿Sabes que tuve mi primer analista a los doce años? En mi casa siempre me trataron como si fuera una loca furiosa y la verdad es que tenía alma de artista. Desde pequeñita fui poeta. Yo no veía una vaca sino a la madre de la naturaleza en pleno. Una piedra nunca fue para mí una piedra, sino una llave para entrar en otra dimensión. Durante mi adolescencia me llamaban Bárbara Sexilia, porque daba la impresión de que caería con cualquiera. Pero la verdad es que llegué casta al matrimonio. La vida conyugal con una criatura como mi exmarido satisfizo pocas de mis expectativas, y cuando me separé inicié la carrera desbozada que conoces y de la cual tú tienes gran parte de la culpa.

Bárbara Blaskowitz, al emitir su discurso, tan semejante, de alguna manera al de su hija, tenía también algo de san Agustín.

—Ahora no caigo tan fácilmente —dijo—, ya me atrevo a decir que no, aunque sienta cosquillitas cuando un hombre alfa y omega me mira. Después de cada obra de teatro en que actúo, salgo con el poro abierto y no quiero que el público me vea porque estoy demasiado receptiva y caigo con cualquiera... Me acuerdo que después de *Marat-Sade* todos los del grupo, ocho hombres y cuatro mujeres, nos encerrábamos en mi camerino y sobre una colchoneta nos hacíamos felices, caóticamente, qué delicia.

Buena actriz, Bárbara en cada parlamento parece empeñar su vida.

—He rechazado papeles en películas no del todo despreciables.

Clavó sus ojos, unos ojos con iridiscencias violeta, como los de Elizabeth Taylor, en los míos y me dije que aquella mujer era un desperdicio. Se despreciaba a sí misma presumiendo de una vanidad aparentemente vacía. Era el tipo de persona que cree ser una y resulta ser otra. De las que cambian de costumbres, disciplinas, amuletos, vestuario y hombre una vez al mes. Un espectáculo que no ha dejado de asombrar a Xalapa y que ya lleva más de dos décadas agotando localidades.

Ay, disculpa, tengo que ir a mi clase de danza, decía, y oyéndola alardear uno podría suponer que la esperaba, taconenado a la puerta del café, Rudolph Nureyev o la misma Pavlova, cuando en realidad la aguardaba una especie de butifarra humana, excedida de peso y con una cabellera del color rojo más espantoso que se pueda imaginar. La fantasía y la realidad, qué telenovela. La de todos los seres humanos. Al despedirnos me dio

un beso en la boca con gran vehemencia y me miró a los ojos como si estuviera a punto de montar en el burro del olvido.

Ya solo, me dije ingenuo, Bárbara Blaskowitz mira y besa de la misma forma a todos los hombres.

Las clases de violín están suspendidas y no sé la razón. Quizá se enteró de ellas Bárbara y le prohibió a su hija continuar con la ignominia.

—Otra vez te atreves a molestar a uno de mis amigos.

—¿Tus amigos, mami?, ¡por favor!, si yo abandoné el biberón a los tres meses de vida. Tú jamás has tenido amigos, sólo amantes.

Etcétera. Imaginar un encuentro entre Trilce y su madre no es nada agradable.

—Te echo, Ventura, hoy no hay clase —dijo casi amorosamente, el brillo de la divinidad instalado en sus ojos de manantial. Luego, apelando a esa sorprendente capacidad de cambiar de máscara, remató con frialdad burocrática.

—¿O sigues con la ilusión de oler mis perfumes después de haber tenido a mi madre de rodillas durante años? Te prohíbo que te acerques a esta casa. Eres peligroso, un nahual, eres la parte oscura del hombre circulando por la tierra, eres peor que cualquiera de los que se han acercado a mi madre.

—¿Peor que el teniente rompehuesos? —me refería a un teniente de la policía que la había esclavizado varios meses y la vapuleaba si la veía hablando con un hombre.

—Bueno, no tanto.

Salí deprimido, sintiéndome como la bestia que no pudo saciar los instintos que residen al sur del ombligo. Con Trilce me sucede que me repito, vivo contándole las mismas cosas en

el mismo tono. Me di cuenta de eso cuando le dije: ¿Ya te conté que quizá me vaya a Europa? (Todos los años me estoy yendo a Europa, estoy ganando el concurso de la vida, estoy encontrando el gran amor, estoy escribiendo la gran novela, todos los años repito las mismas esperanzas, que de tanto machacarlas, terminarán por cristalizar, *so help me God.*)

La hija de Bárbara me desarma, me desactiva, no cree en mí. Tiene sobre mi persona una idea esquemática.

—Eres hombre de ceremonias y disciplinas. Eso es bueno, casi indispensable, para un artista. Lo malo es que estás dispuesto a romper tus rituales cuando hueles la peste de cualquier hembra en celo.

El Libro de la Vida me ofrece el dibujo de una casita elemental. Cuatro paredes, un techo y una ventana; frente a ella, un rosal con una solitaria y gran rosa blanca que tiene como fondo el horizonte del mundo. Comencé el traslado, de puro loco e impaciente, a las tres de la mañana. La nueva casa está más iluminada que la anterior. Tiene un par de ventanas amplias. Una de ellas, en el dormitorio. Este es bellissimo, no por sí mismo, sino por lo que permite ver a través de la ventana. Bajo ella hay una especie de abismo, en cuyo fondo está la estación de luz, de la cual salen mil cables que le ponen márgenes, pautas y notas de golondrinas al cielo de nuestro pueblo; más allá, Xalapa, y a mis pies todo el estado de Veracruz. El paisaje se despliega, se despeña interminable desde mi ventana. Estoy en la cima del cerro de Macuiltépetl, en el techo del mundo. Soy el Dalai Lama, el doctor Amóribus, Richard Rubinstein. La casa es aireada y tiene colores suaves. Queda cerca de la entrada del Parque Ecológico, en el centro de una cuesta empinada

cubierta de piedras sueltas y llena de pequeños y sorprendentes desfiladeros. Subir de noche es una aventura. Y mucho más si uno va cargando todo lo que ha acumulado en la vida. Podré escribir como un monje en la cima del Everest. Podré tocar el violín a cualquier hora del día o de la noche sin que me arrojen piedras y me griten.

La envidia y la fama

Yotra historia que quiero contar es la de mi encuentro cara a cara con la muerte. Antes citaré a Luis Buñuel para entonar. *Sólo hacia los 60 o 65 años de edad comprendí y acepté plenamente la inocencia de mi imaginación. Necesité todo ese tiempo para admitir que lo que sucedía en mi cabeza no concernía a nadie más que a mí, que en manera alguna se trataba de lo que se llamaba “malos pensamientos”, en manera alguna de un pecado, y que había que dejar ir a mi imaginación, aun cruenta y degenerada, a donde buenamente quisiera ir.* Me juro a mí mismo que algún día comenzará mi vida de artista. Podré defecar en la miseria de mi existencia cotidiana. ¡París, Barcelona, Olimpo, islas griegas, *here I go!* Casi temo ganar el concurso de novela. (De nuevo estoy participando, ahora en España. Más pesetas de las que uno puede gastar en la vida.) En cuanto se publique el mamotreto tendré que esconderme. Prometo que me negaré a conceder entrevistas.

—¿Cuánto de autobiográfico tiene su novela?

—¡Nada, absolutamente nada! ¡Todo es imaginario!

—¿Qué piensa de esta nueva etapa de su vida?

—Son tantas las llamadas que no he tenido tiempo para sentarme y pensar dos minutos lo que debo sentir. De todos modos no va a cambiar nada en mi vida. Seguiré limpiándole la jaula a los pericos australianos, durmiendo con mi gata *Atenea*.

y escribiendo todas las mañanas y esperando las llamadas de los amigos por las tardes.

Yo llegaría a ser, sin duda, el hombre más feliz del mundo, pues habría alcanzado el premio más grande del mundo y tendría los mejores amigos del mundo y me haría la corte la mujer más hermosa del mundo y tendría la certeza de que de una u otra manera vivimos en el mejor de los mundos posibles, sólo que algunos no se habían dado cuenta. Siendo el mejor de los hombres del mundo, no estaría dispuesto a aceptar lo que se me venía encima: la certeza absoluta de que ya jamás podría volver a caminar tranquilo por una calle sin que la fama se encaramara en mis hombros como un mono de Catemaco. Día y noche la fama estaría chupándome la potranca hasta dejarme exhausto y ni siquiera en sueños me dejaría en paz, pues en cuanto cerrara los ojos ahí estaría con su sonrisa de falsa complicidad. “El que me busca con fe de santo, me encuentra. Te dije que te ibas a arrepentir.”

Punto y aparte. Le doy gracias a Dios de que la fama no haya entrado a mi casa, pensé. Pero a cambio de ello entró otra hembra, acaso más peligrosa. Comencé a escribir un artículo brutal, como todos los que escribo, con ánimo de incordiar a García Márquez, Vargas Llosa y Sábato. ¡Megalómano! La Envidia, una criatura gorda y apesosa, yacía sobre mi cama. (Insisto: en realidad todavía no es una cama sino un pedazo de hule espuma puesto directamente sobre el suelo.) Desde hace cuatro días no me cambio de ropa. Por pereza, por tristura, por ausencia de encoñamiento, por sepa el diablo qué. Al anochecer tiro pantalón, camisa y todo lo demás, al lado de la cama —el colchón sobre el suelo— y al amanecer los recojo y me los pongo. El armario está lleno de ropa limpia, que la diligente Etelevina ha puesto a remo-

jar más que lavado. Tengo la impresión contundente y definitiva de que soy un hombre mezquino. Sé que soy vanidoso y egoísta. Me pregunto, ¿cómo es que un tipo así puede escribir algo que valga la pena? Hay que ser un espíritu luminoso, como el Papá Grande. Defender una causa hasta la muerte como Mishima, revelar algún secreto de la naturaleza humana como Durrell, ser un torrente implacable como Miller, saber algo que nadie sabe. Pienso que debo seguir tan trastornado, tan loco como el día en que salí huyendo de Pueblo Nuevo. Lo que no entiendo es por qué ando suelto. Por qué no me agarran y me recluyen en un manicomio, como debe ser. Que las hordas de los honestos me atrapen, me escalden, me ahorquen, me linchen y tiren mis entrañas a los cerdos.

Subí corriendo al Cerro de Macuítépetl para calmarme. La Envidia no me pudo alcanzar. Mientras me veía desaparecer, gritaba:

—No escaparás, necio, estaré esperándote en tu casa.

En regresando hay novedades. Veamos: Anoche estuvo Trilce en casa, ya no en plan de maestra de violín, sino de amiga. Bebimos Controy —la versión mexicana del Coine-treau— y escuchamos grabaciones de música de Fritz Kreisler interpretada por Fritz Kreisler.

—No me gusta el tipo con el que anda mi madre —dijo Trilce.

Vestía una especie de sari de seda sutilísima y ondeante, que parecía, a cada movimiento, acariciarle el cuerpo y destacar las líneas esfumadas de su busto y la depresión vivísima del bajo vientre.

—Es demasiado celoso y la asfixia con sus reclamos. Es un recontramacho, como aquel oficial de la policía, ¿te acuerdas del teniente rompeshuesos?

—La verdad es que tu madre tiene un tino feroz para relacionarse con villanos sin comparación.

—¿Como yo?

—Y hasta peores. Tú eres un hombre noble que finge ser malo. Un esnobista. Un espantapendejos.

—Me lo sospechaba.

—Ahora le ofrecieron a Bárbara (no le dice mamá, sólo Bárbara a secas) un puesto en Oaxaca. Muy bien pagado. La idea es que vaya a administrar un psiquiátrico modelo. Le dije que se fuera. Que iniciara una nueva vida allá. Pero no quiere irse de esta ciudad donde, según ella, todo guarda un recuerdo, no siempre agradable, pero sí propio e intransferible. La muy babieca. Oye bien lo que me dijo antes de que me saliera de casa: “*Liebchen*, nunca olvides lo que te voy a decir: Lo único que una persona posee verdaderamente es su pasado. Nunca podrás huir ni deshacerte de él. Aprende a gozarlo.” Y ¿qué quería decir con eso? Pues que ella se ha forjado en este pueblo fama de la más grande puta que haya existido y que no va a renunciar a su leyenda. La putería es la obra maestra de su vida.

El espíritu mismo de la Naturaleza, eso es Trilce. Entrecerré mis ojos y la vi con flores entretrejidas en el pelo, pájaros posados sobre sus hombros y un cervatillo yaciendo a sus pies. (¡Eso! La idea me podría servir para enriquecer la escena de la consagración de la primavera con la gringa. Es decir, la precursora de Irgla. O sea, la antecesora de Irgla. No preocuparse. Asunto de confusión realidad-fantasia, que no es otra la vida. La novela de la mujer de ojos persas seguía avanzando como un tren inexorable.)

¡Ganas de comer mierda!, gritó mi conciencia, es decir, la lujuria. La nena no es ningún maldito espíritu de la naturaleza,

es simplemente una rana hembra que busca ayuntamiento agradable. Tu Trilce es una Bárbara elevada a la última potencia. Nada más enséñale el camino a tu bragueta y verás cómo antes de una semana entra de rodillas a tu casa.

No me ocupé de sus diligencias. La pobre lujuria, de tan poca atención que le he puesto en los últimos meses, está comenzando a delirar. Sólo falta que Trilce la huela para que alce el vuelo.

—¡Ah, mi madre! Si yo pudiera hacer algo por ella.

Recordé entonces la otra cara de la moneda. La versión de Bárbara sobre su hija:

—Es una niña de cuidado. Vive en el desequilibrio emocional más espantoso. Basta que un hombre me corteje para que ella comience a querer asesinarlo. Que Dios me perdone, pero creo que el sueño de Trilce es acostarse con todos mis hombres.

Tonterías. Trilce no vive sino para su violín. Su madre y el resto del mundo son accidentes nimios al lado de la brutal trascendencia que ella asigna a las escalas.

—Recuérdalo bien, Ventura: en esta vida todo se reduce a una cosa: escalas. Quien sabe manejar bien sus escalas, tiene ganada la eternidad. Pero las escalas son sólo la puerta. La eternidad es triste si no hay en qué ocuparla.

Ya en casa tuve un par de maravillosos sueños. Estuve gozando con Svieta. Estuve gozando con Svieta La Korolenko a la manera de las cabras y sus machos cabríos. Ella se colocaba en cuatro patitas y yo corría con mi flecha tensa hacia el blanco. Luego, llegando el amanecer comencé a desnudar a una adolescente primorosa que tenía tres agujeros de amor. Sólo alcancé a descubrir su busto. El placer que me proporcionó ver sus frutos del deleite hizo que me despertara. ¿De dónde salen estos sueños obvios y gelatinosos?

—Me ofrecieron trabajo en una película. Tengo que ir al DF a tratar ese asunto.

Tomó asiento. Pidió un café. Fumó intensamente.

—Cuando éramos niños, yo y mi hermana vivíamos en un barrio aristocrático, pero a tres cuadras había un cinturón de miseria.

Comenzó a mordisquearse las uñas.

—Entre los miserables de aquellas casuchas conseguí amigos. Eso fue cuando yo tenía nueve años. Ellos desconfiaban de mí porque yo era muy blanquita, con los ojitos de color de piedra preciosa y el pelo como el trigo.

Dio un golpe con el puño sobre la mesa.

—Hasta que me madrié a uno y nos hicimos cuates – a BB le encanta mezclar citas sobre Thomas Mann con expresiones de mafiosilla de barrio bajo.

Los asistentes al café voltearon a mirarla. La señora Blaskowitz, como buena actriz siempre al borde del papel de su vida, no se inmutó.

—Mi hermanita era la delicada de la familia. Yo la ruda. Así fue cuando fuimos niñas. Así es todavía. Mi hermana triunfa en el bel canto, mientras yo sigo dándome golpes de cabeza contra las paredes y no encuentro la entrada al laberinto.

Medité: una mujer normal habría dicho “la salida del laberinto”. Tomé una de sus manos y observé un anillo con foto diminuta.

—Es mi gurú, Sai Baba.

Me miró con fuerza. Su mirada partía desde las profundidades de su alma de canario. Era una mirada certera y musical que surgiendo como un rayo de la caverna de sus ojos, rozaba los helechos umbrosos de sus pestañas y la línea elegante de sus cejas. Una mirada para el público.

—Me gustó el texto que escribiste. Fue un texto escrito para mí, dices. ¿De dónde lo sacaste?

—Del Libro de la Vida.

La verdad es que el texto aludido es como una moneda de oro que manoseo frente a todas mis víctimas de amor, lujuria o lo que va en medio.

—¿El Libro de la Vida?

—Sí. Del Libro de la Vida, una cosa que está escrita ahí afuera y que yo copio.

—¿No serás un farsante?

—Eso mismo me pregunto yo desde hace años y no sé responderme.

Intermezzo con poeta gorda y sociedad de intelectontos xalapeños

*M*onstruos hay sobre la tierra y en el mar, pero ninguno como la mujer, dijo un individuo que por los siglos de los siglos sería citado. Tiene la lengua como un anzuelo de siete picos. Si las arpías vivieran, palidecerían de envidia ante semejante espantajo. Rubia, gordísima, presume de gran bebedora, fuma puros del tamaño de los de Fidel Castro, fue mi vecina en la primera caverna xalapeña. Recibió a sus invitados como un vaquero dispuesto a la pelea. Escrutó el bar, mirando con desprecio las botellas, por fin dijo casi aullando: Yo sólo tomo whisky, aunque sea esta porquería de Ballantine's. Estrella de los Campos es un personaje temido en Xalapa. Lo gorda, lo solterona y lo poliomiéltica no le han impedido convertirse en el azote de cualquier autoridad. Sus artículos periodísticos y sus intervenciones en radio son acerbos y su cara de una fealdad pasmosa. Pero sería capaz de cortarse un pecho por sus amigos. Se precia de haber vivido a costa de la universidad sin jamás haber trabajado. Es poeta y su poesía semeja un aullido de desolación, el grito de un lobo en la estepa; tema frecuente en ella es la ausencia absoluta de hombres bragados, con corazón y huevos. En la fiesta se portó lujuriosa e insultante. Llegó

al extremo de seguir a un muchacho al baño e intentar violarlo. Cuando regresó, acaso más vapuleada que su víctima, contó su aventura y mostró las huellas sobre su piel magullada, testimonio de sus asertos.

—Me costó un ovario y parte del otro bajarle los calzones al imbécil, y ni qué decirles que ponerle la huella vaginal en la cara fue como masturbar a un burro de monte.

Otto Hans Diels, un alemán que acababa de dar una conferencia sobre Carpentier y el criollismo, insistía en ignorar a la dueña de casa. En su lógica no cabía semejante engendro.

Decidí tirarle una piedra al alemán. Dije que lo real maravilloso, el realismo mágico y todas esas majaderías eran formas de racismo y que fueron robadas por los anglosajones a los surrealistas para explotar el filón de oro latinoamericano.

Un argentino de larga y blanca cabellera recogida en cola de caballo, voz estentórea, quien se pregonaba escritor de los textos más soporíferos del mundo, estuvo de acuerdo conmigo.

—Tú y yo somos los personajes más odiados de la ciudad —le dijo el güero Villar, el calvito desabrido e inútil de todas las fiestas, a Bárbara, mientras le deslizaba una mano por la espalda, la atraía hacia sí e intentaba besarla.

Alejandro Barón, el escritor de amplio ecuador y de una sola novela siempre inédita, al darse cuenta del asunto, corrió a rescatar a la añosa y no obstante bellísima dama.

—Ven a un cuartito de adentro. Quiero leerte un capítulo de mi *work in progress*.

La nobleza de Barón sin duda iba a tener otro filo. Nada más cerrar la puerta, se abalanzaría sobre Bárbara y buscaría sus labios, puerta de acceso a otros ámbitos.

Y Bárbara, tan diplomática —no deja de ser la mujer respetable de sus primeros años de matrimonio— no fue capaz de plantarle discreta cachetada. Según la muy cándida, el tipo había hecho su avance movido por la ternura y la falta de reconocimiento.

Y mientras todo lo anterior sucedía, yo observaba con indiferente paciencia. Toda Xalapa conocía la historia, la vieja y casi callosa historia de la musa alemana y el escritor, historia que me había atrevido a publicar, con ligerísimas variaciones, hay que reconocerlo, en el *Diario de un frenético*. Todo el mundo la sabía pero nadie hasta entonces se había atrevido a mencionarla.

Escuchamos, otra vez, los mambos de Pérez Prado. *La Foca*, la hembra de gitana vestida que fue mujer del polaco Kristoff y que en alguna oportunidad me quiso gozar, habló sobre la vanidad de los premios literarios. Yo los defendí.

Estrella de los Campos, cruzada de piernas, enseñaba el muslo sano y el andamiaje de su pierna en desgracia. Desvió sus baterías hacia la Editorial, donde se sabe tengo el placer de trabajar corrigiendo galeras con las patas sobre mi escritorio.

—Allí casi todas son putas... La verdad es que toda mujer es puta hasta que no se demuestre lo contrario. La Malena es tan lujuriosa, que en caso de necesidad se fornicaría contra un árbol. Una vez la vi en el Nazdrovie metiéndole mano a Robusto —Robusto es el auxiliar de oficina: de tez oscura, casi negra, dientes patinosos, el hedor que emite su cuerpo ocupa varios metros a su alrededor, su rostro es aplastado y sus ojos amarillentos, se siente el protector de las castidades de las mujeres que trabajan en la oficina—. Ni qué decir de Rina, que se lo da a media ciudad y hasta paga para que le hagan el trabajo. Las

únicas que se salvan son Chío, que sólo ha conocido a su marido, la pobre pendeja, y la Cachetona, que de puro exigente, de tanto soñar que compra un piano, dejó que se le pasara el tren y ahora está más vieja que el Árbol de la Noche Triste y ya se le perdió el hoyito entre las arrugas.

Otto Hans Diehls hacía todo lo posible por no comprender lo que Estrella estaba diciendo, al tiempo que se empeñaba en mantener viva la discusión sobre el realismo mágico.

—Y fíjense en Pablo Mangas, exanarquista, esquizofrénico, que sólo va a cobrar, es un marica reconocido, que primero se dejaba coger por Ponciano Pérez y Pérez —exsenador, la vanidad hecha carne, quien está escribiendo su *Historia de Veracruz* como pretexto de autoglorificarse.

Uno de los siete imbéciles de Xalapa, dice el amigo tímido en voz baja.

—Mangas es ahora el esposo de la mismísima hija del viejo Pérez y Pérez, y dígame si no son unos depravados dignos de esta ciudad de glorias y fastos. Y ¿saben qué? Pues don Ponciano se cogía a Pablo Mangas, en los tiempos en que era senador, entre los libros de su biblioteca, precisamente en los días en que Pablo visitaba a su noviecita, que se quedaba leyendo a Lamartine en el segundo piso, mientras en el sótano, Pablito le daba las nalgas a don Ponciano. Y ¿saben para qué? Para que el viejo le diera dos cosas: la mano de su hija y un trabajo de base en la universidad.

Estrella de Los Campos tomó la botella de Ballantine's y dejó que el líquido bajara a raudales no sólo rumbo al interior de su cuerpo, sino siguiendo las arrugas y los puentes colgantes de su garganta, hasta formar un arroyo que se perdía entre sus pechos. Eructó:

—Y no hablemos de Carlo Erba, el más grande erudito de la universidad. A la entrada de su biblioteca tiene un lavamanos y antes de tomar un libro se asea como si fuera a hacer una operación a corazón abierto. Es el más grande vanidoso que haya producido la humanidad. Digamos, diez veces Ventura. En cada frase que pronuncia introduce cinco veces la palabra “yo”. Está suscrito a cincuenta revistas que dice leer de principio a fin: rusas, chinas, japonesas, hebreas. Se precia tanto de sí mismo, que llegó a fracturarle la mandíbula a un tipo que se atrevió a llamarlo farsante. Es tan insoportable, que volvió loca a su mujer y a sus tres hijos. De niños puso a estudiar a sus hijos simultáneamente japonés y náhuatl. Uno de ellos se suicidó lanzándose desde el puente de Xallitic. El otro entonteció y hoy recita a Plotino interrumpiendo el flujo de autos en La Rotonda. No pierde su facha de patricio romano, ni viste andrajos, pero a los treinta es un anciano que no quiere saber nada de la cordura.

Otto estaba definitivamente extasiado. Había pasado sin transición del asco al éxtasis. Superado su asombro decidió, sin duda, adscribir a Estrella al realismo maravilloso.

—Xalapa sigue siendo un gran pueblo, que vive entre brumas y verdor; hace apenas cinco años las ánimas en pena paseaban impunemente por las calles, confundándose con la gente. Don Raciel, dueño del *Diario de Xalapa*, vestido de blanco y con corbatín, se apostaba a las puertas de la Escuela para Señoritas y desde allí les ofrecía flores a las niñas impúberes. Recuerdo a don Raciel, su traje blanco de tres piezas, su camisa de seda, su corbatín de magnolia y sus billetes perfumados, a mediados de la década de los treinta. Fue con ese viejo fauno con

el que perdí la virginidad a los diez años: me dio a cambio un botecito de polvos de harina. Eso fue en los lavaderos de Xallitic, que hoy siguen intactos como monumentos a los días en que el agua de este pueblo era plata líquida entre los verdes.

Mientras Estrella de los Campos extremaba una cortesía a todas luces burlona, continuó hablando. Ofreció cognac, whisky, licores de Coatepec, arroz con pollo y un extrañísimo postre que hizo sospechar a los presentes que allí estaba el secreto de toda su euforia y elocuencia.

Del baño regresó la víctima de la gorda poeta. Maltrecho pero sonriente, quiso dar a entender que su virtud seguía intacta.

—¿Te gustó, güerito? Si quieres le seguimos. Al cabo nadie va a sacar la mano por ti.

Estrella de los Campos hizo valer su calidad de espantajo lírico, declamó a grito pelado sus poemas. Xalapa nunca la olvidará. Fue ella quien se atrevió a subir un caballo al escenario del Ágora y sobre él iba montada y desnuda como una Lady Godiva mostrando su lado derecho, el sano. Fue ella quien se hizo llevar en un ataúd cubierto de azucenas, del que salió a declamar pálida de polvos de arroz, lo más granado de su lira. Fue ella quien le escupió el ojo a Trigueros (compañero de la Editorial, acoto) cuando este se atrevió a ganarle los Juegos Florales del 72.

El poeta Pablo Mangas estaba como de costumbre en otro mundo. Nada le interesaba más que mirar de reojo a Bárbara Blaskowitz. Su esposa, cegatona, que cargaba sobre el puente de la nariz unos anteojos desastrosos y remendados con alambre de cobre, hervía de rabia. Sabía que era a su padre a quien llamaban el rey de los vanidosos y el presidente fundador de los Siete Imbéciles. A través de los vidrios espesos se le veían un par de

almejas contaminadas y bizcas. Se reía como una coneja a escondidas de las locuras de Estrella y con un dedo fingía talararse la sien.

A Mangas se le humedecía el cuello de la camisa mirando bailar a la señora Blaskowitz. Su esposa, al notarlo, se enojó. Se tiraron de los pelos, se arrojaron jarrones llenos de flores a las cabezas, se gritaron todo lo que habían guardado por años y luego se sentaron sonrientes a mirar cómo los demás se emborrachaban y hacían el correspondiente ridículo.

Bárbara no estaba contenta. De nuevo la pesadumbre la había acorralado. Al primer canto del gallo, entre los humos de la resaca, negó que existiera, hubiera existido o existiría relación alguna conmigo. Enfática, orgullosa, vikinga, amazona, irrefutable como Aristóteles en la Academia de Atenas, ¿cómo contradecirla? Las mentiras dichas por mujeres que rinden homenaje constante ante los altares del amor se vuelven verdades irrefutables. Todos le creyeron. Incluso yo.

Hubo brindis para celebrar la próxima deportación de mi digna humanidad y la justa justicia de la Carta Magna, que incluía un decreto sin par: el 33.

La poeta sacó de un bolsillo interior de una de sus botas un recorte de periódico y leyó. Atención:

Paladín moral: Pelearíamos hasta las últimas consecuencias por defender y sacar adelante esa conquista inapreciable que se llama libertad de expresión y también libertad de prensa. Es obvio y hasta machacante recordar el artículo sexto de la constitución mexicana vigente, que dice textualmente: La manifestación de las ideas no será objeto de ninguna inquisición judicial o administrativa, sino

en el caso en que ataque a la moral, los derechos de terceros, provoque algún delito y perturbe el orden público.

La poeta Estrella hizo una pausa:

—Luego viene una cháchara que me salto —dice Estrella relamiéndose el bigote:

En nuestro pasado PALADÍN MORAL nos dirigimos al señor Rector y al Alcalde de esta ciudad, a fin de que intervengan para frenar a un desequilibrado extranjero que ha dado por escribir cosas ofensivas en contra de la mujer xalapeña y veracruzana (tenemos pruebas en la mano); y sobre todo hace gala de barbajanismo elevado al cubo, al escribir pornografías indignantes que caen en las manos inexpertas y candorosamente ingenuas de la niñez y de infinidad de jovencitas.

—Ta, ta, ta, vamos a la sustancia —agrega la Poeta Arpía:

... galopante carencia de principios de individuos que tratan de sobresalir a base de bajezas, desnudeces morbosas y actitudes enfermizas, ya que están carentes de destacar por los medios lícitos y comunes en que lo han hecho los maestros del lenguaje y la literatura, los periodistas que se respeten y saben escribir y los hombres probos...

Nueva pausa:

—Aclaro que cuando habla de hombres probos se refiere don Raciél a sí mismo. Sigamos, ta, ta, ta:

Señor Rector, señor Alcalde: por decoro, por principio de defensa a la Editorial donde trabaja, a la Universidad, a la ciudad, al país, a nuestras castas y probas juventudes y a la constitución de México, es preciso frenar a ese enfermo mental, a ese francotirador de la podredumbre moral que hace más daño que muchos delincuentes juntos. Este extranjero es de aquellos tarados y enfermos mentales a quienes les dio por desnudarse en plena vía pública. Cuidado, porque esa grotesca y deprimente acción más que deshonesto y pornográfica muestra las fronteras ilimitadas de una patología rayana en la demencia precoz.

Aplausos. Hasta yo aplaudí. Todos saben que los textos motivo del escándalo están basados en las noches de ventura que pasamos hace años la señora Blaskowitz, las aventuras con Ranita, Dona Maradona y este escribano. Todos saben que esas noches de buenabestia están registrados en el *Diario de un frenético*, basura pseudoliteraria que publico en un pasquín a cambio de un plato de lentejas.

Estrella empina su elixir y desaparece. Cuando retorna, una hora más tarde, lo hace, bañadita y envuelta en perfume de rosas de Francia, dispuesta a seguir dando guerra hasta la muerte o la consunción del licor. Baila como un espantajo, como la muerte misma, con todos los hombres de la fiesta al punto de dejarlos exhaustos, suda como nunca, bebe, fuma sus puros de orate, lanza pestes contra la raza entera de los machos y presume de su amistad con los poderosos, y para culminar, antes de su viaje definitivo al baño, se tiende sobre la alfombra, coloca sus manos en la cintura y levanta las piernas haciendo la clásica bicicleta, con lo que muestra no sólo su insuperable ánimo y fortaleza,

sino sus impecables calzones color ala de mariposa y sus asimétricas piernas, una de ellas armada con un aparato que parece diseñado por Leonardo Da Vinci. Luego se pone de pie, dobla la cintura, vuelve a mostrar el culo y grita para que la escuche toda Xalapa:

—¡De estas apetitosas nalgas no hay hombre que pueda hablar!

Falsísimo, susurró Bárbara a mi oído, todo el mundo sabe que la poeta bruja fue encontrada con las patitas abiertas, y teniendo en medio de ellas nada menos que al ventripotente escritor Eraclio *Veneno* Zepeda, hijo natural de Chiapas y el más grande contador de cuentos de este país.

Tras el espectáculo Estrella hizo, pálida y tambaleante, pero con sonrisa de triunfo, una nueva y definitiva excursión rumbo al baño. Media hora más tarde mi jefe, el escritor melancólico, intrigado por su tardanza, fue a buscarla. La encontró con la cara hundida en la taza, respirando su propia pestilencia. Toda su parafernalia había terminado en un vómito tan empecinado, que obstruyó la taza del baño. Nadie, absolutamente nadie, podría concebir que un vientre humano fuera capaz de contener tanta inmundicia. Un minuto más y Xalapa pierde a su musa mayor. Qué gran quebranto a tan enorme ganancia.

Al salir de la fiesta acompañado por el escritor de cintura ecuatorial, eran las seis de la mañana. En el paisaje alpino de Los Lagos vi tres patos revolcándose en el barro. Las casas estaban envueltas en la bruma. El sol era una manchón informe que emitía una luz grisácea ahogada como un huevo ranchero entre las nubes bajas.

—Todos parecemos perros en celo tras el conejo de Bárbara, reconócelo, Barón —dije a mi acompañante.

—No. Yo tengo a mi Yaya.

A su Yaya de bolsillo. Otra de las víctimas del desaparecido doctor Amóribus.

—Ni siquiera en el límite de la borrachera eres capaz de hablar.

—Perros en celo, eso somos. Y Bárbara debe estar orgullosa de que tantos perros intelectuales anden tras su ilustre cola. Yo ya pagué mi cuota.

Barón se despidió. Me dirigí a casa. Tenía que vestir mi traje de luces para emprender una carrera. La idea de correr los cinco mil metros sin haber dormido un segundo me parecía maravillosa. No hice mal tiempo, aunque me sentí ausente la mayor parte del trayecto. Veinticuatro minutos en los 5000. No estaba mal. A los 19 años los corrí en 18 minutos. Caminando del estadio Heriberto Jara rumbo al centro, me encontré con Bárbara. Tampoco ella había dormido. Todo su cuerpo parecía estar jalado como un Gulliver con mil cuerdas hacia la tierra. Sus pupilas estaban fijas. Estaba hundida en sí misma, pálida cual azucena lánguida y lirio al sol de mediodía. Me miró con algo como nostalgia (recuerda cuerpo que Troya fue un infiernillo comparado con nuestros encuentros en la habitación sepia), luego se alejó, tras rechazar mi brazo de gentilhombre. Me acosté a las doce del día y me desperté a las seis de la tarde. El retorno a la realidad vigil me hizo sentir bien. El sueño borró el cansancio y el mal sabor de boca, los reconcomios y la idea de que arrastraba a mis espaldas más cadáveres femeninos de los que puede sobrellevar quien se finge inocente. Insisto: se debe vivir hacia el frente mientras no se encuentre el amor, que es la tumba y la derrota pero también el triunfo. Lo de Irgla fue algo parecido al amor. O tal vez haya sido el auténtico pero no supe reconocerlo. De todos modos ese misterio lo

estoy trabajando en la novela *La otra mujer*, obra que terminaré este año o por lo menos antes de borrar me de la faz de la tierra o del mapa de Xalapa. Hay que recorrer el mundo con el puñal desenvainado. Y cuando uno sienta la puñalada, hay que sonreír. Ya no tendrá más cadáveres a la espalda. El amor es el perdón definitivo porque la mujer es Dios. El erotismo es la herida que sólo se cierra con el amor. Me gusta coleccionar frases como éstas.

Volví a perder la pista de Trilce. ¿A dónde fue? Nadie ha sabido darme noticia. La casa del bosque cuya renta le pagaba su padre está abandonada. Miré a través de una ventana y vi partituras en el suelo, el atril en su sitio, ese aire de desastre que es su orden habitual. He tenido la tentación de viajar a Colombia y Nicaragua. Sin embargo no me parece que este año sea conveniente. Se rumora que las condiciones de trabajo en la Editorial van a cambiar pronto y es posible que me vea obligado a renunciar. Soy la oveja más negra de las ovejas negras, un descrédito para la institución, la ciudad y el país (eso murmuran los eternos intelectontos de La Parroquia). Bombardeos de contrarrevolucionarios sobre Nicaragua. Los rusos derriban un avión de Korean Airlines y el mundo se pone por enésima vez al borde de la guerra mundial. Las masacres se encadenan en Colombia con musical armonía. ¿Por qué habría de guerrear fuera de las murallas de Troya, si aquí dentro hallo tan cruel batalla? Recuerdo que la última vez que vi a Trilce noté que en su rostro había una expresión extraña. Estaba pálida como una sábana, sus ojos se hallaban hundidos, su sonrisa era inquietante, casi vulgar. Le pregunté la razón. El comercio con el diablo, respondió. Entonces fue cuando decidí buscar la razón de sus tribulaciones. Visité al maestro Cuervo Hoffmann, el gran maestro de todos los violi-

nistas de este país, y le pedí bibliografía. Me entregó como quien ponía en mis manos la llave del Arca de la Alianza, la biografía de Paganini, escrita por su amigo Fetis.

La traje a casa y pasé la noche en blanco. Sobra decir que donde decía Niccolo Paganini yo leía Trilce. No pude dejar de pensar en ella: su rubiedad de oro líquido, el contraste entre la delicadeza de sus rasgos y su comportamiento rudo, la pasión obsesiva por el violín. Recuerdo uno de sus atuendos, una especie de peplo griego, de cortina de sala de conciertos, extravagante, loquita, una delicia de mujercita. La recordé como era años antes, cuando la vi con detención por primera vez en casa de su madre: estaba sentada en un sillón de la sala, vestida con su uniforme de colegio: falda azul, blusa blanca y calcetines blanquísimos con franja roja. Se hallaba en posición flor de loto y no le preocupaba mostrarme sus calzoncitos de encaje blanco mientras su madre bajaba, displicente y total, como Madame Verdurin, de la habitación del segundo piso.

—Y usted, ¿a qué se dedica?

Le dije que era escritor.

—Vaya, el primer escritor que pasa por esta casa —dijo, aparentemente sin ironía. Después, con el paso de los meses y los años, sabría a qué se refería Trilce, cuando llegué a conocer casi una docena de pretendientes de Bárbara Blaskowitz.

Trilce tenía las manos en los tobillos y me miraba con esos ojos pasmosamente brillantes que no sabría entender hasta años después, en un concierto.

—Pues yo parezco una vil estudiante de sexto de primaria, pero mi identidad secreta es la de violinista genial. Soy la reencarnación de Paganini.

Sonreí condescendiente. Todos somos genios a esa edad. Le comenté mis debilidades con el violín. Eso bastó para que se pusiera de mi lado.

—Usted por lo menos no parece cretino del todo —comentó con graciosa insolencia—. Es asombroso que siendo mi madre una persona tan inteligente y receptiva se empareje con unos cuacos de circo.

Tenía un libro considerable a su lado. Leí: *Doctor Faustus*.

—¿Tú lees *eso*?

—Sí.

—¿Lo entiendes?

—No, pero lo voy a entender.

Luego la volví a ver en la Alianza. Siempre la miraba con fruición mientras ella repetía la pregunta: ¿Cómo va el violín? Su gesto agradable aliviaba la repetición, era como un estribo que me tendía, sin que yo me atreviera a utilizarlo. Años más tarde fue lo de la fiesta en casa del brujo y lo del beso en la boca, que aparece en la primera parte del segundo volumen de mi Libro de la Vida. Una travesura, sin duda, pues cuando acordamos que ella sería mi maestra de violín, también años, años más tarde, comenzó a portarse con la severidad y rudeza con que Beethoven trataría a un tosco que quisiera corregir sus sonatas.

Crónica del salvamento de un presunto náufrago

Y esta es la historia de cómo logré librarme de la expulsión del reino del Hombre Probo. Reproduzco el resumen de los acontecimientos en una especie de carta que nunca envié, en parte por prudencia, y en parte por cumplir con una promesa que le hice al Papá Grande:

Con motivo de la acusación de obscenidad y de las amenazas de don Raciél—loco senil, fuerza oscurantista de Xalapa, Cronista Oficial de la Ciudad y conciencia moral de la Atenas Veracruzana, además de fundador de la Sociedad de los Siete Imbéciles—, que pretende hacerme expulsar de la universidad, de Xalapa y del país, hoy tuve el honor de recibir tres llamadas del que ha sido calificado como el mayor escritor del siglo. Media hora antes yo le había dejado un mensaje telefónico con su secretaria: “Don Gato Grande querido, asunto de vida o muerte. Sobre su conciencia cae el desastre de esta corta gloria de la literatura que es tu lector y amigo, Ventura, la competencia”. Fue Chío, la chismosa y colorida secretaria del amigo tímido, mi jefe, quien con sus gritos, que atravesaron el patio de la Editorial, alertó a la oficina en pleno: Ventura, que te llama este señor que aparece en la televisión al lado del presidente, el que parece Santa Claus.

Le expliqué lo de mi novela por entregas. Fui sincero: aclaré que algunas de las entregas eran demasiado osadas y que lindaban con la pornografía.

—No seas presuntuoso, Ventura. Hasta donde sé nadie ha sido expulsado de México por escribir porquerías.

Hizo varias preguntas más.

—Ah, esos hijos díscolos que tengo en todo el mundo. Vamos a ver qué puedo hacer por ti.

Ya llevábamos media hora hablando cuando Chío, haciéndose la zopenca, cortó la llamada. El jefe hacía rato estaba mirándola.

Cinco minutos más tarde el Papá Grande volvió a llamar.

—Mira, me voy a comunicar con Gobernación y Derechos Humanos.

No sé cuánto más hablamos. Le leí completo el primer artículo del Hombre Probo en el que se me acusa de ser un extranjero desequilibrado que está pervirtiendo con insanas prosas pretendidamente literarias a las amas de casa y a la niñez veracruzana. A cada rato lanzaba exclamaciones. “Ese tipo es un genio del insulto.” Seguí leyendo:

No nos espanta la pornografía en sí, ni los ensayos de literatura rampante y sombría de gentes que no pueden destacarse de otra manera más que golpeando brutalmente a los morbosos lectores que se adentran en la estultez de sus bajas pasiones y muestran su condición de léperos, soeces, y sus sórdidas desnudeces de espíritu, queriendo hacer literatura picaresca.

El Papá Grande salió de su mutismo y dijo, carajo, quién es el tipo.

Le di un brevísimo curriculum y agregué: director del diario más importante del estado, padrino del jefe de los Servicios de Seguridad de México y dueño absoluto de extensos territorios, castillos y colonias, tiene estatua, avenida y el monopolio de la opinión pública en el estado.

—Pues, amiguito, sí que estás en un lío. Déjame media hora y te vuelvo a llamar. Por hablar contigo tuve que cancelar una cita con la BBC de Londres.

Colgué. Supuse que haría una llamada y luego se olvidaría del asunto.

No fue así. A las dos horas volvió a hablar.

—Tu asunto está arreglado. Nadie será capaz de expulsarte de México sin arriesgar un escándalo internacional. Lo que tienes que hacer es portarte bien y permanecer callado, sin hacer escándalo. No te defiendas. No impulses a nadie a que te defienda. Acepta los ataques con tranquilidad. Hazte invisible por un tiempo.

La conversación estaba a punto de terminar. Ingenuo de mí, indefenso, me atreví a preguntarle que si me prestaría mil dólares en caso de extrema indigencia.

—Ah, conque eso buscabas.

Me enojé como la primera vez que estuve con él, como la segunda, como la tercera. Le dije que nunca le había pedido nada.

Adiviné una sonrisa.

—¿No me pediste que leyera esa barbaridad que llamaste *El basurero universal*, no me pediste que recomendara a Diana tu primera novela? ¿Te contradices o quieres engañarme?, ¡carajo!

Terminó por portarse de manera paternal. Dijo que si me echaban me harían un gran favor. En este país iba a terminar sin

patria, sin personalidad, como una bestia asexuada de la literatura. En Colombia se necesitan furibundos como tú, dijo. E hizo un poco de su acostumbrada demagogia: Colombia necesita a todos sus artistas, a sus locos, a sus felices en la desventura.

Entonces yo fui el de la retórica. Le dije que prefería terminar las obras que tenía en proceso, que no creía en la patria, que mi única patria era la literatura.

Al día siguiente recibí llamada del director de Derechos Humanos, quien me dio todas las seguridades. No me iban a echar del país, no había denuncia alguna en Servicios Migratorios, él mismo iba a llamar a la Procuraduría de Justicia del estado de Veracruz. “Personalmente le dije al Procurador que lo hacía responsable de cualquier agresión que sufieras”, dijo.

Eso calmó un poco mis temores. No era remoto que don Raciél, al ver que sus denuncias no procedían, contratara a unos matones para que me aflojaran la mandíbula o que me implicaran en algún asunto de narcotráfico.

El rector de la universidad me citó a su oficina. Sonriente y con un trago en la mano, dijo que había leído, en complicidad con el secretario académico, las entregas de mi novela y que le parecían muy divertidas. Incluso él mismo recitó los nombres verdaderos de los protagonistas. Al mencionar a Bárbara Blaskowitz sus ojos se iluminaron con esa especie de complicidad esotérica de los que en alguna oportunidad han sabido de lo que es la madre de Trilce en el campo del dulce amor. Concluyó que la cosa no era tan grave. Bastaría bajar el tono ligeramente, pero nunca, nunca, suspender la novela, que era, a su modo de ver, una cara de Xalapa que nadie se había atrevido a mostrar.

Y para que el canalla del Hombre Probo sufriera y en sus heridas frotara sal, limón y sosa cáustica, ordenó al Secretario Académico que revisara mi contrato, que me diera trabajo de base y me promoviera a una categoría superior.

Y ese es el botón que cierra el cuello de la camisa de esta historia.

La mujer de ojos persas

He estado escribiendo, por fin, durante los días de vacaciones, nuevos capítulos de la novela de amor. Escribo, como de costumbre, sin plan, caóticamente, esperando que entre el desastre de cosas sin sentido, aparezcan las escenas luminosas de las que luego constará la obra maestra del mes. Es como si estuviera sacando arena de un arroyo, con la certeza de que al lavarla una y otra vez, comenzarían a aparecer las pepitas de oro. Me dedico a cuatro cosas: dormir, correr por los senderos del Parque Ecológico de Macuiltépetl, estudiar violín y escribir. Generalmente comienzo la primera sesión de escritura a las seis y la concluyo a las nueve; la segunda, de diez a doce o una. Me cuesta mucho trabajo iniciar. Anhele ser uno de esos escritores que escriben frase por frase, fijándolas definitivamente en el texto.

Lo que escribí durante las vacaciones de quince días, cincuenta páginas de la novela de la mujer de ojos persas, no me satisfizo, me pareció forzado, como escrito por obligación. Un desánimo sospechoso ha tomado posesión de mí. Lo mejor, me digo, es dejar en paz por un tiempo ese proyecto.

Anoche tuve sueños impresionantes. Soñé (pero el sueño era una especie de duermevela, estar entre dos mundos sin habitar verdaderamente ninguno de ellos) que debía soportar una espe-

cie de descarga espiritual de alta tensión. La primera de las descargas me aterrorizó. Todo mi cuerpo se sintió cimbrar de raíz, como en el umbral de algo grande y desconocido. Cuando tornó la calma, supe que aquella estabilidad era provisional y que habría una segunda descarga. Me preparé. Fue más terrible que la primera. No sólo la soporté sino que aprendí a gozarla con gran lucidez. Conjeturo que la descarga tiene que ver con Trilce.

Lo primero que hice al despertar fue atribuirle mi sueño al protagonista de la novela. Se lo pegué como una cola de burro.

No he recibido noticias del concurso de Plaza. Tal vez lo que yo necesite ahora sea un fracaso literario que desinfle mi alocado optimismo, esta autoestima desmesurada que hace de mí una especie de endriago insoportable. Sin embargo, todavía hay esperanzas. Sigo, como desde hace siglos, aferrado al sueño del triunfo estrepitoso, que me libre de las pequeñas miserias cotidianas, de los horarios, de las mezquindades, de cocinar ollas podridas y salchichas con huevos. Llegó al apartado postal una invitación. Quieren una conferencia en Monterrey. Todavía hay quien me recuerda. Espero que amablemente. No todo fue locura. También tuve mis hijos, mis escritores lobatos, que algún día escribirán grandes obras. Después del largo, idílico e incomprensible ejercicio de amor o fingimiento con Irgla, tras estar a punto de convertirme en eso que llaman hombre doméstico, y después de las fornicaciones toscas con Tris, que abandonó a su esposo dipsómano para entregarse a mis brazos de atleta irresponsable, tuve mis actos de hombre sensible y responsable, sembré árboles, escribí libros, publiqué algunos, desparramé un celibato que duró hasta que gané un concurso y me mandé a escapar de Monterrey como había escapado de tantos lugares.

El editor doméstico

A cabo de firmar otro contrato a espaldas de Carmen B. La verdad es que la editorial no es gran cosa: una casa arcaica situada en la Colonia Industrial del Distrito Federal, plagada de vericuetos, todos llenos de libros, facturas, galeras, negativos, maquinaria. Falstaff, llamémoslo así por ahora, director-dueño-gerente-editor-mensajero-vendedor, a juzgar por la forma en que trata a sus empleados, se cree jerarca plenipotenciario de un imperio editorial sin fronteras; las empleadas son casi todas de su familia, lo que le ahorra prestaciones; ancianas bondadosas e inútiles van y vienen buscando libros y papeles que nunca encuentran; en el baño el editor corrige las pruebas del libro en proceso; junto con sus asesores, Falstaff planea grandes golpes, piratea aquí y allá, sueña con emprender grandes proyectos: una nueva traducción de *En busca del tiempo perdido* o del *Ulises* de Joyce. ¿Podrías hacerlo?, me pregunta con la ingenuidad del campesino que es nuevo en el rancho. Yo le respondo que naturalmente, pero que tendría que darme una beca de toda la vida y que además preferiría escribir mis propios *En busca del tiempo perdido* y *Ulises*. Trato de convencerlo de que soy un genio, el gran gurú del amor y el erotismo, la carta mayúscula de la literatura mundial en el presente siglo y él dice creerme.

—Pero no digas que sabes algo del amor si nunca has besado a un negro. ¿Has besado a un negro?

Le confieso que no, pero externo mi esperanza de hacerlo algún día. Es un loco contradictorio: me pide prestados mil pesos y luego me invita a una cena en la que gasta tres mil. Sus planes son, dice, infalibles: repartir separadores de libros con fotos de la portada de mi obra; usar publicidad “por ósmosis”: se trata de lo siguiente, dice, sacamos una foto de tu libro rodeado por las obras maestras de la literatura universal, entonces la gente comenzará a preguntarse: ¿Qué obra es esa que aparece al lado de las de Cervantes, Dante y Goethe?, y entonces comprará tu libro. Le pregunto si ya leyó mi manuscrito. Claro que no, dice, me basta con el título para saber que va a venderse como pan caliente al amanecer. Le pido el favor de que lo lea. Hijo mío, si ya siento que lo he leído, exclama, lo he leído a gritos y a pedazos, entre el tránsito de la Ciudad de México, mientras mi mujer se baña y yo desocupo el cuerpo, en las colas del banco, en bares, restaurantes y pulquerías. Mira tu original, dice, lo tengo manchado con pizza y vino en todas las páginas.

La verdad es que nunca he conocido a un tipo tan vertiginoso y exaltado: tiene veinte cuentas bancarias en veinte bancos diferentes, la mayoría en números rojos; tiene diez libros en galeras; diez o doce procesos judiciales por falta de pago de derechos de autor y por estafas a proveedores; planea publicar nuevas ediciones de la Biblia, del *Quijote*, de la *Divina comedia*; es un amigo profesional: le basta conocer a una persona para que a los cinco minutos le pase un brazo por encima de los hombros o con el otro le enlace el talle a la manera de novios

en el parque bajo la luna. Este es el Falstaff que me sacará del anonimato y de la equitativa miseria que me tiene durmiendo en un colchón de espuma sobre el suelo. Si he de ser realista, voy cuesta abajo: comencé publicando en una editorial modesta, pero de calidad, en Buenos Aires; luego di el salto a una gran editorial, en Bogotá, y ahora caigo en un sanedrín infecto con murciélagos y ratas, en un caserón de brujas, donde un loco panzón y megalómano vive de glorias imaginadas. Pero, a quién diablos le importa el éxito, si lo importante es tener un lugar humilde en la tierra desde el cual contemplar el mundo y describir la cifra sagrada, me digo, entre Borges y una cagarruta de perro. ¡Qué ganas de comer mierda!

Le entregué a Falstaff la versión definitiva de la novela de ojos persas. Pernocté en el Hotel Francis. Mi Falstaff dijo: Cuando seas famoso, yo mismo te pagaré estadías en los mejores hoteles de París, pero antes de ello es indispensable que vendamos medio millón de libros y que lo tengamos traducido a cincuenta idiomas. Lo comprendí, le perdoné sus sueños, mientras entraba al hotelucho, engalanado por la simétrica indigencia que me ha perseguido desde que llegué a México.

Esa misma noche, leyendo una porquería sobre sueños eróticos, se me ocurrió una nueva estructura para la novela de amor, la novela de la mujer de ojos persas. Loco, loco, si ya entregaste el manuscrito original, me gritó Ventura El Prudente. Que todo esté en presente, contado a la manera de los sueños, sin futuro o pasado. Sería un libro de puras imágenes de amor, fenomenología en estado primitivo.

Después de muchos meses de ausencia, Trilce ha regresado dispuesta a seguir adelante con las clases de violín.

—¿Qué ha pasado desde que te abandoné? —dice con fingida coquetería que es casi desprecio. Dos líneas casi imperceptibles bordean las comisuras de sus labios—. ¿El perseguir enaguas y vaginas encantadas ya te hizo perder las pocas habilidades que tenías?

Le dije que no. Que había hecho escalas, escalas, escalas, hasta la muerte, dos millones trescientas cincuenta mil al mes. No le adelanté lo del libro que estaba al borde de la edición. Tampoco comenté el tren de fracaso (no lo he dicho: la corregí y la descorrí en cuatro días y cuatro noches de encierro) en el que estaba montando mi novela de amor.

Bien, bien, dijo Trilce, ¿qué te parece si iniciamos el estudio de la segunda posición?

¡Segunda posición!, gritó emocionada mi dispersa conciencia. La espanté con enorme facilidad. Mirar a Trilce de reojo, mientras yo intentaba afinar el violín era una escena digna de *El Jardín de los Finzi Contini*. Me sentí honrado. Me consideraba apto para la segunda posición. Era como si me hubiera condecorado con una rosa mística directamente en el pecho del alma.

Mientras afinaba, Trilce me puso en antecedentes:

—Me escapé del refugio, eso lo supiste, ¿no? Bárbara me acosaba constantemente para que regresara al hogar. Me puso una cita en su casa y me esperó tendida en el lecho, rodeada de doctores. Que su cuerpo era habitado por un virus desconocido. Que la inestabilidad emocional era propicia al desarrollo de la enfermedad. Que era de vida o muerte mi retorno. Noté en la escena aires de farsa y supe que no estaba equivocada cuando sorprendí una conversación a mis espaldas. Sin decir una palabra regresé a la caverna, recogí mis violines, el atril japonés, un poco

de ropa y me fui al Distrito Federal. No di razón de mi paradero ni a mi padre. En un solo día de concierto en la Alameda Central junté suficiente dinero para rentar un cuartucho en la colonia Roma. (Escena inconcebible: la niña prodigio que había hecho rabiar a los conocedores en los escenarios de Europa exhibiendo sus trinos y arpegios imposibles y juntando moneditas en una cachucha de los Dodgers.)

—Luego estuve haciendo presentaciones con el Cuarteto Latinoamericano de Jazz, tarará, tarará, cachún cachún, tata ta, pura imbecilidad, *ostinato mediocritas*, no fui capaz de continuar perdiendo el tiempo. Obstinada mediocridad, eso es lo que sustenta a ese conjunto, a sus músicos, a los políticos de este país, a los estudiantes, obstinada mediocridad. Este país es como una casa sin drenaje: toda la caca se va acumulando abajo, comienza a comerse el piso, los cimientos, la gente vive alegremente, come, bebe, orina, caga, y un día, paf, la casa se hunde y todo se va al diablo. Y regresé a Xalapa, ¿sabes por qué? Porque quiero esperar el desastre en un sitio en el que cada vez que respire a fondo pueda sentir la presencia del Demonio.

Le dije que si lo convocaba iba a terminar por tenerlo de huésped en su casa, como le sucedió a Adrián Leverkhu. La sonrisa con que me respondió sirvió para explicar el origen de las líneas ominosas en las comisuras de sus labios. Ingenuo y presuntuoso, creí imaginar que ella me consideraba el mismo demonio.

Como yo estaba teniendo dificultades para afinar la cuarta cuerda, Trilce tomó el instrumento en sus manos.

—Más te valdría tener un serrucho —dijo—. Este armatoste suena como una puerta con las fallebas mal aceitadas.

—Con mi primer *best seller* voy a comprar un Stradivarius.

—Conténtate con un violincito de fabricación italiana que no sea una caja de betún. Tú sólo puedes aspirar a escribir porquerías de macho triste. El mejor violín sería un azadón sucio en tus manos.

No me atreví a pedirle prestado uno de sus violines. Con seguridad me habría dicho que sería como echarle margaritas a los cerdos. ¿Si estaba tan segura de mi torpeza, por qué perdía el tiempo enseñándome?

¡Tarado! ¿No te das cuenta? La nena quiere, la nena está que destila licor de amor entre las piernas, tírala de espaldas, gritó mi inconsciencia saltando como un bufón frente a nosotros.

Eso es lo que tiene la lujuria de triste, me dije, que no sabe explicarse sino con ecuaciones de primer grado.

Cuando finalmente estuvo afinado el violín, Trilce suspiró.

—Vamos a aprender la segunda posición, tipo raro.

El lunes se me ocurrió llamar por teléfono a Oasis, donde tengo el manuscrito de *Así es la vida, Opus 0011* esperando desde hace dos años.

—Mira —dijo un poeta gordito, poeta de cantina y burdel, becado por el Fonca, presencia ineludible en todos los congresos municipales—, tu manuscrito está sobre el escritorio de Luis Mario desde hace dos meses, pero no me lo ha entregado para la imprenta.

Dijo que él no podía hacer nada. El asunto estaba detenido y no sabía por qué.

—Ni siquiera figura en la lista de los que aparecerán el próximo año —agregó mientras yo lo imaginaba buscando hebras de carne entre los dientes con una uña mugrosa—, ¿qué más te puedo decir?

Me enojé, ni más faltaba, me estaban viendo la cara de imbecil, pedí hablar con el editor. No está, se apresuró a decir el gordo, viajó a Buenos Aires y regresa dentro de un mes. Colgué con todas mis fuerzas, esperando romperle el tímpano al seboso poeta de la colonia Tamarindo. Pronto iría a Xalapa mi Falstaff editorial, con las galeras de 0013. Al día siguiente hice una llamada artera a la Editorial Oasis, dije que era el secretario de la Balcells, mi representante, y que me estaba comunicando desde Barcelona. Me respondió Schneider. Prácticamente le di la orden de que mandara a la imprenta el 0011. Juró que lo haría inmediatamente.

—En un mes lo tenemos en el mercado.

Colgué. Y tal como lo esperaba vino el editor Falstaff al rancho, ahora con un socio suyo, español, cuyo nombre no recuerdo. Fuimos a cenar al Barranquilla, recién inaugurado. Antes bebimos un par de copas en El Barón Rojo. Mezclé margarita con vino tinto y en mi vientre se inició una batalla campal. Mi editor y su socio comenzaron a hablar sobre sus planes. Ambos parecen haber leído, si no bastante, lo suficiente para no pasar por ignorantes en una convención de carniceros. El comerciante es Falstaff. Piensa siempre en términos contables. Por cualquier pretexto saca su calculadora y se eleva desde la venta de la edición de un libro a un balance de la economía de Occidente. La calidad de lo que publica le importa poco, ni siquiera lo lee, pero, paradójicamente, sí le interesa el prestigio que da tener buenos autores, en general novatos, que no cobren adelanto y no sean exigentes en cuanto a las condiciones del contrato. Una y otra vez insiste:

—No he leído tus cuentos perversos, pero estoy seguro que se venderán como...

—Pan caliente, claro —termino de decir.

—En cuanto vi el título me dije: este libro hay que contratarlo.

El español juega el papel del escéptico del dúo. Siempre tiene una réplica pesimista a las cuentas alegres de Falstaff. Parece, sin embargo, que el peso suyo en el negocio es el que le proporciona, por una parte, la fracción mínima del capital, y por otra, el mundo recorrido y su saber en los campos de la gastronomía y los vinos.

—En una ocasión me gasté cinco mil pesetas en un vino español —dijo Falstaff.

—El mejor vino europeo es el italiano —afirmó Falstaff Jiménez. No lo había dicho: se apellida Jiménez pero lo llamo Falstaff para otorgarle algo de dignidad y conservar una pizca de desconfianza que me salve en el momento en que comience a estafarme.

—¡Qué va! En Italia sólo existen el amareto y el cinzano —sentenció burlescamente el español.

—Si se anuncia una pasta dental hecha con mierda de burro por la televisión, esa pasta se vende —dijo Jiménez frotándose la barba como la caricatura del sibarita que quiere ser—. Te voy a llevar a la televisión. Te presentaré en el noticiero de Zabludovski. Te llevaré al programa de Memo Ochoa. Pagaré tres planas completas del *Sábado* para que todo México sepa que apareció nuestro libro.

Jiménez extendió el brazo, con la copa vacía, para que el mesero le diera una prueba de la segunda botella. Miró el líquido, lo olió, tomó un breve sorbo que mantuvo en la boca un instante, luego lo escupió en una servilleta.

—Este vino está agrio, majo. Llévatelo y que se lo beba la madre del gerente —dijo, y regresó a la conversación, sonriente, como si la escena anterior no hubiera sucedido y a la cinta de la vida le faltaran un par de fotos fijas.

Comí abundantemente, bebí, repetí de todo. Como buen pobre, me aproveché de la invitación. Cuántos años llevaba sin probar un buen vino, una cena bien servida. Si en lugar de dedicarme a la literatura hubiese estudiado medicina, tendría casa con cancha de básquet, helipuerto y piscina, un harem y un huerito para sembrar cilantro y perejil. El sopor me derrotó, conjeturé que definitivamente. A partir de este instante todo iba a comenzar a ser aborrecible.

—¿Te acuerdas de Vargas Llosa en las Ramblas aquella vez que se puso a declamar en francés? Se sabía todo Baudelaire, pero su pronunciación era digna de un nativo del Magreb.

Soporté una, dos, tres horas. Cuando estuve en casa me costó trabajo llegar al sueño. Las agruras me hacían gruñir las tripas. Finalmente dormí y tuve pesadillas.

El espíritu liviano

Suena el despertador. *El resto ya lo sé*, escribe el poeta Oscar Oliva. He vuelto a escribir algunas páginas de 0012, *La mujer de ojos persas*, etc., pero ahora lo hago de forma enteramente experimental, adoptando diversos puntos de vista para un mismo asunto, repitiendo la misma escena varias veces, como si tuviera la eternidad a mi disposición. He llegado a un descubrimiento: todas las versiones son buenas, tienen algo de valioso y tanto vale la primera como la segunda o la última, de modo que el elegir se transforma en un problema que ha de dirimirse tomando en consideración el conjunto. Así es la vida. Cualquier instante puede ser el más importante y uno no lo sabe. El resultado es que la novela, a partir de la página 143, comienza a tener demasiadas cabezas que luego tendré que cortar. Se trata en efecto de una novela de amor, que repetirá sin duda los clichés —nada tan repetitivo como el amor, nada tan irrepetible como el amor—, pero que, espero, sepa parodiarlos y superarlos. Lo que puedo hacer es afrontar mi historia de amor con humildad. Ama, perdona y olvida, tal es la fórmula de la sabiduría. De todos modos vale la pena intentar una colcha de retazos: meter aquí y allá una escena de cada obra leída, recuperar la tradición, con ironía, buscando la complicidad del lector culto o aprovechando la ignorancia del inculto. Este procedimiento no es original en

absoluto: Joyce en su *Ulysses* demostró que no era difícil escribir como sus predecesores ilustres. Huiré de la pesantez, de esa tendencia monacal, enciclopédica, de ciertos escritores latinoamericanos, que quieren aplastar a los lectores bajo su erudición y paciencia. Intentaré lo que tanto añoro: el equilibrio entre una historia bien narrada y un estilo inteligente, sin barroquismos y sin simplicidades, todo ello fundado en una profundización honrada en la naturaleza humana y en el sentido de los acontecimientos que relato.

No es capricho el querer incluir escenas semejantes a las de diversas obras. Hay una idea que sirve de basamento a esta necesidad: la de que todas las parejas repiten un esquema en el desarrollo de la aventura amorosa, reinciden en la creación de un lenguaje, de una mitología sentimental y erótica, que pueden verse en los amantes más rústicos y en los más espirituales. Y sin embargo hoy en día el amor ya no es distancia sino proximidad absoluta. Es más difícil comprenderlo porque no hay perspectiva. Antes se comenzaba por la superficie. Hoy por las entrañas. La teoría de la relatividad acabó con el mito de que había dos cuerpos, dos espacios, dos vidas. Hoy se entiende al otro entendiéndose a sí mismo. Ahora hay que escribir sobre el amor con las manos embarradas en vida. Ya las pasiones etéreas, la mitologización en torno a una criatura que apenas se ha visto en sueños o a la distancia, no bastan. Ni la vida nueva de Dante ni el culto a la belleza ambigua de von Aschenbach ni la muerte como obstáculo de Shakespeare o Isaacs, sino amor pleno, *full contact*, metiéndose al río y mojándose el culo para agarrar la trucha, *that's all folks*.

Suspendí unos días la escritura para leer *Rojo y negro*. Cómo lograr ese espíritu de vórtice de la narración de Stenhdal, su

pasión sostenida, esa cuerda de violín vibrando serena y segura de principio a fin. Mañana le enviaré a mi representante española el manuscrito de 008. ¿No lo había dicho? Me extraña que no haya contestado mis cartas.

Encontré a Bárbara frente a la escuela Rébsamen. Fui piadoso. Le dije que estaba guapa. Me besó afectuosamente. Noté que el trazo del lápiz labial de color naranja encendido se hallaba fuera de sitio. Había agrandado sus labios a un extremo francamente obsceno. Parecía un bufón trasnochado. Las arrugas bajo sus ojos parecían tiras de cuero curtido, como soportes del puente de San Francisco..

—¿Cómo te va con el señor rata y con el baterista adolescente?

—Bien. Llevamos siete meses. Los dos son extremadamente celosos. Un día el turco me dijo: tienes que escoger: o todos tus pretendientes o yo.

Mientras conversábamos interrumpíamos el paso de los transeúntes. Vi que desde dos esquinas simétricas, grupos de tipos nos miraban. Imaginé dos organizaciones de detectives siguiéndonos las huellas a la señora BB y a mi humilde persona: un grupo pagado por el padre de Trilce, otro por El Hombre Probo. Un autobús pasó rozando a la señora Blaskowitz y estuvo a punto de golpearla con el espejo retrovisor. La empujé delicadamente hacia la pared, lejos de la calle. Le arreglé el cuello de la blusa (Liz Claibone, supongo), ya viejita, bajo la cual se levantaban orgullosos sus pechos de madre eterna con las bellas auras de unos pezones dignos de Friné esculpida por Fidias.

—A veces siento necesidad de verte, le dije, de hablarte.

—A mí me sucede lo mismo. Hay algo entre nosotros que no encuentro con nadie más. Pero —dudó en bajar la cabeza— el

ogro se enojaría si supiera que te he visto. Es un monstruo de ojos verdes que me sacaría los ojos si me ve contigo.

Ya se sabe: el demonio tiene ojos verdes, pensé, pero no lo dije.

Me desespera la tardanza del libro de cuentos (Opus 0013 del baúl de los inéditos, creo). Han pasado cinco años desde que saqué la segunda edición de mi primera novela. ¡Tanto escándalo por una novela que resultó tan desgarbada y olvidable! No hago otra cosa que pensar en mi libro de cuentos, que debe aparecer en julio. Ya corregí dos veces las galeras del 0011. Sólo falta ver la portada, las solapas y la contracarátula. Cada vez que me deprimó pronuncio en mente el título, invento lo que dirán los críticos, imagino filas de lectores pidiendo a gritos un volumen.

Las cartas van y vienen apresuradamente entre mi gorda agente literaria y mi persona. Mis viejos editores colombianos se niegan a tratar con ella. L. M. Shneider, de Oasis, dice que sólo publicará *Así es la vida* cuando retire la solicitud de 3 000 dólares; agrega que Carmen B es un pulpo; el único que parece no tenerle miedo es mi Falstaff editor, dice que publicará mis *Cuentos ligeramente perversos y violentos* aunque se acabe el mundo.

—Me gusta el título, querido, y cuando a mí me gusta un título soy capaz de empeñar mi alma por él —dice abrazándome con un cariño empalagoso mientras conduce su nave destartada (Ford del 70, supongo), llena de papeles, facturas, portadas, manuscritos de genios y de políticos que mandaron escribir sus biografías en cinco volúmenes—. Eres mi carta, mi as, mi estrella. En ti pondré mi capital y nos haremos famosos y ricos.

Falstaff mastica un trozo de pizza al tiempo que habla y viola todas las reglas de tránsito, se abalanza por un eje vial en contravía hacia una estampida de búfalos humeantes y en el último

instante dobla en la esquina y suspira. Mira con cariño la pizza que va a su lado, sobre las galeras del libro próximo a aparecer, se echa un trago de Vega Sicilia (presume), coloca un libro sobre el volante y mientras conduce corrige las erratas.

Le pregunté si ya había leído el libro.

—¿Para qué, majo, si el título es maravilloso? Aunque no seas fotogénico vas a triunfar. Creo que será necesario que te cortes el pelo y la barba. También que te arreglas los dientes de ratón. Ya pasó el tiempo de los hombres lobo y de jugar a la guerrilla en los cafés. Ahora para triunfar hay que tener anteojos de oro, pipa y algún detalle curioso. Debes bajarte de los tenis y las botas, vestirme de una forma menos nacayota. Sería bueno que adoptaras un símbolo, por ejemplo, un paliacate al cuello, un sombrero de jipijapa, algo que te caracterice. Que la gente te vea en la foto con tu paliacate o tu sombrero y diga: Mira, ese es el maniático de Ventura.

Me callo, acepto, me da risa. Está loco. Sólo un loco podría publicar los libros de un colombiano desconocido en México. Ingenuo, me volteo repentinamente a ver si la Fama sigue mis pasos. La veo allá a la distancia. Me guiña un ojo. Aquí estoy y cuando menos lo pienses te voy a alcanzar. Ni lo imagines, le respondo, no lo voy a permitir. Pero sé que miento. La verdad es que cuando llegue me entregaré a sus brazos y disfrutaré de todos los placeres que quiera darme.

Me siento en una época de serenidad, sin sobresaltos afectivos, sin crisis de soledad. La vanidad satisfecha a futuro me hace olvidar esa maldita obligación de perseguir cuerpos. La aparición del próximo libro se aplaza hasta octubre. Si la esperanza basta, ¿para qué caer en la grotesca realización de las espec-

tativas? Falstaff me planteó la posibilidad de que se haga una edición conjunta con España y Argentina. Estoy escribiendo una serie de artículos que se llaman “Lectura ociosa de la Biblia”. Me preparo entusiastamente para la escritura de un cuento que se llamará “El retorno de Huitzilopochtli” o “El apocalipsis”. El tema es la violencia imperante en el Distrito Federal. La idea surgió de la lectura de un artículo aparecido en *Excélsior*. Diez maleantes disfrazados de aztecas asaltaron un autobús, obligaron al chofer a emprender una extraña ruta y terminaron por sacrificar a un pasajero. Bueno: en realidad la noticia no fue tal como la describo. La verdad es que olvidé el sustrato real y ahora sólo recupero lo que inventé. Para fundamentar el texto he leído una pequeña biblioteca sobre ritos y sacrificios humanos de los aztecas. En cuanto termine el cuento lo mandaré al Concurso Latinoamericano Plural y Excélsior. Sigo estudiando violín un par de horas diarias, a la espera de que Trilce vuelva a admitirme en su casa.

No sé si a todos les suceda, pero a mí, después del chorro inicial, vigoroso, viril, espumeante, en la meada normal, me quedan unas gotas secretas, que debo esperar y convocar con paciencia. Así es todo en mi vida, especialmente en lo que escribo: primero el varonil chorro inicial, luego el detalle secreto, el hallazgo de la clave. Y así me sucede con las mujeres: primero me abalanzo sobre ellas, me obsequio, luego comienzo a retirarme, pero nunca termino de olvidarlas. Todas dejan un sedimento.

“El tiempo no pasa, pasamos nosotros”, dice don Ponciano, el suegro de Pablo Mangas, exdiputado, exrector, extodo, uno de los siete imbéciles de Xalapa, que nos visita todos los días en la Editorial. Una característica de los Siete Imbéciles es que escri-

ben siete u ocho libros llenos de cursilerías y de plagios al año. Otra, que son reverenciados por gobernantes e intelectuales de ínfima categoría. La tercera es la vanidad, siempre insatisfecha. El 29 de septiembre hay un cambio violento de poder en la universidad. Ayer el rector don Rodrigo (un hombre despreocupado que interponía cuatro o cinco puertas y muchos funcionarios ante aquellos que deseaban verlo y él) inauguró los cursos del semestre; hoy renunció, y al abandonar la rectoría, no hubo ni uno solo de sus subordinados que tuviera la gentileza de despedirse de él y acompañarlo hasta el auto. Todos se dedicaron a felicitar al sucesor. Se rumora que se avecinan cambios violentos. Los extranjeros viviremos al filo del presupuesto.

Fiesta de gitanos y flashback

Esta noche, por fin, a las 8:30, en el Hotel María Victoria, veré el primer ejemplar de mi libro *Cuentos ligeramente perversos y violentos*. Libro con solapas, que vestirá mi vida como un smoking. La emoción crece. Almorcé y vine a hacer la siesta. Comencé a estudiar mi tarea de violín y me percaté de que la acumulación de gases me causaba un dolor creciente. Insistí en seguir estudiando. Pensé que ese dolor era el castigo por la alegría que tendré esta noche. Estaré frente a mi libraco. Dieciséis editoriales lo rechazaron (tal vez exagere), y sin embargo seguí creyendo en él. Me acosté boca abajo con un par de almohadas bajo el vientre. Seguí leyendo con dificultad *Corre, Conejo* y súbitamente liberé un magnífico y altisonante pedo, que sobresaltó a *Atenea* y que coreé con un olé y supe que la alegría de esta noche sería impecable y alta como la Catedral de Nuestra Señora de París. Y ahora, a las cuatro de la mañana, totalmente borracho y harto de tragar, sé cómo es mi libro. Lujosísimo, saldrá al mercado a 45 pesos, la mejor cartulina en la portada, un color atractivo, el Valentino con el torso desnudo en la solapa, papel robusto que durará siglos en las bibliotecas. Hablamos de planes con Manzaneque, el socio español. Mi Falstaff editor se definió mientras abría el libro para olerlo con su nariz ligeramente corva y su barbita de rabino:

—Yo soy como un judío: huelo el éxito de los libros por los títulos, ¡salud!

El primer vino no era maravilloso pero Falstaff insistía en elogiarlo. Rechazó altaneramente una nueva botella:

—Está rancio, majo, a mí no me vengas a engañar. Dile al gerente que venga a hablar conmigo o que le dé el vino a su santa madre.

Recordé que eso lo había escuchado. También la conversación sobre quesos, jamones y mujeres. Se acercó el gerente, calvito, tímido, simpático, con un tic nervioso que le hacía brincar el bigote como a un perro rabioso.

Falstaff montó su utilería completa. Dijo que a la mesa (me señaló) se hallaba el autor del libro (aquí sacó el ejemplar de primicia) *Cuentos ligeramente perversos y violentos*, un clásico que sería leído por el mundo entero. Dijo que la noche era histórica y que se hacía indispensable una foto pues dentro de treinta años los turistas vendrían a visitar el restaurante, como se visita la Bodeguita de Enmedio en Cuba para recordar a ese borracho mataelefantes de Hemingway. Apareció un mesero con su Kodak instamatic, posamos para la foto. Yo, francamente abrumado y con el vientre como una fiesta de gitanos, dije que doblaba las patas. Quería dormir. Pues no, dijo Falstaff, hay que amanecer cantando, la ocasión lo amerita. Insistí en que quería irme a dormir. Especialmente porque estaba harto del par de sicofantes. Una cosa era que publicaran mi libro, otra que quisieran hacer depender la salvación de sus almas de ello. De todos modos me obligaron a permanecer con las nalgas en la silla dos horas más.

—Habrán pósters de tu libro en todas las librerías y supermercados de México, repartiré separadores de página con la foto de la portada y publicidad, iremos a la televisión y a la prensa.

Imaginé que La Fama nos contemplaba desde una mesa cercana, con una sonrisa pícaro de te lo dije, te lo dije.

—Si venden la primera edición de *Cuentos* antes de fin de año les regalaré los derechos de *El basurero universal*.

—Quiero que me firmes un contrato de representación total y que olvides a doña *Carmelita Rockefeller* —dijo Falstaff al tiempo de despedirnos, con beso en la boca y todo.

—¿Qué sabes tú de amor, si nunca has besado a un negro?

—En enero hablaremos del contrato —dije huyendo. Con gran dificultad llegué a casa. A lo largo de todo el trayecto tuve que estar cargando en la nuca una extraña pesantez, algo como un chango de Catemaco, imaginé tal vez sea La Fama, que si hace años me pareció una hembra deliciosa hoy sospeché llena de pústulas, gorda, aletargada y maloliente, flatulenta, insomne, infeliz, una chupavergas de alto calibre.

—En realidad Jiménez y Manzanque no son editores —me comentaría al día siguiente un librero—. Son los dos vendedores estrellas de Seix Barral, que decidieron independizarse.

Soñé que hacía un calor tremendo y que debía mover un enorme camión. Metí primera y avancé hasta quedar atravesado en una calle y con la trompa del camión cerca de una casa. Para salir del aprieto tenía que meter reversa, pero me era imposible. No sabía cómo.

Pensé que el mensaje era claro. Mi carrera como escritor había llegado a un punto a partir del cual no podría avanzar si no retrocedía antes. Y si retrocedía iba a derrumbar lo que había construido durante muchos años.

No hay nada que conmueva tanto a Bárbara como saber que alguien la admira. Hoy mi jefe le hizo una pública declara-

ción de amor. Le dijo que en los lejanos tiempos cuando ella era administradora de la Casa Luna, él se quedaba en una esquina atisbando su salida. Te veía, luego suspiraba y me iba, le dijo.

Bárbara leerá en público poemas lituanos traducidos por el sabio Carlo Erba. Llegó a mi oficina todavía con sus horrendos bultos bajo los ojos y la piel enrojecida.

Imaginé que había conocido en los muelles de Veracruz a un marino tatuado con las banderas de todo el mundo, inventé que vivió una historia de pasión mortal y fulgurante que los llevó a habitar una cabaña de fornicio en Boca Andrea, conjeturé que, una vez agotados, lucharon a brazo partido y que la señora Blaskowitz tuvo que huir a Xalapa donde debió esconderse durante un mes para hacer una cura de reposo. Y no dudo que mi fantasía fuera escueta con respecto a la realidad de su pasado reciente. De todos modos la reservé para el doctor Amóribus.

—¿Estoy flaca?

Le dije que no.

—¿Qué talla de pantalón usas? —miró mi entrepierna y se sonrojó. Entonces supe que ella había recordado lo que yo recordé en ese desfiladero del tiempo.

—¿Sabes? Una vez estuve a punto de decir “te amo” cuando estábamos abrazados.

Ventura sintió que su corazón de acero se convertía en una coladera. A él le había sucedido exactamente lo mismo no una sino varias veces. Pero en su mente se fundieron madre e hija en una visión de la vida imposible.

La habitación de Bárbara es muy amplia. Carece casi por completo de paredes, y en su lugar hay ventanales cuyas cortinas pocas veces velan el paisaje del pastizal virgen que se halla al frente. Luz

de color sepia, tamizada por las abundantes y aromosas hojas de las araucarias que se asoman y rozan el ventanal, invade la habitación dando a la escena un aire de fotografía vieja. El aroma de aquella habitación es inolvidable. Allí se vive como en medio de un bosque y hasta los pájaros se detienen a cantar al alcance de la mano.

—34, uso talla 34, como siempre —dije, fingiendo no haber releído en un relámpago del tiempo una escena del primer volumen de *El Libro de la Vida*. Bárbara Blaskowitz también fingió no haber repasado su Libro en el pasaje de La Habitación Sepia.

—Mi macho me tiene loca con sus celos. No vivo con él, pero se queda tarde en casa y se sienta al lado del teléfono. Sólo falta que me pegue. Tengo seis tumbas en el alma.

Volví a hacer cuentas: el marido, el italiano, el español, el teniente rompehuesos, el estudiante de teatro, el boliviano, el Poeta Pibil, el guitarrista, el turco, el querubín del bombo de la banda municipal, la rata de drenaje profundo, por lo menos dos marineros, la *Zorra* y el *Cuervo*, un largo etcétera, yo. ¡Seis tumbas? No. Un cementerio de guerra.

—Desde hace tiempo quiero terminar con mi turco, pero no puedo. Él ha removido mi pasado de señora decente. Quiere que nos casemos en diciembre, pero yo no me atrevo a dar semejante paso, aunque estoy enamorada como nunca lo había estado. Tú también quisiste casarte conmigo, recuerdas.

Lo recordé.

—Y ¿sabes lo que me dijo el turco? “Si crees que esto son celos, espera a que estés en mi casa”.

El tipo es, dice Bárbara, un gran médico, un gran deportista, eternamente curtido por el aire del Caribe, pilota un Cessna ultramoderno, es un sol de hombre, pero, ay, no tiene nada den-

tro de la cabeza. Sería capaz de confundir a Jean Paul Sartre con Jean Paul Belmondo, y hasta se enorgullecería de ello.

Imagino que para tener a Bárbara Blaskowitz tan enamorada, debe poseer algo especial. Ser, por ejemplo, un gran crápula, o tener alguna prenda corporal envidiable o demasiado efectiva, o, al menos, ser un alto poeta lírico. Hay gente así, que en secreto, tiene dos aparatos. Y cuando se le cansa uno, usa el otro. ¿O no? Yo sí estoy convencido de eso. Hay gente que tiene el privilegio de un orificio adicional. El caso es que para tener embelesada a Bárbara Blaskowitz hay que ser un sol de hombre en alguna manera.

—A medida que envejecemos —le dije— nos hacemos cada vez más perversos. Ya nada de lo conocido nos emociona. Los viejos son un abismo de pecados sin consumación, imaginaciones exaltadas, infiernillos que viene a calmar la muerte.

—Ya sabes. Me preocupa envejecer. Tengo 39 años. Uno más y doy el viejazo. Si dejo a mi turco, ¿quién me va a querer?

El amigo tímido, mi jefe en la Editorial, con su alma de Francisco de Asís, estuvo tratando de levantarle el ánimo.

—A medida que uno avanza en edad se hace más sensible, tiene una sabiduría que le permite gozar más de lo gozable y soportar lo difícil.

Bárbara Blaskowitz lo miró a fondo, serenamente, como quien por primera vez se despoja de todo y afronta el mar sin saber nadar.

—¿Tú sinceramente crees eso?

Obviamente no lo creía. Era parte de la retórica social tan habitual en él y en casi todo el mundo: decir exactamente lo que el interlocutor espera que uno diga.

Contraataqué:

—Tu macho debe ser un hombre inferior, sólo así se entiende su inseguridad. Si teme que cualquier hombre le robe a su mujer, es porque tiene poco aprecio de sí mismo.

Bárbara Blaskowitz, inusualmente humilde, estuvo de acuerdo.

Y ahora, escribiendo esto, recuerdo que anoche tuve un sueño en el que acariciaba a Katia, la hija menor de Bárbara, la que parece el Príncipe Valiente. *El sueño inocente, el sueño que vuelve a trenzar la deshilachada seda en rama de la preocupación, la muerte de la vida de cada día, el baño del llagado cansancio, el bálsamo de los ánimos heridos, el segundo plato de la gran Naturaleza, principal alimento del banquete de la vida.* (Confieso que no me desagrada la anterior frase. Me pregunto si es mía, de mi sueño o de algún libro. De todos modos la conservo en mi Diario.) Katia ya en sus nueve años es una criatura ambigua, de belleza nerviosa. Hace un tiempo le dediqué un cuento en el que el protagonista era un elefante meditabundo que deambulaba por una selva seca y deshabitada. En el sueño yo le tocaba los senos nacientes, apenas frutesciendo (linda palabra, no creo que existiera antes de que yo la pronunciara) y ella gritaba de temor y de gozo.

Los armónicos

Hojas nuevas brotan de las ramas aparentemente secas de mi rosal, trasplantado hace unos cuantos días. Cómo no aprender de la naturaleza y aceptar los ciclos de la vida con serenidad oriental.

Trilce volvió a habitar la casa rodeada de frondas, por la carretera vieja a Coatepec. La vi más sola que nunca, más al borde del precipicio. En torno a ella el más increíble desorden. Come cualquier cosa, pasa semidesnuda la mayor parte de su vida, pero a mí me recibe vestida como monjita del manto sagrado.

Nadie puede estar segura a tu lado —dice—: te persigue la maldita lujuria y serías capaz de magullar a tu hermana si la dejaran a tu merced.

Mi niña estaba alucinando con tres violines a la vez: su Amati (ese gracioso artilugio, digno de un Mozart, que se le parece tanto), un Steiner que le trajo recientemente su padre de Alemania (tan parecido en su rudeza, en su voz masculina y en su vigor a la señora Blaskowitz) y un violín chino que sólo tenía dos cuerdas, la primera y la cuarta. Había amarrado los tres violines y unido tres arcos, y saltaba de un lado a otro, como una pequeña orate. Iba de los violines al atril, donde dibujaba notas como poseída.

—La verdad es que no tengo una maldita gana de darte clase, don Ventura. Mira —tomó un violín que tenía aparte, un raro

instrumento de barniz tan brillante como un espejo y de color ambarino, lo colocó con un movimiento casi brusco en posición, levantó el arco, lo situó sobre las cuerdas. Arrancó a tocar con fuerza una pieza de altísima dificultad y lo hizo sin exaltarse, con serenidad. Mientras por su pupilas pasaba el reflejo de un paisaje del último despeñadero, su expresión era de sangre fría, de despiadada omnisciencia, de desprecio al mundo y sus nimiedades.

—¿Crees que una persona que puede interpretar al más complicado Bartok sin sufrir un ápice, tiene el derecho a perder el tiempo dándole clases de violín a un fronterizo como tú?

Le dije que evidentemente no, pero que tanto ella como yo sabíamos que lo del violín era un pretexto, una vía de alianza, que tarde o temprano nos iba a revelar sus arcanos. Le dije que también sabía que yo no era un torpe fronterizo sino el emperador del universo.

—¿Tú crees? —dijo manifestando auténtica duda e incluso un poco de susto—. No me acercaría a ti aunque me desollaran.

—Retórica, retórica, Trilce. Cuando estemos maduros llegaremos hasta donde tengamos que llegar por una sencilla razón: cuando el discípulo está listo, el maestro llega. A nosotros no nos dominan las pasiones elementales y las normas morales que guían a la mayoría. Tú y yo somos artistas.

—Eres tan tonto como para creer que al artista se le permite todo.

—Falso. Yo no creo que al artista se le permita todo. Yo estoy seguro que el artista se permite a sí mismo todo, y ello por una razón elemental: el artista es el único hombre libre que existe en la tierra, el artista es el auténtico hijo de Dios, un privilegiado. Ade-

más, esas mismas palabras “a los grandes se les debe permitir todo” las pronunciaste hace unos meses. Lo tengo escrito en mi Diario.

—Aunque tuvieras razón, aunque supiera que tienes la última verdad, no estaría de acuerdo contigo.

Tomó el violín de ámbar. Interpretó la *Primera Partita* de Bach y el *Primer Capricho* de Paganini.

Cómo no amarla, si era la primera mujer en muchos años que me ponía al borde del quebranto espiritual y el aplauso. Esa elegante indiferencia, ese tuteo insolente que se permitía con Bartok, Bach y Paganini, todo lo que ella era, representaba y ocultaba me hacía castañetear los dientes. Algo como una especie de lujuria espiritual estimulaba en mí un apetito desconocido. Sentía algo impreciso hacia esa niña. Una especie de ganas de masticarla y escupirla de una vez, para poder seguir mi vida sin inquietudes.

—¿Sabes lo que son los armónicos?

—De la música sólo conozco el ruido —dije.

—Los armónicos son los sonidos, o el conjunto de sonidos, que emite un cuerpo cuando deja de estar en reposo.

—Entonces el amor es el armónico mayor —dije intentando ser inteligente o por lo menos gracioso.

Al observar su rostro me percaté de que había dicho algo cuyo alcance yo mismo no llegaba a comprender (o al menos que ella pensaba que yo no lo alcanzaba a comprender). Como decía *Bache*, el escritor que conocí en casa de Iris Moonlight: lo sé todo y lo demás lo invento. Tuve que escapar al baño para secarme el sudor que escurría por todo mi cuerpo, para respirar a fondo y resolver la situación con ecuanimidad. Ya frente a Trilce no pude hablar, tenía hecha un puño la garganta.

—Agarra tu violín, troglodita. Interpreta lo que te señalaré con la punta del arco.

A partir de entonces se portó de manera despótica. No me permitió siquiera intentar unas cuantas escalas antes de entrar directamente a unos ejercicios de corcheas y semicorcheas. No estuve mal del todo, considerando que en los últimos quince días no he ensayado sino tres. La clase concluyó con una sesión de escándalo. Cada uno con su respectivo violín emprendimos los ruidos más espantosos que pudimos emitir: glissando, cuerdas simultáneas, escalas cromáticas enloquecidas. El delirio. Al final nos abrazamos y cuando la tomé de la cintura para besarla, me metió una rodilla entre las piernas, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Otro ataque de lujuria y terminamos definitivamente las clases de violín.

Compungido y con dolor de cuerpo, de espíritu y de lo que va en medio, argüí que la culpa la tenían los armónicos y guardé mi instrumento. Trilce se desabotonó descuidadamente la blusa (para ventilarse los pechitos de paloma, supongo) y se dirigió a la puerta sonriendo. Se había adornado el pelo con rosas silvestres. Tendió la mano, mostrándome la palma derecha, que florecía, como floreció la indiferencia en el rostro de mi madre hace tanto tiempo, el día que le confesé que me había vuelto loco.

Salí con la cabeza baja. Coloqué los pesos en su mano de forma algo brusca.

—No creas que me asustas, pequeña. No hay violín, por precioso o raro que sea, que no esté seguro de poder tocar.

—Tartufo pretencioso.

—Tartufa tú, querida, que conoces tu futuro y lo retrasas.

—El que persevera alcanza... si es que no se acaba en el intento —dijo con una caricaturesca voz de reto—. Antes de alcanzarme debes mostrarte digno de mí. Debes entender, lejos del mundo de las palabras, lo que son los armónicos.

Falstaff dice que me envió ejemplares por Autobuses de Oriente. Hoy los tendré en mis manos de campesino del Danubio. Ayer *Excelsior* le dedicó casi una página completa a mi libro. Ello da idea de la importancia que le asigna mi amigo Valadez. No olvido que él fue quien hizo eco del escándalo que inventó mi primer editor en Buenos Aires.

OTRA OBRA PARECE REPETIR EL FENÓMENO
DE CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Ese fue el titular del *Novedades*.

Desde la ventana de mi casa veo unas fastuosas nubes de tormenta que conjeturo son presagios de que el mundo va a ser lavado de todas sus miserias. Hay un aire de cumbres borrascosas en mi vida. Me he despertado a las cuatro de la mañana. Hoy veré en *Sábado*, a toda página, la foto de la portada de mi libro de cuentos. Ya está a la venta en Sanborns.

Metáfora de un basquetbolista: estar como burro en primavera. Buen título para una novela. De un genio verdaderamente malévolo. De un humor sombrío.

Siendo lunes, me levanté desanimado. Sabía que Falstaff no había puesto mis libros en el ADO y sin embargo fui a buscarlos. En la oficina insulté a Chío, la secre del jefe, porque se puso a chismorrear por teléfono cuando yo necesitaba hacer una llamada urgente.

Saliendo me encontré con el pintor polaco Kristoff. Ahora soy instructor de artes marciales, dijo. Me hizo una demostración en pleno centro de Xalapa. Una de sus gracias es verdaderamente extraña: salta con los glúteos sin apoyar pies o manos. Vamos a casa, te muestro otra cosa. Lo seguí: a un lunático de éstos lo sigo a cualquier parte. Enseña más que cualquier otro ser humano. En la sala de su casa me hizo una demostración de habilidad con chacos. Luego bailó al estilo cosaco, con las rodillas dobladas.

—Quiero regresar a Polonia —dijo—: voy a comprar una botella de champaña y cuando el tren cruce la frontera descorcharé la botella.

Los polacos, como los colombianos, todos los fines de año piensan en regresar a sus patrias. Eso dice el Papá Grande.

Finalmente tocó al acordeón música varsovia con verdadera maestría: de un polaco se puede esperar cualquier cosa. De una polaca, ni se diga. Los milagros en ellas son cosa de todos los días. Y si no que lo diga Svieta Korolenko que en la paz de la barata literatura descansa (primer y segundo volumen de *Doctor Amóribus*). Hoy mi polaca amada aparece en las pantallas de televisión cubriendo una nueva guerra en Europa Central.

Por fin tengo en mis manos los libros, al tiempo que los gringos invaden Grenada y los cubanos que allí habitan defienden esa tierra a morir y en Colombia asesinan a un líder sindical. Pronto mis cuentos estarán en todas las librerías de Xalapa. Puedo morir tranquilo.

¿Te gustó, bella durmiente?

*L*a única prueba posible de la existencia del agua, la más convincente y la más íntimamente verdadera, es la sed, dice Franz von Bader. Ahora soy todo respiración. No he hecho otra cosa que dormir en paz; estoy en una especie de muerte plácida; he aprovechado un par de días libres para practicar el dulce oficio de la pereza, feliz pereza. He distribuido mis libros, mi libro, por toda la casa. Hay uno coronado por un plumero, sobre mi escritorio; otro envuelto en plástico, en el sitio alfabético que le corresponde en mi biblioteca; hay veinticinco en fila en otro librero, a espaldas de la cama; hay uno entre los libros no leídos, al alcance de mi mano; hay cinco sobre la mesa de la cocina; dos en cada ventana, mirando hacia el exterior. Tengo libres las vías respiratorias, lo que hace del respirar un ejercicio de placer, especialmente en Xalapa, ciudad de aire dulce y sutil. Aire de alta montaña.

Es una pena no tener a alguien, como Bárbara, que escarbe con ambición en mi bragueta en estos momentos y apacigüe mi ansiedad, es doloroso no tener un pecho amante que acoja mi cabeza de toro cansado y alegre. En la oficina hice el intento de que el jefe me trasladara al DF. Ya estoy hasta la coronilla de este maldito Chicontepéc y de mi jugueteo inútil con Trilce. Entre mis fantaseos está que mi libro fracase estruendosamente, para

que se me aplaste el maldito orgullo, se me lime la vanidad y se me abolle el egoísmo. Un poco de humildad. Eso es lo que necesito. Un golpe de la vida, fuerte, que me haga retemblar hasta los cojones. Que el cuerpo es la parte visible del alma, dice Blake. Quince días lleva mi libro sobre la cama a mi lado. Lo he mirado y remirado aproximadamente 255 000 veces. La vida se repite con pasmosa regularidad: hoy a las doce de la noche hice el mismo recorrido de seis kilómetros por la carretera a Veracruz y gasté el mismo tiempo de hace un año, a la misma hora. Correr a las doce de la noche por una carretera interestatal es una experiencia que repito cada vez que estoy en la Gran Encrucijada. Lo hice en Lawrence la noche posterior a la coronación de la cima nevada de la terquísima castidad (después lo supe, falsa) de Irla.

Por fin tengo una noche de descanso después de varios días de ajeteo en la Ciudad de México. Salí el domingo, a la una de la mañana, de Xalapa y no pude dormir en el ADO. La ventanilla que me tocó estaba averiada, de modo que padecí durante cinco horas el aire gélido en pleno rostro. Fue una travesía terrible. A las seis de la mañana del lunes estaba en la estación de San Lázaro. El aire tenía ese color ameloctonado que da el smog, pero el clima era agradable. Me registré en el Hotel Mónaco, Guerrero 12.50 pesos, y salí a cobrar seis meses de artículos en *Excélsior*. Tuve que esperar tres horas hasta que llegó la encargada de la caja. Regalé tres libros a los de la Sección Cultural y protesté porque no publicaban mis textos, uno por semana, como fue el compromiso inicial. Me pagaron 400 pesos y me los gasté en unos hermosos botines como los que usa el Papá Grande. Llamé por teléfono a mi Falstaff editor y me enteré de

que la presentación de mi libro había sido aplazada. Esa misma noche tenía una cita con el farsante, pero me dejó esperando una hora. Volví a llamar indignado a Falstaff. Al día siguiente el editor apareció a la puerta de mi habitación en el hotel con una canasta llena de flores, frutas y una botella de whisky (barato). A partir de ese momento crucificamos la Ciudad de México de norte a sur y de este a oeste, en su vehículo, tan destartalado como *Galileo*, pero largo como un transatlántico y sucio como una cueva de gitanos. Visitamos imprentas, librerías y periódicos. Se fijaron citas para hacer entrevistas en *Unomásuno*, *El Sol*, *Novedades*. Por la noche hubo celebración. Firmé cien ejemplares de cortesía para libreros, impresores, amigas íntimas del editor, secretarías, bodegueros de la editorial, periodistas y el dueño de un estacionamiento. Luego fuimos a cenar y a un cabaret. Vimos desfilar una larga procesión de stripticeras, en general deplorables: o gordas o tímidas, o provincianas o despóticas, o inexpertas o con aires de pitonisas; caras ingenuas, abyectas, profesionales. ¡Carne, carne por toneladas! Fue a la vez deprimente y divertido. Deprimente porque en los rostros de las hembras se notaba el hastío y el desprecio por la multitud de machos acezantes, divertido porque tras todo aquello creí descubrir algo. Entre el público había un adolescente solitario, de gesto apocado, que miraba con ambición a las chicas y cuando ellas se le acercaban, prolongaba los labios temblorosos, enviándoles besos de quinceañera. (Me recordé a mí mismo, quince años antes, en San José de Costa Rica.) Otros tipos hacían gestos obscenos con la lengua y las manos. Ya un poco borracho, hallé que mi modosita persona era una mala bestia semejante a todas las presentes: a una bailarina le solicité

que fumara con su boca menos pública y a otra yo mismo le introduje con científica pericia un trozo de hielo. A pesar de que los rituales de cada estriptís eran aburridores y faltos de imaginación, encontré en el conjunto del show una estructura diríase platónica, que iba desde la primera mujer, con barriga floja y celulitis, hasta las últimas jovencitas, de piel deliciosa de venada y movimientos de lúbricas felinas. Aquello parecía organizado por el mismo Platón: la progresión debía ir llevando desde la pitecantropa original hasta el arquetipo de la mujer. En realidad yo estaba compenetrado en el asunto y veía cómo se iban borrando las imperfecciones, afirmando las carnes, mejorando las sonrisas, pero desafortunadamente mis acompañantes –Fals-taff, el español y Licona, un vendedor gordito y simpático como una comadreja– estaban soberanamente hartos y con sueño, de modo que no pude ver el arquetipo de la mujer que cerraría la ceremonia.

Regresé al hotel mareado y dormí poco pero bien.

Hoy de nuevo anduvimos de arriba a abajo en el armatoste prehistórico conociendo gente y preparando la publicidad del libro. Es un juego inicialmente divertido, pero que termina por aburrir. Ya añoro la paz de Chicontepec, pero sé que la tendré por corto tiempo. Regresaré el viernes al DF y de allí viajaré a Monterrey donde presentaré el libro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nuevo León. Será un retorno al sitio donde viví *El Gran Amor de Mi Vida*, *La Novela 0011*, que llevo varios años intentando escribir.

Hoy por la tarde de nuevo estuve firmando libros. Con las prisas no tuve tiempo para sentarme a almorzar. A las cuatro de la tarde entré con el editor en una taquería que se hallaba en un

garage y comimos una mezcla extrañísima. Describo: sobre una plancha de acero de dos metros cuadrados bajo la cual ruge un volcán de gas, se colocan varios kilos de carne de res y cerdo, muchas cebollas, aguacate y enormes cantidades de manteca crepitante. La mezcla se fritá así un rato en medio de una nube de espesísimo humo de colesterol. Después se pica sobre un madero con un machete. Luego se vuelve a colocar en la plancha y se recubre con queso y cuatro tortillas. Cada orden forma una plasta de los ingredientes mencionados que pesará medio kilo. Al cliente se le entrega ese engendro con la manteca chorreando. Uno no tiene más remedio que echarse la bendición, agarrarla a dos manos y lanzarle la tarascada. Aquello es una especie de suicidio gastronómico al que se potencia con chiles a discreción.

Falstaff y yo nos comimos dos de aquellas bárbaras raciones y dos gorditas, regadas con deleitosas cervezas negras.

—Aquí en estas taquerías es donde está la verdadera identidad del mexicano. Esta promiscuidad de manteca, machete, manos sucias, cebolla, carne, ajo, chile y tortillas es la esencia de la fantasía nahuatlaca.

—Hijo, ya estás hablando como Carlos Fuentes —dijo Falstaff con todo su cuerpo convertido en una aceitada maquinaria de demolición—. Y sin embargo emprendió el desglose de la teoría.

—Tal mescolanza y promiscuidad repugnaría a un europeo o a un gringo. Esto es el anticartesianismo culinario. La taquería es el templo sacrosanto del mexicano, donde se pierden las diferencias de clases y todos usan las manos para comer.

Cómo no tener pesadillas con semejante bomba de tiempo entre el ombligo y el espinazo. Ya lo decía Artemidoro muchos siglos antes de Cristo. No hay como hartarse de comer para tener

sueños coloridos y fantásticos. Mi Falstaff, con la grasa del taco escurriendo por la barba, me propuso de nuevo que le hiciera una traducción de *En busca del tiempo perdido*, ¡gratis!

(Se me ocurre que puedo poner a la protagonista de mi novela de amor a comer tacos de garage y que ello tenga un sentido iniciático: Mira, quiero que te contamines de México, que te embarres de grasa, que comprendas la retórica del patarajada. La Irgla –Irgla en mi novela– es una mujer espectacular, que desfila por la vida como por una interminable alfombra roja, una hija de la más severa (e hipócrita) clase alta regiomon-tana, educada en los modales de la Casa de York, pero avecin-dada en la Colonia Vistahermosa de Monterrey.)

Ahora ya en el hotel, escribo esto después de tener una pequeña reunión con Estuardo, el sucesor del sucesor, un paisa que escribe en periódicos pero vive soñando con La Gran Novela. Trabaja en la Torre Latinoamericana y desde allí domina el Valle de Anáhuac. Por lo pronto ha publicado algunos cuentos a los que llama sus *never-sellers*. Estoy completamente a tu servicio dijo, ¿qué quieres, entrevista, reseña?, decía Estuardo mirando y remirando mi libro, colocándolo a la distancia, bello, hermoso, una maravilla, un libro con lomo, con auténtico lomo, y con solapa, como si fuera un frac, extraordinario, maestro, decía abrazándome, yo quisiera estar en tu pellejo en estos momentos.

Ya en el autobús inicié por enésima vez la lectura de *Doctor Faustus*, que debía ser mi Libro de la Guarda, mi refugio contra las acechanzas, mi fuente y mi piedra de afilar.

Llegando a Xalapa encuentro que quedé finalista en el Concurso Latinoamericano de Cuento de *Plural*, entre un uruguayo, una brasileña, un ecuatoriano, un panameño y un puertorri-

queño. Compré el *Punto y aparte* y, ¡sorpresa!, una larga y magnífica reseña sobre mi libro. Entendí la nota como un trompetazo de alerta que despertará a muchos críticos medrosos. De todos modos el autor me tilda de extremadamente barroco, pero anuncia “un escritor mayor de nuestra literatura”.

Afirma Nabokov que el estilo y la estructura son la esencia de un libro y que las grandes ideas son bazofia.

En *El Norte* me dedicaron una plana entera, con foto del autor: “Fina sensibilidad, elegante uso de la prosa y rica fiesta de experiencias compartidas”. En *El Día* una ditirámica reseña del libro. Mi amigo J. D. afirma que de este siglo sólo se recordará a un escritor colombiano. Y no será precisamente al Papá Grande. Un reseñista del *Excelsior* escribe un artículo lleno de expresiones como “el cuento practicado por Ventura regresa al género épico”, “la vigorosa caracterización de los personajes”, “escritura con delicia artesanal”. Germán Vargas, padre espiritual del Papá Grande, califica al libro como “uno de los más regocijantes que registre la historia de la literatura colombiana”. El editor está feliz. Le sobó el lomo al encargado de las listas de libros más vendidos, y *Cuentos ligeramente perversos y violentos*, como por milagro, apareció en el primer lugar, relegando a los del Papá Grande y a todos los del *boom*.

Soñé con La Fama. Me decía atiplando la voz: “Dios mío, un poquito de éxito para este pobre sediento, una migaja de atención, ándale, ándale, que ya no puedo soportar la vida sin ver mis fotos en los diarios”. Estaba sentada al borde de la cama. “¿Piensas quedarte toda la vida abrazado a esa rana descolorida? Tienes que decidirte: o ella o yo”.

Al despertar me pregunté quién era la rana descolorida.

En la maratón (no mientas, Ventura, no fue maratón, fue apenas una carrerita doméstica de diez kilómetros por las calles de Xalapa) corrí sin avidez, acicateado a veces por la cercanía de un amigo, enemigo o conocido o por la persecución de un par de mujeres atletas. Me reservé, como de costumbre, para el cierre en el estadio. En pista rebasé a diez participantes. No hubo corona de laureles. Tras la carrera pesé ochenta kilos y tuve 120 palpitations por minuto.

Una semana completa estuvo mi cuerpo vibrando como enloquecido. Fiebre, náuseas, depresión, ciática, dolor de cabeza, de estómago, estreñimiento, diarrea, principios de artritis y la lista completa de los males que azotaron a Babilonia. La querida doctora (doctora nariz de cotorra: la eliminé de esta relación y se la asigné al doctor Amóribus) que con su cuerpo pequeño y su ansia grande me había llevado al borde de la muerte, en complicidad con mi irresponsable espíritu de atleta vesánico, instaló al lado de mi cama (de mi colchón) sus aparejos de redentora, me puso un río de suero y me lanzó de nuevo al mundo.

El asunto de los armónicos había estado presente como una muela cariada y como una obsesión durante todo el paseo a orillas de la Estigia: *Sonido o conjunto de sonidos que emite un cuerpo cuando deja de estar en reposo*. Ya recuperado me sentía como una cuerda de violín a la que el músico celestial por fin había dejado de frotar.

Regurgitaciones

Pero la fiesta continuaba. El viernes por la tarde organicé un guateque, que resultó, hacia las cinco de la mañana, un éxito. Estrella de los Campos, la tierna poeta gorda de la lengua bífida, cocinó un kepe que sería el amparo de los trasnochadores. El jefe, sosegado como de costumbre, con un libro suyo recién publicado en bandolera, lo hizo pasar de mano en mano entre felicitaciones y observaciones sobre el color, el precio, el contenido, el tiempo de elaboración. Kristoff, el pintor polaco, única persona que extrema su vanidad allende mis fronteras, siempre escandaloso, intentaba centrar toda la atención en sí mismo –tocó el acordeón, bailó al estilo cosaco, hizo exhibición de saltos de glúteos y de golpes de xuxa-porrazo (nunca olvidaré cuando nos enfrentamos a los vándalos en plena Avenida Xalapa y los pusimos en fuga)–. Chío, la secretaria de la editorial, olvidando su pudor de costumbre, le arrimaba el trasero a la primera llave inglesa que se le ponía en el camino.

Hubo comida y bebida en abundancia. A las doce de la noche fue la desbandada general. Quedamos solos mi nueva vecina, la periodista, un argentino loco por la lógica y yo. Ya estaba a punto de mandarlos al carajo, cuando el argentino pidió el violín y comenzó a tocar. Lo hizo muy bien, con delicadeza y emoción, poniendo en los golpes de arco cierta divertida sofisticada-

ción que hacía el tocar asunto a la vez bufo y considerablemente conmovedor. Ello bastó para que me animara. Comencé a beber y terminé por despertar del todo. Cuando el argentino se cansó, yo tomé el violín —¿cuánto hacía que no lo tenía en mis manos?— y le entré a mi *Selección de Clásicos Inolvidables de Violín para Principiantes*. Toqué desde la primera melodía hasta la última. Dos o tres veces se presentaron los vecinos a protestar. El argentino los recibió, los hizo pasar, mostró mi libro y el del jefe, ofreció bebida y los mandó de regreso a la cama. Un periodista muy hacendoso que se presentó a última hora limpió los desastres de la fiesta y preparó tacos con la carne que había alistado la poeta De los Campos. Mientras masticaba seguí tocando, en un espléndido estado de ánimo. Sentí que, después de todo, yo podía tener compañeros de viaje y no cumplía los requisitos para ser un buen lobo estepario. Vi a los amigos partir acariciados por la aurora de rosados dedos. Recuperé el amanecer en el Cofre de Perote (no registrado en esta relación de hechos). Adiós, adiós, bella noche. Espléndida noche en que celebramos la aparición de dos libros en el mundo. Sentí que en el curso del año había nacido dos veces: una en la cima del Cofre de Perote y otra allí y entonces, con la música, la amistad y la certeza de que nada sobre la tierra podría derrotarme si alentaba la esperanza de repetir instantes como aquellos.

Fui a la casita en el bosque de Trilce dispuesto a sufrir cualquier ignominia con tal de tomar mi clase de violín. Me abrió la niña, desgreñada, ojerosa, estragada, parecía una ermitaña. No he comido en diez días. Estoy en trance de componer una serie de obras maestras, dijo. Pensé que se estaba volviendo loquita: ¿qué hace una adolescente encerrada en una casa de

campo, sin ver a nadie y odiando al mundo entero, teniendo por única compañía su colección de violines y sus partituras?

—Ya te conté mi secreto. No quiero que nadie lo sepa. Quiero guardar esto hasta que haya muerto. Espero que dentro de cien años rescaten esta casa y encuentren los folios de mis obras maestras —dijo medio afiebrada, con ojos delirante. Bajó la voz y culminó:

—Estoy componiendo trece canciones para la tercera oreja. ¿Has oído hablar de la tercera oreja? Es algo así como el Tercer Ojo de los orientales.

—Secreto que se respete debe ser difundido —le dije, y tuve que huir, porque Trilce me hubiera matado de un ladrillazo. Desde que regresó del DF su sentido del humor se ha averiado estrepitosamente y no necesita perros porque dispone de una buena colección de ladrillos. Su padre ya no la apoya desde que se enteró de lo del mordisco en la cara al interfecto. No la han vuelto a llamar para conciertos en Europa y ni siquiera en México. “Ya no soy una niña prodigio. Piensan que soy una violinista del montón. Tendría que mostrar las nalgas como Olga Breeskin o hacer piruetas como un chimpancé coreano”. Carece de dinero. Tiene pocos alumnos particulares.

Pasé por mi oficina. Ya ni te asomas por aquí, dijo el jefe. Un día de estos amaneces con la novedad de que no tienes sueldo. Me encogí de hombros. Trasplanté mi rosal que estaba a punto de morir, a la madre verdadera, el único trozo de tierra de que dispongo, cubierto por un montículo de piedras que se halla frente a mi casa. Recuerdo que cuando vine a instalarme a esta ciudad me dije: viviré en una casa con un gran jardín. Hasta ahora no lo he conseguido. En la maceta planté una cícada —millones de años

de historia sin la más mínima variación. Esta cícada es el recuerdo de otra que tuve en mi vida anterior. Las dos se las compré a indígenas totonacas por cinco pesos. Ojalá se salve mi rosal.

Definitivamente, las mujeres parecen más cursis, pero en realidad son más prácticas: conocen que el mundo es mágico y que hay que respetar sus irracionales leyes. Escribe Bertrand Russell que las mujeres, en el amor, son superiores, porque tienden a amar a los hombres por su carácter, al paso que los hombres tienden a amar a las mujeres por su aspecto.

La cobija de lana virgen que le compré a Aéreo, expresidario, nuevo amigo de la señora Blaskowitz, tiene un agradable olor orgánico y me suscita buenos sueños; es una cobija viva que llena mi habitación de calor y me hace sentir el dueño de las cabras.

La diosa perra en Monterrey

Cada vez que termino una obra, abro los ojos al mundo y descubro que nada ha cambiado. Entonces me vuelvo (más) insoportable. Hace una semana terminé la enésima versión de *La mujer de ojos persas*, la novela de la mujer de ojos persas, la novela de Irgla. Y ahora estoy en camino rumbo a Monterrey, escenario de nuestras últimas batallas, nuestros esplendores en el Cerro de la Silla, en la casita de muñecas de su jardín y al lado de la Fundidora. Una extraña y compleja sensación me acomete, una serie de recuerdos, una mezcla de pasado, de revaluación del presente: lo que pude haber sido si me hubiese quedado en Monterrey, lo que soy ahora, cómo he cambiado y no obstante sigo siendo el mismo. Monterrey es y no es la misma ciudad de antes, mi ciudad, con tantos rincones en los que dejé trozos de hígado, vesícula, esternón, sudores, semen almidonando, sábanas solitarias, alfombras y mujeres, aires de fin de mundo, relámpagos del tiempo (cada vez que se manifiesta uno se ilumina el cielo y se abre el horizonte, la noche de la memoria se hace día): allí hablé por teléfono bajo la lluvia con Irgla mientras ella seguía estudiando en Lawrence y yo me moría de hambre en la pensión de Bartola. La colonia Obrera, donde viví bajo el polvo inclemente de la Fundidora; en la calle Washington, cerca del Mercado Juárez, el cuchitril

infame donde estrené la infidelidad con (¿cómo se llamaba aquélla cuyo marido fue un alcohólico irredento y a quien dejó por una insinuación mía y luego vino, ella, a pedirme cuentas, algo así como “¿cuándo nos casamos?”); las canchas bajo el río Santa Catarina donde jugué básquet mientras el polvo, el sol y el viento vapuleaban mi larga cabellera y aquello era como estar en medio del Desierto de Sonora; la Avenida Madero, la calle más viva de Monterrey –allí está el *Borrado*, mi prostíbulo predilecto, con su puta manca y la fila de mujeres más hermosas y desnudas que haya visto en mi vida–, *El Porvenir*, fundado por Porfirio Barba Jacob, donde publiqué artículos vitriólicos; la casa de Julián Villarreal 218 Norte, mi infierno personal, donde viví La Gran Miseria (0011, en el baúl de las nostalgias). Recuerdos, recuerdos, todos ellos unidos al gran amor fracasado, a mi Irgla, que me arrastró a vivir en el último círculo, de donde escapé cuando supe que de allí no podría arrancarla y que El Libro de la Vida me llevaba irremediablemente a otra parte. Me atreví a visitar la tienda del padre de Irgla –allí vendí juguetes un fin de año y vi pasar ríos de dinero por mis manos–, pero no pude hablar con él ni con nadie que me diera noticias de quien creí podría llegar a ser mi mujer. Hallé que la Facultad de Filosofía seguía idéntica –las mismas paredes sucias, idénticos graffittis, los mismos gritos de protesta, los mismos profesores, todo aquello parecía un castillo encantado invadido por la hiedra–: los baños húmedos, las paredes mohosas, los orinales amarillentos y hediondos. Los mismos salones de clases habitados por diferentes rostros. En la Dirección, casi todos idénticos: las secretarias coquetas y correosas con sus minifaldas y sus maquillajes de escándalo. Un

empleadillo menor me reconoció y me llamó maestro. Creo que me suponía recién salido de clase. El resto de la universidad ha crecido desmesuradamente, pero Filosofía y Letras sigue siendo el mismo tumor infecto con sus profesorcillos peleando por un cubículo o discutiendo sobre sus horas-semana-mes o sus tiempos completos. Mundo sórdido y estancado en el que se sigue discutiendo sobre marxismo, estructuralismo y psicoanálisis y se usan los textos que tienen medio siglo de polilla, mundo del cual, uf, salí con fortuna, más rico que un pobre rico y más pobre que un pobre pobre. ¿Que sería hoy allí? Un frenólito, un estúpido, un atareado imbécil, agua turbia y estancada, sin obra alguna, con poco dinero y menos tranquilidad. El retorno a los viejos sabores: cabrito al pastor, guacamole, arrachera, cebolla en brasas, Tecate con limón y sal. Irgla en pleno, la amada tumba de otros tiempos, todavía vigente, polvorienta, deshilachada, trepidante, levantada sobre un yermo, el mundo de los multimillonarios, que tenían en su centro a una reina: Irgla. Mi Irgla.

Fui con Falstaff a diarios, televisión y radio. Entrevistas, fotografías, pequeños discursos sobre el amor para el consumo del público y la promoción del libro. Los amigos casi todos ocupados. Monterrey ya no es mi ciudad, en realidad nunca lo fue: cuando escapé de ella, hace ya tantos años, me dije que había huido de mi mujer, mi soledad y mi tumba. En el Hotel Royal Courts, tras el viaje de quince horas en tren, me siento hastiado de hablar siempre sobre lo mismo: libros, libros, libros, tirajes, costos, chismes sobre escritores. La satisfacción de ser tratado, por primera vez en mucho tiempo, como si fuera un personaje célebre: comer a todo lujo, siempre invitado, ser el centro de un diminuto punto en el universo. El éxito de la presentación depende de que mañana

aparezca la publicidad en los periódicos. Me percaté de que los decanos de Filosofía y Letras —que hace años me odiaban sin razón— me atienden, se pliegan al capricho de la diosa perra, juegan al juego del hijo pródigo, al regreso del triunfador. En 1979, después de recibir una llamada telefónica y un premio, decidí abandonar mi cátedra, mis cien alumnas amadas, renuncié con una carta altamente literaria, vendí todo a precio de terremoto, puse lo demás en el ferrocarril y unas cuantas cosas en *Galileo* —hijo de un premio de mi pluma, como casi todo lo que tengo— y ¡adiós! ¡Partir, partir, palabra del viviente! Irgla me siguió en su BMW hasta Saltillo. Allí nos dimos el último beso y adiós. Conjeturo que los dos suspiramos aliviados.

El tres de diciembre se realizó el acto. Fue emocionante, sobre todo por las palabras de Miguel Covarrubias, quien me hizo sentir que mi paso por Monterrey (*Que tu paso deje huellas en las arenas del tiempo*, me dijo un desconocido en la fila de un banco años antes) había importado a algunas personas y creado todo un movimiento literario que hoy continúa.

—Otro colombiano pasó por esta ciudad que nunca podrá olvidarlo: se hacía llamar Porfirio Barba Jacob y escribió poemas que se acercan a la perfección. Ventura es un espíritu afín, un alma grande que tiene una debilidad divina por el mal, como su predecesor.

Miguel no fue retórico sino directo, habló sin pudor, sin restricciones. Habló también el editor Falstaff Jiménez, de forma convencional, dándose importancia a costa mía. Asistieron reporteros de casi todos los diarios. Había pocos rostros conocidos —alguna alumna brillante, de dientes metálicos, que fungió como mi suplente y ahora es profesora; el poeta alimaña

nicaragüense, que gozó a nombre mío de todas mis alumnas del Taller Literario— y unos cincuenta desconocidos. Comencé a hablar despreocupadamente, con timidez, y gradualmente me poseyó el demonio del narrador oral que sólo en pocas ocasiones me sale. Dominé con naturalidad al público. Después vino la firma de libros, un coctel y el viaje a la Fonda del Poeta Andrés.

Ya en la Fonda, salió el tema de Irgla y hubo revelaciones sobre su familia, asuntos que nunca imaginé. Se habló sobre su segundo matrimonio con un hombre de familia destacada, un músico, empresario y jockey multimillonario; sobre el escándalo suscitado por el hecho de que llegara ostensiblemente embarazada al altar esgrimiendo una sospechosa dispensa del papa; sobre la beatería de los padres de Irgla y la castración de sus hijas: una de ellas se suicidó al cumplir los quince años; hay dos divorciadas, la tercera vive lejos de su familia. Escuché con apasionamiento: ya no me interesaba Irgla, mi mujer, mi insultadora de planta, sino la novela sobre el gran amor. Todo era claro y sencillo, trágico, dramático, cómico: sencillísimo: allí estaba. El amor que le tuve a Irgla quedó sepultado allí mismo por la obsesión de escribir: ya tenía la cuadratura del círculo en mente. Sólo faltaba sentarme a trazarla, a corregir la novela con las nuevas cifras del enigma.

El retorno al pasado reveló muchas cosas sobre mí mismo, entre ellas, que no fui del todo una alimaña, el Maestro Alimaña. Bello retorno, bello y suficiente. Nunca los tiempos pasados fueron mejores, pero tampoco pudieron ser mejores. Fueron definitivos, absolutos, buenos y malos, paraísos hostiles, como la novela que sobre este pueblo de dios he estado escribiendo y que no he podido publicar (0011).

Visité a Bartola, la dueña de la casa en Julián Villarreal donde pasé La Gran Miseria. La señora se portó maternal.

—Eras muy bueno, muy estudioso, tan trabajador en esa maquina de escribir, eras tan lindo, todos te queríamos.

Luego su rostro se demudó:

—Pero escribiste en un periódico que esta era una mala casa de putas y luego te robaste a mi sirvienta y te fuiste a vivir con ella a otra parte.

Lo que era verdad en parte: sí publiqué un capítulo de mi novela en proceso, y en ella incluí unas cuantas putas, pero nunca me robé a su sirvienta... que yo recuerde.

Un sol despiadado nos bañó durante casi todo el día en Monterrey. Mi Falstaff editor, enfundado en traje, chaleco y corbata, sudaba como un porcino. Ni hablar mal de Falstaff. Todo lo ha pagado, absolutamente todo, hasta los dulces, las glorias, que llevaré a los amigos de la oficina.

—No te preocupes, cariñito —me dice—, todo esto lo descontaré de tus derechos de autor. Supongo que sabes que estás en buenas manos. Quiero ser tu representante plenipotenciario.

Preferí eludir ese compromiso.

—¿Qué te parece si me traduces un par de libros de Joseph Conrad?

—Maravilloso, tráeme el contrato y lo firmo ahora mismo. Necesito que me pagues la renta de una casa con jardín y azotea con buenos telescopios, cancha de básquet, piscina, sauna y whirlpool, un sueldo decoroso, diccionarios del mar, la *Enciclopedia Británica* y pago de mis clases de violín.

Lo que he vivido durante estos días, la confusión de sentimientos que me ha ocasionado este regreso, son cosas imposi-

bles de describir. Punto. He de regresar a mi casa en Xalapa, a mi otra vida, la del pez *Gervasio* en su pecera (¿no he hablado de *Gervasio*?, de mis *Gervasios*), la de mi gata *Atenea Mishkin*, la del bendito Chicontepec. Pensé mucho en Irgla durante mi regreso a Monterrey y acaricié la fantasía de encontrarla. Súbitamente, en la Juguetería Magia, en la calle del Correo, en el Aeropuerto, olfateando el aire mineral cerca de La Fundidora, mirando El Cerro de la Silla. Incluso imaginé que ella llegaba con su marido y su hijo, que pasábamos el uno al lado del otro sin saludarnos. Ya va llegando el avión al DF. Hoy sábado pernoctaré en el Hotel Mónaco. Volveré a mi honrada medianía, a mi fama municipal, al odio de Chicontepec, a mi propia penuria, tras el sueño compartido con la perra diosa.

El fuego de Aristóteles

Ayer retorné a la escritura de La Novela. Salió un capítulo ultrabarroco, alegre. En lugar de seguir una línea que había dejado pendiente de un abismo de sentido, llené un hueco en la construcción de la protagonista. Hoy escribí pocas páginas, pocas pero satisfactorias, un texto ingenioso que se equilibra airosamente (supongo) en el límite cursi/sublime que amenaza a todas las novelas de amor. Con Irgla la inauguración fue gracias a un pariente del tequila, el coctel margarita, debo escribir ese capítulo, que será, sin duda, el mejor. El 21 de diciembre desce-rrajé sobre el papel un capítulo sobre el amor frenético y apresurado en el jardín de la amada, mientras los padres de Irgla-Irgla toman su té a las cinco en la sala. Al final inicié un capítulo sobre una especie de tacos alucinógenos que consumen los protagonistas: los tacos de chiquehuepayole. A las once de la mañana fui a Radio a cumplir una cita con el locutor Cheché. Si alguien quiere tener una idea del estado en que se hallaba Cheché, locutor célebre por su ingenio verbal y su erudición monsvaiesca, que se imagine al último habitante humano sobreviviente después del desastre atómico final. Se trataba de una entrevista para su programa. Dije al aire unas cuantas burradas, entre ellas, que yo era el escritor del cuerpo perfecto y que el mundo que me rodeaba se me antojaba un desierto lleno de pollinos.

—Estuviste insoportable —dijo Cheché al salir—. No entiendo cómo logras soportarte a ti mismo.

—Muy sencillo: escribo.

Luego fui al centro a comprar dos aparejos que me auxiliarán en la escritura: un termo y una cuerda con reloj y contador de saltos *made in Taiwan*. Por cada página escrita haré doscientos brincos. En lugar de fumar un cigarro por página, como cuando escribía *Así es la vida*, haré saltos de rana. Y cuando termine, si no logro la obra maestra, tendré piernas de corredor olímpico de vallas y habré dejado de fumar.

El 25 de diciembre terminé (;de nuevo!) la postenésima escritura de la novela. Comencé a escribir a las seis de la tarde, después de pasar el día dando vueltas, relegando el instante de sentarme a definir el último capítulo. La verdad es que no tenía una puta idea de lo que iba a escribir. Por fin pude hallar el verdadero final de la novela. El último párrafo me lo daría precisamente el dato magnífico del suicidio de la hermana de Irgla.

Había despertado a las diez de la mañana, salté cuerda, fui a jugar básquet. Apenas tres partidos, pues no quería agotarme, quise pelearme con el flaco tiñoso que se colgó del aro y lo dobló, lo insulté, le lancé un puñetazo, pero los compañeros me agarraron. Luego comí en el mercado de La Rotonda, regresé a casa, me bañé y dormí un par de horas. A las cinco estuve practicando mi lección de violín —llevo dos meses en la misma página, sin avanzar, y Trilce se niega a darme clases si no demuestro dominio sobre mis primeras tareas de la segunda posición—. A las seis comencé a escribir. Lo que hice fue pulir algunos lirismos, incluir algo de diálogo (lo que es extraño en mi forma de escribir, acaso porque yo no permito que mis per-

sonajes asuman su propia identidad). Bebí café y volví a fumar. A las 9:30 hice una pausa. Preparé quesadillas. También engullí sándwiches de jamón y queso de puerco. Los pasé con vino Calafia. A las 10:15 retorné a la escritura. Puesto que se acercaban las doce de la noche y yo no quería darme cuenta de lo que sucedía en el exterior, escogí cuatro *cassettes*, todos de arias de Mozart, para programarlos, uno tras otro, a todo volumen, de modo que no escuchara ni música ajena ni gritos de júbilo ni campanadas echadas al vuelo cuando naciera Cristo otra vez. Comencé a escribir con energía, poniendo cuerpo y alma en ello. Hacía un frío espantoso pero no me molesté en abrigarme. El fuego de Aristóteles me calentaba. De todos modos allá al extremo de mi cuerpo sentía los dedos de los pies congelados, como cuando dormí en el Cofre de Perote y conocí la experiencia de la detención del tiempo. A las 11:40 escribí la última línea. No hubo brincos de júbilo, bailes o celebraciones como ha sucedido en otros casos—el final del cuento de Perry McClue fue más escandaloso, estuve a punto de volverme loco, regalé a Bárbara mucho dinero, me porté como un niño— sino una profunda seriedad. Me vestí y salí a recorrer las calles, jugando al orate solitario, al cuitado sin amor, al artista en gracia, al asesino sonriente, a ser Ventura en una de sus salidas al pueblo, ese pobre individuo que ya sueña con el Nobel sin haber publicado otra cosa que frutos verdes y ramas secas. Las calles estaban solitarias, había apenas algunas personas aguardando sin esperanza la piedad de los taxistas. Mi idea era ir a La Tasca a tomar unas cervezas. Pero estaba cerrada. Eran pasadas las doce. Fui al Palladium Discoteque pero no había nada más que vacas saltando entre el humo. Conduje mi auto hacia la casa de Bárbara

Blaskowitz y allí estuve, al frente, mirando, con la mente vacía. Luego fui a la cueva de Trilce y pasé el resto de la noche y la madrugada, de pie, fumando, sin atreverme a tocar. Una luz temblorosa como la de una vela me hacía alentar la esperanza de que ella estuviera allí y que en cualquier momento sonara el violín. Sólo los grillos me acompañaban y la débil sospecha de que La Novela valía menos que el papel donde estaba escrita.



Nuevos coqueteos con la dogma

Se acercaron *los enfermos*, tres aspirantes a escritores. Cuevas, Brauer y Berman. Se sentaron a mi mesa sin pedir autorización.

—Ventura es un escritor de fondo porque corre maratones —dijo Cuevas (apodado *Mandibulín* por su prognatismo de feria) con los ojos bajos, mientras mostraba sus grandes dientes amarillos en una sonrisa de falsa humildad.

—No hay nada que me dé más asco que esos mediocres que buscan el éxito montándose en los hombros de los verdaderos escritores —comentó Berman con esa barata forma de insultar que no menciona nombres, recurso típico de El Hombre Probo, director de nuestro diario local.

Asumí un gesto de superioridad, una media sonrisa, los hijos de los dioses somos inmortales y no nos importa la opinión que sobre nosotros tengan los mortales. Al despedirme le di la mano a *Mandibulín* pero se la negué a los otros dos mentecatos. En memoria de aquellos años en que quise convertirme en benefactor de escritores me porté amablemente. Al fin y al cabo *Mandibulín* fue mi discípulo. En verdad no hay peor enemigo que aquél a quien damos nuestra confianza, tiene razón el Papá Grande.

Días más tarde, individualmente y en secreto, *los enfermos* me confesarían que les había gustado mi libro recientemente publicado.

Al día siguiente, para evitar encuentros inconvenientes, me quedé en casa tocando violín.

Fui al DF. Estuve cuatro días, dos dedicados a asuntos de libros y dos al relajo. Retiré el manuscrito *Así es la vida* alias 0011 de Oasis. Me porté como un caballero. Había planeado insultar a Schneider por los dos años de espera infructuosa, pero el amigo tímido me disuadió.

—En este país no vale la pena protestar. Hay una maquinaria demasiado poderosa que mantiene a los mediocres en el gobierno y de ellos es el dinero y la gloria, los puestos, las publicaciones, las fotos y los elogios. La simulación es el fundamento de todo.

De todos modos insinué que publicaría el libro en una editorial más importante, con mayor distribución y propaganda. El argentino Schneider se molestó un poco pero supo disimularlo.

—Si tienes una mejor oportunidad, no tengo derecho a estorbarte —dijo, y pasó a otro tema con la voluble coquetería de una doncella casi dispuesta a entregarse. Salí de su oficina. Ayudé a la secretaria a buscar el manuscrito. Estaba en el puro fondo del cajón de los desahuciados, intacto, tal como lo entregué.

Horas antes había desayunado con Falstaff y una periodista que se caracteriza por el carácter acerbo. Dijo que algunos de mis textos le parecían pueriles. Luego se dedicó a observarme. Dejó que yo hablara. Dije unas cuantas barbaridades, como de costumbre. Si Dios existe debe ser un gran fornicador y el más grande hereje. Hablé sobre el amor y sus máscaras. Al salir de la entrevista Falstaff me entregó un cheque de adelanto por *Así es la vida*. Mil pesos. ¡Mil pesos! No sabía si gritar de felicidad o de autoconmiseración. Cada palabra de esa novela se había

llevado parte de mis huevos y de mi imaginación, tras ella estaba mi vida, cada escena me dejaba desnudo ante el lector, allí estaba yo como una res muerta abierta en canal, noches de pie ante la máquina (me ardían las rodillas, las pantorrillas, los muslos, no podía estar sentado). Firmé el contrato. El libro debe aparecer en tres meses. Las relaciones con Falstaff han mejorado notablemente. No es el comerciante que a primera vista parece, sino un rudo que ama la literatura y está dispuesto a arruinarse por ella. Los cuentos han sido un éxito, dijo. Se han agotado en Sanborns, Ganhdi, El Parnaso y la Librería Reforma. Me llevó a todos esos sitios para demostrarlo. En El Palacio de Hierro está en la mesa de los éxitos, al lado de *Monseñor Quijote* de Graham Greene y un *best seller* sobre sexo parapsicológico. Leí un párrafo del *best seller*: cuenta que una mujer se queda mirándole la bragueta a un tipo. De ella surge como una explosión el miembro erecto que rompe el pantalón.

—Me robaste este título —dijo el Papá Grande mirando la portada del libro.

—No, don Gabriel, los otros escritores también tenemos derecho a una migaja de universo.

Buen tipo, tal vez inmejorable. Un espíritu de luz que en su placer encontró su tormento. Su condena es haber cumplido con todos sus sueños. Lo vi al frente de El Parnaso. Aceptó mi abrazo filial. Me invitó a comer tacos lejos de los sitios donde la Fama pudiera acosarlo. Dijo que yo había escrito la contraportada de mi propio libro. Recordó cuánto le había gustado mi primera novela. Se disculpó por no haber leído el manuscrito que le di hace años (008). No aceptó que le regalara el libro. Mandó a su hijo Rodrigo a que lo comprara. Pidió que le pusiera

una dedicatoria. *Para el Papá Grande, a quien ya no quiero matar*, escribí. Los tiempos cambian.

Avanzo (otra vez) lentamente en la novela de amor. Afino detalles. Creí haberla terminado. La verdad es que todavía está en obra negra. Apenas estoy ordenando el caos. El 2 de enero me veo obligado a regresar al DF. Grabación de *Un día un escritor* con la China Mendoza, la misma que tuvo la primicia de entrevistar al Papá Grande tras el Nobel. La China me impresionó por escandalosa y verborreica, también por tierna y amorosa. Me trató con reverencia y admiración. Yo creía que ella era una de las vacas sagradas de la difusión cultural en México pero luego supe que es una marginada sentimental, que llena sus textos de adjetivos alambicados y no hace otra cosa sino quejarse y cuidar sus animales. Pienso que algunos que antes me ignoraban comienzan a doblar las cervices. Durante la entrevista me porté superior y burlón, jocoso, hice pantomimas y bromas, dije inmensidades, muy a mi irresponsable estilo.

La ira de Trilce

El octavo día del que sería (para variar poco literariamente nuestro sainete o novela) un cruel abril soy recibido de nuevo por mi maestra de violín. Primera clase de año. Fue algo espantoso y humillante. Todo, todo estuvo mal, desde las escalas hasta las miradas de perfil. Me equivoqué puntualmente en cada uno de los compases. Trilce estaba sentada, mirándome con escepticismo. La verdad es que soy paciente contigo porque tengo la esperanza de que seas un artista. Espero que escribas algo que me volte el alma como un guante. Y tú qué haces, fornicar a diestra y siniestra, emborracharte, perder el tiempo como un perro que se muerde la cola. No la saqué de su error. Llevaba varios días de castidad. Más te valdría dedicarte a hacerte pajas, dijo. Me las hago, niña, me las hago pensando en ti, pensé.

No sirvo para nada, para casi nada.

—Toma el violín —dijo Trilce en voz baja—. Haz una escala en *sol* mayor, solo una, con notas largas, lentas y claras.

Fue inútil, no pude.

Trilce gritó:

—Eres un salvaje, un criminal, un verdugo de la armonía. Vamos a hacer un gran martelé, que tal vez vaya bien con tu salvajismo.

Lo intenté infructuosamente. Trilce gritó, golpeó con un ladrillo la mesa al tiempo que decía esto, esto, cretino, esto es un gran

martelé. Me confesé incapaz. Puso a funcionar el metrónomo. Pasamos a las melodías de la vieja tarea. Entonces fue cuando su furia culminó. Buscó un látigo y azotó las paredes (y yo recordé aquella noche, ya lejana, en que marqué con una hebilla la espalda de su madre, el gemido espantoso que emitió la señora Blaskowitz y el orgasmo pernicioso que la dejó desmayada. Recordé los viejos y violentos juegos que tuve con la madre de Trilce, particularmente el ensayo de violación que nos dejó lastimados a los dos y comenzó a erosionar nuestra relación).

Perdón, dijo Trilce. Bajó la voz: Lo que te falta es analizar compás por compás cada pieza, repetir una noche entera un solo ejercicio. ¡Presión, ritmo, cerrar los ojos y escuchar! Y qué haces: pues agarras un solo ejercicio y te arrebatas de principio a fin, sin pararte en los detalles. Entiende bien esto, *lieber*: el arte de la música está en los detalles, así como el de la literatura en las palabras. Quien no las domina no puede pasar más allá de lo elemental.

Lo confieso: estaba errático. Pero su furia era excesiva, desproporcionada. La verdad es que estaba embozado por Trilce, por ese encantador frenesí que pone en cada uno de sus actos. Sin embargo, después supe que su estado de ánimo no se hallaba alterado solamente por mi torpeza, sino por un problema diferente. Había abofeteado al médico turco en La Parroquia. Estuvo a punto de contármelo, pero detuvo sus confesiones al borde del abismo. Vete, maldito, vete, tengo un espantoso dolor de estómago, me duele la cabeza como si estuviera a punto de volverme loca. Siento que alguien tira de mí hacia adentro, siento que me hundo en un remolino. Si me atrevo a acostarme sueño que caigo, caigo.

Je, je, dijo la señora Lujuria, si tú no sabes identificar esos síntomas es que eres el maestro plenipotenciario de los homínidos. La niña sufre porque está sintiendo el llamado de la verga, una fuerza contra la cual nadie puede luchar y que ha determinado la marcha del mundo. Los grandes artistas son los que más padecen de estos males, lo sabes bien.

De puro ingenuo quise ponerle atención a la Madame. Le coloqué las manos sobre los hombros a Trilce. Sentí que tenía un momento de debilidad, que se iba a abandonar. Dejé deslizar mis manos a lo largo de sus brazos, rocé sus senos de adolescente de Combray ya en plenitud completa. Fue como si hubiera tocado a una cobra real.

Me lanzó el ladrillo a la cabeza, me persiguió con una barra de acero. Monté en *Galileo*. A lo lejos escuché su grito: ¡Cerdo! ¡Destapacaños! ¡Maldecido sifilítico y *schwein*! ¡Se acabaron las clases de violín! ¡Voy a poner una denuncia por intento de violación!

Antes de escapar, saqué mi libro de cuentos de *Galileo* y se lo tiré por la ventana. Trilce lo recogió, lo miró con desprecio.

—¿Que publicaste un libro? Y a mí qué diablos me importa. Llévate esa porquería. Apesta como un vómito de cerdo —lo arrojó lejos, le escupió.

—¿Cuándo va a ser la próxima clase de violín? —grité humildemente.

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡So póngido!

En mala hora le expliqué el asunto de los primos peludos. Póngido es, se sabe, y se lo comenté, la especie que une a los chimpancés con los gorilas, y por extensión, con los humanos que se dedican a la literatura.

Regresé a casa y me escondí bajo las cobijas. Trilce podría cumplir sus amenazas. Su padre cena una vez a la semana con el gobernador. Se rumora que ya mandó matar al *interfecto*, primer amante de la señora Blaskowitz y amigo de Trilce digno de alguna sospecha.

El lunes, una vez pasado el susto, después de que nadie tocó a mi puerta (esperaba una camioneta blanca, un par de orangutanes, una orden de captura, cárcel y deportación), reinicié el trabajo de la novela. El objetivo era pasarla en limpio y comenzar a organizar el aquelarre de hembras, reales e imaginarias, que se interponían entre el gran amor y mi protagonista. La verdad es que se trataba de organizar mi vida, de entenderla. Escribir novelas es precisamente eso: organizar vidas y entenderlas.

El 30 de junio de 1984 soplan vientos de desastre sobre México. Abundan los desesperados. A nadie le alcanza el dinero para sobrevivir. En el mercado los productos se pudren porque nadie los compra. Una coca-cola cuesta lo mismo que cuatro naranjas. Un litro de leche lo mismo que uno de gasolina.

Me dedico a leer *Cumbres borrascosas* a la orilla de la piscina de la universidad. Escribo. ¡Escribo de nuevo! La novela se está extendiendo. A veces a partir de un párrafo desgredado salen diez o quince cuartillas. El relato echa ramas, crece, se bifurca, aparecen frutos en sazón, las raíces se hunden vigorosas y profundas en un magma nutricio que busca un núcleo, el del amor, que parece ser el centro de todo, el núcleo original a partir del cual explota y se desarrolla una historia como quisiera que no hubiese otra. (Que estoy escribiendo una novela rosa no dudo... pero con su dosis de veneno.) Hoy llegué al punto en el que

sucede la nominación de los órganos sexuales de los amantes: *Dédalus y Laberinto*. *Dédalus* construye el laberinto donde se ha de ocultar la vergüenza de Creta: el minotauro que exige dosis de doncellas en sacrificio. Con toda conciencia me percato de que estoy repitiendo una escena de *El amante de Lady Chatterley*, pero no hago nada por extirparla. Relato la escena porque es una escena tipo, un comportamiento que se repite en muchas parejas. Cada historia de amor repite un patrón esencial, unas líneas básicas, que no se pueden violentar sin destruir la esencia misma del amor. Lo mismo sucede con los libros de Miller, con *La Divina Comedia*, *Dafnis y Cleo*, libros de los que saqueo escenas que encajan en mi novela. Es como si mis protagonistas quisieran vivir no solamente sus vidas sino las de sus libros preferidos.

Me encontré con Lorena Beatriz (la pobre no llegó ni siquiera a alcanzar una esquina de un capítulo del *Diario de un frenético*: justo es que aparezca aunque sea fugazmente en estas páginas): la doctora con nariz de cotorro propuso que escapáramos a Cuernavaca y nos pegáramos una borrachera de muerte. Le dije que tal vez, sin mucho convencimiento. Está flaquísima, tanto que la llamé Charles Atlas, la alfeñica de 44 kilos, y respondió indignada, ¡ya aumenté, peso 45 kilos! Tiene los ojos más saltones que nunca. Imaginé sus senos como dos puntitos huérfanos en el pecho, dos piquetes de zancudo, dos excrescencias de piel arrugada y bermeja, apenas surgiendo de ese torso desastroso y huesudo de perrita flaca.

Discurrieron un día y una noche. Pasé a decirle a mi doctora que no podríamos emborracharnos el sábado. Debía recibir a un par de periodistas. Vi sobre una mesa un libro de anatomía

y aproveché para leer algo sobre las parótidas, que tengo inflamadas desde la falsa maratón por las calles de Xalapa.

El sueño, ese apartamento de al lado, escribe Virginia Woolf. En Xalapa no tengo a quién recurrir. Nadie me visita. He espantado a todos y a todas. Soy el destripador de la amistad y el amor. Me enteré que *los enfermos*, los intelectuales de La Parroquia, me tienen un apodo bastante feo: *el felador*. Todo lo proceso, lo convierto en longaniza y chorizo literario. Cada vez me aílo más. Pero el problema, supongo, no es la ciudad: soy yo. De Lawrence huí como de la tifoidea, de Monterrey también, de Xalapa partiré en enero próximo llueva o truene. En todas mis cartas he anunciado el viaje. No todas las aventuras terminan en goce. Después de seis meses de haber enviado el manuscrito de *El adolescente* a la agencia literaria, recibí carta de Carmen B. Dice: “Tony Friedrich, un lector extremadamente severo dio veredicto bastante favorable”. Pide nueva copia para enviarla a editoriales. Le respondí a la gorda de forma bastante ruda, aunque al final le hice un guiño. La verdad es que siento que mis relaciones con la agencia literaria son absurdas. ¿Qué puede interesarle mi trabajo, si tiene a los grandes, ya acreditados? Solamente como batallón de reserva, como infantería, como escritor de pata al suelo le puedo servir. Cuando se mueran los grandes, a Carmen B le bastará meter la mano en su armario e inventarse un nuevo prestigio. Lo mejor sería cortar relaciones y hacer mis negocios literarios personalmente. (Y eso es lo que he hecho. Ella no lo sabe.)

No todos los caminos llevan a Roma y la punta del pie

En la carrera prodigiosa por los caminos de amor a Bárbara sólo le faltaba alcanzar la excelsitud de una pasión absurda e imposible, vituperable y sin embargo digna de admiración. Noble Bárbara, los amantes del amor ya deberían levantarle su estatua en pleno Parque Central, echar abajo la de Benito Juárez y erigir su ruda estampa entre las brumas londinenses de Xalapa. Tras recuperarse de un intento de suicidio al que la orilló la conducta de su hija –hay algo en todo esto que no sé– y de los juegos de relaciones tormentosas y telarañas de sueños insanos que se tejen en torno a su gran cuerpo de Diosa Blanca, la señora Blaskowitz sintió la necesidad de lavar sus pecados regresando a sus labores altruistas. Intrigó para que le dieran el nombramiento de directora de la Villa de la Tercera Edad y una vez allí convirtió la vida de los vejetes y vejetas, *mis muchachos, mis beta-beles*, en una fiesta interminable, en la cual parece que no estaba ausente ninguno de los placeres de la vida. Entre sus muchachos escogió a uno, no precisamente el menos decrepito, pero sí el más estrámbótico, un moreno de ojos azules, abandonado a su suerte por una familia de Las Ánimas, y lo nombró su novio oficial. A partir de entonces se la vio en la calle de la mano con

su Tutankamón, un hombre que rebasaría sin dificultad los ochenta años y que vestía con el deleite lujoso y payo de Agustín Lara, pelo engominado, corbatín con flores destellando, smoking blanco, sombrero, bastón, leontina y reloj ferrocarrilero. Lo llevó a La Parroquia, a las recepciones del Municipio, lo paseó bajo los faroles del Parque Juárez, lo llevó a las fiestas donde todavía se la respeta, y allí se exhibió besándolo con auténtico arrebató. El resultado era previsible. Perdió su trabajo, lo que no le impidió organizar una fiesta de despedida que la Villa de la Tercera Edad no olvidará jamás. Ancianas y ancianos amanecieron desnudos, crudos, felices, rostizados por el fragor de la alegría y guardaron a Bárbara como la última visión de la dicha que podrían tener en la tierra, al tiempo que la sacerdotisa del amor cumplía uno de sus sueños: traer a la vida una escena memorable de *Los olvidados* de Buñuel. No puedo dar fe de lo anterior. Me lo contó el fantástico locutor de radio, Cheché.

Abrí mi ventana a la noche xalapeña, me asomé, miré el cielo y dije gracias a Dios. Habían pasado cinco horas poniendo a punto mi nuevo violín, un instrumento antiquísimo, que adquirí a cambio de 2 000 pesos, mi viejo violín Markneukirchen, tres de mis libros y una pizca del poco encanto que puedo gastar cuando hay algo que me interesa. Se lo compré a Ana Elgarte, argentina, directora de coros, madre de tres hijos abandonados por el padre, cismática y agradable. El sonido es una maravilla. Para qué quiero una mujer si tengo un buen violín que puedo guardar en su estuche cuando lo desee. Felicidades. Lo compré con el adelanto de derechos de autor de 0011, mi aguinaldo y un préstamo de la caja de ahorros. ¿Por qué manos habría pasado? Imaginé: fue fabricado por un viejo laudero rumano que supo

estaba trabajando su último suspiro. Fue comprado por un cardenal coleccionista de violines. Un soldado rústico logró robarlo durante la peste, lo vendió a un judío que lo mantuvo oculto durante décadas, seguro de poseer una fortuna; la hija del judío heredó sus posesiones a la muerte del viejo y decidió romper la prohibición y estudiar a escondidas: fue la primera gran violinista de la Toscana; el nieto de la hija del judío se lo vendió por una bicoca a un rufián londinense, quien se lo ofrece a un violinista, quien le saca provecho por primera vez en casi cien años y lo hace sonar doce horas al día, con lo que el instrumento termina de secarse y alcanza su mejor timbre; el violinista se lo regala a su amante, quien se lo regala a su amante posterior, también violinista; el tataranieto de éste lo recibe en herencia, se dedica a estudiar hasta alcanzar la maestría suficiente para ser violín de segunda fila de la Sinfónica de Varsovia y primero de la de Buenos Aires. Allí se lo compra el padre de Ana Elgarte, quien se lo hereda a ella, quien finalmente se instala en Xalapa y me lo vende.

A partir de ahora una cantidad de actividades contradictorias se agolpan en un día: escribir, tocar violín, leer, el trabajo de la oficina, preparar conferencias, responder entrevistas. El instrumento me ha enloquecido. Anoche toqué hasta las cinco de la mañana y que me perdonen los vecinos. Fui a una fiesta de los filarmónicos acompañado por Lota, primera viola de la Sinfónica. Alta, elegante, de unos cuarenta años. Gallina vieja hace buen caldo. En la reunión me sorprendió hallar a Trilce. Aunque tenía el deber cortés y moral de ocuparme de Lota —que en cierta forma me aterroriza, con su añeja necesidad de afecto (cada vez que nos despedimos me pregunta con lágrimas en los

ojos cuándo nos volveremos a ver. Siendo buena polaca no puede abandonar el melodramatismo: como Bárbara, Lota se enamora hasta del lechero y en cada amor cree encontrar una patria y en cada despedida parece que se cierran las puertas de un tren hacia Treblinka)— lo que hice fue besarla en un fugaz adiós e invitar a Trilce a cenar a mi casa.

Por una vez la encontré accesible. Leyó poesía sentada en mi cama. Sentí que esperaba y temía mi acercamiento. Sin embargo me controlé. Ya conocía sus reacciones. Era capaz de pasar de la dulzura más sutil a la violencia decapitadora. Su cuerpo tercamente impúber me atrae. Tiene una belleza algo rústica y sin embargo sutil, como de campesina de los Alpes. Salió sin duda más hermosa que su madre. Incluso me atrevería a decir que más audaz. Tras la lectura tuvo una especie de desfallecimiento. Me dio algo como un medio abrazo, sentí su cuerpo vibrando contra el mío, pensé de nuevo en los famosos armónicos, recibí con deleite y suspicaz temor un beso con la mitad de sus labios. Así me besaba mi madre en sus escasos raptos de amor o quebranto. Hubiera sido muy fácil ir más allá. Algo terrible y sin embargo emocionante palpitaba en el aire. La Presencia estaba ahí, sin duda, pero no terminó por manifestarse. Me contuve. No olvidaba las habladurías sobre el interés de Trilce por los pretendientes de su madre, pero tampoco les daba fe. Además, conocía sus instintos asesinos.

—Leí tu libro de cuentos —dijo—, lo recogí de donde lo había tirado, lo lavé, lo limpié página por página. Te confieso que llegó a emocionarme. Por eso estoy aquí, porque me he dado cuenta de que no eres el farsante que suponía. Tienes suficiente grandeza para estar a la altura de mis sueños, dijo.

La llevé a su casa en el monte. No intenté seguirla al interior, a pesar de que mantuvo la puerta abierta. Quedamos de vernos el próximo sábado. Día en que se repitió el asunto. No me atreví a dar el paso, aunque ella parecía muy propicia. Ser amante de Bárbara y luego enamorado de Trilce se me antoja un lío demasiado complicado, especialmente en un pueblito del tamaño de Xalapa.

En la oficina me han obligado a catalogar los libros de la bodega. Camino sobre montañas de libros ocho horas diarias. Trago más polvo que un cartero de pueblo y ello agrava el malestar de las parótidas. El trabajo de la novela sigue de acuerdo al plan. A veces creo estar incurriendo en una especie de literatura primitiva, ingenua o caricaturesca. ¿Cuál es el Gran Tema? ¿Qué busca el protagonista que no sea satisfacer sus cinco necesidades básicas: alimentarse, respirar, cagar, fornicar e inventar un sueño de amor que lo convenza de que su vida vale algo más que un ardite? Espero que la ironía me salve, que la auto-crítica me eleve y la modestia me disculpe. Ni mi protagonista ni yo podemos salir de nuestras mutuas pieles. No servimos más que como reflejos de nosotros mismos. Somos dos espejos frente a frente. Entre los espejos sólo está un mar de energía primordial que se podría llamar Ventura, Dios o la Nada.

¿Tengo que decirlo?

La idea de viajar, de huir de todo esto me ha trastornado. Miro con frecuencia el dinero que guardo bajo el colchón—desconfío de los bancos, me he vuelto como un viejo avaro que acaricia su dinero todas las noches—y hago cuentas. Estuve tentado de buscar trabajo en el Puerto hace unos días cuando fui a promover el libro. Trilce, desde que sucedió lo del otro día, ya se ha negado a darme dos clases. ¿Sabes que estamos en peligro de cometer un *insecto*?, dijo medio en broma cuando la vi en la calle. Iba alegre, flotando sobre unas sandalias romanas. Cantaba en voz alta el motivo guía del segundo movimiento de la *Séptima sinfonía* de Beethoven, la *voce cantabile* del violoncello. Me dio un beso castísimo y distante.

—¿Clases de violín? No, gracias. Estoy poseída por Mab, la reina de las hadas, la que hace a las doncellas resistir las insidias de los garañones y los engaños de los espíritus nefastos.

Imaginé que tras mi pequeña maestra de violín venían, invisibles y escandalosos, todos los duendes, náyades y criaturas de luz que habitaban los bosques de Sherwood en tiempos de Shakespeare.

—Lo mejor es que dejemos a tu señora Lujuria en paz.

Quise decirle que no era Lujuria sino amor o algo parecido, pero no lo dije. La verdad, no estaba seguro. La vi alejarse como

he visto perderse tantas cosas en mi vida. Tomé la decisión de seguir estudiando violín aunque mi maestra hubiera desertado. Espero llegar algún día a merecerla. Ruego a Dios que antes de que eso suceda ni ella ni yo estemos en el psiquiátrico o por lo menos que nos encontremos allá para cantar a dúo. Estudiando a solas seré más feliz en mis estudios, avanzaré a mi propio ritmo, me liberaré del despotismo de Trilce, de la tensión que nos envuelve y nos hace casi enemigos, víctimas de la sabrosa posibilidad de soñar y quizás realizar el mal. Está jugando conmigo, eso no lo dudo. También yo con ella. O tal vez los dos seamos víctimas de un juego que controlan ya sean las fuerzas del destino o las mareas de energía amorosa que asedian a Bárbara Blaskowitz. O acaso seamos actores casi conscientes de una obra a la que asiste la ciudad de Xalapa con horror y regocijo. Aires de tragedia soplan en torno a este pueblo de herejes.

Recibí una noticia excelente. Falstaff me comunicó que se había iniciado el proceso para imprimir la segunda edición del libro de cuentos. Estará lista a fines de julio y la presentaremos en el DF con alfombra roja, la Sinfónica de Boston y mariachis. Eso dijo. Finalmente confesó —después de haberme dicho que le había parecido apenas pasable y demasiado indigesta para el lector común— que *Así es la vida* es una novela extraordinaria, entre Kafka y Cela. Piensa lanzarla en grande a fin de año. ¿Ya me tienes listo el próximo libro?, preguntó. ¿Y de *El basurero universal* qué?, le pregunté. Me resisto a publicarlo, dijo, es demasiado terrible. La vida no es así. Tú la ves de esa manera pero no tienes derecho a embarrarle tu caca al lector en el rostro.

Lo obligaré a que publique mi libro. No todos los libros pueden ser pan caliente. A fin de año tendré suficiente dinero para

tomar una decisión: quedarme o emprender el vuelo. *Partir, partir, palabra del viviente.*

Parece que ahora Trilce ha cedido a los imperativos de la realidad, ha adoptado la costumbre de bañarse, peinarse y sonreírle al mundo, aceptó el puesto de violín de tercera fila en la Sinfónica, lo que sin duda debe sentir como un insulto para su talento. Había dicho que nunca se rebajaría a tocar con un atajo de solípedos. Le informé sobre mis avances, no sólo con el instrumento sino con la novela. No está mal, me dijo, pero lo tuyo es la literatura. ¿Por qué no te concentras en ella? Debes herir un solo punto. Piensa que los armónicos no están constituidos por una sola nota sino por una cantidad indeterminada y que de cada armónico depende toda la melodía. La miré con fijeza. Estábamos sentados frente a frente. Le dije:

—Cada vez me pones más inquieto, me palpitan las sienas cuando estoy a tu lado, Trilce, cada vez me llegas más al fondo, siento una serie de piezas cayendo en mí y encajando estruendosamente. Eres como un paisaje que se va definiendo. Como una nota que anuncia la música.

—A mí también se me revuelca no sé qué cuando estamos así tan cerca. Sospecho que los armónicos sólo tienen sentido cuando regresan a la nota original.

Eso dijo y se sonrojó. Y dale con los armónicos. Yo también me sonrojé. Los dos bajamos los ojos. Estuvimos leyendo poesía en la cama y besándonos, fingiendo que aquello era simplemente una complicidad fraternal, una hermandad del alma a la que nos empujaba una diosa anfibia que sabía conciliar a la reina Mab con la señora Lujuria. Finalmente, cuando abarqué totalmente su cuerpo con mis brazos, tras haberla despojado de la

gloria de una pieza de seda tan sutil como un suspiro y quedó a mi lado como una escultura apenas naciendo del mármol, le di un beso mortal, de hermano que se convierte en amante. Entonces me fijó límites. ¿Por qué?

—Tengo como diez mil razones, no todas de orden trascendental.

—Enumera diez.

—Te voy a decir sólo dos. Una: que cuando yo haga el amor me voy a enamorar como un póngido.

—¿La otra?

—¿Tengo que decírtela? —preguntó suplicante—, no me fuerces a decir lo que ya sabes, porque eso me va a doler mucho. Si ella se da cuenta de que tú y yo estamos intringulados, mi origen se va a sentir muy vieja. Aparte de ello siento que de alguna forma nos estamos violentando, como que no hay verdadero amor o atracción sino una cosa dura, difícil de explicar, una terquedad, como que tenemos el corazón endurecido por un capricho.

Estuve de acuerdo. Cómo no estarlo si yo mismo sentía una fuerza violenta que me separaba de mi niña y al mismo tiempo me atraía. Todo era tan confuso que me sentía inmerso en un río espeso que me empujaba tan lentamente que parecía alejarme. Y sin embargo seguí besándola, mientras ella dejaba sus senos libres con una naturalidad encantadora. Se dejaba hacer, soy tan débil, decía, tan débil, me maneja un poder exterior a mí. Sentí que había algo como una obligación en aquello, tal vez la necesidad de culminar la situación, de cerrar un capítulo del Libro de la Vida, de acabarlo cumplidamente sin medir los riesgos. La idea de que necesitaba sentir encarnado en mí al pecado me seducía. Cómo vivir sin saber lo que es verdaderamente el pecado. Cómo escribir

sobre él sin haberlo experimentado. Tenía razón la Korolenko Svieta, personaje del *Doctor Amóribus*: mi problema es que yo vivo como quien experimenta, le rindo culto a la experiencia y ello crea un distanciamiento que me impide tener afectos auténticos.

—Sé que no es correcto —dijo—, pero también me conozco: tengo la necesidad de probar aquello contra lo cual tanto se ha prevenido la humanidad.

—A mí también —le respondí—, me arrastra algo exterior. Creo que son los armónicos.

La respuesta despertó en Trilce una carcajada descompuesta. La señora Lujuria iba entrando con aires de Victoria Alada. Cerró la puerta con violencia. Había dejado a alguien afuera. ¿De quién se trataba? Pronto me daría cuenta: era un infante demacrado al que sus alas apenas podían sostener en el aire, revoloteaba cansino y sofocado como un buitre tísico alrededor de la casa, buscaba por dónde entrar, soy yo, ábreme. Parecía un cerdito volador, una triste máquina mal aceiteada. Se lo comenté a Trilce. Creo que es el Amor, le dije. Estás loco, completamente loco, me susurró al oído.

—La verdad, le dije, es que si consideramos el orden de los acontecimientos, Bárbara fue apenas una etapa para llegar a ti. Bárbara es una imagen, sólo tú eres verdadera, haz de cuenta que Bárbara es una mujer y tú eres el arquetipo, ella es la sombra y tú eres el cuerpo.

—Eres embustero, embaucador e infiel —musitó colocándose una mano en la nuca y atrayéndome hacia su seno—. Sofista, engañoso, amañado, espurio. Todo lo que no sea presente son sombras, fantasmas. Eso quieres decir. Cualquier mujer que tuvieras en tus brazos en este momento sería la mujer perfecta.

Permanecimos un rato así, con mi rostro en su seno, mis mejillas rozando sus cerezas tiernas, acaso los dos pensando en la especie de tragedia que íbamos a propiciar si nos dejábamos llevar por los impulsos.

Trilce tuvo un instante de duda: qué se hace en estos casos. La señora Lujuria se había arrimado y la estaba aconsejando al oído. Como obedeciendo a un mandato, Trilce atrapó mis manos entre sus piernas. Sentí que allí latía el amor y que aquello era parte de un instinto candoroso y primitivo.

Me equivocaba: cerró los ojos, oprimió mis manos con más violencia que dulzura, respiró fuerte, lanzó un grandísimo suspiro. Cayó desfallecida y aun así, en una especie de gesto heroico, aventuró una caricia que me derrotó. Permaneció con los ojos cerrados.

Súbitamente, como quien cierra la carpeta y pasa a otro asunto, los abrió y dijo con quirúrgica frialdad: me torturas. Lo dijo con algo de crueldad, lo que me hizo sospechar que el amorcillo que revoloteaba en torno a la casa era algo más vil.

Le pregunté: ¿Duele mucho? En lugar de responder me dijo: Mírame a la cara, ¿crees que es correcto lo que estamos haciendo? Recuerda: Ni tú ni yo nos podemos dejar arrastrar por sentimientos convencionales. Tú no eres un ser humano común, yo tampoco. Una cosa es lo que digo, y otra la que practico, dijo, me estoy sintiendo mal, tengo náuseas, te juro que si me sintiera bien, algo grave hubiera sucedido esta noche, concluyó poniéndose de pie y frotándose las manos con gesto que sentí infame.

Era como si acabara de liquidar un negocio no muy productivo pero ineludible.

—Yo amo a toda tu familia: a tu madre, a tus hermanas, a la sirvienta, me gustaría hacer el amor con todas. Hasta el perro *Otelo* me hace sentir ganas de ponerme a ladrar.

Trilce se indignó. Pero no lo suficiente. Estaba en realidad feliz. Le gusta escandalizar a todo el mundo. Quiere ser extravagante, sublime aunque sea en la abyección. Alma gemela, buenabestia.

Al borde

Se ha establecido una sosegada confianza entre nosotros. Sabemos que estamos al borde de algo grande: el amor o el *insecto*, y que ya no podemos ocultarnos tras los pretextos habituales. Opiné que era indispensable ocultarnos. Imaginar que el padre podría llegar a saberlo me ponía los pelos de punta, recordaba las amenazas que le había hecho al *interfecto*, que tuvo que escapar de la ciudad para no caer en manos de la policía judicial. No me atreví a preguntarle a Trilce si en efecto ella había tenido alguna relación, por sutil que fuera, con los amantes de su madre, pues ello habría entorpecido lo que estaba a punto de suceder.

El juego consistía en fingirnos ignorantes. Ella de mi pasado, yo del suyo, pues tanto el uno como el otro nos condenaban al ostracismo, a la separación. Repito, comenzaba a sospechar que no era precisamente el amor el que me colocaba contra las cuerdas, sino la necesidad de transgredir, de saber qué era, qué efectos producía un *insecto* que no fuera literario. El hecho de que un hombre comparta su cuerpo con madre e hija no es nada nuevo, pero para mí tiene un pasmoso atractivo. Siempre me he considerado más un psicólogo, un patólogo de los afectos, que un literato. La literatura implica, de alguna manera, una impostación, un efecto que se desea producir, una nece-

sidad de ajustar la ficción para hacerla novelesca; y yo siempre había perseguido en mi trabajo exactamente lo contrario: revelar la verdad, por dolorosa, patética o pecaminosa que fuera, por encima del peligro que siempre implicará escribirla, publicarla. Me imagino que soy como quien se atreve a sacar a una bestia espantosa e innombrable de su jaula o como quien arrastra a su esposa desnuda fuera del lecho conyugal y la expone en la plaza pública, donde frente a la multitud comienza a enumerar a gritos sus vicios y virtudes, o como la madre que por primera vez expone al hijo contrahecho que ha mantenido oculto toda su vida.

Aquello de estar a punto de fornicar (la palabra fornicar era sin duda la más precisa, pues, si he de ser sincero, no sentía hacia Trilce ese transporte, esa rabia, esa sensación de que la puerca estaba a punto de torcer el rabo, que sí sentí hacia Irgla cuando por fin pudimos culminar lo que tanto trabajo nos había costado) con la hija después de haberlo hecho con la madre, era algo profundamente emocionante y divertido, una especie de salto al abismo con una sutilísima cuerda de seda (la disculpa, falsa, claro, de que la vida es sólo literatura y como tal debe juzgársela) atada a la cintura.

—Tú no vives —me había dicho Svieta Korolenko, la 008, del doctor Amóribus—, tú escribes y lo peor de todo es que careces de autocrítica. Crees que el mundo es una gran novela y que no existen personas sino personajes, y que todo este teatro se monta para tu exclusivo deleite y lucimiento.

Caminamos por el parque de Coatepec. ¿Has pensado en esto de nosotros?, le pregunté. Sí, respondió, lanzando la cabellera hacia atrás y despojando de sombras sus ojos, que con el sol fil-

trado por las ramas de los liquidámbares, asumían un destello de apagada tristeza, sí, he pensado en esto de nosotros y he decidido que no me preocupa. Me mostró las yemas de sus dedos.

—Desde aquella noche en que me manché las manos no he hecho otra cosa que tocar escalas, una tras otra, una tras otra. Ya no he preparado los conciertos de la Sinfónica. Y ahora no puedo concentrarme en nada. Me obsesiona la idea de que es imposible emitir una nota perfecta.

Pájaros negros, ominosos, en cerradas nubes, volaban a ocupar las ramas de los árboles del Parque Hidalgo y hacían un escándalo inconcebible.

—Las escalas lo son todo —me dijo—. Ellas cifran la clave de la felicidad, la clave de la vida: las escalas lo son todo. Ellas son la entrada al paraíso de los armónicos.

Otra vez con los armónicos. Súbitamente tuve la intuición de que había algo vicioso en la obsesión de Trilce por las escalas y los armónicos. Se trataba de la idea, perversa del todo, de que el ritmo residía en las partes, en los fragmentos, y no en el sentido general. Supe que esa concepción de la música sólo podía crear seres infelices, incapaces de alzar el vuelo.

Entendí lo que quería decir: negación de pasado y presente, afirmación del aquí y el ahora, disfrute del instante, carencia de sentido de pecado, falta de una concepción general de la vida.

—Lo que hace infeliz a la gente es la idea de que hay algo superior que nos puede juzgar, dijo, una especie de proyecto al cual debemos ajustarnos.

—¿Como si las líneas del Libro de la Vida fueran una camisa de fuerza? ¿Te refieres al destino?

—Tal vez lo podamos llamar destino.

—¿Sabes quiénes son los únicos que no tienen destino?

Le dije que no para darle el privilegio de decir lo que los dos sabíamos o creíamos saber.

—Los únicos que no tenemos destino somos los artistas, que a diferencia de los seres humanos comunes y corrientes, sí podemos escribir renglones en el Libro de la Vida.

Fruncí el ceño fingiendo asombro por el hallazgo de la frase célebre precisa para encajar en el instante.

—Eso es lo malo: que contigo, aunque uno no quiera, termina haciendo literatura. Es como si estuviera posando para las cámaras, actuando para una de tus novelas.

No la desmentí pues sabía que así era, y sabía que ella lo sabía y que todas las mujeres que habían tenido la mala fortuna o el equívoco deleite de toparse conmigo lo sabían y que tarde o temprano iba a suceder lo que tal vez imaginó mi querida Trilce cuando tenía los tobillos entre las manos y me enseñaba, a los doce años, sus calzoncitos de encaje.

—¿Qué vamos a hacer cuando yo quiera verte? ¿Te busco en la casa de la selva?

—No —respondió Trilce un poco compungida—, tienes que llamarme a casa de mi madre, porque he decidido regresar allí por lo menos un tiempo. Mamá me necesita. Es como una adolescente. Sin mí se va a descarriar peor de lo que hasta el momento se ha descarriado.

—Bueno —suspiré—, cuando llame voy a impostar la voz y a decir que me llamo Nicolás Paganini.

Me miró con soberana soberbia, me tomó del antebrazo, la expresión de su rostro fue como el viento gélido de la noche en la alta cima del Cofre de Perote cuando dijo:

—Si alguna vez llamas a casa de mi madre y preguntas por mí, tienes que decir tu nombre, porque yo no me avergüenzo de nada y el día que me avergüence de algo, escupiré sobre ese algo y lo convertiré en tumba, ¿entiendes?

Es terriblemente inflexible en todo lo que se refiere a su tiempo. Todo lo juzga como desde su Olimpo. Cada vez que fumo me dice vicioso. Cada semana inventa una nueva dieta, a la que le asigna un nombre estrambótico. No me maquillo, dice, para no agradar a los hombres. Desprecio a los que me miran como quien tasa un cerdo. En la Sinfónica, conocedores de su talento, han sido condescendientes con sus ausencias. Tras un periodo de aparente adaptación en el que quiso vestirse con la natural etiqueta, comenzó a mostrar un estudiado e insolente descuido. Y una noche, en medio de un concierto, su violín se unió al del concertino y lo dejó en ridículo. Simplemente se puso de pie y terminó su interpretación del *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven de una manera tan magnífica que el teatro enloqueció. Naturalmente perdió el trabajo.

Mis nubes llovieron sobre el campo florido de Trilce. Agradable y serenamente, sin cargos de conciencia, después de un paseo a Xico, acompañados por una pequeña duendecilla, que parecía ser su ángel guardián. Hicimos unas cuantas locuras como coronarnos con hojas y hacer de chimpancés en el parque de juegos infantiles. Manejé el cuerpo de mi niña, quien se mostró perfectamente dispuesta, de forma que mi raíz se acercara a su tierra fértil desde diversos extremos. Alcanzamos la cima a una y sin averías. Imaginé que la señora Lujuria había atrapado al gordito de las alas, y éste, dócilmente, se había arrebuñado en sus ubérrimos pechos, de los que mamaba

con ansia de huérfano, al tiempo que la bruja se dedicaba a desplumarlo.

No hallé, en momento alguno, resistencias o pruebas de que Trilce fuera la vestal que siempre supuse. Ella supo conducir el asunto con maestría y conocimiento de causa y tuvo incluso osadías del todo ajenas a las doncellas sin uso alguno.

Al día siguiente Bárbara llamó a la oficina. Respondió Chío, la secretaria. Rodeando sus palabras con la sombra de una sonrisa insidiosa me dijo que llamara a un teléfono. Escuché la voz de la señora Blaskowitz. Sentí que estaba profundamente atribulada. Me pidió perdón por año y medio de extrañamiento. Quiero volver a ser tu amiga, dijo, poniendo en su voz ese tono casi masculino que asume cuando sus intenciones son poco honorables. Imaginé que en mala hora deseaba un regreso a nuestras viejas celebraciones. Ni por un segundo supuse que conociera algo de la lluvia sobre el campo de flores. Aclaré que estaba dispuesto a ser su amigo solamente. Hubo un silencio que quería decir me estás tratando como una fulana cualquiera. Siempre te he querido, dijo. También te quiero, le dije, y no sólo a ti sino a toda tu familia. Amo hasta a tu perro. Luego me atreví a lanzarme a fondo:

—Supongo que sabes que tengo algo como una amistad muy estrecha con Trilce.

—Sí, lo sé.

—¿Y qué te parece?

—Muy bien —dijo.

Respiré aliviado. Mi casa es tu casa, dijo, puedes venir cuando quieras. Al restituirme tu amistad y tu casa me estás devolviendo la mitad de Xalapa. Gracias, Ventura, dijo con la voz a

punto de quebrársele. ¿Puedo invitarme a comer a tu casa el jueves a medio día? Sí, te esperaremos todos. Luego, al reflexionar sobre la situación que se estaba creando, supe que el negocio era más complicado de lo que podía imaginar.

Continúa cumbres borrascosas, versión Xalapa. Llegué a la casa de la señora Blaskowitz, pero ella no estaba. Me atendió Trilce. Comí velozmente. Trilce pidió que saliéramos a tomar un café. Quiero hablar contigo en privado. Fuimos a La Casona.

—Supongo que sabes que mi madre cambió de opinión violentamente. Me dijo: Tu relación con Ventura me parece una asquerosa inmoralidad.

—Y ¿qué quieres, que terminemos? —le pregunté.

—No. Quiero seguir adelante, quiero ver hasta dónde llegamos. Se detuvo, suspiró:

—Deseo tener una relación contigo, pero sin compromisos.

—Una especie de amor amateur, ligero y volátil. Me parece bien.

—Por lo pronto opino que lo mejor es que nos veamos sólo los fines de semana.

Estuve de acuerdo.

El sábado siguiente la vi cansada, ojerosa, con un desánimo que ya había visto más de una vez en los ojos de su madre, en los de la Korolenco y en los de la Princesa. Un desánimo como el que describe Fetis en los peores momentos de Paganini. No te preocupes, le dije, ese tipo de cansancio es puramente fisiológico, es el resultado de un desequilibrio de los fluidos de tu cuerpo. Una vez que se acomodan, volverá a ti una alegría inexplicable.

El descanso de los armónicos, pensé. Cuando el ser humano no vibra para producir sus mejores sonidos, se aletarga, se pierde, se hunde en la desidia.

Sonrió desesperanzada.

—El amor no conviene al artista, dijo, pues pierde su vínculo con las esencias, pierde la tensión que es necesaria para acercarse a lo sagrado. El artista debe ser el eterno Caín, el asesino, el que no le guarda fidelidad a nadie, el que escupe en el rostro de quien le tiende la mano.

Maestra del lugar común, mi Trilce naturalmente no carecía de razón. Cualquiera lo sabe, hasta Sherlock Holmes: la grandes verdades están a la vista de todos.

—¿Y si fuera al revés?

Hizo un extraño puchero. Infló el pecho. Dijo me tengo que ir a preparar el concierto.

Llegué tarde. Trilce no estaba entre los músicos sino entre los espectadores y lucía una especie de gorro de lana espantoso, huaraches y una malhadada cobija a manera de túnica. Tocaban la *Novena sinfonía* de Beethoven. El Coro de la Universidad supo hacerle los honores convencionales que una vez al año le hace al *Himno a la alegría*. Sin embargo me pareció un canto de derrota.

Vinimos a casa e hicimos algo que no tenía nada que ver con el amor. Me muero de pereza, dijo, así que tú vas a tener que hacer todo. Concluimos en una posición extraña, absurda, incomodísima. El próximo fin de semana no tendré tiempo para ti, dijo.

—Y ¿las clases de violín? —le pregunté.

—Ya no tienen sentido: no vamos a mentirnos, las clases las usaste para acercarte a mí, no porque quisieras aprender nada. Te ganó la señora Lujuria.

Estuve de acuerdo.

¿En realidad me importa aprender a tocar violín? No. Es apenas un subterfugio, una disculpa para no sentarme ante la máquina. Todo lo que no sea escribir es pérdida de tiempo.

Trilce dijo que siguen los problemas en su casa.

—Ni Bárbara ni yo hemos podido dormir bien —dijo—. Nos vigilamos constantemente. He tenido una serie de pesadillas espantosas. Vivimos al acecho del teléfono. Es como si estuviéramos a la espera de un terremoto o de un asesino nocturno.

Le cerré los labios con un beso, más para acallar su conciencia y la mía que para recuperar el aliento que los dos estábamos perdiendo en una relación destinada al basurero de la memoria. Yo también he sentido una especie de desánimo hacia todo. Nunca como en estos días he respirado un aire tan malsano en torno mío. Es una especie de repugnancia, que partiendo de mí, se refleja en las personas, de modo que yo lo recibo multiplicado. Estuve de pie a la entrada del Teatro del Estado. Se me acercaron ocho o diez personas con diversos pretextos. Cheché, el locutor de radio, me estuvo diciendo cómo debo comportarme en público. Me enteré de que en La Parroquia y en La Tasca se habla cada vez más mal de mí. No sólo por mis declaraciones periodísticas, sino por mis líos con mujeres. Se fragua una especie de linchamiento público, me dijo el locutor, has vivido demasiado libremente en una ciudad tan hipócrita como ésta.

Una semana después siguen los rumores contra mi inocente persona. El amigo tímido me anunció que desea darme cinco consejos, de los cuales me adelantó uno: Dale vacaciones a tu ego, dijo, y luego se admiró a sí mismo por la brillantez de su frase.

Hasta ahora todos mis encuentros con Trilce han sido insatisfactorios, después de tantos años de buscarnos y eludirnos.

Ella generalmente está pensando en su violín. La han llamado de nuevo a la Sinfónica, ahora como concertino. Al pobre polaco víctima de la genialidad de Trilce lo mandaron de regreso a Varsovia. La preparación para los conciertos semanales es para ella una hazaña digna de Hércules, se pone tareas impensables, como repetir un solo compás doscientas mil veces, completar todas las escalas, sin pausa durante un día y una noche, sin descansar, todo ello previo al primer ensayo general: no hay duda, sigue loquita loquita, pero no con la locura amable de todas las mujeres, sino con una insania que puede llevarla a cualquier extremo.

—Eso de ser genio es muy fatigoso, ¿no es cierto? —le digo y ella me mira como si con una mirada pudiera hacerme retroceder en la escala de la evolución al nivel de un infusorio.

—Eres como un mar de sargazos, Ventura, uno se enreda en ti y es casi imposible salirse. Ahora entiendo a mi madre. Ahora comprendo por qué una vez tuvo que escaparse por el balcón. Ella te espantaba una y otra vez como a un perro, y tú regresabas. Entrabas sin pedir permiso a nadie, te instalabas en la sala y allí pasabas las horas, hasta que mi mamá tenía que bajar a darte la cara. Además te robabas los libros.

—¿Quieres decir que soy encantador como un paisaje del Paraíso?

—No, *lieber*, eres fangoso, sin fondo, estás lleno de líquenes, apestas. Uno no puede hacer pie en ti. Luego de decirlo me dio un beso de infanta, al tiempo que me propinaba una palmada en una mano indiscreta.

—No puedes vivir sin tu maldita señora Lujuria.

A la salida de otro concierto nos encontramos con la doctora nariz de cotorro Lorena Beatriz, quien me besó con deleite, se

pegó como un pequeño parásito a mi cuerpo, suspiró a mi oído, mientras miraba de reojo a Trilce. Tengo tanto que contarte, dijo. Sabía que te gustan las niñas, lo que no sabía era que te atrevieras a exhibir públicamente tus debilidades, me susurró. Los genios no tienen infancia, le dije. Luego preguntó: ¿Cuándo nos vemos? Cuando florezcan las amapolas, le respondí, tomando del brazo a mi niña. Creo que mi doctorcita Lorena Beatriz se enfadó porque creyó que me refería a sus huérfanos pechos.

—Tengo problemas graves, muy graves —dijo Trilce—. ¿Ves esta pierna?

Una mancha encarnada se iniciaba en la pantorrilla derecha y avanzaba hacia el muslo.

—Tengo una alergia espantosa, tengo una alergia mortal, y sabes hacia qué.

—¿Hacia mí?

No, dijo desfalleciente, tengo una alergia espantosa hacia la vida en este hueco. ¿Tú crees que una persona que dio su primer concierto a los seis años de edad y a la que llamaron en el conservatorio La Paganini Mexicana puede sobrevivir espiritualmente en este estercolero?

Le dije que no, que su lugar estaba en Viena o en Varsovia, entre sus pares.

—Tienes razón, y no me faltaron oportunidades. Fui invitada a los doce años a estudiar en Moscú y rechacé la invitación. Yehudi Menuhin vino a Xalapa solamente para escucharme. Esto nadie lo sabe. Me pidió que me fuera con él. Y no me fui. ¿Sabes por qué? Porque sentía el deber de cuidar de mi madre. Cada vez que yo tenía que hacer una gira de conciertos, a mi madre le entraba una histeria espantosa, le daban ataques epilépticos. ¿No sabías eso?

Le dije que no. Cambió de tema.

—¿Esa mujer que vimos en el concierto es la doctora?

—¿La doctora? Sí, la de las anfetaminas.

¿Cómo lo supo? Como se sabe todo en este Chicontepec. Cuando dijo “tengo tanto que contarte” y vi sus ojos de vesánica, supe que era la de las anfetaminas.

Sigue aplazándose la segunda edición de los cuentos. Se aplaza la aparición de *Monterrey, Gente o Así es la vida*. Envié *El basurero universal* a Losada en Argentina y Ediciones del Norte en Estados Unidos. La primera editorial nunca respondería. La segunda enviaría una carta: “Su novela es brillante y peligrosa. Desgraciadamente no publicamos ese tipo de libros”. El jueves doce de agosto vuelvo a abandonar el vicio del cigarrillo. El trece del mismo mes terminé mi relación con Trilce. Duró exactamente tres meses. Doce fines de semana. ¿Razones?

—En primera medida, no me enamoré de ti. En segunda no quiero ser tu amante de fin de semana. En tercera, no tengo tiempo. En cuarta, no quiero ser la causante del derrumbe final de mi madre. Tengo que atenderla. Ahora se encuentra en el hospital Macuiltépetl, dizque escondida. La verdad es que está bajo sedantes, casi secuestrada por un médico maniático que es ahora su amante. Tengo que rescatarla. Me diste mucha ternura, querido, te admiro, aprendí mucho de ti, he cambiado.

Eso dijo, gesto adusto, ojos serenos. Ojos de color aguamarina, ojos transparentes, sin fondo, en los que es imposible descifrar misterio alguno.

La piel de su rostro tensa, la mandíbula apretada. Me porté duro. Acepté. Fue una relación libre, le dije, sin compromisos. No había más que hablar. Nos despedimos. La verdad es que

todo había sido una aventura, un juego, ganas de romper con la nata verdinosa de esta vida.

En cuanto Trilce hubo salido, vestí ropa deportiva y salí a correr. Tras diez kilómetros estaba de nuevo listo para la vida y para la maratón de mañana.

Está ese asunto de Dios. ¿Cómo entenderlo?, me pregunté. Fácil, me respondí: Dios se suicidó en el cuerpo de Cristo cuando se percató del fracaso de su creación.

El violín definitivo

Y aquí estoy de nuevo, mirando el baúl de las nostalgias. Los manuscritos se acumulan. Hay varias novelas listas para su publicación. Otro libro de cuentos. ¿Seguir escribiendo? ¿Para qué? Saco mi nuevo violín del estuche. Es una joya, una maravilla, digna de las manos de un virtuoso, que naturalmente no soy yo. Y ahora el violín está aquí, desnudo entre mis manos, como tuve a Trilce. Tengo dificultades para afinarlo. Intento interpretar las melodías que sonaban aceptables en mi viejo violín y no lo logro. ¿Qué pasa? Tengo el mejor violín, cuerdas que valen una fortuna, un arco italiano que es una obra de arte. ¿Y qué resulta? Un escándalo, chirridos, notas ambiguas. Pero no es el violín. El defectuoso soy yo. Lo juro. Cuando Trilce lo tuvo en sus manos supo sacarle unos sonidos inconcebibles. Bastaba que emitiera una nota para sentir la calidad espiritual del instrumento, su energía sin límites. ¡Soy yo! El torpe, el inútil. Como a Trilce, así tengo a mi violín: no sé qué hacer con él. Como a Mi Gran Novela, le doy vueltas y vueltas y no sé si vale la pena o no. Es hora de rendirse. Camino de un lado a otro. Practico el deporte de arrancarme el pelo a manotazos. Casi con satisfacción veo puños de pelos en mis manos. Podría darme golpes de cabeza en la pared. Puedo hacerlo. Lo hago. Vaya que tengo cabeza dura. Ahora sólo me queda el dolor. Mejor cierro los ojos.

Supé que Bárbara Blaskowitz está de regreso en su casa. La llamé por teléfono para decirle que quería verla. No le pregunté nada sobre el sanatorio o la forma en que logró escapar de él. Le pedí que evitáramos hablar de Trilce. Nos veremos el sábado.

El 29 de septiembre comienzo a sentirme enfermo. Creo que es a causa del esfuerzo excesivo en la carrera por el malecón de Veracruz y el trasiego con los libros de la bodega. Cuestión de glándulas. El doctor me prohibió hacer ejercicio. Fui al cine con Bárbara. La vi hermosa, pero reblandecida. Lo sentí cuando su brazo rozó el mío en el cine. Su carne parecía derramarse sobre la mía. Qué diferencia con su hija. Vi también a Katia y Helga, la *Bella* y la *Bestia*. Ya son dos mujercitas. Katia está casi a punto, en ese momento en el que se alcanza la belleza absoluta, a partir del cual todo no puede ser sino degradación. Una criaturita para Nabokov. Katia conserva, supongo que por poco tiempo, su ingenuidad infantil, pero agravada por una serie de juegos de amor que imitan las tragedias de su madre y los desplantes de su hermana mayor.

Nos resistimos a hablar de Trilce hasta el último instante. Finalmente Bárbara fue la que explotó:

—¿Cómo fue que se te ocurrió meterte con mi hija?

Permanecí en silencio. Luego le dije: yo no me metí con ella, nos sucedió algo difícil de explicar. ¿Has oído hablar de los armónicos? ¿No? Pues ellos tuvieron la culpa. Yo no la seguí ni la seduje. Sucedió algo, simplemente eso: sucedió algo. Es todo. Mi cuerpo vibraba de forma natural cuando estaba a su lado. El suyo también. Y en un momento comenzó a sonar una música. Y así como comenzó a sonar, de pronto se hizo el silencio.

—¿Hasta dónde llegaron? —dijo con voz segura, como si estuviera dispuesta a afrontar la gran verdad. Yo estaba convencido de que si le confesaba el asunto, se iba a derrumbar. No sé ni cómo esquivé el tema. La dejé hablar.

—El problema con Trilce es que ha entendido la vida como competencia. Cuando iba al conservatorio, sus profesores, sus amigos, sus compañeros, le hablaban maravillas de mí. El colmo de los colmos es que todos los que se han acercado a mi Trilce han confesado que tienen sueños eróticos conmigo. Ahora resulta que tanta propaganda hacia mí, la vuelve loca. Ella quiere afirmarse sobre mí, como mujer, como hembra. Pero ¿para qué competir? —cortaba sus palabras para fumar ansiosamente— si todos somos únicos, si cada uno de nosotros es un universo, ¿para qué competir? Yo sé que Trilce es una criatura especialísima, porque aparte de su talento y disciplina, es una mujer muy superior a todos los que la rodean. Pero ¿por qué competir conmigo?

No se lo dije, pero pensé que en realidad Bárbara, siendo inferior a su hija, era también superior, pues muchas de sus virtudes se hallaban caricaturizadas en Trilce, que había convertido su talento en una especie de tara del carácter. Lo que sí dije fue que en realidad era muy bella, extraordinariamente bella, una criatura privilegiada por la belleza y la gracia, y que tales dones siempre acarreaban problemas. Si hubiera sido feíta como la doctora nariz de cotorra, otro habría sido el baile: sería hoy en día uno de los primeros violines del mundo.

Bárbara siguió hablando. Miré sus labios y el Señor Indiscreto se dio por aludido. No oculté mi erección pero tampoco hice gala de ella. Me dije: ojalá lo note y le entre el furor y me diga: estacionate aquí, y proceda a hacer lo que hizo tantas veces

de forma tan artera y deliciosa, tan sin preámbulos. Pero eso no sucedió. El tema era demasiado grave: Trilce. No había espacio para la señora Lujuria.

Le di un beso largo y definitivo en la mejilla, mientras seguía conduciendo a la altura de Xalapeños Ilustres.

—Trilce quisiera afirmarse pisando mi sombra. Debería hacerlo sin lastimarme. Primero fue con el *interfecto*, luego con Manolo, después con el teniente y ahora contigo.

Vestía de blanco, como una misionera del Ejército de Salvación. Falda larga plisada y zapatos blancos de tacón bajo y con puntas hiriendo el cielo. No le faltaba sino la cofia para convertirse en una novicia rebelde. Sólo la blusa tenue desentonaba: con tirantes cómplices descubría su espalda e insinuaba sus bellos senos. Unos senos que parecían tener pacto con el diablo y que deben ser hereditarios. Trilce tiene los más hermosos que haya visto, superiores incluso a los de Svieta. Consideré con detención a Bárbara. Un metro ochenta sin zapatillas. Belleza absoluta, madurez plena. Su cabello, ahora de un negro intenso, lacio, lustroso, pesado, cae con violencia hasta media espalda, azota con el viento norte el horizonte y los hombres se detienen a mirarla como los que se entregan al pasmo de ver pasar un batallón de húsares perfectamente simétricos y monocordes. Bárbara es como un cometa que recorre Xalapa y trastorna toda relación. Es como un imán: donde quiera que esté, encuentra seis o siete personas que tienen que hablar desesperadamente con ella.

—Y tu problema es contrario al mío: nunca quieres enamorarte.

Supe que no tenía razón. Yo era exactamente igual a ella.

—Estoy relativamente libre —dijo—. Terminé las reuniones de desarrollo humano porque según parece se acabó el dinero de los patrocinadores. Me dediqué a hacer cuadros astrológicos de forma casi profesional, con la ayuda de mi amiga la bruja chilena, pero abandoné el asunto. Era demasiado laborioso.

Sin duda había extraviado un poco la noción del tiempo. Lo del hospital psiquiátrico parecía habersele borrado del todo. Las noticias que me daba pertenecían a una época distante dos o tres años y correspondían a un tomo pasado de su Libro de la Vida.

Le pregunté por el querubín que toca el bombo de la Banda del Estado.

No lo conozco, respondió someramente.

La conclusión a la que llegamos: lo mejor es que yo corte las relaciones con las dos, madre e hija, radical y absolutamente.

—No podré volver a tu casa con tranquilidad —dije.

—Quizá dentro de algún tiempo.

—Unos cinco años.

Imaginé que en cinco años, al paso que iba, estaría deambulando con una cobija a cuestas por las calles de Xalapa. Arrastraría un saco lleno de trapos viejos, cartones y una colección completa de las fotos de sus amantes.

Imaginé que mantendría intacta su capacidad de amar y de entregarse sin más pretexto que una sonrisa de caridad. Tal vez el hecho de salir del manicomio hubiera sido su error más memorable. Acaso si hubiera permanecido allí diez años, para la fecha de su regreso al mundo ya nadie la reconociera y toda su historia estaría cifrada en una novela que yo mismo tal vez escribiera.

—¿Estuviste enamorado de mí? —preguntó.

Fui algo cruel. Pero no completamente. Le podría haber dicho que mi relación había sido básicamente erótica. Y no con toda su persona sino con su boca solamente. Eso hubiera sido injusto. La verdad es que como amiga no existe nadie mejor que Bárbara Blaskowitz.

Pude haberle dicho que sí la amé, que la seguía amando. ¿Qué perdía? Me hundió el vicio de decir la verdad, o por lo menos lo primero que se me ocurre.

—No creo haberme enamorado, me embujaste, como lo haces con todos los hombres, me volvió loco tu olor.

No se ofendió.

—¡Es tan hermoso enamorarse! No se cansa uno de admirar al amado. Todo lo hace uno mejor, con alegría.

La llevé a La Casona del Beaterio, donde iba a encontrarse con una persona. No dijo que era un nuevo galán, pero lo entendí.

—No te detengas exactamente frente a La Casona. No quiero causar problemas de tránsito.

Eso ya era demasiado. B estaba llegando a un punto de insania increíble. Antes de despedirse dijo:

—Estoy tan atareada. Ahora tengo cinco pretendientes. Y si no los atiendo se van a suicidar. Debo buscar la forma de hacerlos felices a todos sin ofender a ninguno.

Me dio un beso extraordinario antes de bajarse del auto. Mi pistola saltó en la bragueta.

—Te quiero mucho, siempre te querré, pero perdiste mi paraíso. Mordiste la manzana —bajó los ojos.

Cuando avancé me di cuenta de que tras mi auto venía uno de sus galanes. El tipo me miró con menos envidia que complicidad. Su sonrisa parecía decir: conque hoy te tocó a ti.

Vi que la señora Blaskowitz entraba a La Casona del Beaterio como lo haría *Rachel Quand du Seigneur* en los grandes salones de París. Pero su continente ya no era el espléndido de los primeros tiempos. Más bien parecía un barón de Charlus, cargado de arrugas, temblores y maledicencias. Después entré a La Parroquia. Allí estaba Trilce. La acompañaba el *interfecto*, primer amante de Bárbara. Vi que a la distancia Trilce intercambió miradas extrañas con el bello locutor parecido a San Juan Bautista (00? de la lista de amantes de BB).

La dama enjorada

A las cuatro de la tarde una línea de luz azul resquebrajó el horizonte. La siguió un estampido que hizo vibrar toda la tierra. Luego se abrieron las compuertas del cielo y las calles se transformaron en arroyos tormentosos. El dios Tláloc se burlaba de mí despiadadamente. En los diarios no aparecieron los boletines de prensa. Apenas la programación del Instituto de Bellas Artes en cartelera. Temí que todo fracasara aunque secretamente sospechara que era imposible. Me quedé en el Hotel Corinto. El editor pagó. Es un sitio caro, indiscretamente elegante. Estuve mirando la tv hasta las 6:45. A la pregunta de qué es el amor, las candidatas al reinado nacional de belleza (de la carne) respondieron: Es el sentimiento más grande, es el sentimiento sublime, es el sentimiento que te obliga a dar todo lo mejor sin pedir nada a cambio, es el sentimiento más noble que tiene el ser humano, es el sentimiento más limpio y puro, es la prueba de que tenemos a Dios en el corazón, es el sentimiento más bello que existe sobre la tierra y que Dios nos dio para que soportemos la existencia.

Salí bajo la lluvia. No encontré taxi libre. Caminé varias cuadras y tomé un pesero. Me dejó a diez cuadras de la Sala José Guadalupe Posada. Llegué a las siete. Seguía lloviendo. Al entrar vi al viejo Valadés, afectuoso como siempre. Poco a poco fueron lle-

gando personas bajo la lluvia. Comencé a firmar ejemplares, lo que hice constantemente durante dos horas. La sala se llenó. Vi rostros conocidos. Colombianos, periodistas, cámaras, grabadoras, libretas. Al frente estaba una dama enojada que me miraba sonriente con gesto de complicidad. Creí recordar su rostro. La había visto en enero del año pasado caminando al frente mío en el Paseo de la Reforma, la había visto en sueños al pie de la cama muy cerca del cuerpo de mi flaca doctora y en otras ocasiones. Era, ¡claro! la Fama, con su hocico de perro y su perfume de flores marchitas. Me miraba como a su hijo. Su sonrisa parecía decir: “Te tuve abandonado por mucho tiempo pero aquí estoy. Y vas a saber lo que puedo hacer por ti”. Vi asombrado una cámara del imperio de Televisa. ¿Qué hacía esa cosa en la presentación de un libro del humilde Ventura? Mi Falstaff editor sonrió. Déjalo todo por mi cuenta, parecía estar diciendo, yo te llevaré al cielo en carro de fuego, sólo déjate conducir. Una mujer se acercó a mi oído: “Si vas al baño de damas un minuto, te prometo que te voy a violar de la forma más linda del mundo”. Su acento era del cono sur. La señora Fama estaba cada vez más feliz. Se hallaba cruzada de piernas, en la primera fila y fumaba como si estuviera encarnando a la protagonista de un tango. Valadés comenzó el acto leyendo un texto lleno de elogios. Luego habló Falstaff, quien se dio sus aires de redentor y juró que había descubierto a un nuevo genio. Finalmente hablé yo, tratando de hacerlo con sencillez y humor. Conté la historia del nacimiento del cuento de McClue. Me di cuenta de que podía seguir hablando durante dos horas, pero me detuve. Ya había experimentado esa sensación: la de poseer a un auditorio y saber que de mí surgían las palabras como de la boca de un

hipnotizador. Creí haber hablado durante diez minutos y luego supe que habían sido cuarenta y cinco. Terminado el asunto, me cayeron cinco o seis personas a pedirme autógrafos, hasta que llegó una rubia de Televisa, empujó a toda la gente, hizo prender una serie de lámparas alucinógenas y acometió una entrevista que duró media hora. En torno a nosotros había una docena de personas esperando para hablar conmigo. En las pausas de la entrevista, mientras las cámaras apuntaban hacia la rubia, les hice señas a los que me esperaban que me dispensaran un momento mientras atendía las caricias de la Diosa Perra. El resto de la gente comenzó a salir.

—¿El libro es apto para familias? —preguntó.

—Claro que sí, trata del origen de las familias, de las relaciones entre los seres humanos, del placer y la felicidad, del erotismo como forma de salvación. Lo que yo persigo es la parte luminosa de la naturaleza humana.

Un fotógrafo, molesto por el acaparamiento que había hecho Televisa, prácticamente me raptó para tomar unas fotos. Axel Muñoz, escritor uruguayo, amigo, me dio unas palmaditas en la espalda. Luego se alejó. Felicidades, felicidades, dijo desde la distancia, con la humildad del que secretamente sueña con estar en el pellejo del otro. Luego fue un español, de barba de estropajo, quien me guiñó un ojo. Se acercó la violadora. Dijo ser una periodista uruguaya. “Tienes que ir a mi casa, ¿sabes quién soy?” Le confesé que no. “Yo soy la que te ofreció violarte por teléfono, la que te ha enviado anónimos desde hace años.” La miré con sorpresa. ¿Estaría loquita? Tasé el valor de su oferta. Vi a una hembra dura, correosa, que no se cocería ni estando toda la eternidad en una olla a presión, una Iris Moonlight.

“Pase usted mañana”, le dije. “Después de las diez de la noche no estoy disponible para violaciones”. Por fortuna se acercó un muchacho. “Oye, vos que ya llegaste arriba, ayúdame”, dijo. Era colombiano, sin duda. “Necesito editor.” Pensé en mi actitud, años atrás cuando me acercaba al Papá Grande. Cerca de él estaba Estuardo, otro sucesor del sucesor del Papá Grande, quien escribió una nota ambigua sobre mis cuentos. “La verdad es que no me gustaron. Yo intento pergeñar una literatura clásica, en la que haya vetas casi invisibles de latinoamericanismo, y lo tuyo es...” No encontró palabras. El asunto terminó porque las luces se apagaron. Fuimos con el editor y los colombianos a cenar a El Día y la Noche. La Fama nos acompañó todo el tiempo. La muy inoportuna presumía a cada instante. “¿Qué te parece? ¿Algún día soñaste que ibas a tener el mundo a tus pies?”, decía metiéndome mano en la entrepierna. No exageres, le dije, solamente están contentos por mi libro, cumplen con un rito social que se repite todos los días en el ambiente cultural. Ellos solamente se aman a sí mismos. “Zoquete, no entiendes nada. Míralos, te aman, te adoran los imbéciles, a partir de hoy cualquier cosa que hagas o digas les va a parecer genial.” No le presté atención. Aunque su aspecto era muy diferente al de la señora Lujuria, que se me aparecía en sueños, algunos de sus gestos, la superficialidad de sus palabras, la tontería de sus argumentos, me estaban haciendo sospechar que eran la misma persona.

En el restaurante se habló de vinos, quesos y escritores colombianos. El editor me trató en todo momento como si fuera una especie de profeta que estaba en la tierra por tiempo limitado. Se pavoneó como un emperador romano, exhibió sus tarjetas de crédito y sin embargo cuando llegó la hora de revisar la cuenta,

sacó su calculadora, preguntó que cuántos tragos se había tomado cada uno y discutió con el mesero hasta que éste reconoció que estaba cobrando de más. Falstaff me trajo al hotel, me dio un cheque de 2 000 pesos y prometió otro de 5 000. Y todo eso le sucedía a un tipo que ganaba 1 000 pesos al mes.

Regresé a Xalapa. Como en otros tiempos de felicidad, fui a correr cinco mil metros planos a la pista del estadio. Hice 21 minutos 25 segundos y no me detuve a juzgar mi tiempo. Se trataba solamente de recuperar la alegría de correr y la pureza de volver a sentir que yo seguía siendo la elemental buena bestia de mis primeros años. Me hallaba en una especie de comunión con la naturaleza, de retorno a la humildad necesaria para emprender nuevas empresas sin los lastres de la vanagloria. Siguieron apareciendo reseñas en los suplementos dominicales. En general buenas. Alguna agresiva, señalando la influencia de Cortázar y el carácter ditirámico de la contraportada. “¿Seguro sucesor del Papá Grande?”, preguntaba uno, “¿será que don Gato le va a heredar sus derechos de autor?”

—El texto de la contraportada es repugnante —dijo Estuardo.

—Esta contraportada la escribiste tú —dijo el Papá Grande.

—¿Y usted no escribe las suyas? —le pregunté—. Después de todo, ¿quién conoce mejor un libro que su propio autor? Sólo uno sabe lo que quiso decir.

Aunque la señora Fama siguió coqueteando conmigo por un tiempo y aunque me ayudó a olvidar a mis mujeres amadas, pronto descubrí que en mi entorno nada había cambiado. Yo seguía siendo el mismo atarantado que corría en los amaneceres, jugaba basquetbol, iba a la oficina a corregir galeras, tocaba violín y perseguía a todas las damas y doncellas que se ponían

a tiro de mi escopeta. Cuando uno publica un libro espera que todo cambie, que algo suceda, que lo saluden los desconocidos en la calle, recibir llamadas, cartas y telegramas de gente desconocida. No sucedió eso. Nada de eso. El nuevo violín, que tanto había añorado, tampoco me volvió violinista, más bien aumentó mi congoja, mi sentimiento de impotencia. La novela que estaba escribiendo, *La mujer de ojos persas*, está terminada y ya tiene editor. La representante Carmen B me mandó a freír espárragos. Eso me dio gusto. Me rascaré las pulgas con mis propias uñas. Y del amor ¿qué decir? Sólo queda el veneno y la esperanza de que un día se acrisole su sustancia y sea más dulce que todo lo que podamos imaginar. Decidí aceptar que el Libro de la Vida debía guardar nuevos sobresaltos y que el día menos pensado iba a llegar lo que la existencia me tenía reservado. Mañana será otro día. ¡Qué tal que no lo fuera!

Ah, lo de Trilce. En honor a la verdad debo decirlo: la hija mayor de Bárbara no se llamaba Trilce, no era hermosa como el sol de la mañana, no era violinista, no regué su jardín florido. Era bastante fea y lo peor de todo, insufriblemente presuntuosa. Gran lectora, eso sí. Y adoradora de *Doctor Faustus*. Todo lo demás es verdad. Inventé el asunto queriendo hacer una especie de ejercicio literario al estilo Nabokov-Thomas Mann por simple estrategia literaria. Sin Trilce esto habría sido un desolador inventario de machucaciones, una jeremiada, una especie de memorial de agravios de un par de amantes insaciables.

Quizás todo lo anterior, todo lo que llevo escrito, no sea más que una venganza contra Irgla, y por extensión contra todas las mujeres. Irgla me hizo suponer que había un reino de inocencia, de luz, para mí. Un súbito golpe de la fortuna me hizo des-

cubrir que tras toda inocencia sólo se esconde la más deplorable obscenidad. Oscuramente lo concebí al leer sus cartas secretas. Ya con claridad lo supe cuando un hombre me dijo esa historia no es suya sino mía: yo la viví antes, dijo.

La historia de Irgla, *La mujer de ojos persas*, podrá explicar mejor pasado, presente y, sin duda, futuro. Léala.

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana
la doctora Sara Ladrón de Guevara,
LA INSACIABILIDAD de Marco Tulio Aguilera Garramuño
se terminó de imprimir en noviembre de 2014,
en los talleres de Proagraf, S. A. de C. V.,
avenida 20 de Noviembre núm. 649, col. Badillo, CP 91190,
Xalapa, Veracruz, México. Tel. (01228) 8906204.
La edición fue impresa en papel book cream de 60 g.
En su composición se usaron tipos A Caslon Pro y Gill Sans.
Cuidado de la edición: Silverio Sánchez, Jorge Lobillo y el autor.
Maquetación: Ma. Guadalupe Marcelo Quiñones.